

A watercolor illustration of a garden scene. In the foreground, there are several green, elongated leaves. In the background, there are two large purple flowers with many petals, and a single yellow flower bud is visible in the center-right. The overall style is soft and artistic.

AGROECOLOGÍA EN FEMENINO

Reflexiones a partir de nuestras experiencias

Gloria Patricia Zuluaga Sánchez
Georgina Catacora-Vargas
Emma Siliprandi
(Coordinadoras)

Agroecología en femenino

Reflexiones a partir de nuestras experiencias

Gloria Patricia Zuluaga Sánchez

Georgina Catacora-Vargas

Emma Siliprandi

(Coordinadoras)





La Sociedad Científica Latinoamericana de Agroecología es una organización regional dedicada a la promoción de la agroecología como estrategia para la resiliencia socio-ecológica, bienestar integral y sistemas alimentarios sustentables. Como sociedad científica, promueve la reflexión, discusión y diálogo de saberes alrededor de aspectos ecológicos, socio-económicos y políticos de la agroecología como ciencia, movimiento y política. Esta tarea la realiza con la participación de múltiples actores, incluyendo investigadores/as, docentes, movimientos sociales y tomadores de decisiones. Por tanto, SOCLA aspira a ser una organización integradora de los diversos saberes y sectores agroecológicos.



El Grupo de Trabajo *Mujeres, Agroecología y Economía Solidaria* de CLACSO, es un colectivo de investigadores/as de nueve países (siete de América Latina y dos de Europa). Su objetivo es estudiar, desde un abordaje crítico y transdisciplinar, las complementaciones epistemológicas y metodológicas entre la agroecología y las teorías feministas, así como las interacciones socio-económicas y políticas existentes entre los procesos agroecológicos y de economía solidaria protagonizados por mujeres, especialmente de América Latina.

AGROECOLOGÍA EN FEMENINO. Reflexiones a partir de nuestras experiencias

Gloria Patricia Zuluaga Sánchez, Georgina Catacora-Vargas, Emma Siliprandi (Coordinadoras)

Arte de portada: Acualera de Helda Morales (2018)

Diseño y Diagramación: Hector F. Limachi

Telf.: (591) 60589089

© SOCLA 2018

D.L.: 4-1-2449-18

ISBN: 978-99974-0-310-0

Impresión: EIP - Editorial e Imagen Publicitaria

Telf.: (591-2) 2244556

Impreso en La Paz, Estado Plurinacional de Bolivia

Índice

Prólogo

<i>Miriam Nobre</i>	5
---------------------------	---

Presentación

<i>Gloria Patricia Zuluaga Sánchez, Georgina Catacora-Vargas, Emma Siliprandi</i>	7
---	---

Parte I – Mujeres en el escalonamiento de la agroecología

1. Alianza de Mujeres en Agroecología (AMA-AWA): fortaleciendo vínculos entre académicas para el escalamiento de la agroecología <i>Helda Morales, Gloria Patricia Zuluaga Sánchez, María Virginia, González-Santiago, Ivette Perfecto, Silvia Papuccio de Vidal</i>	15
2. Mujeres protagonistas de la agroecología en Colombia <i>Gloria Patricia Zuluaga Sánchez, Clara Inés Mazo López, Lilliam Eugenia Gómez Álvarez</i>	35
3. Memórias das mulheres na agroecologia do Brasil <i>Sarah Luiza de Souza Moreira, Ana Paula Ferreira, Emma Siliprandi</i>	61
4. Contribuciones y desafíos al empoderamiento de las mujeres en la agroecología en Uruguay <i>Marta Chiappe</i>	75

Parte II – Nuestras experiencias locales

5. Transformaciones productivas e incursión femenina en la apicultura comercial en San Francisco Suc Tuc, Hopelchén, Campeche, México <i>Esteban Martínez Vásquez, Verónica Vázquez García, Luciana Porter-Bolland, Esteban Valtierra Pacheco, Dolores Molina Rosales, Fernando Manzo-Ramos</i>	93
6. Experiencias agroecológicas amazónicas protagonizadas por mujeres en el Sudeste de Pará, Brasil <i>María de los Ángeles Arias Guevara</i>	107
7. Mujeres, trabajo de cuidado y agroecología: hacia la sustentabilidad de la vida a partir de experiencias en diferentes eco-regiones de Bolivia <i>Aymara Llanque, Ana Dorrego, Giulia Constanzo, Bishelly Elías, Georgina Catacora-Vargas</i>	123

8. **Cadernetas Agroecológicas e a contribuição econômica das agricultoras agroecológicas no Brasil**
Liliam Telles, Laeticia Jalil, Elisabeth Cardoso, Camila Rafaela Alvarenga 141
9. **La participación clave de las mujeres en huertos escolares de México. Reflexiones en torno a sus motivaciones, retos y aprendizajes**
Juliana Merçon, Helda Morales, Kay Nicté Nava Nasupcialy, Mirna Ambrosio Montoya.... 159
10. **Las mujeres en los sistemas de producción bajo principios agroecológicos. El caso de los Valles de Bolivia**
Ana Dorrego 181
11. **Abordando desde un enfoque agroecológico la violencia en las mujeres campesinas. Un estudio de la Fundación Entre Mujeres, Nicaragua**
María del Carmen Campos Peregrina..... 193
12. **Agroecologia nos percursos da autonomia: a trajetória de uma liderança feminina quilombola no Brasil**
Laura De Biase 207

Prólogo

Este libro llega en hora buena, de amor en tiempos de furia. En todo el mundo las mujeres se organizan, ocupan las calles, inventan nuevas maneras de manifestarse. No parece razonable pedir que las mujeres sigan siendo razonables. Para quien tiene alguna duda en cuanto a ello, la lectura de este libro es más que necesaria.

En la economía feminista la imagen de un *iceberg* demuestra que los trabajos considerados productivos, aquellos visibles en el circuito del mercado, son apenas la punta de un enorme bloque que oculta el trabajo doméstico y de cuidados, en su mayoría realizado por las mujeres. Liliam Telles, para aproximar esta figura del imaginario de las quilombolas (mujeres de comunidades negras tradicionales en Brasil) ha adoptado la imagen de un árbol, situando en la copa los trabajos visibles y en la raíz los trabajos invisibles que realizan. Este libro es una mirada hacia parte de las raíces de la agroecología en América Latina. Son raíces en el sentido de que sostienen procesos que están ocultos y sin embargo disponibles para el cuidado de las personas de las comunidades y de la naturaleza. Los artículos nombran muchas de estas raíces, asumen que no logran nombrar a todas, describen las interrelaciones entre ellas y el suelo que las acoge o que las impide de crecer.

Este libro es también necesario para todas aquellas personas que han convergido en este camino y para aquellas que lo han tornado menos penoso. No para complacernos con lo mucho que hemos hecho sino para recordarnos que si los tiempos ahora son de crisis; nosotras, las mujeres populares de nuestra América siempre nos movemos y proponemos en las crisis. Y a ellas reaccionamos creando y fortaleciendo vínculos y puentes entre las trabajadoras en la agricultura, enseñanza, educación popular y/o investigación, y entre todas estas. Estos vínculos han constituido colectivos regionales, como es la *Alianza de Mujeres en Agroecología* (AMA-AWA) y el grupo de trabajo *Mujeres, Agroecología y Economía Solidaria* del Consejo Latinoamericano en Ciencias Sociales (CLACSO); así como en los países mediante grupos de trabajo de mujeres de la Articulación Nacional de Agroecología (ANA) de Brasil, de la Asociación Brasileña de Agroecología (ABA), y en los territorios, como son las asociaciones de mujeres rurales en Colombia, cuyas trayectorias son acá compartidas. Las experiencias que vienen de Uruguay, Nicaragua, México, y Bolivia son tan solo unos ejemplos que muestran desde el terreno los potenciales de la agroecología para la organización de las mujeres, pero también las dificultades que ellas afrontan.

La creciente potencia de este colectivo ha ido más allá de la fórmula “añade a las mujeres y revuelve”, porque, por ejemplo, no se trata solamente de proponer mujeres en las conferencias magistrales, pero de preguntarse si las conferencias magistrales son la mejor manera de traer reflexiones que oxigenen el pensamiento, la práctica y el movimiento agroecológico. La potencia de este proceso está en la comprensión del ineludible conflicto entre el capital y la vida de modo tal que la agroecología y el feminismo que construimos son siempre molestos al orden establecido.

De este modo, así como *bell hooks*¹ nos ha recordado que “el feminismo es para todo el mundo”, este libro es para todas y todos que hacen —y las y los que todavía van a acercarse para hacer— de la agroecología un conocimiento, una práctica y un movimiento que abarque a más y más territorios en los campos y las ciudades.

Para iniciar una inspiradora lectura, es bueno recordar que uno de los momentos clave para la articulación regional masiva de las mujeres en la agroecología y desde las bases ha tenido lugar en el Encuentro

1 *bell hooks*. 2017. El feminismo es para todo el mundo. Madrid: Traficantes de Sueños.

de Mujeres Zapatistas en la Selva Lacandona. Allí recordamos que el cielo estrellado es el mismo que tenemos sobre nuestras cabezas donde quiera que estemos, por lo que es apenas cuestión de saber ver por detrás de las luces artificiales y los humos para poder encontrarlo. De cierta forma, este libro y sus relatos nos ayudan a re-descubrir ese cielo.

São Paulo, agosto de 2018

Miriam Nobre

Marcha Mundial de Mujeres

Presentación

El feminismo y la agroecología han caminado por diferentes sendas, pero desde hace un par de décadas han venido coincidiendo en diálogos y prácticas interdisciplinarias, en algunos momentos con tensión y otros con consonancia y mayor cercanía. Por un lado, han entendido que la destrucción de la naturaleza evidencia el vínculo entre el capitalismo y el patriarcado, ambos con efectos muy negativos para la población en general, pero sobre todo para las mujeres porque, como lo ha planteado Silvia Federici (2014)¹, ellas están directamente asociadas con la reproducción de la vida por haber sido históricamente proveedoras cotidianas de alimentos, agua y energía. Por otro lado, ambas perspectivas —agroecología y feminismos— buscan mejores las condiciones de vida, considerando que es necesario y urgente la restauración y preservación de la naturaleza, la gestión integral de los territorios y la transformación de las relaciones entre los géneros.

Muchas de estas experiencias han iniciado en espacios locales con abundante presencia de mujeres, que van desapareciendo en la medida que la representación y la movilización se dirige hacia las instancias públicas de los niveles más altos, dado que ellas tienen que enfrentar distintas barreras para participar y tomar decisiones.

Atendiendo a la convocatoria de la Sociedad Científica Latinoamericana de Agroecología (SOCLA), el Grupo de Trabajo *Mujeres, Agroecología y Economía Solidaria* del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO) junto con otras agroecólogas, nos propusimos organizar este libro con el objetivo de compilar diversos análisis sobre la práctica agroecológica de mujeres en diferentes países de América Latina. Este recuento consiste en estudios de caso que transitan entre lo internacional, lo nacional y lo local con el propósito de visualizar a la agroecología en diferentes escalas a partir de un enfoque de género y feminista.

Los capítulos integran —en la descripción y reflexión de los casos— elementos del marco teórico-metodológico de la agroecología y de los estudios feministas a fin de explicitar las sinergias entre ambos desde la perspectiva del cuidado y sostenimiento de la vida. Con base a lo anterior, la integración que propone “mujeres-agroecología” contribuye al reconocimiento y estudio de un tema aun insuficientemente documentado, pero relevante para el alcance del bienestar integral. Adicionalmente, el abordaje del libro en su conjunto, aporta en la formulación de argumentos sobre el alcance de la eficiencia productiva, la economía solidaria, la gestión sustentable de la tierra y del territorio, y la soberanía alimentaria mediante procesos protagonizados por mujeres que practican la agroecología. Este trabajo colectivo reúne un conjunto de 12 artículos, con experiencias de siete países, además de una experiencia de articulación internacional. Todos estos aportes buscan, desde diferentes puntos de vista, aportar en el fortalecimiento y visualización de la participación de diversos grupos de mujeres en sistemas agrícolas sustentables.

El contenido del libro es muy vivencial a partir de los testimonios de los/as protagonistas de las experiencias así como de los/as co-autores/as que las sintetizaron desde investigaciones empíricas y participativas. El libro también es crítico y desafiante ante diferentes abordajes de las disciplinas de estudio en las que se enfoca, así como de las instituciones y estructuras sociales que relegan históricamente a las mujeres a un rol de anonimato y a un espacio de invisibilización. Sin embargo, en sus páginas también se encuentran propuestas que nacen de la profunda convicción de que uno de los caminos hacia el bienestar respetuoso e integral es la agroecología,

1 Federici Silvia. 2014. Sobre capital, colonialismo, mujeres y prácticas alimentarias. Entrevista. Disponible en <http://old.sinpermiso.info/articulos/ficheros/sf.pdf>

fortalecida desde sus múltiples vertientes y las cuales requieren dialogar de manera más contundente con los temas relacionados con las mujeres. A este respecto, valoramos la apertura de SOCLA para la realización de publicaciones como esta, y la activa participación de los/as miembros del Grupo de Trabajo *Mujeres, Agroecología y Economía Solidaria* CLACSO para materializarla.

En el primer capítulo, Helda Morales y colaboradoras abordan la situación y posicionamiento de las mujeres en ámbitos académicos y científicos de la agroecología. Inicialmente presentan los datos de la participación, en calidad de estudiantes y profesoras, en programas universitarios de agroecología en América Latina, así como en eventos de SOCLA. Su análisis muestra que esta área del conocimiento atrae a muchas mujeres, con paridad a nivel de pregrado, pero no a nivel del profesorado. De igual forma, señalan que la participación de mujeres en los eventos de congresos científicos es alta en las ponencias orales y de carteles, así como en los comités organizadores, pero se reduce dramáticamente en las ponencias magistrales y la docencia en cursos. En el segundo apartado analizan dieciocho entrevistas realizadas a profesoras que trabajan en agroecología, quienes dan testimonio de haber sentido discriminación, falta de reconocimiento, subestimación y doble carga de trabajo. En el tercer apartado presentan la *Alianza de Mujeres en Agroecología* (AMA-AWA) desde su origen, su trayectoria y lucha por la equidad de género en distintos espacios académicos, gremiales y de movimientos sociales. Concluyen que la participación, visibilización y reconocimiento de las mujeres es indispensable para el avance y escalamiento de la agroecología, así como para la construcción de una sociedad justa en todas sus esferas.

En el segundo capítulo Gloria Zuluaga y co-autoras presentan la participación de las mujeres en la construcción de la agroecología en Colombia desde tres ámbitos: en las organizaciones campesinas, en las ONG y en los espacios académicos. A partir de su recuento, muestran un amplio abanico de experiencias en diferentes geografías y espacios de producción, consumo, comercialización, movilización política y generación de conocimiento ambiental y agroecológico. Señalan que, aunque la participación femenina es numerosa, ha sido borrosa en unos casos y en otros tensa, difícil o invisibilizada. Plantean que tanto las iniciativas de organizaciones campesinas como las de ONG han generado beneficios tangibles para los grupos involucrados en lo relacionado con las condiciones materiales de vida y en la participación tendiente a su empoderamiento. Concluyen que las mujeres son actores clave para el escalonamiento de la agroecología, por lo que es urgente y necesario involucrarlas de manera comprometida y sistemática en los procesos que ello involucra. Finalmente, concluyen que para alcanzar este fin es imprescindible superar las concepciones que anclan a las mujeres en roles fijos y naturalizados, y las perciben por su género como víctimas pasivas, o esencializan su condición de cuidadoras.

En el capítulo siguiente Sarah Luiza Moreira y colegas llaman la atención sobre la presencia femenina en los movimientos agroecológicos en Brasil, en una línea del tiempo que parte desde la década de 1980 hasta la actualidad. El insumo más importante que sirvió de base para el capítulo fue producido colectivamente durante el taller *Memoria de las Mujeres en la Agroecología*, realizado en el VI Congreso Latino Americano de Agroecología (Brasilia, 12-15 de septiembre de 2017), organizado por Grupo de Trabajo de Mujeres de la Articulación Nacional de Agroecología y el Grupo de Género de la Asociación Brasileña de Agroecología. En esta actividad participaron aproximadamente cien mujeres de distintos lugares de Brasil, integrantes de experiencias de base, movimientos de mujeres, feministas, académicas y personas de diferentes ONG. El texto hace evidente que es posible romper con los paradigmas dominantes de reconstrucción de eventos históricos, escuchando y dando importancia a lo que dicen las mujeres involucradas en ellos.

Marta Chiappe, a partir de un estudio exploratorio, analiza cómo las mujeres que participan en experiencias con enfoque agroecológico en Uruguay visualizan la contribución de la agroecología en su empoderamiento, y cuáles son las limitaciones que deben enfrentar para lograrlo. Inicia con una presentación del concepto de empoderamiento enfocado a las mujeres y a las niñas rurales. Posteriormente, plantea cómo la agroecología puede mejorar su condición y fortalecerlas en la medida que se adopte un abordaje feminista. Concluye indicando que, si bien la agroecología puede fortalecer la autonomía de las mujeres, también puede presentar limitaciones en particular por el contexto donde llevan a cabo las prácticas agroecológicas, dado que este siendo influenciado por las relaciones tradicionales de género.

A continuación, Esteban Martínez y colaboradores/as, desde México presentan los hallazgos de una investigación realizada en las comunidades mayas de Hopelchén, en Campeche. El capítulo analiza las diferencias entre apicultoras y apicultores en función de diversos indicadores: acceso a la tierra, división del trabajo por géneros, ingresos y percepciones sobre problemáticas relacionadas con sus prácticas productivas. Los resultados muestran que estos/as campesinos/as aún desarrollan prácticas ancestrales, entre ellas la milpa, junto con el aprovechamiento de miel de abejas nativas sin aguijón. Señalan que las relaciones de género en el sistema productivo se han ido transformando, bien sea por la intervención del Estado o por la intensificación en el uso de tecnologías agrícolas de gran escala, lo que ha generado un desplazamiento de las mujeres fuera de la milpa. Así, ellas acabaron por incursionar en la apicultura comercial por cuenta propia. Se concluye que las apicultoras enfrentan dificultades como la no titularidad de la tierra y el incremento en su carga de trabajo; sin embargo, el generar sus propios ingresos les brinda satisfacción y presencia en la comunidad.

El artículo de María de los Ángeles Arias tiene como objetivo analizar dos experiencias protagonizadas por mujeres en la Amazonia Oriental brasileña. La autora señala que este territorio está marcado por conflictos socio-ambientales derivados del avance de las dinámicas del capital con el apoyo de políticas neo-desarrollistas. La disputa por el territorio acrecienta la agencia de diversos actores sociales, entre ellos, mujeres que tienen la agroecología como filosofía de vida, modo de ser, de existir y de relacionarse con el territorio amazónico. Se concluye que la visión agroecológica está ligada a saberes tradicionales mediante prácticas que vinculan históricamente a las mujeres al cuidado y a la responsabilidad con la reproducción social de la vida, y con su agencia construida en solidaridad en defensa del territorio frente al modelo dominante de base capitalista y patriarcal.

Aymara Llanque y co-autoras compilan y analizan la experiencia de mujeres rurales de Bolivia quienes realizan la producción y comercialización de base agroecológica. Su trabajo es esencialmente testimonial integrando los resultados de cinco diferentes estudios que cubren seis eco-regiones del país. Desde los elementos provistos por la sustentabilidad de la vida, la economía del cuidado y la agroecología, analizan la participación de las mujeres en la esfera reproductiva, en el trabajo y participación pública, y en la producción y comercialización bajo principios agroecológicos. Desde el amplio espacio geográfico y biocultural que abarcan sus hallazgos, encuentran y concluyen que la agroecología es una estrategia efectiva, factible y adaptada al contexto de múltiples desafíos de las mujeres rurales; empero, que esto es insuficiente para visibilizar y fortalecer a las mujeres dado el histórico contexto patriarcal y la superposición de los usos y costumbres rurales sobre los derechos adquiridos por las mujeres. Con base a ello, afirman que el diálogo entre la agroecología y los feminismos es una prioridad epistemológica para que de manera complementaria ambos avancen hacia sus objetivos de bienestar integral, inclusivo y resiliente.

Liliam Telles y colaboradoras presentan la investigación realizada en la región sureste de Brasil, en la cual se hizo una sistematización y un análisis de la contribución monetaria y no monetaria de las agricultoras agroecológicas, teniendo en cuenta sus actividades dirigidas al autoconsumo, donación, intercambios y comercialización de productos. Los datos fueron recolectados por medio de una herramienta pedagógica y metodológica llamada *Caderneta Agroecológica*. El análisis de los datos se basa en la conexión de dos corrientes teóricas: la economía feminista y la sociología económica. Ambas cuestionan las bases de la economía neoclásica, afirmando que esta no puede ser reducida a los mercados ni valoraciones monetarias. Esta perspectiva teórica posibilita aportar interesantes insumos analíticos para una mirada crítica sobre la economía y sobre el trabajo de las agricultoras agroecológicas. Su abordaje y resultado posibilitan dar visibilidad a la contribución económica de las mujeres desde la agroecología y, sobre todo, a la importancia de sus actividades no monetarias ni monetarizadas, las cuales son fundamentales para el fortalecimiento del tejido social en la construcción de otras formas de sociabilidad en la relación con la vida y con la naturaleza.

Juliana Merçon y co-autoras analizan las motivaciones, retos y aprendizajes que encuentran las mujeres de la Red Chiapaneca de Huertos Educativos y la Red de Huertos Escolares y Comunitarios de Xalapa, México. Las autoras señalan el importante papel de estos espacios en la educación popular de la agroecología. De sus reflexiones se destacan la necesidad de reconocimiento oficial desde el sistema educativo nacional del huerto escolar como herramienta pedagógica y de la importancia de articular los aspectos técnicos de su práctica agroecológica con la dimensión socio-política de las redes, así como de visibilizar y politizar la amplia presencia de mujeres en esta labor.

Ana Dorrego analiza dos experiencias de mujeres campesinas en los Valles de Bolivia sobre producción y comercialización de productos agroecológicos. Bolivia es uno de los pocos países que ha incluido en su Constitución Política del Estado la seguridad y soberanía alimentaria como uno de los principales caminos para alcanzar el Vivir Bien. En este contexto político —y ante un fenómeno de feminización de la agricultura campesina e indígena, el cual es aún poco estudiado— este artículo plantea, en primer lugar, pensar la producción y comercialización agroecológicas desde la propuesta de la soberanía alimentaria como un camino hacia el Vivir Bien. Señala que ambas actividades permiten satisfacer algunas de las necesidades e intereses de las mujeres respecto a la capacitación, la salud, el cuidado y la conservación de la agrobiodiversidad y los saberes tradicionales. La autora otorga cierto énfasis en el “Comer Bien” que, desde la perspectiva de las mujeres entrevistadas, implica la diversidad en la producción y, por tanto, en el autoconsumo basado en una alimentación saludable. Finalmente concluye que la agroecología aporta elementos para el fortalecimiento de las mujeres y con ello la valoración y visualización de su trabajo.

María del Carmen Peregrina realiza una indagación e interpretación sobre las experiencias de vida de algunas de las socias de la Fundación Entre Mujeres, una organización de mujeres campesinas de Nicaragua. Relata y analiza las desigualdades de género y la violencia sentida por ellas a través de múltiples mecanismos de poder de origen patriarcal que han vulnerado sus derechos y las han mantenido silenciadas. Subraya que esta estructura de poder también hace presencia en el agroecosistema, a tal punto que este espacio se convierte en problemático para las mujeres por los obstáculos y dificultades para su acceso y gestión. Sin embargo, contraviniendo los imaginarios comunes que pre-asumen su incapacidad, por medio de prácticas agroecológicas las campesinas obtienen mayor rendimiento agrícola que los varones ligados a la agricultura convencional. El capítulo también relata la existencia de discrepancias entre mujeres y hombres sobre el modelo de agricultura a seguir, siendo ellas quienes optan por una agricultura que asegure la sustentabilidad de la vida. Finalmente,

la autora cuestiona la forma en la que operan las desigualdades hacia las mujeres en el escalamiento de la agroecología, lo que necesariamente debe abrir líneas de reflexión e investigación para el futuro.

Para cerrar este libro, tenemos la contribución de Laura De Biase, quien se sumerge en la historia de vida de Nilce de Pontes Pereira do Santos, quilombola, hija de un indígena y una negra, madre de cinco hijos, criada en la tierra. El capítulo cuenta la historia de la vida de esta lideresa femenina y activista del movimiento quilombola, quien protagoniza un proceso de construcción de conocimiento y práctica agroecológica en un contexto territorial complejo, a través de una trayectoria de lucha vivenciada de modo comunitario. El análisis de esta trayectoria sugiere posibilidades de construcción de la concepción de la agroecología en la propia comunidad —resumida en la frase *agroecología es lo que nosotras hacemos*— así como el rol de las mujeres campesinas en este proceso. Esta experiencia además sugiere que el protagonismo femenino es fundamental para que ocurran procesos de construcción autónoma y endógena.

Como podemos apreciar, los artículos que hacen parte de este libro son narrativas elaboradas desde voces y experiencias femeninas que reconstruyen trayectorias —propias o de otras mujeres— desde y con la agroecología. Estas voces además reflexionan sobre problemáticas comunes, procesos colectivos y contextos en clave de género. Con esta compilación, breve en comparación a la amplitud de experiencias existentes, queremos contribuir a visibilizar cómo las mujeres han participado y participan en la construcción de la agroecología en América Latina. A través de este trabajo, esperamos inspirar y a dar voz a sujetos femeninos que en diferentes contextos y como un ejercicio político, han sido silenciados y marginados.

Después de participar en el proceso de compilar un extracto de las vivencias de mujeres, creemos que mediante la agroecología y el economía feminista es posible y necesario reconocerlas como generadoras de saberes, vida y bienestar, esto como un compromiso ético para el cambio social y la construcción de la democracia inclusiva. Compartido esto, esperamos que la *agroecología en femenino* sea una inspiradora lectura.

Medellín, La Paz y Roma, agosto de 2018

Gloria Patricia Zuluaga Sánchez
Georgina Catacora-Vargas
Emma Siliprandi
(Coordinadoras)

A watercolor illustration of tropical plants, featuring large, broad leaves and clusters of small flowers or fruits. The style is soft and painterly, with various shades of green and brown. The plants are arranged in a way that they seem to grow upwards from the bottom of the frame.

Parte I
Mujeres en el escalonamiento de la
agroecología

1

Alianza de Mujeres en Agroecología (AMA-AWA): fortaleciendo vínculos entre académicas para el escalamiento de la agroecología

Helda Morales^{1*}; Gloria Patricia Zuluaga Sánchez^{2*}; María Virginia González-Santiago³; Ivette Perfecto⁴; Silvia Papuccio de Vidal⁵

Introducción

La participación y visibilización de las mujeres es indispensable para el avance y escalamiento de la agroecología (Mier y Terán *et al.* 2018). En este capítulo se abordan la situación y el posicionamiento de las agroecólogas en los ámbitos académicos y científicos, así como algunas contribuciones a partir de la experiencia de la Alianza de Mujeres en Agroecología – Alliance of Women in Agroecology (AMA-AWA) que apuntan a enriquecer desde una perspectiva basada en la equidad y la sustentabilidad de la agroecología.

-
- 1 Profesora-investigadora de El Colegio de la Frontera Sur, San Cristóbal de Las Casas, Chiapas, México. Email: hmoales@ecosur.mx
 - 2 Maestra en Hábitat, Doctora en Recursos Naturales y Gestión Sustentable Profesora Asociada Universidad Nacional de Colombia – Sede Medellín. Área de investigación en género y medio ambiente. Email: gpzuluag@unal.edu.co
 - 3 Profesora-Investigadora de la Universidad Autónoma Chapingo, DEIS-Agroecología, México. Email: mgonzalezs@chapingo.mx
 - 4 Profesora Universidad de Michigan, Ann Arbor, MI, USA. Área de Recursos Naturales y Medio Ambiente. Email: perfecto@umich.edu
 - 5 Ingeniera Agrónoma. Magíster en Ciencias Sociales con mención en Estudios Ambientales (FLACSO, Ecuador). Doctora en Recursos Naturales y Gestión Sustentable (ISEC; Universidad de Córdoba, España). Especialista en Género, Ambiente y Alimentación. Activista ecofeminista. Fundación ECOSUR, Argentina. Email: sylviaavid@yahoo.com
- * Miembro del Grupo de *Trabajo Mujeres, Agroecología y Economía Solidaria* del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO).

Tanto el patriarcado como el capitalismo atraviesan la vida de las personas y las instituciones. En la actualidad, las universidades, los centros profesionales, los proyectos y políticas agroalimentarias y ambientales como todos los ámbitos de nuestra vida, replican en su interior los mecanismos de subestimación hacia las mujeres. Muchas veces esos espacios se creen a sí mismos distintos y alternativos, pero en términos de desigualdades de género, no lo son. Existe una cultura institucional que desconoce o desprecia las capacidades de las mujeres para ocupar posiciones de liderazgo y poder.

La inclusión de diversidad en los ámbitos académicos y científicos no es solo un imperativo moral, sino que también tiene un valor intrínseco para la ciencia. Hay cada vez mayor evidencia de que los equipos diversos son mucho más efectivos que los representados por un solo grupo social, etnia o género, incluso cuando éstos están formados por los expertos más destacados en su campo (Page 2008; 2017). Una academia diversa permite el intercambio de ideas que no está disponible en un ambiente homogéneo. El conocimiento cultural y la creatividad estimulados al reunir a diversas personas provee beneficios tangibles e intangibles para las instituciones (Govendo 2005; Guillaume *et al.* 2013; Sonnenschein 1999). En su libro *The Diversity [Bonus] (El bono de la diversidad)* Scott Page (2017) demuestra cómo la diversidad en la ciencia y otras actividades humanas aumenta la probabilidad de resolver los problemas de nuestra sociedad. Según este autor, la diversidad provee acceso a más talento, mejores soluciones a problemas complejos, y por lo tanto, genera una mejor ciencia. Un primer paso hacia la consecución de esos objetivos es reconocer que las mujeres que participan de la agroecología no constituyen un colectivo homogéneo, sino diverso y plural, con conocimientos, experiencias y demandas específicas.

Varias autoras han señalado cómo la agronomía, disciplina en la que nos formamos muchas de las que hoy nos llamamos agroecólogas, ha sido un mundo de y para hombres. Por ejemplo, la Sociedad Agronómica de América (ASA, por sus siglas en inglés), fundada en los Estados Unidos en 1907, por treinta años fue exclusivamente masculina, por lo que la aceptación de las primeras mujeres no fue fácil. En 1939, el presidente de la sociedad dijo “*Si nuestro ancestro paterno nos hubiese dado un cromosoma X, en lugar de un cromosoma Y, hubiéramos tenido más probabilidades de ser un ayudante de agrónomo que un agrónomo*” (McIntosh y Simmons 2008). En América Latina, las mujeres se involucraron en la agronomía aún más tarde. En México, no fue sino hasta 1971 que la primera mujer se graduó de la Escuela Nacional de Agricultura, hoy Universidad Autónoma Chapingo (Zapata *et al.* 2000). En Colombia, la primera lo hizo en la Facultad de Ciencias Agrarias de la Universidad Nacional de Colombia, cincuenta años después de su fundación, en los años sesenta, Gloria Zuluaga (*En imprenta*). Hoy, muchas mujeres son agrónomas, pero las ideas iniciales de que las ciencias agrarias son áreas masculinas, aún está en nuestro consciente o inconsciente.

¿Será diferente la agroecología que promueve la biodiversidad y el diálogo de saberes (por ejemplo, Altieri y Toledo 2011; Perfecto *et al.* 2009), y que reconoce en teoría que los feminismos son una corriente importante dentro del pensamiento agroecológico? (Rosset y Altieri 2018). Nosotras consideramos que aun la discriminación de género no se visibiliza como un tema central en la agroecología y por lo tanto no se construyen suficientes estrategias para superarla. Con esa inquietud en el 2013 fundamos AMA-AWA y nos planteamos esta pregunta que suele ser incómoda: ¿cómo podemos trabajar consciente y éticamente para crear un ambiente diverso y equitativo en nuestras instituciones académicas y gremiales?

Para ilustrar el tema de género y continuar el debate sobre cómo construir una academia más equitativa que permita el avance de la agroecología, aquí presentaremos datos de la participación de mujeres en los programas académicos, en dicha área, en América Latina y España. Para ello, utilizamos el caso de los congresos de SOCLA, algunos testimonios de académicas agroecólogas, y las acciones que como AMA-AWA hemos emprendido para visibilizar nuestro trabajo y el de nuestras colegas; así como para contribuir al desarrollo de una perspectiva sensible al género que aporte a la construcción de relaciones más equitativas entre varones y mujeres.

Mujeres en programas de agroecología en América Latina y España

Desde 1980, los programas de agroecología han germinado en las instituciones de educación superior y centros de investigación alrededor del mundo (Gliessman 2014). Desde el 2011 hemos recogido datos de las estadísticas de género de algunos de ellos, a nivel de grado y de posgrado de América Latina y España. Estos los hemos obtenido contactando a las coordinaciones de programas, a profesores o estudiantes que participan en ellos o consultando las páginas webs que los hacen disponibles.

De los nueve programas de licenciatura de los que obtuvimos datos. La Figura 1 muestra que tres tienen mayor número de estudiantes mujeres que varones, cuatro tienen igual cantidad (entre 45 y 50%) y únicamente Chapingo tiene mucho menos de la mitad (33%). En promedio, las mujeres representan el 52% del estudiantado de los programas de licenciatura en agroecología. La situación es similar en los casos de maestría y doctorado que analizamos (Figura 2). Solo el doctorado de la Universidad Nacional de Colombia tiene una población estudiantil femenina menor a la mitad (22%). En promedio las estudiantes de posgrados en agroecología son el 53% del total del estudiantado. En otras palabras, los programas académicos de agroecología están atrayendo a muchas mujeres.

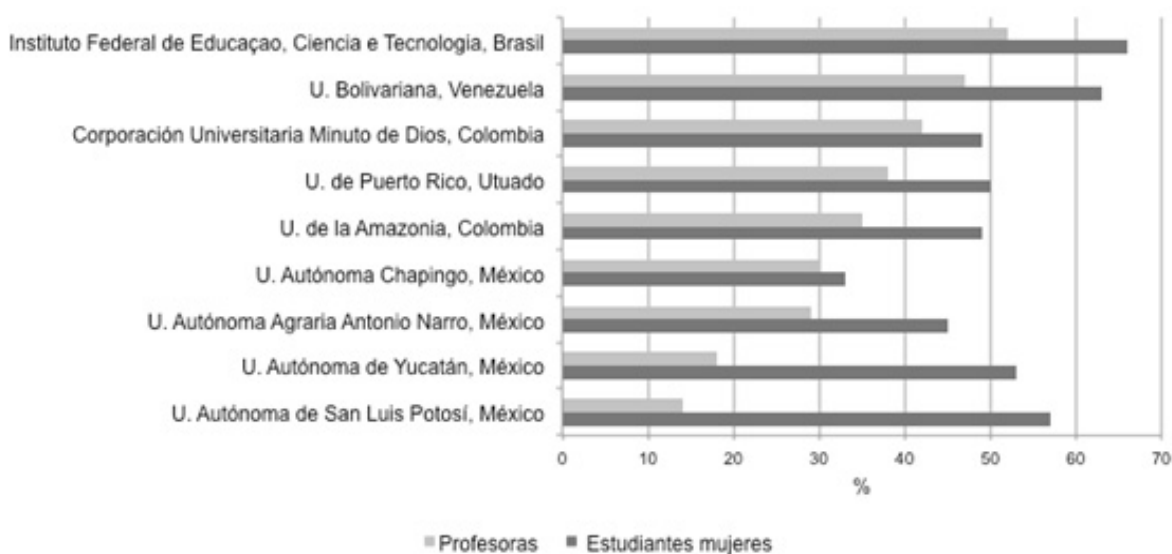


Figura 1. Porcentaje de mujeres estudiantes y profesoras en programas de pregrado en Universidades de América Latina.

Fuente: Elaboración propia con datos recopilados entre el 2011 y 2018 desde: Monje Carvajal *et al.* (En imprenta), y comunicación con el o la coordinadora del programa y/o comunicación con personal docente.

A diferencia de las estudiantes mujeres, la tasa de mujeres profesoras es menor en los programas de agroecología analizados (Figuras 1 y 2). En el caso de los programas de licenciatura, solo el Instituto Federal de Educação, Ciência e Tecnologia de Brasil y la Universidad Bolivariana de Venezuela tienen una planta docente con igual número de docentes hombres y mujeres. La Universidad de Yucatán y la Universidad de San Luis Potosí, en México, tienen muy pocas mujeres docentes (18% y 14% respectivamente) y el resto se comporta más o menos como el promedio de mujeres en la academia alrededor del mundo (33%) (Ordorika 2015). En el caso de los programas de posgrado en agroecología los rangos de porcentajes de mujeres profesoras son más amplios: desde la Universidad Nacional de Colombia con 80% hasta la Benemérita de Puebla en México con ninguna. Aunque hay que notar que en el caso de Colombia, solo el profesor tiene dedicación exclusiva al programa de agroecología y la mujeres dictan cursos una vez al año. El promedio de mujeres profesoras en los programas de posgrado en agroecología analizados es similar al promedio mundial en programas de ciencias (35%).

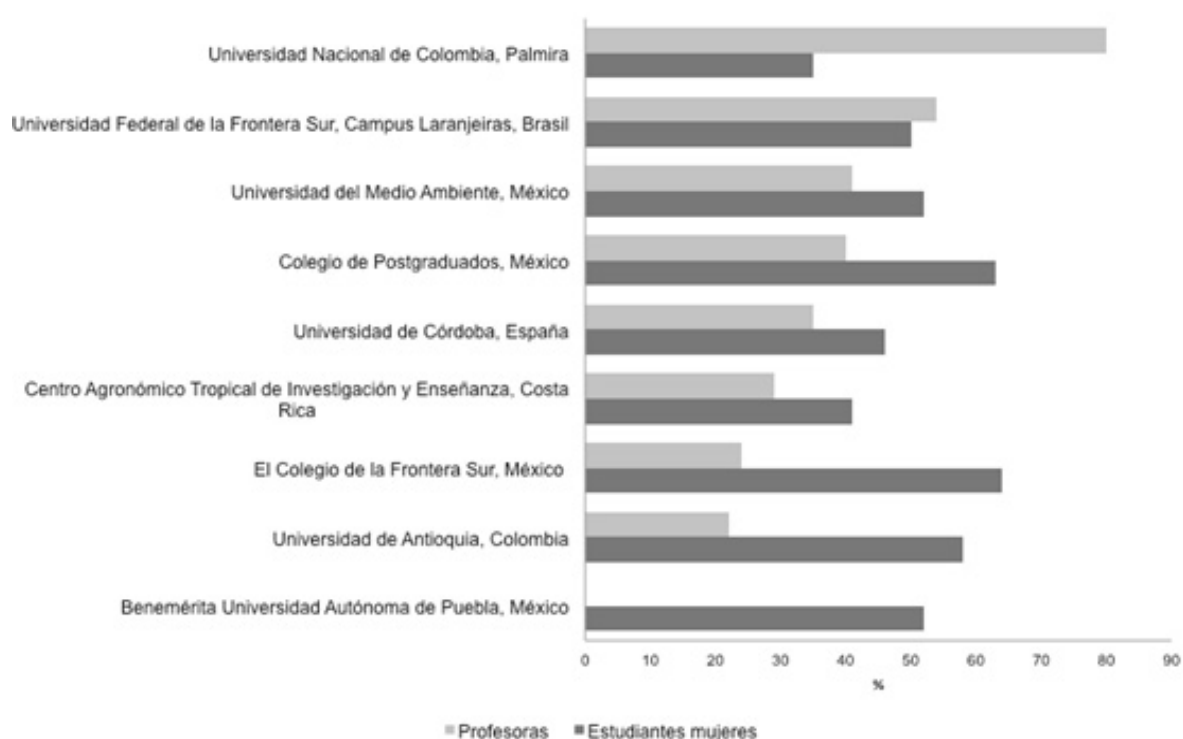


Figura 2. Porcentaje de mujeres estudiantes y profesoras en programas de posgrado de América Latina y España.

Fuente: Elaboración propia con base a información recopilada entre el 2011 y 2018 desde datos de la base institucional de las entidades académicas analizadas, los encontrados en la página web de las instituciones académicas, los proporcionados por personal docente, por comunicación con estudiantes y/o por comunicación con la coordinación de programas de posgrado.

Participación de mujeres en los congresos de SOCLA

La Figura 3 muestra que las mujeres acudimos numerosamente a los congresos de agroecología de SOCLA y participamos en las bases de forma similar a los hombres: hacemos presencia en las ponencias de posters (53%) y ponencias orales (45%). También hemos tenido una alta participación en los comités organizadores locales (49.5%). Sin embargo las mujeres van desapareciendo conforme se avanza en las ponencias principales. En los primeros congresos las ponencias magistrales fueron dadas predominantemente por hombres y en Lima no participó ninguna mujer como ponente magistral. En promedio de todos los congresos de los que tenemos datos, solo 22% de las ponencias magistrales han sido dictadas por mujeres. En los cursos pre-congresos la presencia femenina es aún menor, solo 12% de los docentes han sido mujeres. Esto no es por falta de recurso humano, puesto que la cifra es mucho menor al del porcentaje promedio de profesoras en programas de agroecología de América Latina y España que se señaló arriba (35%).

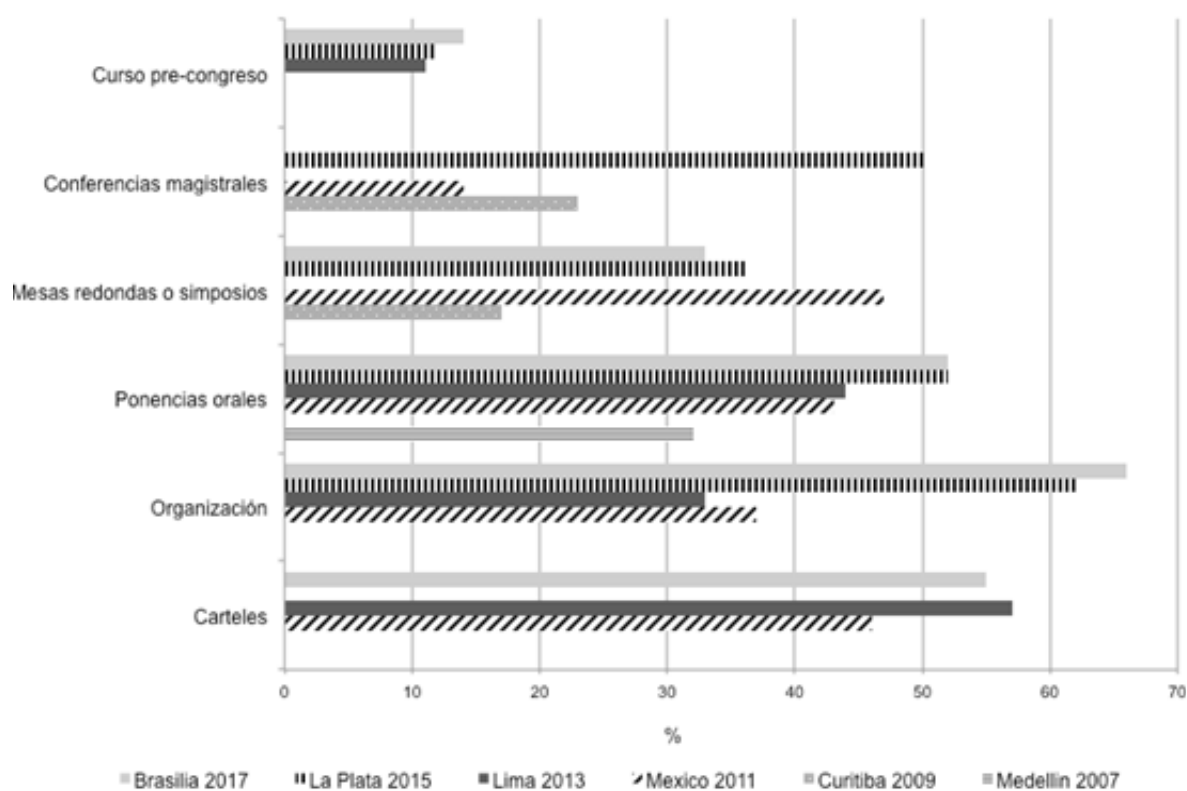


Figura 3. Porcentaje de mujeres que han participado en diferentes actividades de los congresos de la Sociedad Científica Latinoamericana de Agroecología.

Fuente: Elaboración propia con datos obtenidos de las memorias y declaratorias de los Congresos Latinoamericanos de Agroecología.

Distintas investigaciones han mostrado que existe un sesgo de género en contra de las mujeres en los diferentes procesos de evaluación científica y académica. Por ejemplo, Julia Schroeder y sus colegas (2013) documentaron que la evaluación de trabajos en congresos y conferencias, o la invitación a participar en eventos profesionales clave no es neutral. Las mujeres suelen ser menos seleccionadas, lo que además tiene efectos negativos en la posibilidad de establecer redes y contactos para futuras investigaciones y publicaciones. Es

importante anotar que las presentaciones en conferencias científicas brindan beneficios evidentes: son lugares para difundir los resultados de la investigación, adquirir reputación científica, y crear redes con colegas que pueden habilitar futuras oportunidades profesionales (Casadevall y Handelsman 2014).

Según las evidencias recuperadas por Scott Page (2017), la falta de inclusión no permite el intercambio de ideas diferentes que contribuyen al mejoramiento de la ciencia y a resolver problemas complejos, lo que —según nosotras— podría detener el avance de la agroecología.

Debemos de reconocer que SOCLA ha hecho esfuerzos para aumentar la diversidad, incluyendo a agricultores/as y activistas como ponentes en los congresos. También es de celebrar el papel protagonista que han tenido las mujeres en su mesa directiva. En el 2013, durante el IV Congreso en Lima, fue electa Clara Nicholls Estrada como presidenta. Esto fue de gran significado para nosotras y muy simbólico porque su imagen constituye en un referente para muchas mujeres. En el 2015, en el V Congreso en La Plata fue electa como vicepresidenta Georgina Catacora-Vargas, lo que hizo que el núcleo central de la mesa directiva estuviera compuesta por mujeres en un 75%.

Pero otros datos nos han llevado a señalar que existe la necesidad de una política de equidad de género en los congresos y cursos pre-congresos. En el segundo, que se realizó en Curitiba en 2009, solo 19% de las conferencias magistrales (3/13) o las ponencias de mesas (5/24) fueron ofrecidas por mujeres (Figura 3). Esto provocó que en el panel sobre género y agroecología se emitiera una declaración (Declaratoria de Curitiba) titulada *Por una agenda que valore el papel de las mujeres en la agroecología*. En dicho panel participaron representantes de la Asociación Brasileña de Agroecología (ABA), la *Articulação Nacional de Agroecologia* de Brasil (ANA), el Movimiento Agroecológico Latinoamericano y del Caribe (MAELA) y SOCLA, quienes llegaron a varios acuerdos para valorizar el trabajo de las mujeres en la agroecología. Dos de estos fueron: “asegurar por lo menos el 50% de participación de mujeres en todos los espacios políticos relacionados con la agroecología” en general y, “buscar mayor participación de mujeres en todos los debates que se realizaran en los próximos congresos” de agroecología en particular (Aguiar *et al.* 2009).

Estos acuerdos fueron dados a conocer al comité organizador del III Congreso Latinoamericano de Agroecología realizado en México en 2011, por lo que se acordaron cuatro acciones para poner en práctica el avance hacia la equidad de género, a través de: (1) abrir el Congreso con la ponencia magistral de una mujer mexicana: Marta Astier; (2) organizar mesas redondas con equidad de género (en las mesas 47% fueron mujeres); (3) organizar en el auditorio principal la Mesa *Contribuciones de las mujeres al avance y consolidación de la agroecología*; y (4) incluir el nombre completo de las y los autores en los trabajos para dar visibilidad a las mujeres que aportan con trabajos académicos. Desde entonces, se ha continuado informado y solicitado que se cumplan esos acuerdos.

Afortunadamente, en los últimos dos congresos es notorio el esfuerzo que se ha hecho para que se escuchen las voces de las académicas en las charlas principales, pero la respuesta parece depender de la buena voluntad y de la consciencia de género de los comités organizadores locales. En el V congreso celebrado en La Plata, el 50% de las ponencias magistrales fueron impartidas por mujeres, aunque dos de ellas fueron al mismo tiempo que las ponencias magistrales de colegas hombres a quienes se les programó en el auditorio principal. En el VI Congreso en Brasilia, el comité organizador acordó que se eliminarían las ponencias magistrales

para favorecer la equidad y que todas las mesas contarían con la participación de mujeres. Sin embargo, ello no ocurrió en la mesa de la historia de la agroecología. Esto provocó que varias mujeres irrumpieran en la sala con pancartas para manifestar su descontento. La protesta influyó, sin duda, para que la carta agroecológica de SOCLA en el cierre afirmara que *“los miembros de SOCLA en nuestra Asamblea en Brasilia, hemos reconocido y comprometido, con la lucha a dismantelar el patriarcado, el racismo y otras formas de exclusión dentro del sistema alimentario”* (Nicholls 2018).

Algunas voces sobre la discriminación

Además de cuantificar la participación de las mujeres en programas y eventos académicos, consideramos importante conocer el sentir de algunas de estas agroecólogas. En seguimiento a la Declaratoria de Curitiba, entrevistamos a 18 mujeres académicas que trabajan en la agroecología en universidades de Argentina, Brasil, Cuba, Guatemala, México, Venezuela, España y los Estados Unidos para conocer algunas opiniones. El propósito de estas entrevistas fue tener una aproximación a las percepciones de académicas agroecólogas, con el fin de tener insumos para los procesos de reflexión sobre las dinámicas institucionales desde una mirada de género.

Sesenta por ciento dijeron que se han sentido discriminadas, pero no saben si por ser mujer o por ser joven, por su etnia, por sus ideas políticas o hasta por ser agroecólogas. Cuarenta por ciento indicaron ser discriminadas por sus colegas, por la estructura académica y hasta por la ley por el hecho de ser mujer: *“Consideran que el campo no es lugar para mujeres. Aunque el machismo está mal visto, todos los ámbitos laborales y estratos sociales están cruzados por el machismo, incluso las leyes”*, menciona una de las entrevistadas.

Cincuenta y nueve por ciento mencionaron que por el hecho de ser mujeres, el trato que reciben de los colegas es distinto, y veintinueve por ciento manifestaron que no se sienten escuchadas o que su trabajo no es reconocido como el de sus compañeros varones. En algunos casos, la estrategia es desarrollar un enfoque y estilo de trabajo diferente. Por ejemplo, una de las entrevistadas manifestó: *“Busco cultivar un ambiente social menos jerárquico, más centrado en el intercambio y en el pensamiento crítico que en la autoridad vacía”*.

Cincuenta y tres por ciento de las que respondieron a la entrevista han ocupado cargos de liderazgo, aunque varios de ellos fueron calificados por ellas mismas como menores o no remunerados. Algunas dijeron que no quieren ocupar cargos de dirección porque no se sienten cómodas. Una manifestó que, aunque no está nombrada en esta función, termina haciendo gran parte del trabajo de conducción de su institución: *“Realizaba el trabajo detrás del telón como se dice... trabajo de coordinación, organización y control, en ausencia del Director del Centro y Coordinador de la Maestría, que era bastante frecuente por los postgrados y otras actividades en el extranjero. Yo era la que hacía todas las actividades de coordinación sin ser miembro del Comité Académico”*.

El trabajo de campo puede ser más complicado para las mujeres. Treinta y cinco por ciento de las entrevistadas se han sentido en desventaja porque los productores no las escuchan. Una de ellas manifestó: *“Cuando él decía lo mismo que yo, se le prestaba atención y se tenía en cuenta, por lo que tomamos como estrategia que yo le decía lo que tenía que decir”*. En este punto cabe aclarar que él era veterinario y carecía de conocimientos agronómicos.

Cincuenta y nueve por ciento indicaron que se les hace más difícil practicar su profesión porque no pueden ir solas al campo por la falta de seguridad. Por ejemplo, una de ellas dijo: “*Siempre debo estar alerta cuando estoy sola en el campo, ha habido caso de asaltos y violaciones*”.

En cuanto a su relación con los y las estudiantes, veintitrés por ciento no se han sentido respetadas por los estudiantes. Una de las entrevistadas manifestó: “*Los estudiantes respetan mucho más el tiempo de los profesores hombres que el de las mujeres. A veces, estudiantes de profesores vienen a mí para pedirme cartas de recomendación porque sus asesores están demasiado ocupados y no quieren molestarlos*”.

Para muchas mujeres parte del problema es el reparto desigual del trabajo doméstico y parental que lleva a una incompatibilidad del trabajo académico y científico con el matrimonio y la maternidad (Zuluaga *en imprenta*). Otra encuesta realizada por una de nosotras en el 2005 (Morales 2007) muestra este problema de la doble carga de trabajo en la casa y en la academia. La encuesta no revela diferencias en la productividad académica entre hombres y mujeres; sin embargo, las últimas invertían veintiocho por ciento más tiempo que los varones en los quehaceres domésticos y el cuidado de los niños.

Un doce por ciento de las entrevistadas manifestaron que sienten que las ven mal por tener horarios apretados por ser madres: “*El hecho de ser madre y de querer regresar a casa lo antes posible por la tarde creo ha sido un poco difícil de comprender por parte de mis colegas hombres*”. Otra entrevistada mencionó: “*Mis colegas hombres, casi todos tienen esposas que se quedan en la casa cuidando los niños y atendiendo todos los asuntos domésticos. Es obvio que si una persona no tiene que dedicar tiempo a esos otros quehaceres, tiene más tiempo para dedicarse a su trabajo y puede sobresalir en su carrera académica*”.

El trabajo dual, doméstico y académico ha hecho que la carrera de muchas mujeres se desarrolle más lentamente que la de los varones: “*Mi carrera, por lo mismo, sí se ha visto afectada ya que ha ido mucho más lenta que mis colegas hombres. Los estudios de posgrado mucho más despacio y siempre he llegado más tarde a todo y [...] no pude acceder a la beca de posdoctorado de la UNAM porque tenía más de 35 años...*”

Este sentir de discriminación por supuesto que no es exclusivo del espacio académico dedicado a la agroecología. Existe un sistemático desconocimiento y subvaloración de las mujeres en la ciencia, la tecnología y los sistemas de educación superior, conocido como “Efecto Matilda” y descrito por la historiadora de la ciencia Margaret Rossiter en 1993 (Jones *et al.* 2014). Rossiter retomó al sociólogo Robert Merton, **quien** denominó “Efecto Mateo” a la tendencia que existe en las instituciones científicas a concentrar los recursos, los mejores puestos de trabajo, las publicaciones y/o los premios en manos de los investigadores que ya han alcanzado reconocimiento, dificultando que otros investigadores accedan al sistema de recompensas. Merton, como analogía se refiere al evangelio según San Mateo que dice: “*A todo el que tiene se le dará y le sobraré, pero al que no tiene, aun lo que tiene se le quitará*”. Rossiter⁶ (citada en Lincoln *et al.* 2012) planteó que las científicas son más vulnerables al Efecto Mateo, dado que ser mujer resta inadvertidamente puntos al currículo científico, y afecta incluso el espacio en los laboratorios y el acceso a becas u otros recursos. A esta situación la denominó Efecto Matilda en honor a la sufragista neoyorkina de finales del siglo XIX que identificó y denunció la invisibilización de las mujeres y sus méritos en varios contextos sociales. Rossiter

6 Rossiter Margaret. 1993. The Matthew Matilda effect in science. *Social Studies of Science* 23(2):325-341.

ofrecía además una larga lista de ejemplos de científicas a las que el sistema de recompensas de la ciencia, incluidos los premios, trataba injustamente por su sexo.

Pero el que sea común en las ciencias y en la educación superior, no lo hace aceptable y mucho menos en la agroecología que es una ciencia que promueve la diversidad y el diálogo de saberes. Las voces de las 18 mujeres agroecólogas académicas entrevistadas sugiere que la discriminación sexual ha sido una realidad para muchas de ellas y probablemente lo sigue siendo, así como para las nuevas generaciones de agroecólogas.

Historia y acciones de AMA-AWA para lograr la equidad y el avance de la agroecología

En marzo del 2013 nos reunimos un grupo de mujeres agroecólogas en el sur de Chiapas, México. Decidimos reunirnos porque estábamos preocupadas por la falta de reconocimiento y visibilización de las mujeres académicas en las áreas de desempeño. Con particular preocupación veíamos que a pesar que la agroecología es una ciencia que se funda en la inclusión y reconoce la diversidad y el diálogo de saberes, no visibiliza suficientemente a las mujeres.

La iniciativa partió de tres académicas: Ivette Perfecto, profesora de la Universidad de Michigan, Stacy Philpott de la Universidad de California, y Helda Morales de El Colegio de la Frontera Sur, México. Acudieron al llamado Lorena Soto de El Colegio de la Frontera Sur, Virginia González Santiago de la Universidad Autónoma Chapingo, María Elena Martínez Torres del Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología (México), Deborah Letourneau de la Universidad de California, Mariangie y Olgaly Ramos de la Universidad de Puerto Rico.

Durante los cuatro días que nos reunimos en el convivio-taller, cada una expuso su trabajo docente e investigativo. Reflexionamos sobre los problemas de reconocimiento de las mujeres agroecólogas y buscamos posibles soluciones. Elaboramos una línea del tiempo sobre la participación de mujeres en la agroecología desde sus inicios. Recordamos las dificultades por los contextos competitivos y hostiles durante nuestra experiencia en la época como estudiantes. Por ello, nos planteamos la necesidad urgente de construir ambientes de solidaridad, donde las estudiantes puedan tener otras experiencias menos adversas. También nos planteamos construir estrategias de visibilización y posicionamiento en distintos espacios académicos y científicos. Decidimos empezar a participar en una forma más activa y visible en los congresos de SOCLA, dado que la mayoría somos asociadas. Así decidimos formar “AMA-AWA”^{7,8}. Los objetivos que nos trazamos desde esta primera reunión fueron: (1) aumentar la visibilidad de las contribuciones de las mujeres en la ciencia de la agroecología, (2) promover el desarrollo de las futuras generaciones de agroecólogas, y (3) motivar alianzas entre mujeres vinculadas a la producción agroecológica y sus organizaciones. A continuación, presentamos una reseña de las acciones y logros que hemos tenido desde el 2013.

Una de las primeras acciones que hicimos, fue solicitar a los organizadores del IV Congreso de SOCLA, realizado en Lima, Perú en el año 2013, un espacio para presentar los objetivos de AMA-AWA y la problemática discutida en México. Al inicio el comité organizador no entendía la necesidad de incluir el

7 http://scelysan.wixsite.com/ama-awa/us?from_fb=1

8 AMA-AWA Mujeres en Agroecología <https://www.facebook.com/groups/451054654964237/>

tema de género en el congreso, pero logramos que abrieran un espacio para reconocer el trabajo de las mujeres en el ámbito de los movimientos sociales, la academia, la investigación y la divulgación. Para ello elaboramos diez afiches sobre mujeres agroecólogas que exhibimos en un espacio visible durante el congreso. Estos afiches fueron acompañados por una presentación sobre cada una de estas mujeres a través de fotos, de datos sobre su trabajo y de su contribución a la agroecología. Ésta fue una experiencia muy importante de reconocimiento de los logros de mujeres que en el día al día contribuyen a la agroecología (Tabla 1). Organizamos también el simposio *Mujeres en Agroecología: retos, avances y propuestas para la sustentabilidad de la Agroecología*. Como parte del simposio se realizó una dinámica donde los participantes iban nombrando a otras mujeres que han aportado a la agroecología desde distintas esferas. El resultado fue que con gran entusiasmo las asistentes llenaron fichas con cuantiosos datos. Para nosotras fue muy gratificante que la sala estuviera repleta de mujeres y hombres de distintas edades y procedencias, con mucho interés en el tema, en un ambiente cálido y constructivo.

Tabla 1. Reconocimiento de AMA-AWA durante el IV Congreso Latinoamericano de Agroecología de SOCLA (Lima, Perú, 2013) a mujeres por contribuir a la construcción de la agroecología.

Nombre y País	Área de trabajo
Ana Primavesi, Brasil	Profesora de manejo ecológico del suelo y recuperación de áreas degradadas. Contribuyó a la comprensión de la tierra como un organismo vivo y con diferentes niveles de interacción con la planta.
Ana Elisa Pérez Quintero, Puerto Rico	Líder en agroecología, productora-investigadora, impulsora de proyectos de desarrollo agrícola comunitario y de campesino a campesino.
Gabriela Susana Villanueva, Argentina	Miembro de la Organización de Encuentros de Jóvenes de Argentina. Participante en emprendimientos en apicultura y huertas agroecológicas, e impulsora de procesos de transición hacia la producción sustentable.
Laurie Drinkwater, Estados Unidos	Profesora de agroecología y ciencia integral de plantas en la Universidad de Cornell, Nueva York. Investigadora de los ciclos de nutrientes en agroecosistemas con énfasis en carbono y nitrógeno.
Lylian Rodríguez J., Colombia	Investigadora de la Fundación CIPAV en Cali, Valle del Cauca, Colombia. Productora agropecuaria de pequeña escala en la Finca Ecológica TOSOLY. Consultora independiente, investigadora y directora de la Fundación para la Producción Agropecuaria Tropical Sostenible.
María del Carmen Álvarez Ávila, México	Profesora e investigadora del Colegio de Postgraduados en México, desde 1980. Con experiencia en microempresas, agricultura familiar, autogestión comunitaria y agricultura orgánica en solares tropicales en comunidades rurales y periurbanas.
Marta Monzote Fernández, Cuba	Investigadora del Ministerio de la Agricultura de Cuba. Estudió la relación eco-fisiológica de las asociaciones de leguminosas y gramíneas en pastizales bajo condiciones tropicales.

Fuente: Elaboración propia.

Otro logro del evento fue el que muchas mujeres de distintos lugares del mundo se interesaron por AMA-AWA y nuestros espacios de interacción virtual, aportando a ellos con ideas, documentos y noticias.

Después de Lima, en el año 2016, AMA-AWA realizó su segundo encuentro organizado por nuestras colegas de la Universidad de Puerto Rico con sede en Utuado, donde hay una carrera en agricultura sustentable, única en todo el Caribe. En el marco del encuentro, se organizó un seminario con el objetivo de socializar y discutir los aportes del trabajo de cada una de las participantes, en su mayoría en la academia. Al seminario asistieron personas interesadas en renovar la agricultura en Puerto Rico, incluyendo activistas como agricultoras de la organización Boricuá⁹.

Después del seminario, realizamos una reunión las asociadas a AMA-AWA con el fin de compartir las experiencias personales en nuestras universidades y centros de investigación. Para las más adultas estuvo muy presente la dificultad y la necesidad de combinar la actividad científica con los asuntos personales, sobre todo lo relacionado con las familias. Para las más jóvenes fue cómo abrirse paso en un mundo con discriminación de género no reconocido a nivel institucional ni personal por los compañeros y colegas. En este encuentro además de las discusiones políticas y académicas, se generó un ambiente de sororidad entre nosotras.

Fue en el V Congreso Latinoamericano de Agroecología en La Plata, Argentina, en 2015, donde AMA-AWA empezó a cosechar frutos visibles. Logramos buenas alianzas con el comité organizador que se mostró muy receptivo a la incorporación del enfoque de género y luchó por la visibilización de las mujeres en la agroecología. Así, por primera vez en los congresos de SOCLA hubo equidad de género en las ponencias magistrales del evento. Además, se organizaron varias mesas y espacios de trabajo para discutir los vínculos entre género y agroecología, y se expusieron afiches de ocho mujeres y su trabajo desde las parcelas, la academia y las ONG (Tabla 2). Entre las actividades del congreso, se presentó el libro *Género, agroecología y soberanía alimentaria. Perspectivas ecofeministas* coordinado por Emma Siliprandi y Gloria Zuluaga, que recoge reflexiones teóricas y experiencias de América Latina y España. En ese mismo espacio se organizó una exposición de libros y artículos escritos por mujeres, así como un simposio sobre la importancia del enfoque de género en la agroecología. Además se realizó un taller orientado a seguir documentando la historia de la participación de las mujeres en la agroecología. Este último fue un espacio maravilloso, con una alta participación de jóvenes de ambos sexos, lo que nos llena de esperanza por el compromiso en las nuevas generaciones con la equidad. Igualmente, se realizó un taller sobre agroecología y ecofeminismo donde participamos con exposiciones Ana Broccoli, Gloria Zuluaga y Silvia Papuccio de Vidal.

⁹ Boricuá es una organización puertorriqueña que promueve la Agroecología desde hace mas de 25 años y está vinculada a la Vía Campesina. Mayor información en <http://organizacionboricua.blogspot.com/p/quienes-somos.html>

Tabla 2. Reconocimiento de AMA-AWA durante el V Congreso Latinoamericano de Agroecología de SOCLA (La Plata, Argentina, 2015) a mujeres por contribuir a la construcción de la agroecología.

Nombre y País	Área de trabajo
Alba González Jácome, México	Profesora e investigadora emérita de la Universidad Iberoamericana, con aportes desde la antropología ecológica y la historia ambiental que son relevantes para el desarrollo de la agroecología a través del estudio de la historia de la agricultura y de los huertos. Ha contribuido al estudio de los agroecosistemas tradicionales en Tlaxcala.
Clara Nicholls Estrada, Colombia	Investigadora asociada del Centro para el Estudio de las Américas (CENSA) y profesora en la Universidad de California – Berkeley desde el 2004. Su trabajo se ha centrado en la biodiversidad, control biológico plagas y resiliencia socio-ecológica al cambio climático. Se ha vinculado como profesora en muchos posgrados a nivel latinoamericano y europeo. Presidenta de la Sociedad Científica Latinoamericana del 2013 al 2018.
Diana Martínez, Nicaragua	Impulsora del movimiento agroecológico en el norte de Nicaragua. Creó la Fundación Entre Mujeres y la Cooperativa agroecológica Las Diosas. Su modelo de trabajo se basa en la recuperación y custodia de semillas criollas, en la diversidad de cultivos y en lo que ha llamado “los rincones del conocimiento ancestral”.
Saray Siura Céspedes, Perú	Profesora de agroecología de la Universidad Nacional Agraria La Molina. Vinculada a la producción de alimentos en huertas como una alternativa a la alimentación de familias pobres. Por años ha participado en las bioferias realizadas en Lima.
Mariela Rivera Rodríguez, Bolivia	Responsable en la Fundación Alternativas de apoyar a barrios de escasos recursos en la ciudad de La Paz, enseñando a educadores y jóvenes cómo cultivar sus propios alimentos de manera agroecológica y cómo adoptar hábitos alimenticios más saludables. Su trabajo aplica metodologías pedagógicas replicables para garantizar que sus estudiantes enseñen a otras personas lo que ellos/as van aprendiendo.
Qachuu Aloom, Guatemala	Organización de mujeres Maya-Achí de Rabinal, Baja Verapaz, quienes han desarrollado la conservación agroecológica de semillas locales y la soberanía alimentaria como estrategia para reconstruir sus vidas, después de décadas de violencia. La organización trabaja con 24 comunidades.
Teresa Gianella, Perú	Editora de la revista LEISA de Agroecología. Por años ha divulgado investigaciones y reflexiones de todo el mundo sobre las problemáticas de la agricultura y las alternativas a las mismas, ello ha permitido visibilizar y valorar el conocimiento ecológico de agricultores/as de pequeña escala y de indígenas.

Fuente: Elaboración propia.

En el 2017, en San Cristóbal de Las Casas, México, el 8 de marzo, Día Internacional de la Mujer, organizamos como AMA-AWA un evento sobre la producción sana de alimentos y la agroecología. En el marco del evento inauguramos una “semilloteca”, en honor a nuestra compañera agroecóloga de “AMA-AWA”, Ana Broccoli, quien falleció en diciembre de 2016 a causa de un cáncer. Ana, fue profesora de la Universidad de Lomas de Zamora y de la Cátedra Libre de Soberanía Alimentaria de la Escuela de Nutrición de la Universidad de Buenos Aires, Argentina. Se destacó por su compromiso en la defensa de las semillas nativas,

de la agrobiodiversidad, de la soberanía alimentaria y de la visibilización de las mujeres en la agroecología y las luchas ambientales. Denunció en múltiples oportunidades a Monsanto en el uso indiscriminado de glifosato y por la expansión de la soya transgénica en detrimento de la agricultura familiar en su país. A partir de este homenaje, este evento permitió que se formara un nodo fuerte de AMA-AWA en Chiapas, constituido sobre todo por estudiantes de posgrado.

También en el 2017 se realizó el VI Congreso Latinoamericano de Agroecología de SOCLA, en Brasilia. Este fue, sin lugar a dudas el de mayor participación de las mujeres en posiciones visibles: Mariane Vidal, presidenta del comité organizador e Irene Cardoso, presidenta del comité científico y también de la ABA. Ellas, entre otras personas, se comprometieron desde el inicio a que las conferencias centrales, los simposios y las mesas de trabajo tuvieran paridad de género, acogiéndose a la Declaración de Curitiba. Consideramos que este hecho es un primer paso para la transformación, democratización y la efectividad de las discusiones de congresos y de SOCLA. También desapareció la figura de ponencia magistral, precisamente con la idea de que las discusiones fueran mucho más democráticas. Y se invitó a personas diversas a participar en las mesas con el fin de escuchar nuevas voces, diferentes a las tradicionales que han sido masculinas. Durante este congreso, un aspecto muy importante, que no se había previsto en otros, fue contar con una guardería, permitiendo que las madres con hijos/as pequeños/as participaran plenamente en las actividades. Consideramos que este tipo de innovaciones son relevantes en los diferentes espacios académicos para que faciliten la participación de las mujeres.

Estas innovaciones fueron resultado del trabajo de las compañeras brasileñas de ABA y de ANA, pero también de las propuestas de AMA-AWA a través de una construcción conjunta sobre participantes, actividades, textos y verificación de la equidad de género en distintas actividades. Por ello, creemos que nuestra vinculación fue importante para lograr un congreso con mayor paridad y visibilización de las mujeres agroecólogas.

También realizamos nuestra ya tradicional reunión donde invitamos a más personas a unirse a nuestra lucha. Allí compartimos estrategias de cómo las mujeres hemos logrado balancear las facetas académica y personal de nuestras vidas, visibilizando que muchas de nosotras, además de que somos madres, también cuidamos padres y familiares. Fue muy interesante que al unirnos con las mujeres de ABA y de ANA, vamos avanzando con paso firme, ganando espacios para poder hacer una agroecología más equitativa, diversa y, por lo tanto, más fuerte.

En el 2018, AMA-AWA participó en el *Encuentro internacional de mujeres que luchan por un mundo mejor*, convocado por las mujeres zapatistas y realizado en la Selva Lacandona, Chiapas. Al encuentro acudieron más de 7000 mujeres de todo el mundo. Logramos que diecisiete mujeres de nuestra asociación llegaran a este evento desde distintos lugares: Argentina, Canarias, Estados Unidos, Finlandia, Guatemala, México y Puerto Rico. La organización del viaje de las AMA-AWA nos permitió acercarnos y construir unos fuertes lazos solidarios y sororos¹⁰. Algunas quienes no asistieron aportaron recursos para que las demás que lo necesitaban lo hicieran. En el marco de este evento, realizamos un taller denominado *Sin agroecología no hay feminismo*, al que asistieron compañeras zapatistas quienes a través de sus pasamontañas nos observaban con ojos curiosos, alegres, empáticos y cómplices. Al final del evento hicimos una declaratoria y una rueda de prensa en la plaza de

10 Palabra utilizada en los medios feministas para referirse a las relaciones igualitarias entre mujeres. Para mayor referencia, visitar <https://es.wikipedia.org/wiki/Sororidad>

la catedral de la ciudad de San Cristóbal. Allí expresamos nuestro compromiso por un mundo mejor, un mundo donde todas las personas puedan tener acceso a alimentos producidos de forma agroecológica, un mundo donde los productores y las productoras de alimentos tengan posibilidades de vivir dignamente y les sea reconocido su trabajo.

Dado que nuestras compañeras agricultoras, académicas y activistas de AMA-AWA estaban presentes en San Cristóbal, decidimos realizar un simposio con ponencias sobre la producción global y local de alimentos. La asistencia fue nutrida y diversa, con presencia de estudiantes, chefs, activistas, agrónomos, etc., lo que permitió un debate enriquecedor y fructífero. Para nosotras fue y es significativo el gran interés de la sociedad en el tema de la agroecología, que va más allá de lo meramente agronómico.

Para AMA-AWA ha sido muy importante conocer, divulgar, apoyar y establecer alianzas con campesinas y con mujeres que participan en movimientos e iniciativas por la subsistencia y por la conservación ambiental, como un proyecto ético que permita el empoderamiento, más que un “extractivismo de conocimiento”. Esto significa que las mujeres campesinas, indígenas y afrodescendientes con las que se trabaja no sean objetos de estudio, sino que se las reconozca como sujetos poseedores de saberes. Por ello desde el primer encuentro en el 2013 nos reunimos con un grupo de mujeres cafetaleras de Chiapas para compartir nuestras experiencias sobre la agricultura y sobre nuestras experiencias al vivir en un ambiente dominado por hombres.

Aunque todavía tenemos mucho por trabajar para crear una agroecología que celebre y aprecie la diversidad de género, nuestras estrategias para la visibilización del trabajo, el apoyo a las nuevas generaciones de agroecólogas y la vinculación con mujeres trabajando por la agroecología desde el campo y el activismo (Tabla 3), han puesto el tema sobre la mesa y ha logrado crear una red de cooperación entre las mujeres que formamos la Alianza. Parte del éxito y persistencia de nuestro trabajo es el dolor que nos mueve al ver las injusticias e ignorancia sobre los temas de equidad en nuestra área de trabajo, pero sobre todo ha sido la búsqueda constante para educarnos en el tema y el construir vínculos de comunicación horizontal y de apoyo. A pesar de que estamos dispersas en varios países de América y España, tratamos de mantenernos en comunicación y que nuestras acciones sean consensuadas y lleven la voz de todas. Los encuentros bianuales de mujeres agroecólogas y la vinculación con mujeres en otros sectores de la agroecología han permitido hermanarnos, ayudarnos a concientizarnos sobre las problemáticas de género y de las inequitativas relaciones de poder que enfrentamos en el día a día. También han contribuido a generar estrategias conjuntas para lograr una mayor diversidad en nuestras instituciones de trabajo, y balancear mejor nuestra vida académica con nuestro trabajo reproductivo y nuestras aspiraciones personales.

Trabajamos para las que ya no están y han dejado un legado trascendente pero poco visibilizado, para las que quedamos y para los y las que se están preparando y eligiendo a la agroecología como una ciencia y proyecto político transformador. Queremos cambiar el orden de género imperante. Esto con el convencimiento de que la sustentabilidad no podrá alcanzarse si no se cuestionan y revierten las inequidades en sentido amplio, entre ellas una de las más estructurales y fundante: la de género.

Tabla 3. Estrategias de AMA-AWA.

-
- Exposición de afiches para destacar a mujeres en la agroecología (Socla 2013 y 2015)
 - Realización de simposios y talleres para discutir el tema de género en la agroecología (Congresos Latinoamericanos de Agroecología de SOCLA del 2013 en Lima, 2015 en La Plata y 2017 en Brasilia; San Cristóbal de Las Casas 2017 y 2018)
 - Recuperación de la memoria histórica sobre la participación de las mujeres en la agroecología (Argovia 2013, Lima 2013, La Plata 2015)
 - Organización de encuentros bianuales para convivir y crear lazos de sororidad (Argovia 2013; Utuado 2015; Chiapas 2018)
 - Vinculación con otras mujeres en la agroecología (encuentro con mujeres cafetaleras del Soconusco en el 2013, con productoras de Boricuá en 2015 y con mujeres zapatistas en 2018)
 - Búsqueda de consenso y toma de decisiones grupales
 - Apoyo a estudiantes y colegas subempleadas para que puedan asistir a eventos de AMA-AWA
 - Divulgación de noticias y documentos relacionados con la agroecología y el feminismo en las redes sociales
-

Posicionamientos, logros y retos para el avance de la agroecología

El debate y la necesidad por el cambio cultural en pos de la paridad de género se presentan en la actualidad, como un requisito necesario para la consolidación y el avance de la ciencia.

Las mujeres de AMA-AWA creemos que las universidades y las organizaciones de profesionales no pueden permanecer al margen de lo que está sucediendo en las calles en torno a la lucha contra la desigualdad, el autoritarismo y las injusticias de género. Esto especialmente a partir del incremento de la violencia, los femicidios y de las masivas movilizaciones globales como *#NiUnaMenos* y el *#8M*, a través de las cuales las demandas individuales de las mujeres se están convirtiendo en públicas y colectivas.

Para ello resulta inaplazable que los y las profesionales de la agroecología que trabajan en las universidades y en el campo reconozcan que las mujeres sufrimos discriminación de género y, con base a ello, se involucren en revertir esa situación. También es indispensable que se conozcan las demandas y la agenda de las mujeres del campo vinculadas a la agroecología, quienes suelen coincidir en sus principales problemáticas. Entre ellas: la violencia estructural de género, la falta de acceso de las mujeres a recursos productivos y a espacios institucionales donde se toman decisiones importantes, la injusta invisibilidad y discriminación de sus aportes y saberes y, la falta de conciliación entre tareas productivas y reproductivas (Papuuccio de Vidal 2018).

Temas tales como la sexualidad, la construcción de la identidad masculina como símbolo de poder, los mandatos de género y la heteronormatividad, son discusiones que requieren ser abordadas en proyectos políticos que, desde la agroecología y otras ciencias, pretenden un cuestionamiento radical de las relaciones entre seres humanos y el medio. Por otra parte, el hecho que el análisis de la (in)sustentabilidad de los sistemas agroalimentarios haya prescindido de las epistemologías feministas para entender su funcionamiento y (re)producción, hace necesario tender puentes entre la agroecología emergente y el feminismo (Pérez Neira *et al.* 2014).

La agroecología y los feminismos comparten el hecho de ser corrientes de pensamiento crítico para el análisis de la realidad y, a la vez, son movimientos sociales potentes con capacidad para transformarla (Papuccio de Vidal 2017). La dimensión social de la agroecología requiere transversalizar la perspectiva de género y ecofeminismo para alcanzar su objetivo rector de sustentabilidad. Para ello, es requisito que la agroecología fortalezca su análisis social para cuestionar las jerarquías dentro de la familia rural, la división sexual del trabajo, el control diferencial por género de los recursos naturales y productivos y de la toma de decisiones en el manejo del hogar, de la finca, las organizaciones del campo y de las universidades. También es esencial que por un lado se visibilice que las mujeres somos un colectivo plural y diverso y, por otro, que se reflejen las muchas contribuciones de las mujeres a la agroecología y en la consecución de un nuevo orden social y de género a partir de nuestros saberes y experiencias de subsistencia, además del potencial que poseemos para el cuidado y la defensa de la vida.

Como bien muestran los trabajos de Scott Page (2017), por las diferencias en la socialización, hombres y mujeres así como personas de diversas etnias, culturas, religiones o preferencias sexuales, desarrollan diferentes habilidades cognitivas. Es precisamente esta diversidad lo que conduce a mejores resultados. Una agroecología dominada por hombres, blancos, mestizos y heterosexuales es una agroecología limitada, una agroecología que no podrá enfrentar los problemas de la producción agrícola y alimentaria de una sociedad diversa y compleja. Para alcanzar la equidad de género, la academia en América Latina va a necesitar una transformación a nivel personal e institucional. Afortunadamente hay muchas formas de estimular esa transformación.

Recomendaciones para alcanzar la equidad de género en la agroecología

A nivel individual como académicos, nuestro aporte puede comenzar con la autocrítica sobre nuestros propios sesgos sobre los temas de género. Podemos aportar en la construcción y difusión de las estadísticas sobre género en nuestras instituciones. También podemos hacer un mayor esfuerzo para conocer y citar el trabajo de colegas mujeres, así como reconocer y difundir ampliamente el trabajo de las agroecólogas. Solicitar, además, solidaridad de nuestros colegas varones con iniciativas como la de *Gender Avenger* (www.genderavenger.com/pledge/) que invita a los participantes a asumir un compromiso explícito de no participar como panelista en espacios de representación donde no hayan también mujeres.

Con respecto a las instituciones académicas, es importante establecer políticas y presupuestos de acción afirmativa hacia las mujeres profesionales que tomen en cuenta su trabajo reproductivo y promuevan la corresponsabilidad de los varones en ese campo. Las instituciones académicas también pueden realizar cambios estructurales para que tanto varones como mujeres puedan conciliar sus responsabilidades laborales y familiares, como por ejemplo parar el reloj de titulación para las mujeres en determinados momentos de su ciclo vital, como la gestación y la crianza de sus hijos e hijas, ofrecer licencias de paternidad y maternidad que se ajusten a las necesidades reales de cuidados, y brindar servicios de guarderías para niños y niñas, entre otras medidas.

Las instituciones podrían ofrecer talleres para sensibilizar y capacitar a la comunidad académica en temas de género, como por ejemplo, preparar a los/as docentes para ser tutoras y tutores incluyentes y empáticos, dando importancia a la inteligencia emocional. Es importante que provean, además, espacios que propicien la reflexión sobre la discriminación contra las mujeres y que contribuyan a visibilizar y encontrar soluciones a la problemática de género que atraviesa todos los ámbitos sociales. Las instituciones así mismo pueden formar un comité que se dedique al tema

de la equidad de género en la academia, con el objetivo de diseñar e implementar acciones y estrategias para alcanzar la igualdad de oportunidades entre varones y mujeres, y evidenciar que se reducen las posibilidades de la agroecología de alcanzar su principio rector de sustentabilidad si no se incorporan perspectivas feministas.

Las sociedades científicas también deben jugar un papel importante en la transformación hacia la equidad de género. En particular, es importante que nuestra sociedad científica, SOCLA, siga avanzando en la implementación de la Declaratoria de Curitiba que pide la representatividad de las mujeres en conferencias magistrales, paneles de discusión y cursos pre-congreso, y que se entienda que no solo es importante la paridad, sino que sean abordados los temas de género, economía del cuidado y feminismos como ejes centrales en los espacios de formación, investigación y divulgación. En particular, es importante asegurar espacios para que se escuchen voces nuevas y diversas en las ponencias magistrales y mesas de discusión de los congresos científicos. Esto se puede lograr si la equidad de género es parte de la filosofía y principios de los eventos. Para incrementar la participación de mujeres se puede crear un espacio de guardería en los congresos para que las madres y padres jóvenes puedan asistir. Debemos otorgar becas para que estudiantes, campesinas y campesinos, jóvenes y minorías étnicas, profesionales recién egresadas o que no tienen cobertura de financiamiento institucional puedan asistir. En este punto un ejemplo para emular es el de La Vía Campesina, que por medio de un trabajo de toma de consciencia ha logrado la paridad de género en todas sus actividades y representaciones.

Desde la AMA-AWA creemos que hoy más que nunca antes, las mujeres tenemos la fuerza, los conocimientos y la conciencia de nuestras capacidades para enfrentar al patriarcado y al capitalismo en todos los ámbitos de nuestra existencia con estrategias que pongan, como destaca Amaia Pérez Orozco (2012), la vida en el centro de las relaciones afectivas, productivas, reproductivas y de intercambio. Pero para eso necesitamos de la ayuda de los varones dentro de las instituciones y de su corresponsabilidad en los trabajos reproductivos y domésticos, tanto como para la génesis y transmisión de una cultura basada en el cuidado. La ética del cuidado se aprende y es el antídoto más potente contra la discriminación y la violencia. Esto es porque cuidar tiene que ver con el trabajo, pero también con la responsabilidad y el afecto. Todas las personas que participamos en la agroecología tenemos que solidarizarnos y empezar a cuidarnos mutuamente desde diferentes dimensiones, más allá de lo material. Debemos dejar de ser parte del problema para convertirnos en parte de la solución en este difícil pero urgente camino emprendido hacia la construcción de un orden diferente, respetuoso con la diversidad de la vida.

Finalmente, es preciso que resaltar que ni el feminismo ni las mujeres representamos una amenaza para la agroecología y sus instituciones. Por el contrario y en sintonía con los acontecimientos que experimentamos a nivel global que intentan visibilizar nuestros aportes en la reproducción de la vida y acabar con la violencia y otras injusticias de género, queremos junto a nuestros compañeros de aventura planetaria —los varones y demás seres vivientes— construir un mundo más justo, equitativo y sostenible.

Agradecimientos

Agradecemos a todas las personas que compartieron datos de estadísticas de género en los programas de agroecología de varias instituciones académicas, a las mujeres que participaron en la encuesta de discriminación por abrir su corazón, a las revisoras del escrito que nos señalaron inconsistencias y mejoraron la redacción, a las colegas que desde varias partes del mundo y husos horarios nos acompañan en esta lucha.

Referencias

- Aguiar Maria Virginia, Siliprandi Emma, Pacheco María Emilia. 2009. Mulheres no Congresso Brasileiro de Agroecologia. *Agriculturas* 6(4):46-48
- Altieri Miguel, Toledo Víctor. 2011. The agro ecological revolution of Latin America: rescuing nature, securing food sovereignty and empowering peasants. *The Journal of Peasant Studies* 38(3):587-612.
- Casadevall Arturo, Handelsman Jo. 2014. The Presence of Female Conveners Correlates with a Higher Proportion of Female Speakers at Scientific Symposia. *MBio* 7;5(1):e00846-13.
- Gliessman Stephen. 2014. *Agroecology, the ecology of food systems*. Boca Raton: CRC Press.
- Govendo Jeffrey A. 2005. Workforce, diversity and corporate creativity. *Handbook of Business Strategy* 6(1):213-218.
- Guillaume Yves RF, Dawson Jeremy, Woods Steve, Sacramento Claudia, West Michael. 2013. Getting diversity at work to work: What we know and what we still don't know. *Journal of Occupational and Organizational Psychology* 86(2):123-141.
- Jones Therésa, Fanson Kerry, Lanfear Rob, Symonds Matthew, Higgie Megan. 2014. Gender differences in conference presentations: a consequence of selfselection? *PeerJ* 2:e627
- Lincoln Anne E, Pincus Stephanie, Koster Janet B, Leboy Phobe S. 2012. The Matilda Effect in science: Awards and prizes in the US, 1990s and 2000s. *Social Studies of Science* 42:307-320.
- Martínez-Torres María E, Rosset Peter M. 2014. Diálogo de saberes in La Vía Campesina: food sovereignty and agroecology. *The Journal of Peasant Studies* 41(6):979-997.
- McIntosh Maria S, Simmons Steve R. 2008. A century of women in agronomy: Lessons from diverse life stories. *Agronomy Journal* 100(3): S53-S69.
- Mier y Terán Mateo, Giraldo Omar F, Aldasoro Miriam, Morales Helda, Ferguson Bruce, Rosset Peter M, Khadse Ashlesha, Campos Carmen. 2018. Bringing agroecology to scale: Key drivers and emblematic cases. *Journal of Agroecology and Sustainable Food Systems* 42(6):637-666.
- Monje Jhon Jairo Carvajal, Constantino González González, Yilmar Andrés Chiquiza Forigua. *En imprenta*. Perspectivas generales de los programas en el mundo y un estudio comparativo de los programas de Colombia y México. Corporación Universitaria Minuto de Dios – UNIMINUTO.
- Morales Helda. 2007. Entre la vida académica y la vida familiar: retos y estrategias de investigadores del sur de México. *Interciencia* 32(11):786-790.
- Nicholls Clara. 2018. VI Congreso Latinoamericano de Agroecología: juntos en la transformación de los sistemas agroalimentarios. *Cuadernos de Agroecología* 33(1).

- Ordorika Imanol. 2015. Equidad de género en la educación superior. *Revista de la Educación Superior* 44(174).
- Page Scott E. 2017. *The diversity bonus: How great teams pay off in the knowledge economy*. Princeton: Princeton University Press.
- Page Scott E. 2008. *The difference. How the power of diversity creates better groups, firms, schools, and societies*. Princeton: Princeton University Press.
- Papuccio de Vidal Silvia. 2017. Ponencia presentada en el panel “Sin feminismo no hay agroecología” en el VI Congreso de la Sociedad Científica Latinoamericana de Agroecología (SOCLA), Brasilia.
- Papuccio de Vidal Silvia. 2018. *Teoría y praxis del ecofeminismo en Argentina*. Buenos Aires: Librería de Mujeres Editoras.
- Pérez Neira David, Calle Collado Ángel, Valcuende del Río José María. 2014. ¿Y los Hombre qué? Reflexiones feministas en torno a las masculinidades y la Agroecología. En: *Género, Agroecología y Soberanía Alimentaria: perspectivas ecofeministas* (Silliprandi E, Zuluaga Sánchez GP, comps.). Barcelona: ICARIA.
- Pérez Orozco Amaia. 2012. De vidas vivibles y producción imposible. Disponible en https://www.ehu.es/documents/6902252/7256514/Amaia_Orozco.pdf
- Rosset Peter, Altieri Miguel. 2018. *Agroecología: ciencia y políticas*. Barcelona, ICARIA.
- Schroeder Julia, Dugdale Hannah L, Radersma Reiner, Hinsch Martin, Buehler Deborah M, Saul Jennifer, Porter Lindsey. 2013. Fewer invited talks by women in evolutionary biology symposia. *Journal of Evolutionary Biology* 26:2063-2069.
- Sonnenschein William. 1999. *The diversity toolkit: How you can build and benefit from a diverse workforce*. New York: McGraw Hill Professional.
- Zapata Emma, López Josefina, Galindo Rosa. 2000. Las agrónomas y el mercado. *Revista Géneros* 20:57-62.
- Zuluaga Gloria (*En imprenta*). Acceso y trayectorias laborales de las mujeres en las ciencias agrarias de la Universidad Nacional de Colombia – Sede Medellín. Universidad Nacional de Colombia.

2

Mujeres protagonistas de la agroecología en Colombia

Gloria Patricia Zuluaga Sánchez^{1*}; Clara Inés Mazo López²;
Lilliam Eugenia Gómez Álvarez³

Introducción

*Mujeres que han hecho historia sin que
la historia se hubiese ocupado de ellas*

Rosa Montero

La Vía Campesina, la organización más grande de campesinos y campesinas de todo el mundo, plantea que la agroecología es un enfoque y una práctica alternativa ecológica, económica, cultural y política al capitalismo agrario. Por tanto, no solo hace referencia a procesos técnicos de cultivo de alimentos y cuidado de la tierra, sino que va mucho más allá, concepción que suscribimos plenamente.

La construcción de una cultura y de un modelo de desarrollo realmente sostenible ocupa un lugar central entre los retos del siglo XXI (Puleo 2015). En ello coinciden tanto académicos, organizaciones sociales y organizaciones internacionales como la Organización de las Naciones Unidas, tal como aparece en los Objetivos del Milenio, que en el 2015 dieron paso a los Objetivos de Desarrollo Sostenible. Esto permitió un cambio de enfoque centrado en la reducción de la pobreza a una perspectiva más amplia que combina prioridades socio-económicas y ambientales

1 Maestra en Hábitat, Doctora en Recursos Naturales y Gestión Sustentable Profesora Asociada Universidad Nacional de Colombia – Sede Medellín. Área de investigación en género y medio ambiente. Email: gpzuluag@unal.edu.co

2 Historiadora, activista ecofeminista y pacifista, socia de la Ruta Pacífica de las Mujeres de Colombia. Email: claralagartija@hotmail.com

3 Doctora en Ecología. Investigadora del Grupo sistemática coordinadora Ecología de insectos. Email: donhaliliam@gmail.com

* Miembro del Grupo de *Trabajo Mujeres, Agroecología y Economía Solidaria* del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO).

cruciales para los próximos quince años en áreas tales como la seguridad alimentaria, la salud, el agua, el saneamiento, la energía, la gestión de los océanos y los ecosistemas terrestres, y el cambio climático (UNESCO 2015). Todas ellas son áreas vinculadas con la agroecología y en las que las mujeres han desempeñado un papel esencial. Por otro lado, como lo han señalado las feministas en reuniones internacionales, la degradación del medio ambiente y los desastres “naturales” asociados, repercuten negativamente en toda la población, especialmente en las niñas y mujeres, ya que aumentan la cantidad de trabajo no remunerado que realizan, el cual es imprescindible para la supervivencia de la comunidad y de las familias. Por lo que la crisis ecológica dificulta y multiplica las tareas que recaen sobre las mujeres, dada la tradicional división sexual del trabajo (Puleo 2015).

Así, muchas mujeres de todo el mundo se han vinculado en investigaciones, movimientos o acciones ambientales, tanto en el Norte como en el Sur, por las problemáticas que las afectan. Como lo ha expresado Vandana Shiva (2006), los movimientos ecologistas no son un lujo de los ricos, en el Tercer Mundo, se han convertido en un imperativo para la supervivencia de la mayoría de la población, cuya vida corre peligro y se ve amenazada por la economía de mercado y por la expansión de esta, la cual se apropia de los recursos de las comunidades para la acumulación de capital. Se trata de un ecologismo de quienes dependen directamente de los recursos naturales para vivir, por ello sus luchas son por el derecho a una vida en condiciones dignas.

En muchas de las luchas locales contra la destrucción y el deterioro de los ecosistemas se ha incrementado la participación de las mujeres. Sin embargo, ello no nos indica que exista siempre una agenda de género en las organizaciones ecologistas ni que se hayan incorporado los intereses prácticos y estratégicos de las mujeres. En general, existe un prejuicio que invisibiliza su participación en los movimientos ecológicos, según lo planteado por Mary Mellor (2000, p. 268): *“el papel de las mujeres en las luchas y debates ecológicos, igual que en todos los compromisos sociales y políticos, ha quedado oculto en la historia”*. Lo que creemos es extensible a la agroecología.

Además, los escritores ecologistas, predominantemente varones, tienden a visualizar en las luchas ambientales a los indígenas, campesinos o a los locales, sin lograr ver el papel fundamental de la desigualdad de género en la crisis ecológica. Es común que en los estudios acerca de las desigualdades de acceso a los recursos se realicen interpretaciones desde la clase o la etnia, desconociendo otras desigualdades tales como las de género y las de edad (Brú 1997; Martínez Alier 2004).

En el presente documento queremos visibilizar el trabajo femenino y el empoderamiento de las mujeres que han estado vinculadas a la agroecología en Colombia. Seguramente se nos escapan muchos nombres de personas y organizaciones, dado que cada día en muchos rincones emergen experiencias que desde la agroecología construyen alternativas de vida, en los que las mujeres —sean campesinas, activistas o académicas— ocupan lugares de liderazgo importantes. Somos conscientes de que no están todas las que son, lo que no solo tiene que ver con el poco espacio que disponemos aquí, sino con que muchas siguen en el anonimato por distintas razones.

Metodología

En este artículo se quiere recoger desde una mirada feminista, una diversidad de expresiones que han participado en la construcción de la agroecología en Colombia, que surgen desde mujeres académicas, grupos, movimientos sociales y redes comunitarias, con el ánimo de contribuir a la transformación de las desigualdades de género presentes en dichos y para fortalecer las alternativas que gestionan dichos grupos. Además, consideramos que la introducción del género en la historia ambiental y agroecológica puede contribuir a hacer una historia más diversa, vinculando regiones, épocas, actores y puntos de vista distintos. Por lo tanto, asumimos que la lectura que presentamos es situada y parcial.

La información fue recogida con distintas técnicas. Inicialmente realizamos dos entrevistas a cada uno de los grupos, esto es, dos organizaciones campesinas (Asociación de Mujeres Organizadas de Yolombó, AMOY, y Asociación de Mujeres Buscando Futuro, AMCABF), dos ONG (Vamos Mujer y el Centro de Estudios, Educación e Investigación Ambiental, CEAM) y dos académicas quienes solicitaron no publicar sus nombres. Posteriormente, revisamos las páginas web (en caso de existir) de las respectivas organizaciones de mujeres campesinas y de las ONG, lo que se complementó con la aplicación de un cuestionario sobre sus objetivos, áreas de trabajo y antigüedad, a través de llamadas telefónicas y correos electrónicos. También realizamos conversaciones informales con el fin de complementar y/o corroborar la información colectada. Para las académicas, adicionalmente, buscamos sus currículos en la plataforma de Colciencias⁴.

Las mujeres campesinas y sus organizaciones en la construcción de la agroecología colombiana

*Mucha gente pequeña, en muchos lugares pequeños
cultiva pequeños huertos que alimentan al mundo*

Proverbio africano

En general, las propuestas emprendidas por las organizaciones de mujeres campesinas se inscriben en lo que se ha denominado “desarrollo alternativo”, el cual apuesta por un modelo de economía con inclusión social y equidad, así como con parámetros de sostenibilidad ecológica. La dinámica que adquieren estas tiene como objetivos la satisfacción de las necesidades sociales básicas, y el mejoramiento de la calidad de vida de las personas y de la dignidad del trabajo. En definitiva, son proyectos que buscan un desarrollo humano integral y sostenible, lo que de por sí entraña una enorme complejidad, porque se da en medio de privaciones materiales y políticas propias de la economía campesina y del conflicto armado que se ha desarrollado en Colombia en buena parte de sus zonas rurales.

Las prácticas agroecológicas que desarrollan muchas campesinas operan en una escala predial y se encuentran principalmente orientadas hacia el autoconsumo y la satisfacción de gran parte de las necesidades básicas. Es decir, no obedecen a una lógica de acumulación, sino actúan por un principio de auto-reproducción; por lo tanto, no pueden evaluarse desde un concepto clásico de la economía crematística.

Joan Martínez Alier (2004) se ha referido a las prácticas ecológicas desarrolladas por las comunidades campesinas de bajos ingresos que preservan los recursos naturales, como “ecología de la supervivencia de los pobres”. Para el autor mucho de este ecologismo es practicado por mujeres, en buena medida por su papel en la reproducción biológica de la especie o por la división sexual del trabajo, lo que hace de ellas agentes de satisfacción de necesidades ecológicas para la vida, como el aprovisionamiento de alimentos, de agua y de combustibles, entre otros. Sin embargo, no ha existido una percepción social generalizada de las virtudes ecológicas del campesinado y, menos aún, de las mujeres campesinas.

El trabajo productivo realizado por las mujeres rurales se ha considerado tradicionalmente como una “ayuda”. Esto implica una invisibilización paradójica dada la relevancia de los mismos. Si partimos de los datos de la FAO (2017), éstos señalan que el 70% de los alimentos de consumo directo a nivel global son producidos por las campesinas, quienes solo son propietarias del 1% de la tierra agrícola y cada vez más son cabeza de

⁴ Departamento de Ciencia, Tecnología e Innovación del Estado colombiano, que tiene por objetivo promover las políticas públicas destinadas a fomentar las ciencias, tecnologías, investigación e innovación en el país.

familia en las zonas rurales, enfrentadas no solo al cuidado de los hijos sino a la producción agropecuaria. Para las economistas feministas,⁵ sin embargo, cualquier conceptualización de actividad económica debe incluir todos los procesos de producción de bienes y servicios orientados a la subsistencia y la reproducción de las personas, independientemente de las relaciones bajo las cuales se produzcan.

Las mujeres campesinas participan en iniciativas diversas que incluyen la conservación e intercambio de semillas, la oposición al uso indiscriminado de agrotóxicos, el fomento de alternativas ecológicas, la producción y mejora de calidad de alimentos para el autoconsumo, la venta de los mismos, la conservación y restauración de agroecosistemas, el uso y la promoción de tecnologías apropiadas a la defensa del agua y de los bosques, por mencionar algunas. En definitiva, las mujeres son gestoras de la subsistencia. Con base a lo anterior, como lo han expresado Dianne Rocheleau y colaboradores (2004), las mujeres suelen tener una fuerte presencia en los movimientos de base que trabajan por mantener y desarrollar sus propios espacios en el planeta a través del manejo cotidiano del paisaje que habitan.

Aunque el medio ambiente, con sus recursos naturales, proporciona el sustento a hombres y mujeres, estas últimas mantienen una relación muy estrecha con la naturaleza, como usuarias y gestoras de éstos, como productoras de alimentos y otros bienes destinados a la familia y al mercado, y como administradoras y consumidoras. Por lo que poseen mucho conocimiento local de gran importancia para la subsistencia y para la conservación ambiental. Pero la ciencia convencional, hegemónica e instrumental, no lo reconoce. La relación de las mujeres y su entorno varía de una a otra en función de la clase social, raza, casta, religión, etnia, edad, etc., a la que pertenecen. Todos estos factores determinan los efectos de la degradación ambiental sobre las mujeres y su capacidad de respuesta (Rocheleau *et al.* 2004), pero, como lo comentaremos a continuación, muchas organizaciones de mujeres están incorporando en sus agendas cada vez más asuntos ambientales, los cuales incluyen a la agroecología. Una de las campesinas expresa “*Nuestras acciones están orientadas a que no sigamos contaminando los cultivos, las aguas y nuestros cuerpos con los químicos que usamos*”⁶.

Si bien, algunas de las actividades y transacciones económicas desarrolladas por las mujeres están vinculadas a la economía de mercado, ésta las invisibiliza y subvalora porque no generan acumulación monetaria. Pero, paradójicamente, sí se sirve de su trabajo para edificar sus estructuras y extraer el máximo beneficio económico. Por ello, creemos necesario leer las prácticas económicas emprendidas por las mujeres campesinas desde otros códigos, haciendo énfasis en la desposesión de recursos materiales para desarrollar sus propósitos de subsistencia y calidad de vida. Al respecto una de las mujeres nos comenta: “*Para muchos, los proyectos de las mujeres no son exitosos porque no producen plata. Pero si uno mira bien producen muchas cosas indispensables para la vida, no solo de las mujeres sino para sus familias, sus comunidades y para el medio ambiente, como son los alimentos agroecológicos*”⁷.

La agricultura familiar practicada por las organizaciones de mujeres, orientada hacia la provisión y organización colectiva del sustento y la cohesión social, no se encuentra por fuera de las dinámicas de mercado, por el contrario, coexiste y se vincula con ellas en distintos espacios y tiempos (Zuluaga 2011).

La Vía Campesina (2015) reconoció recientemente el papel central de las mujeres y sus saberes, valores, visión y liderazgo, los cuales considera centrales para que la agroecología alcance su pleno potencial. Por tanto, debe garantizarse a las mujeres la distribución equitativa del poder, tareas, toma de decisiones y remuneración. Muchas de estas propuestas buscan democratizar las relaciones al interior de las familias. Este es un paso fundamental que se da al más alto nivel de la organización, pero que en muchas oportunidades no se

5 Entre las lecturas clave de la economía feminista están los textos de Cristina Carrasco (2001) y Amaia Pérez Orozco (2014).

6 Socia de AMCABF.

7 Socia de AMOY.

materializa en las parcelas ni en las familias campesinas. También es importante recordar que unos años atrás, en muchas de las organizaciones ambientales o campesinas, oíamos cosas como “*no es necesario trabajar los temas de género, esos son inventos de las feministas blancas urbanas*” o “*no hay que hacer proyectos con mujeres, al interior de las organizaciones, eso nos divide*”⁸.

En Colombia, una de las primeras académicas en estudiar y divulgar la importancia de las mujeres rurales en la producción agraria, fue Magdalena León de Leal, quien desde los años ochenta del pasado siglo, junto con Carmen Deere, editó tres tomos sobre este asunto (León de Leal 1980). Además, denunciaron que las campesinas contaban con escasos recursos productivos, entre los que la tierra ocupaba un lugar central. También son de resaltar los trabajos realizados por Vamos Mujer (Mazo 2004), Sonia Cárdenas (2010) y Gloria Zuluaga (2011), que han documentado y analizado el trabajo de algunas organizaciones de mujeres campesinas en Antioquia. Por supuesto, también están los trabajos de María Adelaida Farad y los de Edilma Osorio, de la Universidad Javeriana, en otras regiones colombianas.

A continuación, presentamos un resumen de algunas de estas organizaciones, las cuales están conformadas por mujeres campesinas e indígenas de diferentes etnias y grupos de edad. La mayoría de ellas se constituyeron entre los años noventa y dos mil, tiempo en el que se han fortalecido y consolidado hasta la actualidad. Las hemos dividido en organizaciones locales (13), regionales (5) y nacionales (1), y como puede observarse desarrollan actuaciones que incluyen asuntos como la agroecología, la participación e incidencia política, valoración personal y empoderamiento, independencia y autonomía económica de las mujeres. Muchas de ellas son organizaciones mixtas, pero han conformado a su interior grupos de mujeres o comités de género. Los grupos y organizaciones de carácter local son siempre más numerosos y se encargan de asuntos vinculados con la reproducción de la vida, por eso, su interés está centrado en los alimentos, la tierra, el agua y las semillas a través de la creación de lo que Dianne Rocheleau *et al.* (2004) han denominado ecologías cotidianas funcionan en complejas “redes arraigadas”, donde las prácticas y representaciones sobre la naturaleza y el medio ambiente, que se producen y circulan por ellas, tienen efectos materiales en la producción de esos espacios que designamos como locales o globales.

Organizaciones locales de mujeres campesinas en Colombia

- **Asociación de Mujeres Organizadas de Yolombó (AMOY)**⁹

Se ubica en el Municipio de Yolombó, Antioquia. Inició con proyectos enfocados a la participación política y autoestima de las mujeres. Posteriormente, sus integrantes decidieron vincularse a la producción de alimentos para el autoconsumo y la venta local, con el objetivo de mejorar las condiciones materiales de las mujeres y sus familias. AMOY ha avanzado en la gestión de procesos productivos agroecológicos, agrícolas (con alimentos básicos como frijol y maíz), pecuarios (como producción de gallinas criollas, concentrados hechos con insumos de la finca), de transformación de alimentos (dulces extraídos de la caña de azúcar y vino) y elaboración de artesanías (papel hecho a mano usando materiales reciclables y tintes naturales). Han desarrollado, además, procesos de capacitación en el manejo agroecológico (como elaboración de insumos ecológicos, tecnologías apropiadas), apoyo al fortalecimiento organizativo y acceso a crédito a bajo interés. Además, tres veces al año realizan una feria agroecológica donde comercializan sus productos. Las asociadas de AMOY han participado en la construcción del proceso regional de mujeres del nordeste antioqueño en el que se articulan con otras organizaciones de varios municipios.

8 Socia de Vamos Mujer.

9 Email: amoyes92@yahoo.es; Página web: <https://www.facebook.com/amoy.yolombo>; Contactos: Sofia Arroyave e Ismenia Ospina.

- **Asociación de Mujeres Palmas Unidas¹⁰**

Trabaja en el Municipio de La Ceja, Antioquia desde la década de los noventa, a través de temas como la economía solidaria, producción para la alimentación familiar, y la disminución en los costos de la canasta familiar a través de la cría de animales, cultivo de huertas, establecimiento de árboles leñeros en sus parcelas y rescate de semillas (principalmente de frijol), entre otras actividades. Actualmente, su énfasis está en la transformación (por ejemplo, champús, jabones y ungüentos) a partir de plantas medicinales producidas agroecológicamente.

- **Asociación de Mujeres de Caramanta (AMUCAR)¹¹**

Las mujeres de esta asociación se organizaron en el Municipio de Caramanta, Antioquia, alrededor de la producción agroalimentaria. Entre sus objetivos está el mantenimiento y la diversificación agrícola y animal tradicional para garantizar los alimentos y disminuir la pobreza de las mujeres y sus familias. Ha realizado un continuo trabajo de introducción de árboles frutales en sistemas agroforestales con el café. También promueve prácticas de protección y buen uso del suelo y del agua para garantizar la producción permanente que no deteriore los recursos naturales. Así mismo, trabaja sobre asuntos de género y empoderamiento de las mujeres. AMUCAR ha sido parte de la construcción del proceso regional del suroeste del departamento, en agroecología y equidad hacia las mujeres.

- **Asociación de Mujeres Campesinas Buscando Futuro (AMCABF)¹²**

Desde sus inicios, en el Municipio de Marinilla, Antioquia, se vincularon con la producción agroecológica para garantizar el autoconsumo familiar y local. También ha incursionado en la producción y procesamiento de plantas medicinales y aromáticas. Las asociadas de AMCABF buscan la participación de todos los miembros de la familia en el sostenimiento del sistema agroalimentario. Su metodología ha sido “campesina a campesina”, donde ellas mismas se capacitan y a su vez capacitan a otras, desarrollando la asesoría y el seguimiento en sus proyectos. Su experiencia busca transformar las problemáticas que inciden en la falta de relaciones equitativas y de respeto entre los géneros.

- **Comité de Mujeres de la Asociación de Familias Campesinas Biabuma¹³**

Organización mixta que conformó un comité de mujeres en el Municipio de Támesis, Antioquia. Trabaja en la reconversión del sistema de producción convencional para disminuir la compra de insumos químicos, mejorar la calidad del suelo e implementar prácticas agroecológicas. El Comité ha facilitado la diversificación de la producción de café con cultivos como cacao, maíz y frijol. También ha implementado huertas caseras con el objetivo de mejorar la dieta alimenticia familiar. Sus proyectos se vinculan con la economía solidaria y Buen Vivir de las comunidades campesinas, donde son centrales los temas de mercados alternativos, consumo responsable, incidencia política, movilización y defensa de las semillas y biodiversidad. Todo ello busca fortalecer la resistencia campesina y la permanencia en el territorio.

- **Siempre Vivas¹⁴**

Esta organización trabaja en la seguridad y soberanía alimentaria, la producción agroecológica y la protección ambiental del territorio desde la labor realizada por las mujeres en el Corregimiento de San Cristóbal,

10 Página web: <https://www.facebook.com/PalmasUnidasLaCeja/>; Contactos: Marta Bedoya, Rocío Bedoya, Estela Cardona y Noelia Ramírez.

11 Email: amucar@gmail.com; Contactos: Yolanda Cardona, Doralba Aguirre y Amanda Franco.

12 Página web: <https://www.facebook.com/amcabf.mujeres>; Contactos: Rosa Angélica Duque, Adriana Torres; Dora Gallo.

13 Contactos: Disnely Bedoya y Bibiana Andrea Ruiz.

14 Contactos: Carmen Alicia Acevedo y Nora Nelly Bedoya.

Municipio de Medellín, Antioquia. Siempre Vivas se ha vinculado con el rescate de semillas ancestrales y adaptadas al territorio local, como de la quinua y el amaranto. Sus socias están integradas a los mercados campesinos, donde semanalmente llevan sus productos, reduciendo los intermediarios y aumentando sus ganancias. Ellas son además socias de una tienda de comercio justo. En estos mercados se valora que los productos sean más naturales, por lo que las hortalizas producidas en sus fincas ecológicas tienen buena acogida. También han desarrollado un trabajo sistemático y constante por la titulación compartida de la tierra, y por la conquista de derechos de las mujeres rurales y campesinas. Hacen parte de la red inter-corregimental de organizaciones de mujeres campesinas, que además de ser un espacio de capacitación y de intercambio de experiencias, es donde construye agendas políticas para incidir a nivel municipal sobre la conservación de las áreas rurales, el fortalecimiento del derecho a la alimentación y la movilización por los derechos humanos de las mujeres.

- **Asociación de Mujeres María Martínez de Nisser¹⁵**

Fundada en el Municipio de Sonsón, Antioquia. Trabaja en acciones tendientes al mejoramiento de las condiciones de vida de las mujeres y sus familias, mediante una vida libre de violencias. También, en la participación plena e incidencia política en la construcción de un desarrollo territorial sustentable con equidad de género. Ha participado en procesos de formación y de planeación predial con mujeres rurales y campesinas. En estos esfuerzos, es de importancia el enfoque agroecológico para la producción de alimentos vinculados a la cultura (como el maíz y el frijol).

- **Asociación de Mujeres de Nariño (AMUNAR)¹⁶**

Es una asociación en el Municipio de Nariño, Antioquia, con socias urbanas y rurales. Su razón de ser es la promoción de proyectos productivos que generen ingresos a las mujeres, y fortalezcan su participación en espacios de decisión del Municipio. Sus socias han recuperado y puesto en práctica tecnologías agroecológicas para la producción de alimentos sin agroquímicos y con conservación de suelos.

- **Alianza Orgánica Mizuna¹⁷**

Conformada en el Municipio de Envigado, Antioquia, por un grupo de productoras agrícolas para fortalecer el desarrollo comercial y técnico de cultivos agroecológicos. Ellas han certificado su producción según las normas de Rainforest y Buenas Prácticas Agrícolas (BPA), participan en mercados locales con una marca colectiva que les ha permitido posicionar sus productos, y realizan capacitaciones sobre la importancia de la agricultura en periferias urbanas desde una perspectiva de las funciones ecosistémicas.

- **Comité de Mujeres de la Asociación Campesina de Inzá¹⁸**

Se conformó en el Municipio de Inzá, Cauca, inicialmente como un comité de la Asociación Campesina de Inzá Tierradentro (ACIT). Cuenta con la participación de indígenas y campesinas y ha trabajado principalmente por su acceso a la tierra, el fortalecimiento de su identidad, la defensa del territorio y de sus semillas nativas, y por el establecimiento de huertas orgánicas para producir alimentos y plantas medicinales de forma agroecológica. Con recursos de la cooperación internacional, sus integrantes compraron terrenos en los que han reforestado nacimientos de agua que abastecen a la comunidad. Ellas pertenecen a la Ruta Pacífica de la Mujeres regional Cauca, desde la cual resisten a la guerra y realizan acciones por la paz.

15 Email: mujeresnisser@gmail.com; Contactos: María Eugenia Galeano, Doralba Botero Flórez y Luz Elvira Ríos.

16 Contactos: Teresita Giraldo Martínez, Sandra María Gañán y Rosa María Ramos.

17 Página web: <http://mizuna.co/>; Contactos: Leticia Navarrete y Amilbia Pérez.

18 Contacto: Alix Morales.

- **Grupo Vamos Mujeres de Ichó¹⁹**

Es una asociación afrocolombiana en la región del Chocó, que se conformó alrededor a partir de la recuperación de la base alimentaria que perdieron por el desplazamiento armado que sufrieron a inicios de la década del 2000. Sobresale la recuperación de semillas de arroz y caña panelera, base de la alimentación local. Hace parte del Consejo Comunitario Mayor de la Asociación Campesina Integral del Atrato (COCOMACIA).

- **Asociación Primero los Niños²⁰**

Organización campesina localizada en la vereda La Suprema, Municipio de María La Baja, Bolívar. Está conformada en su mayoría por mujeres, quienes realizan prácticas y producción agroecológica de alimentos en una parcela colectiva, dado que perdieron su tierra por el conflicto armado y como resultado de grupos paramilitares que intimidaron a la gente para que abandonaran el territorio y vendieran sus tierras a bajos precios. Muchas familias se desplazaron a distintas ciudades, y desde hace unos años iniciaron un proceso de retorno al municipio, en el marco del cual han inscrito sus proyectos agroecológicos, a través de los que intentan recuperar semillas y alimentos con identidad cultural, como formas de resistencia.

- **Agrosolidaria de Soracá²¹**

Trabaja en la restauración de suelos erosionados de las regiones frías de los Andes desde el Municipio de Soracá, Boyacá. También se enfoca en la recuperación, producción, comercialización y transformación de quinua como una alternativa al trigo (cultivado con muchos productos químicos sintéticos), y para mejorar la alimentación y nutrición de las familias campesinas. Ha incorporado en su trabajo las prácticas agroecológicas entre las que destaca la producción de bioinsumos.

Organizaciones regionales

- **Colectivo de Mujeres del Proceso Regional del Nordeste Antioqueño²²**

Es una organización de organizaciones que se articularon al trabajo que realizaba la Corporación Vamos Mujer con la Asociación de Mujeres Organizadas de Yolombó, con el objetivo de compartir conocimientos, experiencias y saberes. El colectivo apuesta por el mejoramiento de las condiciones económicas de las mujeres a través del fortalecimiento de las iniciativas productivas, de la promoción y recuperación de la producción agroalimentaria tradicional de la región, de la construcción de estrategias colectivas de comercialización de sus productos y del acceso a créditos a bajo interés. Sus acciones giran alrededor del consumo responsable y comercio justo, y la valoración del trabajo de las mujeres. También tiene dentro de su agenda la actuación colectiva en la región para la participación política de las mujeres y una vida libre de violencias.

- **Asociación de Mujeres del Suroeste Unidas por un Mismo Ideal (ASUMUS)²³**

Se trata de otra asociación de organizaciones con accionar en toda la región del Suroeste de Colombia. Trabaja en temas agroalimentarios y de comercialización de productos. Promueve la participación ciudadana y comunitaria de las mujeres en la defensa del territorio, así como el acceso y decisión de las mujeres sobre la propiedad de la

19 Contactos: Benilda Gamboa, Mary Luz Gamboa y Pura Alicia Gamboa.

20 Email: asociacionprimerolosninos@gmail.com

21 Email: soraca@agrosolidaria.org; Contacto: Edelmira González.

22 Email: Luzmar433@gmail.com; Contactos: Luz María Rincón y Odilia Gómez.

23 Email: asubmus2011@hotmail.com; Contactos: Emilsen Cardona, María Dioseli Montoya y Teresita Gómez.

tierra para mejorar sus ingresos y mejorar su calidad de vida. Impulsa acciones dirigidas a disminuir la violencia intrafamiliar y contra las mujeres, y propicia nuevas masculinidades en la región.

- **Asociación de Mujeres del Oriente Antioqueño (AMOR)²⁴**

Tiene presencia en 22 municipios del Oriente antioqueño. Allí inició su trabajo con el objetivo de promover los derechos de las mujeres, y su participación consciente y activa hacia un proceso de desarrollo equitativo, incluyente y en paz. En momentos de agudización del conflicto armado, AMOR jugó un papel protagónico en el mantenimiento del tejido social. Actualmente, promueve procesos de reconciliación y paz, y desarrolla proyectos enfocados al cuidado de la naturaleza. Para la conmemoración de sus 20 años en el 2013, realizó el concurso “Mujeres cuidadoras de la vida y la naturaleza” a través del cual se reconoció a diez mujeres líderes de proyectos ambientales en diferentes municipios.

- **Asociación de Mujeres Despertar al Progreso del Cañón del Río Porce²⁵**

Inició con temas de agroecología vinculada al autoconsumo. Actualmente trabaja en la producción, preparación y conservación de alimentos agroecológicos, educación ambiental, manejo adecuado de los residuos sólidos, establecimiento de huertos leñeros y mejoramiento de estufas eficientes. También busca la creación de espacios de participación e integración de las mujeres en las dinámicas locales. Pertenece al proceso regional de mujeres del Nordeste antioqueño.

- **Asociación de Productores Indígenas y Campesinos (ASPROINCA)²⁶**

Es una organización comunitaria que trabaja con cerca de 350 familias indígenas en la diversificación de su producción agrícola de una manera respetuosa con el medioambiente. Su objetivo es poner fin a la dependencia local de la producción de café. Esta iniciativa promueve prácticas agrícolas sostenibles y la recuperación de variedades nativas de frijol, maíz, caña panelera y cereales, para mejorar la seguridad alimentaria. También trabaja en el aprovechamiento del biogás producido a partir de los residuos animales, reduciendo la presión sobre los bosques cercanos para extracción de leña. Desarrolla prácticas agroecológicas para la protección y el mantenimiento de microcuencas donde se genera el agua que surte a los acueductos de las comunidades campesinas de Riosucio, Supía y Quinchía, del Departamento de Caldas. El quehacer de la asociación incluye la defensa del su territorio a través de múltiples acciones entre las que esta la conservación de sus semillas nativas y criollas. Ha logrado un reconocimiento nacional por construir y enseñar una agricultura que reivindica, cultiva y defiende la vida en todas sus manifestaciones.

Organizaciones nacionales

- **Asociación Nacional de Mujeres Campesinas, Negras e Indígenas de Colombia (ANMUCIC)²⁷**

Es una organización de organizaciones con capítulos en más de setenta municipios distribuidos en casi todos los departamentos del país. Surge con el objetivo de mejorar la calidad y condiciones de vida de las mujeres rurales mediante el desarrollo de proyectos productivos, así como fortalecer su autonomía y reconocer su papel en el

24 Email: correoamor@yahoo.com; Contactos: Margarita Quiroz y Beatriz Montoya.

25 Email: dofrec_2324@hotmail.com; Contactos: Ana Cecilia Muñoz, Marta Oliva Palacio Muñoz, Sor Aleyda Monsalve.

26 Página web: <https://www.facebook.com/asproinca.riosucio>

27 Página web: <http://www.anmucic.org/>, <https://www.facebook.com/anmucic/>

en campo. La asociación ha trabajado en incidencia política y legislativa, aportando en la emisión de leyes de protección de los derechos de las mujeres al acceso y tenencia de la tierra, y de erradicación de las violencias. Sus esfuerzos también se enfocan en el reconocimiento de las mujeres en la construcción de la paz.

ONG: Fundaciones y Corporaciones²⁸

El encuentro y la articulación entre agroecología y género no ha sido un proceso fácil ni rápido, en buena medida porque sus enfoques y perspectivas pertenecieron por mucho tiempo a esferas distintas y distantes; así, sus desarrollos transcurrieron por caminos separados. En Colombia, lo que conocemos como agroecología empezó a desarrollarse en ONG que trabajaban principalmente con familias campesinas, las cuales se concebían como totalidades, sin contemplar las diferencias entre hombres y mujeres en su interior. Muchos de esos proyectos tuvieron como objetivo mejorar la producción a través de un cambio de técnicas e insumos para una producción ecológica. Pero las reflexiones desde la práctica han ampliado el panorama y han llevado a conceptualizaciones sobre los efectos perversos de la agricultura industrializada y del modelo de desarrollo productivista, que ha destruido las bases materiales sobre las que la vida es posible. Es decir, ha dado lugar al denominado por María José Tortosa (2011) como “mal desarrollo”.

Otros proyectos empezaron a incursionar en temas de seguridad y soberanía alimentaria, o en el mejoramiento de las condiciones materiales. Así empezó a quedar en evidencia que el acceso a recursos estaba atravesado por el género, y que sin tierra y sus recursos conexos es imposible lograr la sostenibilidad de la agricultura.

A mediados de los años setenta, con la declaración de la década de las mujeres por la ONU, las agencias de cooperación internacional empezaron a exigir, por un lado, la inclusión de las mujeres como beneficiarias de los proyectos y, por el otro, la aplicación de enfoques metodológicos que las visualice. Después de la Cumbre de Río de Janeiro, vinieron las recomendaciones sobre género y medio ambiente, y empezaron a circular los textos y las experiencias del movimiento Cinturón Verde de Kenia, vinculada con Wangari Maathai y el Chipko en la India relatadas por Vandana Shiva en su libro de “abrazar la vida” (Zuluaga 2011). Estas, a pesar de referirse a contextos culturales tan distintos, fueron inspiradoras de diversas iniciativas. Un texto publicado en Colombia por Nohemí Londoño (1991) con el título de *Mujer y ecología cotidiana*, también fue central en estos nuevos aprendizajes. En esta línea, Gioconda Herrera (1998) ha subrayado que las discusiones acerca de las relaciones de género, en América Latina, llegaron a través de los organismos internacionales de asistencia al desarrollo. Así, género es hoy parte del lenguaje cotidiano de muchas organizaciones, pero en algunos casos, con carácter instrumental y prescriptivo, más que analítico y cuestionador.

Como lo ha señalado Susan Paulson (2013), las experiencias y luchas de las mujeres eran borrosas para las organizaciones ambientalistas a pesar de que en la mayoría de los grupos se contaba con una alta participación de mujeres. Nosotras consideramos que esa ausencia también se ha dado en las organizaciones agroecologistas. Además, eran —o siguen siendo— consideraras incómodas, controversiales o amenazantes, como se relata en los testimonios recogidos “*En una de las redes ambientalistas [mixtas], se había condicionado el financiamiento de un proyecto grande, a que los técnicos y asesores recibieran capacitación en género. Lo hicieron*

28 En Colombia las ONG se dividen entre fundaciones y corporaciones, ambas son organizaciones de la sociedad civil sin ánimo de lucro, con personería jurídica y reconocidas como tal ante la ley. Las fundaciones surgen de la destinación de unos bienes o dineros preexistentes para realizar actividades que puedan generar bienestar social. Las corporaciones, de la voluntad de varios asociados o corporados, naturales o jurídicas, privadas o públicas, con una finalidad específica (para mayor información ver a Óscar Gaitán, 2014).

*a regañadientes, no participaban de los ejercicios, se resistían. Mejor dicho, nos estaban sabotando [...] y se armó un debate tremendo, en el que nos acusaban de colonialistas, de estar divulgando y agenciando discursos ajenos a las necesidades de las comunidades*²⁹.

Por otro lado, las organizaciones con enfoque feminista han privilegiado a las ciudades como espacios de actuación, y sus agendas suelen estar vinculadas con la violencia de género y con los derechos sexuales y reproductivos. Como resultado, presentan poco interés en los temas ambientales y de agricultura, desconociendo en general las situaciones y las necesidades de las mujeres campesinas. Una excepción ha sido Vamos Mujer, ONG que surgió en un contexto rural y tiene sede en Antioquia.

Incluso algunas feministas desconfían y llegan a ser hostiles con los discursos ecofeministas, por considerarlos esencialistas, a pesar de las distintas versiones y propuestas que participan del complejo debate de la relación naturaleza/sociedad y biología/cultura³⁰. Como lo ha expresado Alicia Puleo (2007), el ecofeminismo es una corriente de pensamiento y un movimiento social que explora los encuentros y sinergias entre ecologismo y feminismo, y a partir de este diálogo, pretende compartir y potenciar la riqueza conceptual y política de ambos movimientos, de modo que el análisis de los problemas que cada uno afronta por separado gana en profundidad, complejidad y claridad al tratarse de manera complementaria, potenciando la riqueza conceptual y política de ambos movimientos (Puleo 2011). Pero la mayoría de los feminismos no son ecologistas y la mayoría de los ecologismos no son feministas, lo cual significa un reto para las alianzas tan necesarias y urgentes entre estos dos movimientos sociales, en tanto movimientos emancipatorios.

Sin embargo, muchas organizaciones de mujeres que trabajan con campesinas han desarrollado mayores vínculos y comprensión del discurso ambiental, al iniciar el abordaje de temas como la seguridad y soberanía alimentaria, el derecho a la tierra, el agua y otros activos productivos, así como las tradiciones, la distribución de la riqueza y la economía del cuidado.

Según Dianne Rochelau y colaboradores (2004), el hecho de que el estado del bienestar haya retrocedido a causa del ajuste estructural y la globalización, ha afectado a las comunidades de más bajos ingresos y, entre estas, de manera muy particular a las mujeres, aumentando el costo de vida y disminuyendo los servicios sociales, lo que genera múltiples dificultades para asegurar la subsistencia de sus familias. Los hogares pobres se enfrentan a mayores riesgos ambientales y a mayor incertidumbre e inseguridad, además sus derechos a la propiedad son precarios o inexistentes. Situación por la que se ha incrementado la participación de mujeres en los movimientos ecologistas y agroecológicos. Así pues, el activismo de las mujeres es una respuesta a los cambios reales en las condiciones ambientales locales y a los cambios discursivos a favor del desarrollo sostenible. Lo que significa grandes desafíos para las organizaciones agroecológicas, muchas de las cuales vienen incorporando el enfoque de género en sus programas y proyectos institucionales.

En este sentido, Yayo Herrero (2013) comenta que necesitamos construir agendas alternativas que pongan la sostenibilidad de la vida en el centro, no solo la vida humana sino de la diversidad de la vida en todas sus formas. Ello porque dependemos directamente de lo que nos proporciona la naturaleza: somos seres eco-dependientes, pues nuestra existencia está subordinada completamente a la a través del alimento, agua, cobijo, energía, minerales, etc. Por lo que es central politizar lo cotidiano, como otra esfera de la ecología.

29 Socia de Vamos Mujer.

30 Análisis del ecofeminismo está disponible en los múltiples trabajos de Alicia Puleo y los de Yayo Herrero. También puede verse a Gloria Zuluaga (2014).

Desde estos espacios se ha producido gran cantidad de documentación de apoyo a la intervención que realizan las ONG feministas y agroecológicas, sea por la vía de la sistematización de las experiencias, o como materiales pedagógicos que buscan poner a circular conocimiento dentro de las comunidades. En general, estos materiales quedan circunscritos a pequeños espacios con poca divulgación, no suelen estar escritos en el lenguaje de la ciencia formal y, por lo tanto, no son sometidos a los procesos evaluativos de la investigación convencional, aunque han servido para la movilización y la generación de conocimiento. En general, estas organizaciones cuestionan que el saber experto académico deja por fuera los sistemas de conocimiento tradicional y local, desconociendo saberes que no cumplen con sus estándares, entre ellos los saberes de las mujeres y las habilidades sociales reconocidas como “femeninas”.

El acompañamiento que hacen muchas de estas organizaciones estimula las prácticas e intercambio de saberes como herramienta pedagógica, lo que ha posibilitado la ampliación del espacio de actuación de las mujeres, poniéndolas en contacto con otras redes de sociabilidad, y legitimando su participación y sus conocimientos. Para el caso colombiano son numerosas las organizaciones que han participado en la construcción de prácticas y teorías relacionadas con la agroecología. A continuación, mencionaremos algunas que hemos podido referenciar, incluyendo cuatro que se declaran feministas, y otras que son organizaciones mixtas que han conformado comités o áreas de género.

- **Corporación Vamos Mujer³¹**

Esta es una organización no gubernamental feminista y ambientalista, fundada en 1979 en el departamento de Antioquia. Desde sus inicios se ha preocupado por el desarrollo integral de las mujeres, buscando motivar procesos de autoafirmación, autoconciencia y autogestión, de manera que reconozcan su identidad, con el objetivo de fijar su posicionamiento social. Para mediados de los años noventa, la corporación diseñó el programa *Mujer Rural*, cuyo marco de trabajo es la actuación social de las mujeres y el desarrollo alternativo y sostenible, insistiendo además, como fundamento de la sostenibilidad de la vida, en una postura pacifista y en el rechazo a las acciones de los grupos armados. Desde sus inicios, el modelo de intervención de la corporación ha privilegiado a las organizaciones de mujeres populares, con el fin de mejorar las condiciones materiales de vida para las mujeres y sus organizaciones, enmarcado en los preceptos y tecnologías apropiadas en relación a la sostenibilidad y no a la depredación de la naturaleza. Clara Mazo, Sonia Cárdenas, Ana María Berrio, Adriana Patricia Zuluaga, Elizabeth Sepúlveda y Liliana Moreno, son los nombres de las mujeres de la corporación que por décadas han desarrollado propuestas ambientales e iniciativas de producción agroecológica en distintos municipios de Antioquia (Nordeste, Suroeste y Oriente) en proyectos con y para mujeres campesinas, en el marco del programa Mujer Rural y del Programa Ecofeminismo y Desarrollo Sostenible.

- **Corporación Ecológica y Cultural Penca de Sábila³²**

Es una organización ambientalista y feminista, fundada en 1988 en la ciudad de Medellín. Dedicada a la educación y a la promoción de una gestión ambiental alternativa y una participación democrática para avanzar, por un lado, hacia la justicia y la equidad entre géneros, generaciones y culturas, y, por el otro, por la conservación y uso sostenible de la biodiversidad. Sus programas se enfocan en soberanía alimentaria y economía solidaria, gestión social y ambiental del territorio, cultura y política ambientalistas, mujeres y justicia de género, y participación y organización juvenil. Cuentan con una escuela agroecológica en la que han capacitado cientos

31 Página web: <http://vamosmujer.org.co>

32 Página web: <http://corpenca.org>

de campesinos y campesinas, así como neo-rurales que han regresado al campo. La corporación participa en redes internacionales sobre el derecho a las semillas y el agua, temas que ha trabajado por más de una década, contribuyendo a la discusión y comprensión de estos recursos como bienes comunes. Entre las mujeres que han participado en la construcción de estas agendas, se encuentran Helena Acevedo, Leticia Pérez, Amalia Cuervo y Marta Escobar.

- **Corporación de Mujeres Ecofeministas (COMUNITAR)**³³

Esta organización se fundó en 1987, en Popayán, Cauca. Es integrante de La Ruta Pacífica de las Mujeres de Colombia contra la Guerra, de la Red colombiana por los derechos sexuales y reproductivos, y del ECOFONDO³⁴. Coordina acciones e iniciativas ciudadanas con otras organizaciones sociales de la región, y con plataformas y coaliciones nacionales e internacionales, para incidir en la construcción de políticas públicas con enfoque diferencial y defensa de los Derechos Humanos. Gestiona y realiza proyectos de desarrollo, asesoría e investigación en los campos social, solidario, cultural y científico, en temas de salud, educación, ambiente, agroindustria, comercio, etc. Además, brinda servicios de asistencia técnica directa rural. La corporación contribuye al debate e interlocución ciudadana para soñar un Cauca libre de violencias, discriminaciones y exclusiones. Algunas de las mujeres que han contribuido a la construcción de la corporación esta Socorro Corrales y Zuly Meneses.

- **Organización Femenina Popular de Barrancabermeja (OFP)**³⁵

Inicia como un proceso organizativo de base en 1972 en el departamento de Santander, con el propósito de hacer frente a la violencia intrafamiliar y fortalecer la justicia social. Se consolida como organización en 1995 y actualmente, trabaja la soberanía alimentaria, desde la perspectiva del derecho a la alimentación digna, sana y equilibrada. Ha desarrollado proyectos alternativos para la superación del hambre y la desnutrición ocasionadas por la pobreza, el desempleo, el conflicto armado y la ineficiencia de las políticas públicas. Los principales programas son en huertas familiares agroecológicas y de producción animal, y comedores populares. Estos últimos han funcionado por más de quince años como apoyo a las mujeres trabajadoras para que puedan garantizar alimento a sus hijos e hijas de modo económico y balanceado, y a partir de allí, se establecen, además, como un espacio de resistencia. Las mujeres de la organización participan en los mercados populares comprando directamente a los campesinos productos para los comedores, eliminando intermediarios. Gloria Amparo Suarez, encargada del área alimentaria, y Yolanda Becerra, su directora, son las personas más reconocidas de la organización.

- **Red Colombiana de Agricultura Biológica, Antioquia (RECAB)**³⁶

Busca el desarrollo en los territorios de una cultura ambiental, del comercio justo, la economía solidaria y de una agricultura económicamente viable. Trabaja por la soberanía alimentaria, la equidad entre géneros, la conservación de la biodiversidad y la defensa de la agricultura familiar campesina. Desde hace diez años, viene trabajando en el rescate de las semillas criollas y nativas, promoviendo su intercambio como una forma de resistencia, dado que la Ley N° 1518 de abril 23 de 2012 desconoce los derechos de los/as agricultores/as, al impedirles la libre resiembra, uso, intercambio y comercialización de semillas.

33 Email: comunitarorg@gmail.com

34 Descrita más adelante en el presente capítulo.

35 Página web: <http://organizacionfemeninapopular.org.co>

36 Página web: <http://alianzaagroecologia.redelivre.org.br/mapa/recab/>

La RECAB promueve también las redes de semillas, en las que se integran enfoques de la agroecología y soberanía alimentaria. A partir de allí contribuye a mantener la labor de los/as custodios/as de semillas, la permanencia y empoderamiento de los campesinos y campesinas en el territorio, el fortalecimiento del sistema agroalimentario agroecológico, la conservación y el conocimiento de la agrobiodiversidad, la promoción de la investigación participativa y la politización de su actividad. Con esto, desafía la hegemonía de grandes compañías y sus legislaciones. La mayoría de campesinos/as que están vinculados a estas iniciativas son las mujeres. Los nombres de Helena Botero Restrepo y Tulia Jaramillo fueron centrales en la construcción de esta red.

- **Centro de Estudios, Educación e Investigación Ambiental (CEAM)**³⁷

Ha trabajado por más de 25 años en el mejoramiento de la calidad de vida de las comunidades rurales del Oriente antioqueño mediante proyectos productivos que conduzcan a la gestión sostenible del medio ambiente y la autogestión de las comunidades. Ha impulsado y construido varias escuelas campesinas agroecológicas, cuyos componentes centrales son el manejo ecológico de suelos, el no uso de plaguicidas, la conservación y manejo del agua. Así mismos, ha apoyado el posicionamiento de las propuestas campesinas de la defensa del territorio, y de las propuestas de Distritos Rurales, que pretenden conservar la tierra para la producción de alimentos sanos. Dos de las mujeres que han trabajado desde el inicio en los temas de agroecología de esta corporación son los de Doris Suaza y Cristina Pineda.

- **Corporación para la Investigación y el Ecodesarrollo Regional (CIER)**³⁸

Desde 1982 participa en la construcción de sistemas locales comunitarios y en procesos de educación para generar motivaciones, competencias, interacciones e interdependencias necesarias para resolver problemas con eficiencia, compromiso, solidaridad, organización y autonomía. La corporación busca contribuir a la organización social, los emprendimientos locales, la producción y la soberanía alimentaria. Dos mujeres que en momentos distintos han contribuido al enfoque agroecológico de CIER son Consuelo Vallejo y Miriam Jiménez.

- **Corporación para la Educación Integral y el Bienestar Ambiental (CEIBA)**³⁹

Trabaja por la gestión de propuestas de desarrollo local y regional que integren la concepción de bienestar de las comunidades y el aprovechamiento sostenible de los recursos naturales. Desarrollan procesos formativos y de capacitación integrales partiendo de la realidad de los contextos, con el fin de fortalecer las capacidades individuales y colectivas, que aporten al establecimiento de nuevas relaciones sociedad-sociedad y sociedad-naturaleza, bajo criterios de equidad y desde una perspectiva ambiental del territorio. Igualmente, busca el mejoramiento de los sistemas productivos agroalimentarios hacia la sustentabilidad. Elba Guerra y Nubia Arroyave son dos de las mujeres que han estado al frente del acompañamiento a los procesos agroecológicos dentro de CEIBA.

- **CENSAT Agua Viva**⁴⁰

Se fundó el 1989 con el objetivo de impulsar alternativas al desarrollo, modelos de vida sustentables, y relaciones armoniosas con la naturaleza, la justicia y la democracia. Trabaja por el derecho a la alimentación, así como a la

37 Página web: <http://www.corpoceam.org/>

38 Página web: <http://www.corpcier.org/>

39 Página web: <http://www.corpoceiba.org.co/>

40 Página web: <http://censat.org/>

disponibilidad, acceso, cantidad y calidad de los alimentos sanos y limpios de contaminación genética y química. Impulsa procesos agroecológicos, mercados solidarios y la recuperación de prácticas culturales asociadas al uso, manejo y conservación de la agrobiodiversidad alimentaria, en la que las mujeres desempeñan roles centrales. Busca, con las comunidades, la construcción y defensa de un Buen Vivir basado en las relaciones de justicia, equidad y dignidad. Las mujeres que han trabajado en los temas que aquí señalamos son Tatiana Roa, Marcela Gómez y Dana Jaimes.

- **Movimiento Agroecológico de América Latina y El Caribe, Colombia (MAELA – Colombia)**⁴¹

Es un movimiento abierto, plural y diverso en experiencias de desarrollo, producción, comercialización, investigación, formación y promoción de la agroecología. Congrega diversas organizaciones de productores familiares, campesinos/as e indígenas, de consumidores, ONG, movimientos de agroecología, instituciones de educación y universidades, las cuales participan en red con otros movimientos similares en América Latina y el mundo. El objetivo principal de MAELA es fomentar la agricultura ecológica para contribuir al desarrollo humano integral a partir de la agroecología, el saber local y la conjugación de aspectos sociales, ambientales, económicos y culturales, como elementos indispensables en un nuevo modelo de desarrollo rural sustentable. Buscan interconectar sus proyectos con otros ejes como el trabajo digno, el empoderamiento femenino y la lucha por la democracia. Algunas de las que han trabajado en estas áreas son Ana Franco y Velma Echavarría.

- **ENDA Colombia – Medio Ambiente y Desarrollo**⁴²

Desarrolla actividades en Colombia desde 1983, alrededor de los Derechos Humanos económicos, sociales, culturales, colectivos y ambientales, en la búsqueda del bienestar y el mejoramiento de la calidad de vida de las poblaciones excluidas y en condiciones de pobreza. Entre sus planteamientos esta contribuir a la equidad e igualdad de oportunidades entre hombres y mujeres, a la construcción de una cultura no sexista y a la lucha contra toda forma de violencia y discriminación. Reconoce la crisis ambiental como una crisis de civilización, de un modelo económico-productivo, tecnológico y cultural, depredador de la naturaleza y subordinador de culturas alternas. Las mujeres que han trabajado por décadas en esta institución son Pilar Trujillo, María Victoria Bojacá y María Dominique de Suremain.

- **ECOFONDO**⁴³

Esta corporación fue creada en 1993 por una asamblea de 119 organizaciones, incluyendo ambientales, ONG, comunitarias, de pueblos indígenas y afrodescendientes. Sus acciones principales son la co-financiación de proyectos ambientales, la incidencia en políticas públicas, la promoción de la reflexión y acción respecto a las problemáticas ambientales y el fortalecimiento de organizaciones y movimientos sociales. Entre sus objetivos están: propiciar la construcción, encuentro y comunicación entre organizaciones ambientales colombianas; participar activa y críticamente en el diseño y gestión de la política pública ambiental colombiana, en el marco del desarrollo sostenible y del Sistema Nacional Ambiental; contribuir al desarrollo y fortalecimiento de la conciencia ambiental de la sociedad colombiana; canalizar recursos financieros para la solución de los problemas ambientales prioritarios del país; promover la cooperación y el intercambio entre las ONG y el gobierno colombiano; crear espacios de interacción y solidaridad con las organizaciones ambientales de América Latina y

41 Página web: <https://maelac.wordpress.com/>

42 Página web: <http://www.endacol.com/>

43 Página web: www.ecofondo.org.co

otras partes del mundo. Nombres de mujeres que desde el inicio participaron en ECOFONDO son Margarita Flórez, Catalina Restrepo y Marisol Isaza.

- **Corporación Semillas de Identidad**⁴⁴

Es una organización ambientalista y rural conformada desde 1994. Apoya a organizaciones indígenas, afrocolombianas y campesinas de Colombia, en acciones que buscan la protección y control local de los territorios, los recursos naturales, la biodiversidad, los sistemas productivos sostenibles, la soberanía y la autonomía alimentaria de las poblaciones y comunidades rurales. También colabora en gran cantidad de escuelas agroecológicas campesinas e indígenas en el país. En la mayoría de los proyectos y actividades están involucradas las mujeres, con sus saberes y trabajo, esfuerzo que es apoyado y visibilizado continuamente por la organización.

- **Instituto Agroecológico Latinoamericano “María Cano”**⁴⁵

Red de organizaciones sociales campesinas de Colombia y América Latina dedicada a fortalecer la formación en la agroecología, los valores de la cultura y los procesos organizativos campesinos. Su énfasis está en la capacitación a campesinos/as organizados/as en temas vinculados a las técnicas agroecológicas, a la soberanía alimentaria y a la educación, mediante la metodología de formación de campesino a campesino. El instituto está adscrito a la Coordinadora Latinoamericana de Organizaciones del Campo (CLOC) de La Vía Campesina y de la Federación Sindical de Usuarios Agrarios (FENSUAGRO). Dana Ávila ha trabajado fuertemente desde su fundación para que se incluya la perspectiva de género a su interior.

- **Corpomanigua**⁴⁶

Es una organización que cultiva el cuidado de la vida digna, el ejercicio de los derechos, la equidad de género y la construcción de una cultura de paz duradera para el desarrollo del territorio amazónico colombiano. Su trabajo se desarrolla en el departamento del Caquetá, tanto en los espacios rurales como urbanos. Realiza acompañamiento a procesos de producción agroecológicos de alimentos para el autoabastecimiento, intercambio y fortalecimiento socio-económico de poblaciones con vulnerabilidad alimentaria, en coherencia con el contexto amazónico y la cultura local. Trabaja en redes para la dinamización de procesos sociales, culturales y productivos en la región, así como para la construcción de condiciones de ciudadanía a través de la participación. Acompaña en la recuperación de la dignidad, protección y proyección de la vida de personas, familias y comunidades afectadas por el conflicto. Fanny Gaviria ha sido una de las mujeres constructoras de este proyecto.

- **Corporación Tierra Libre**⁴⁷

Es una organización social que trabaja en diferentes lugares del territorio nacional en la construcción de una vida digna para la población rural. Su actividad también se enfoca en el reconocimiento del papel fundamental de las mujeres en la agricultura campesina, productora de alimentos locales y con prácticas agroecológicas. Cuenta con una granja-escuela en la que realiza capacitaciones sobre tecnologías apropiadas y la participación campesina en planes y proyectos con enfoque territorial. Tres de las mujeres que queremos nombrar por su trabajo son Sandra Milena Restrepo, Ivonne Flórez y Catherine Rivera.

44 Página web: <http://www.semillas.org.co/es/campanas/semillas-de-identidad>

45 Email: ialamariacano@gmail.com; Página web: https://www.facebook.com/IALAMARIACANO/?hc_location

46 Email: corpomanigua@corpomanigua.org

47 Página web: <https://www.facebook.com/TierraLibreCo/>

- **Fundación Madre Monte**⁴⁸

Ha trabajado por más de tres décadas en la recuperación y conservación de especies vinculadas a la alimentación campesina. La fundación tiene como objetivo la preservación y ampliación de bosques alto-andinos, la recuperación y la conservación de especies, y el mantenimiento y cuidado del agua. Es de resaltar el proyecto *Mujeres sembradoras de vida*, a través del cual las campesinas reciben capacitación para la propagación de material vegetal destinado al restablecimiento de áreas degradadas y la conservación de cuencas hidrográficas. Dos importantes mujeres en este proyecto son Nora Londoño y Lina Toro.

- **Grupo de Agricultura Ecológica (GRAECO)**⁴⁹

Este grupo se formó en 2002, como una iniciativa de estudiantes de agronomía de la Universidad Nacional de Colombia con el fin de compensar la falta de formación recibida en el tema de la agroecología en el currículo formal. El grupo realiza capacitaciones en el manejo ecológico de plagas y enfermedades ecológica, mejoramiento del suelo y conservación de semillas de cultivos alimenticios. Cuenta con una huerta, que opera como un laboratorio agroecológico al aire libre, donde los/as miembros del grupo desarrollan investigaciones sobre cultivos asociados que puedan propiciar y conservar la diversidad biológica. Participa de varias redes locales y regionales, como la Red Libre de Semillas de Antioquia. Ana María Becerra, Estefanía Gómez, Alisson Abad, Natalia Gómez y Tatiana Acevedo, han estado vinculadas por un largo periodo, dinamizando el trabajo de los/as estudiantes entorno a la agroecología.

- **Centro Agroecológico “La Finca Cosmopolitana”**⁵⁰

Inició como un proceso de recuperación de una zona degradada e incluyó protección a los nacimientos de agua, reforestación de caños y humedales, establecimiento de parcelas agroforestales diversificadas y huertos mixtos con alta diversidad de cultivos, aromáticas y medicinales. Su actividad también incluye la piscicultura en policultivo y bancos de proteína con múltiples especies de forrajes para implementar sistemas pecuarios. Mónica Hesse, ha estado desde el inicio liderando este proyecto.

Las académicas y su impronta en la agroecología

Todos los procesos históricos de exclusión/inclusión de las mujeres en el ámbito educativo, intelectual y científico se han desarrollado en medio de discusiones, tensiones y forcejeos más o menos ruidosos, en los que ellas han participado activamente. Aunque la ciencia pretende ser neutral y objetiva, el sistema científico es un reproductor de sesgos, entre ellos los de género que excluye sistemáticamente a las mujeres y subestima lo femenino. Por ello, desde muchos espacios se ha cuestionado a la ciencia como un proceso y una estructura de validación del conocimiento que desecha la experiencia particular de las mujeres. Existe una constatación básica es que la ausencia de las mujeres de estos espacios no ha sido casual, sino la forma de crear un conocimiento que legitima la desigualdad. Así, debido a los prejuicios sociales que se han reproducido en el mundo científico, las mujeres han sido desterradas, invisibilizadas o subestimadas en cada campo del conocimiento (Schiebinger 2004, Blázquez 2011).

48 Email: cantosdeagua@gmail.com

49 Página web: <https://www.facebook.com/graeco.huertaagroecologica>

50 Página web: <https://www.lacosmopolitana.com/>

Por ejemplo, para el caso de los debates ecológicos se señala al alemán Ernest Haeckel como el precursor del concepto de Ecología en 1873, mientras que la contribución de su contemporánea, la ecóloga estadounidense Ellen Swallow, fue ignorada. Esta mujer fue química del agua, química industrial, metalúrgica, ingeniera y experta en alimentos y nutrición. Fundó el laboratorio para mujeres en el Instituto Tecnológico de Massachusetts y un programa de educación interdisciplinario en 1876. Su trabajo no fue apreciado por el *establishment* científico, que estaba segmentado en diferentes disciplinas, todavía menos comprendida fue su insistencia en trabajar con mujeres (Mellor 2000).

Otra de las científicas ignoradas fue la bióloga Rachel Carson, quien publicó el libro *Silent Spring*, en 1962, texto que advertía sobre el peligro de la acumulación de plaguicidas y herbicidas a lo largo de la cadena alimentaria. Carson aseguró que estos productos químicos se introducirían en la tierra y en el agua, muchas veces acarreados lejos del lugar donde fueron aplicados (Mellor 2000). Ella es tal vez una de las autoras pioneras más influyentes en la actitud americana hacia la naturaleza y en la construcción del ecologismo moderno.

Adicionalmente, la ciencia ha sido producida por un subconjunto particular de la humanidad, es decir, casi totalmente por hombres blancos de clase media, por lo que ha evolucionado bajo la influencia del ideal masculino occidental. Por ello, los estudios de género se interesan en develar el sesgo androcéntrico de las ciencias (Gordillo 2004). En palabras de Sandra Harding (1996, p. 239) “*el conocimiento dominante se ha basado fundamentalmente en la vida de los hombres de las razas, clases y culturas dominantes*”. Esta situación que no está lejos de lo que sucede en la agroecología en Colombia, donde encontramos como sus principales autores a un puñado de colegas varones blancos de clase media, a pesar de que desde hace décadas contamos en el país con mujeres que trabajan y producen investigación en el área.

La discusión feminista sobre la ciencia y la tecnología comienza con el reconocimiento de la escasa presencia de mujeres en las ciencias y asciende hasta cuestiones de trascendencia epistemológica; en otras palabras, sobre la posibilidad y justificación del conocimiento y el papel del sujeto cognoscente (González 2005). Por lo tanto, no se trata únicamente de reformar las instituciones y de alfabetizar en ciencia y tecnología a las mujeres, sino de reformar la propia ciencia a fin que las nociones como conocimiento, sujeto cognoscente, justificación, neutralidad y objetividad se problematicen desde el feminismo. Desde esta perspectiva, es de resaltar que las preocupaciones feministas sobre la ciencia y la tecnología no son temas marginales, sino que abordan problemas centrales de las discusiones científicas contemporáneas, tales como los temas ambientales, la democracia paritaria, la paz, la salud sexual y reproductiva, entre otros, logrando transformaciones dentro de la perspectiva tradicional de las ciencias (Pérez Sedeño 2000).

El aumento de la presencia femenina en las universidades y centros de investigación se ha producido sin un análisis en el que dichas instituciones se pregunten de manera abierta acerca de la ausencia o presencia de mujeres. Es decir, sin que mediara alguna intención de estimular su ingreso en la academia y hacer de ello ocasión de una reflexión más amplia sobre los contenidos, los métodos y los objetivos de las distintas ciencias y disciplinas, y sobre la relación entre éstas con la sociedad en la que actúan.

Ruth López (*En imprenta*), subraya que se necesitará de un amplio trabajo de difusión y sensibilización para asegurar un consenso alrededor de que la exclusión de las mujeres y otros grupos sociales, dentro de las universidades y ciencias, no solo constituye un desperdicio de talento humano cualificado, en cuya formación la sociedad ha invertido una cantidad considerable de recursos, sino también una limitación para producir una ciencia social y económicamente más adecuada a lo que requieren las sociedades, atravesadas por múltiples desigualdades y fracturas, y marcadas, de manera irreversible, por los desarrollos tecno-científicos.

Como lo ha señalado Hilary Rose (1994), la forma en que la sociedad selecciona, clasifica, difunde, transmite y evalúa el conocimiento, refleja la distribución del poder y los dispositivos de control social. Por su parte, Alicia Puleo (2000) plantea que la crítica feminista está animada por una ética y una filosofía política que incluye, necesariamente, un análisis de las relaciones de poder y la denuncia de las deformaciones conceptuales de un discurso hegemónico, basado en la exclusión e inferiorización de la mitad de la especie humana. Basta que cada quien piense y se haga preguntas tales como: ¿cuántas mujeres académicas son referentes fundamentales en su campo de estudio? ¿cuáles mujeres con investigadoras son o fueron estudiadas en mi formación profesional?⁵¹.

La investigación con perspectiva de género se propone desarrollar una idea del mundo que coloca la vida de las mujeres, sus experiencias y puntos de vista en el centro del análisis, ello con el ánimo de corregir sesgos y estereotipos (Hardig 1996). Así, con el presente trabajo queremos contribuir con estas pequeñas notas sobre algunas colegas que han trabajado en el área de agroecología.

Cabe aclarar que muchas de las académicas vinculadas a la agroecología han trabajado, en la mayoría de los casos, desde saberes disciplinares muy especializados vinculados en general con la agronomía. En muy pocas ocasiones lograron hacer vínculos con las ciencias humanas y, todavía más escasa es su cercanía con los asuntos de género y feminismo. Una de las razones es que las universidades en general son espacios muy compartimentados con dificultades para los trabajos inter y transdisciplinarios. La producción académica de muchas de ellas también se inscribe en sus especialidades, pues ha sido difícil que las universidades introduzcan en su currículo la agroecología, que de por sí es una ciencia transdisciplinaria.

Al respecto una de las entrevistadas nos relata: *“En una ocasión me aborda el decano de la Facultad y me dice: ‘estoy muy preocupado porque ese programa de agroecología que ustedes están proponiendo es para hippies... y esta es una universidad muy seria’”*. Otra nos comenta que un colega le dijo: *“Es mejor un programa en agroecosistemas que permite trabajar desde postulados científicos, que uno en agroecología que es muy político y [cuyas] [...] discusiones se pueden volver ideológicas. Creo que no es conveniente para la universidad”*. Adicionalmente, una de las entrevistadas señala: *“Trabajar en esta área es complicado porque no tienes tantos apoyos para la investigación, los sitios para publicar tienen menos prestigio... y a veces terminas estigmatizada porque creen que la agroecología es solo para pobres”*.

No obstante, y a pesar de los estereotipos, algunas han hecho un gran esfuerzo por vincularse en el desarrollo y la promoción de la agroecología desde su transdisciplinaria y holismo, buscando ampliar la perspectiva de la agricultura, de la producción y del consumo de alimentos; además, incluyendo la recuperación, restauración y conservación de los agroecosistemas, y la participación de los y las campesinas tendiente a su empoderamiento y al mejoramiento de su calidad de vida.

Sabemos que son muchas las mujeres agroecólogas en la academia colombiana. Pero, a continuación, damos cuenta solo de algunos de los nombres más reconocidos a nivel nacional. Las primeras descripciones a continuación están vinculadas a las ciencias agrarias, y las últimas tres están formadas en otras áreas (medicina y ciencias sociales) desde las que han realizado aportes importantes.

- **Clara Nicholls**

Ingeniera Agrónoma de la Universidad Nacional de Colombia, investigadora asociada del Centro para el Estudio de las Américas (CENSA) y profesora en la Universidad de California – Berkeley desde el 2004.

51 Comunicación personal con Alejandra Restrepo (2018).

Su trabajo se ha centrado en la biodiversidad, control biológico de plagas y, recientemente, la resiliencia socio-ecológica al cambio climático. Con otro grupo de profesores/as universitarios sacó adelante la propuesta de Doctorado en Agroecología en la Universidad de Antioquia y la Universidad Nacional de Colombia, donde se vincularon profesores/as y estudiantes de varios países de América Latina. También ha sido docente invitada en muchos posgrados a nivel latinoamericano y europeo. Del 2013 al 2018 ha sido presidenta de la Sociedad Científica Latinoamericana (SOCLA), y ha estado al frente de la coordinación de la Red Iberoamericana de Agroecología para el Desarrollo de Sistemas Agrícolas Resilientes al Cambio Climático (REDAGRES). Tiene múltiples publicaciones en el área de control biológico y agroecología. Es conferencista internacional en dichas áreas.

- **Marina Sánchez de Prager**

Ingeniera Agrónoma de la Universidad Nacional de Colombia, con doctorado en Tecnología Agroambiental. Ha ocupado cargos administrativos en la misma universidad como Decana, Vice-Decana, Directora de Departamento de Agronomía y directora del Grupo de Investigación en Agroecología. Participó en 1997 en la creación del programa de Especialización en Agroecología, del que se graduaron aproximadamente 30 estudiantes. En el año 2010 participó en la creación del doctorado en dicha área en la sede Palmira de la Universidad Nacional de Colombia, del cual fue coordinadora por varios años. Creó hace más de diez años, con otros de sus colegas, el *Grupo de Investigación en Agroecología y un espacio académico denominado Seminario Ciencia, Encuentros y Saberes*, desde el que realizan divulgación a través del *Boletín Agroecológico*. Las áreas de trabajo de la profesora Sánchez, son la biología del suelo y la agroecología. Es coautora del libro *Agroecología: una disciplina para el estudio y desarrollo de sistemas sostenibles de producción agropecuaria*.

- **Nancy Barrera Marín**

Ingeniera Agrónoma de la Universidad Nacional de Colombia y doctorada en Tecnología Agroambiental. Ha trabajado en agrobiodiversidad vinculada a la seguridad alimentaria y a la etnoecología. Participó por más de veinte años en el grupo de investigación sobre recursos vegetales promisorios y en el grupo de investigación en agroecología en la sede Palmira de su universidad. Desde estos grupos trabajó metodologías participativas con campesinos/as de la región del Valle del Cauca enfocadas en el rescate, conservación y uso de la agrobiodiversidad.

- **Elsa Nivia**

Ingeniera Agrónoma y Licenciada en Biología y Química, con maestría en producción vegetal. Gestora y directora desde 1983, de la Red de Acción en Plaguicidas de América Latina (RAP-AL), adscrita a la Red de Acción en Pesticidas (PAN Internacional, según su nombre en inglés). Durante más de dos décadas se dedicó a la investigación, educación y difusión de los problemas de salud, ambientales, sociales, económicos y políticos relacionados con la agricultura dependiente de insumos químicos contaminantes. También fueron muchas las denuncias que realizó sobre las multinacionales de la agroquímica. Organizó por décadas el *Día Internacional del No Uso de Plaguicidas* cada 03 de diciembre. Publicó un libro de gran importancia titulado *Mujeres y Plaguicidas*, el cual es tal vez la más valiente crítica al uso de plaguicidas en Colombia.

- **Inge Ambrecht**

Es bióloga de profesión, con doctorado en Recursos Naturales y Ambiente de la Universidad de Michigan. Actualmente es profesora de la Universidad del Valle. Su investigación está enfocada en las funciones y servicios que presta la biodiversidad en agroecosistemas tropicales y bosques naturales. En los últimos diez años se ha dedicado a trabajar en agroecosistemas de café y pastizales de la región occidental de los Andes colombianos. Perteneció a distintas redes científicas nacionales e internacionales entre las que destacan el Grupo Agroecología Universidad de Göttingen-agroek-alle, AMA-AWA, Sociedad Ecológica de América (ESA, por su nombre en inglés) y SOCLA.

- **Patricia Sarria Buenaventura**

De profesión zootecnista y con doctorado en Ciencias Agropecuarias. Ha sido profesora por dos décadas en producción animal sostenible y sistemas agrosilvopastoriles. Desde allí ha realizado propuestas alternativas sobre alimentación agroecológica y el bienestar animal. Hace diez años pertenece al grupo de investigación y al Doctorado en Agroecología de la Universidad Nacional de Colombia, sede Palmira.

- **Sandra Muriel Ruíz**

Ingeniera Agrónoma de la Universidad Nacional de Colombia, con Doctorado en Ecología de la Universidad del Valle. Actualmente se desempeña como profesora de agroecología en el Politécnico Jaime Isaza Cadavid. Ha trabajado en recursos genéticos vinculados a la seguridad alimentaria y al turismo, así como a la producción campesina. Tiene una gran producción científica y académica en agrobiodiversidad y agroecosistemas. Ha sido profesora de universidades locales en las áreas en mención.

- **Neidy Clavijo Ponce**

Microbióloga de profesión y docente investigadora de la Universidad Javeriana. Lidera la línea de investigación *Agroecología e Innovación Rural Participativa*, desde la que fomenta la conservación y uso sostenible de agrobiodiversidad, y promueve y visibiliza estrategias agroecológicas comunitarias en los Andes colombianos y ecuatorianos. Una de sus investigaciones más conocidas es *Tubérculos andinos: Conservación y uso desde una perspectiva agroecológica*.

- **Aida Milena García Arenas**

Directora del Centro de Gestión Ambiental de la Universidad Tecnológica de Pereira, con maestría en Desarrollo Rural de la Universidad Javeriana. Ha trabajado en escuelas campesinas para la seguridad alimentaria en la zona cafetera, incentivando las prácticas de conservación y manejo de semillas para la alimentación de poblaciones vulnerables. También ha desarrollado investigación y producción documental alrededor de la agroecología y el diálogo de saberes.

- **Gloria Inés Cárdenas Grajales**

Directora de la Especialización en Agricultura Tropical Andina de la Universidad Santa Rosa de Cabal. Con Maestría en Sociedades Rurales de la Universidad de Caldas. Sus trabajos de investigación giran alrededor de indicadores de sustentabilidad en los sistemas de producción campesinos, así como en estrategias de adaptación y medios de vida de familias campesinas de los Andes colombianos.

- **Adriana Chaparro Africano**

Ingeniera Agrónoma de la Universidad Nacional de Colombia. Vinculada desde hace más de una década a la Corporación Universitaria Uniminuto, en la cual ha sido coordinadora del programa de agroecología. Tiene un Doctorado en Recursos Naturales y Gestión Sostenible de la Universidad de Córdoba, España. Su trabajo de docencia e investigación se ha desarrollado en agroecología y mercados campesinos.

- **Lilliam Eugenia Gómez Álvarez**

Ingeniera Agrónoma de la Universidad Nacional de Colombia. Con Doctorado en Ecología y Etología, y postdoctorado en ecología experimental. Ha trabajado por más de cuatro décadas en agroecología, agroecosistemas y control biológico. Estuvo vinculada en la década del ochenta a la FAO en recopilación de tecnologías ancestrales para el almacenamiento de granos en África, y el primer programa de manejo integrado de cultivos alimenticios en dicho continente. Ha participado en el Consejo Seccional de Plaguicidas de Antioquia desde 1990, y lo ha presidido desde el 2001. Sus publicaciones de libros y artículos tratan de dichas áreas.

- **Gloria Patricia Zuluaga Sánchez**

Ingeniera Agrónoma de la Universidad Nacional de Colombia, con Doctorado en Recursos Naturales y Gestión Sostenible de la Universidad de Córdoba, España. Vinculada a la Universidad Nacional de Colombia, sede Medellín, en docencia e investigación por más de 25 años. Ha trabajado en el área de agroecología y género y participó en la creación del Doctorado en Agroecología en la Universidad de Antioquia y la Universidad Nacional de Colombia. Hizo parte del Grupo de Investigación Mujeres y Medio Ambiente y fue coordinadora, por una década, del Grupo de Agricultora Ecológica (GRAECO) de su universidad y por espacio de 15 años ha sido socia de la Corporación Vamos Mujer. Entre sus publicaciones resaltan el libro *Género, agroecología y soberanía alimentaria: Una perspectiva ecofeminista*, en coautoría con Emma Siliprandi. Pertenece a distintas sociedades y redes, entre las que sobresale SOCLA, REDAGRES, La Red Colombiana de Mujeres Científicas de Colombia y AMA-AWA.

- **Magdalena León Gómez**

Socióloga de la Facultad de Ciencias Humanas de la Universidad Nacional de Colombia y profesora de la misma por cuatro décadas. Feminista, especialista en investigación social y estudios de las mujeres. Participó en la creación de la Escuela de Estudios de Género de la Universidad Nacional de Colombia y la Red Mujer y Participación Política. En el año 2000 fue merecedora del Premio Nacional al Mérito Científico, en la categoría de Investigador de Excelencia, otorgado por la Asociación para el Avance de la Ciencia en Colombia. Dirigió importantes investigaciones que dieron origen a sus libros *La mujer y el desarrollo en Colombia* y *Mujer y capitalismo agrario*. Además, es co-autora de la obra *Género, Propiedad y Empoderamiento*. Actualmente está pensionada y hace parte activa del Movimiento Social de Mujeres de Colombia.

- **Esperanza Cerón Villaquirán**

Médica de la Universidad del Cauca. Ha trabajado en la Secretaría Distrital de Medio Ambiente y la Secretaría Distrital de las Mujeres y Género de Bogotá, donde ha incorporado enfoques interdisciplinarios. Ha sido profesora de la Universidad de Cundinamarca en las áreas salud, medio ambiente y perspectiva de género.

- **Socorro Corrales Carvajal**

Antropóloga y lingüista, profesora por décadas de la Universidad del Cauca, en las áreas de desarrollo, género y educación. Ha realizado distintas investigaciones entre las que se destacan *El género en la economía rural del departamento del Cauca*, *La participación política de las mujeres rurales* y *Etnicidad y género*. Estuvo vinculada por varios años al ECOFONDO, desde donde participó activamente en la incorporación del enfoque de género.

Consideraciones finales

Las mujeres en distintas geografías y espacios de producción, consumo, comercialización, movilización política o generación de conocimiento ambiental y agroecológico, son actores claves. Por ello, que es urgente y necesario involucrarlas y visibilizarlas de manera comprometida y sistemática, superando las concepciones que —por su género— las anclan en roles fijos y naturalizados, las perciben como víctimas pasivas o esencializan su condición como cuidadoras.

En general, las organizaciones de mujeres campesinas tienen mayores dificultades de operar en ámbitos regionales y nacionales, dado que su experiencia en los espacios públicos ha sido escasa. Pero cuando los compromisos se vuelven más exigentes en tiempo y distancia, a las mujeres se les dificulta su participación.

Existe un alto número de organizaciones locales de mujeres que trabajan alrededor de la alimentación, las semillas y el agua. Sus iniciativas y esfuerzos, a pesar de estar insuficientemente visibilizadas y valoradas, enlazan la economía, política y ecología a través sus cuerpos, sus hogares y sus agroecosistemas. Sin embargo, desde una ideología tradicional del género, suele considerarse que solo vinculan con la esfera doméstica del trabajo reproductivo y del mundo privado.

Las iniciativas y prácticas a las que hemos hecho referencia son parte de una labor política que tiene implicaciones importantes para diversificar los modos de sustento a través de la producción localizada de alimentos. También, para restaurar y proteger los agroecosistemas, lo que desafía al sistema agroalimentario globalizado y mercantilizado, y la conservación ambiental sin gente.

Muchas de las experiencias que han impulsado los grupos y personas, reseñadas en este capítulo, pueden ser pequeñas e incluso consideradas débiles, pero tienen un eco importante como posibles alternativas al modelo industrial de producción y consumo agroalimentario, así como de innovación social y política y de nuevos valores culturales. Por tanto, es urgente y necesaria su visibilidad y valoración.

La participación de las mujeres en los distintos espacios agroecológicos está tendiendo puentes y enriqueciendo el diálogo entre los movimientos sociales y las instituciones universitarias, entre las ciencias naturales y las ciencias sociales, de tal forma que permiten la generación de nuevos lenguajes, mayores opciones metodológicas y nuevos conceptos necesarios para entender las complejas relaciones naturaleza-cultura y ciencia, género y política.

Las académicas a las que hemos hecho alusión, están comprometidas desde la investigación, la docencia y la extensión en la construcción, promoción y profundización de una agroecología interdisciplinaria que genere un conocimiento socialmente útil y significativo, a pesar de que en muchas situaciones encuentran oposición, poco reconocimiento y hasta hostigamiento.

Consideramos que es necesario fomentar investigaciones, metodologías y prácticas que favorezcan la participación de las mujeres y la problematización de las relaciones de género en la producción agroecológica, así como en las políticas públicas sobre el desarrollo rural y la sostenibilidad ambiental.

A pesar de los logros señalados, existe el riesgo de que muchas de estas mujeres y sus organizaciones no logren subvertir los discursos hegemónicos y trascender los roles que les ha sido socialmente asignados, de “buenas” madres cuidadoras del hogar y del medio ambiente. Esto es a su vez un reto para la agroecología y para el feminismo.

Agradecimientos

Agradecemos a todas las mujeres y organizaciones que nos aportaron información para el presente artículo.

Referencias

- Blázquez Norma. 2011. El retorno de las brujas. Incorporación, aportaciones y críticas de las mujeres a la ciencia. México DF: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Brú Josepa. 1997. Medio ambiente: poder y espectáculo. Gestión ambiental y vida cotidiana. Barcelona: Icaria.
- Cárdenas Sonia. 2010. Transición agroecológica para la subsistencia y la autonomía realizada por campesinas en una zona de conflicto armado en Antioquia, Colombia: un enfoque sustentable de la agricultura ecológica. Tesis de Master. UNIA/UCO/UPO, España.
- Carrasco Cristina. 2001. Hacia una nueva metodología para el estudio del tiempo y del trabajo. En memoria del Taller Internacional Cuentas Nacionales de Salud y Género. Santiago de Chile. Disponible en <http://www.paho.org/Spanish/HDP/hdw/chile-cric>.
- Corporación Vamos Mujer. 2009. Mujeres rurales y urbanas tejiendo, posicionando y sosteniendo en medio de la pobreza y la guerra, experiencias de desarrollo, con énfasis en alternativas económicas y equidad de género. Informe de evaluación del proyecto. Medellín: Corporación Vamos Mujer.
- Deere Carmen Diana, León de Leal Magdalena. 1980. Mujer y capitalismo agrario: estudio de cuatro regiones colombianas. Bogotá: Asociación Colombiana para el Estudio de la Población.
- FAO (Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y Agricultura). 2017. Panorama de la seguridad alimentaria y nutricional en América Latina y Caribe. Sistemas alimentares sostenibles para poner fin al hambre y a la malnutrición. Santiago de Chile: FAO.
- Gaitán Óscar. Guía Práctica de las Entidades sin Ánimo de Lucro y del Sector Solidario Cámara de Comercio de Bogotá. Disponible en <https://bibliotecadigital.ccb.org.co/bitstream/handle/11520/8345/Guia%20Practica%20Entidades%20sin%20Animo%20de%20Lucro.pdf?sequence=1>
- González Marta. 2005. Epistemología feminista y práctica científica. En Ciencia, Tecnología y Género en Iberoamérica (Blázquez Graf N, Flores J, eds.). México DF: Ed. Red Mexicana de Ciencia, Tecnología y Género, pp. 575-596.

- Gordillo Alicia. 2004. ¿Qué es lo novedoso del método de investigación feminista? *Revista Encuentro* 70:7-16.
- Harding Sandra. 1996. *Ciencia y feminismo*. Madrid: Morata.
- Herrera Gioconda. 1998. Mujer, Mujeres, Género y Desarrollo: los dilemas de su articulación. En *Población y Desarrollo Local Sustentable, Memorias del VIII Encuentro de Historia y Realidad Económica y Social del Ecuador*. Cuenca, Ecuador.
- Herrero Yayo. 2013. Miradas ecofeministas para transitar a un mundo justo y sostenible. *Revista de Economía Crítica* 16: 278-307.
- La Vía Campesina. 2015. Declaración del Foro Internacional de Agroecología. Nyéléni: La Vía Campesina.
- León de Leal Magdalena. 1980. *Mujer y capitalismo agrario*. Bogotá: Asociación Colombiana para el Estudio de la Población.
- Londoño Noemí. 1991. *Mujer y ecología cotidiana. Mujer y medio ambiente en América Latina*. Quito: Fundación Natura-CEPLAES.
- López Ruth. *En imprenta*. Mujeres, género y ciencia en perspectiva histórica. Herramientas para interpretar el caso de las primeras egresadas de la Facultad de Ciencias Agrarias de la Universidad Nacional de Colombia Sede Medellín. En *Mujeres Universitarias, profesionales y científicas: Contextos y trayectorias*.
- Martínez Alier Joan. 2004. *Ecologismo de los pobres. Conflictos ambientales y lenguajes de valoración*. Barcelona: Icaria.
- Mazo Clara. 2004. *Restablecer los vínculos*. Medellín: Corporación Vamos Mujer.
- Mellor Mary. 2000. *Feminismo y ecología*. México DF: Siglo XXI.
- Paulson Susan. 2013. *Masculinidades en movimiento. Transformación territorial y sistemas de género*. Buenos Aires: Teseo.
- Pérez Sedeño Eulalia. 2000. ¿El poder de una ilusión?: Ciencia, Género y Feminismo. En *Feminismo: del pasado al presente* (Paglia C, Bustelo G, eds.). España: Ediciones Universidad de Salamanca, pp. 103-116.
- Puleo Alicia. 2000. Ecofeminismo: hacia una redefinición filosófico-política de “Naturaleza” y “Ser humano”. En *Feminismo y filosofía* (Amorós C, ed.). España: Síntesis, pp. 165-192.
- Puleo Alicia. 2007. Medio ambiente y naturaleza desde una perspectiva de género. En *El paradigma ecológico en las ciencias sociales* (Garrido F *et al.*, eds.). Barcelona: Icaria, pp. 227-249.
- Puleo Alicia. 2011. *Ecofeminismo para otro mundo posible*. España: Cátedra.
- Puleo Alicia. 2015. *Ecología y género en diálogo interdisciplinario*. Madrid: Editores Plaza y Valdés.

- Rocheleau Dianne, Thomas Barbara, Wangary Esther. 2004. Género y ambiente: una perspectiva de la ecología política. Miradas al futuro: hacia la construcción de sociedades sustentables con equidad de género. México DF: IDR-CRDI.
- Rose Hilary. 1994. Love, Power and Knowledge. Towards a Feminist Transformation of the Sciences. Cambridge: Cambridge University Press.
- Schiebinger Londa. 2004. *¿Tiene sexo la mente?* Las mujeres en los orígenes de la ciencia moderna. Madrid: Universitat de València.
- Shiva Vandana. 2006. Manifiesto para una democracia de la tierra. Justicia, sostenibilidad y paz. Madrid: Paidós.
- Tortosa José María. 2011. Maldesarrollo y violencia a escala mundial. Quito: Editorial Abya-Yala.
- UNESCO (Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura). 2015. Science Report: Towards 2030. Paris: UNESCO.
- Zuluaga Gloria P. 2011. Multidimensionalidad de la agroecología: un estudio sobre organizaciones de mujeres campesinas en Colombia. Tesis doctoral. Universidad de Córdoba, España.
- Zuluaga Gloria P. 2014. Ecofeminismos: potencialidades y limitaciones. Género, agroecología y soberanía alimentaria. En Género, Agroecología y Soberanía Alimentaria. Perspectivas Ecofeministas (Siliprandi E, Zuluaga GP, coords.). Barcelona: Icaria, pp. 67-91.

3

Memórias das mulheres na agroecologia do Brasil

Sarah Luiza de Souza Moreira¹; Ana Paula Ferreira²; Emma Siliprandi^{3*}

Introdução

Durante o processo de redemocratização do Brasil, iniciado na década de 1980, o debate sobre a sustentabilidade na agricultura ganhou força entre os movimentos sociais rurais. Homens e mulheres, envolvidos em experiências alternativas de produção e comercialização desde as décadas anteriores, criticavam o padrão tecnológico do modelo de desenvolvimento vigente, baseado na agroquímica e nas grandes produções. A crítica se direcionava às consequências sociais e econômicas daquele modelo, geradoras de exclusão, concentração de terra, precarização das relações de trabalho e êxodo rural.

Por outro lado, com a redemocratização, surgia também com força outro debate, levantado pelos movimentos de mulheres (urbanos e rurais), que exigiam a incorporação de bandeiras feministas no projeto de sociedade a ser construído. Paulatinamente, as reivindicações das mulheres rurais começaram a aparecer também entre os nascentes movimentos de agricultura alternativa: pela extensão a elas do direito à sindicalização, acesso à terra, aposentadoria e outros direitos sociais, até então garantidos somente aos homens. Pode-se afirmar que esses dois movimentos (agroecológico e de mulheres) se constituíram paralelamente, em um contexto comum: a luta pela democracia.

1 Mestranda em Meio Ambiente e Desenvolvimento Rural/PPG, Programa de Pós-Graduação em Meio Ambiente e Desenvolvimento Rural (MADER), Faculdade de Planaltina da Universidade de Brasília (UnB/FUP). Marcha Mundial das Mulheres e do Grupo de Trabalho de Mulheres da Articulação Nacional de Agroecologia sarahluiza1982@gmail.com

2 Coordenadora da área de direito das mulheres, ActionAid Brasil ana.paula@actionaid.org

3 Doctora en Desarrollo Sostenible. Profesora Invitada del Master en Agroecología de la Universidad Internacional de Andalucía (UNIA) emma.siliprandi@gmail.com

* Miembro del Grupo de *Trabajo Mujeres, Agroecología y Economía Solidaria* del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO).

No entanto, não havia necessariamente uma coincidência de propósitos ou uma confiança previamente estabelecida entre esses dois setores, ambos engajados em lutas sociais. Passados mais de trinta anos de conflitos, consensos e dissensos —típicos do processo político emergente no país— instituições ligadas a um ou a outro movimento foram encontrando-se em lutas comuns e acabaram por dialogar e por somar-se. O resultado dessa interpelação mútua foi que, a partir do final dos anos 1990, um conjunto de organizações que tinha como objetivo principal a promoção da agroecologia, incorporou em seus programas questões relativas à autonomia das mulheres; enquanto cresceram o número de organizações feministas que passaram a trabalhar com a perspectiva agroecológica.

Há estudos que mostram que as práticas agroecológicas potencialmente abrem espaços para que as mulheres enfrentem sua condição de vulnerabilidade e conquistem mais poderes nas esferas pessoal, produtiva, familiar e política⁴. Porém, o trabalho na perspectiva agroecológica, por si só, não é suficiente para problematizar a invisibilidade e a falta de poder que as mulheres rurais sofrem na sociedade, assim como para encontrar caminhos que ajudem a superar esta situação⁵. Uma das condições para que isso aconteça é o aprofundamento do diálogo entre as perspectivas agroecológica e feminista.

O reconhecimento da contribuição das mulheres —seja nas experiências de campo, nos movimentos sociais, na academia, nas instituições do Estado ou nas organizações não-governamentais— é parte desse aprofundamento. Porém, os avanços obtidos até agora têm se dado à custa de muita pressão dos movimentos, em um processo de idas e vindas que exige uma vigilância, por parte das mulheres, quase permanente. As lideranças masculinas dos movimentos agroecológicos, assim como nos movimentos rurais em geral, e de outros setores da sociedade, têm demonstrado enormes dificuldades em aceitar o protagonismo das mulheres, lado a lado com os homens, na construção de mudanças sociais.

O presente texto visa chamar a atenção para a presença feminina nos movimentos agroecológicos no Brasil, como uma tentativa de resgatar momentos importantes dessa trajetória, desde os anos 1980 até o momento atual. Não pretende ser uma “história” da participação das mulheres, tarefa da maior importância, porém, acima das condições deste capítulo. Pretende, no entanto, contribuir nesse percurso. Parte da compreensão da agroecologia como ciência, prática e movimento, dando visibilidade à atuação das mulheres em diferentes setores (na academia, nos movimentos sociais e nos governos, entre outros) e traz à tona uma memória ressignificada do campo agroecológico no Brasil, desde uma perspectiva feminista.

Metodologia

Este texto é o resultado de pesquisas qualitativas realizadas pelas autoras, focadas em histórias de vida de mulheres, colhidas em entrevistas individuais e coletivas. Reúne dados de distintas fontes como documentos, pesquisas, grupos focais, depoimentos de mulheres, em diferentes momentos e locais. Porém, o subsídio mais importante foi produzido coletivamente durante a oficina *Memória das Mulheres na Agroecologia* realizada no VI Congresso Latinoamericano de Agroecologia⁶, entre os dias 12 e 15 de setembro de 2017, em Brasília.

4 Ver, entre outros: Inês Burg (2005); Emma Siliprandi (2015); Elizabeth Cardoso (2016); Ana Paula Ferreira (2008; 2015).

5 A questão da invisibilidade das mulheres na agricultura (e na sociedade em geral) está vinculada às desigualdades de gênero que estruturam as sociedades patriarcais, que não cabe detalhar neste texto. Há uma vasta bibliografia feminista que trata dessas questões.

6 Realizado simultaneamente aos X Congresso Brasileiro de Agroecologia e V Seminário de Agroecologia do Distrito Federal e Entorno, em Brasília/DF.

A oficina foi organizada pelo Grupo de Trabalho⁷ (GT) Mulheres da Articulação Nacional de Agroecologia (ANA) e pelo GT Gênero da Associação Brasileira de Agroecologia (ABA). Contou com a participação de cerca de cem mulheres de diferentes lugares do Brasil, integrantes de experiências de base, de movimentos de mulheres e feministas, acadêmicas e pessoas de diversas organizações não-governamentais. Partiu-se do pressuposto que cada uma das participantes tinha vivenciado —e, portanto, tinha condições de relatar— diferentes momentos na história das práticas agroecológicas no país.

Através da metodologia utilizada na oficina, chamada “Rio da Vida”, as mulheres presentes foram reconstruindo em conjunto uma memória da agroecologia no Brasil, a partir de suas próprias lembranças, contando histórias, vivências e acontecimentos. A proposta era apresentar a história da agroecologia como um rio que nasce de um fio de água e, em seu percurso, vai se adensando, crescendo, recebendo folhas, pedras e outras águas, indo em direção ao mar. A metodologia previa três momentos distintos:

- No primeiro, as participantes foram subdivididas em quatro grupos de trabalhos para recuperar acontecimentos ocorridos nas décadas de 1980, 1990, 2000 e 2010. Foram registrados eventos, nomes e marcos importantes para a agroecologia no país, a partir das lembranças de cada uma;
- No segundo momento, foi desenhado em um cartaz o Rio da Vida, que ia sendo formado por todas as informações registradas por cada grupo, refazendo um percurso histórico cronológico; e
- No terceiro momento, as integrantes dos diferentes grupos puderam apresentar para as demais os principais processos ocorridos na década que lhes coube analisar, o que permitiu às participantes dos outros grupos contribuir com novos elementos, enriquecendo o Rio da Vida.

Vale destacar que os resultados obtidos não podem ser considerados um produto acabado. Metodologicamente, sabe-se que os fatos e as impressões contadas poderiam ser outras, se outras fossem as pessoas presentes na oficina. No entanto, não se tratava de um grupo qualquer escolhido ao acaso, e sim, de pessoas com interesses tais que lhes mobilizaram para participar de um congresso nacional, e, dentro desse congresso, de uma oficina de mulheres. Pode-se afirmar, portanto, que eram em sua maioria participantes desses movimentos. Por outro lado, é importante citar que as autoras deste artigo (e que elaboraram esta análise) também são parte dessa história. Todas vêm participando ao longo da última década do processo de organização e luta das mulheres no movimento agroecológico brasileiro, vivenciando e construindo muitos dos momentos lembrados, aprendendo e trocando com muitas das mulheres citadas. Isto permite buscar também das memórias de suas vivências para contribuir com o processo de reconstituição dessa história, de junção das águas desse rio.

Queremos ressaltar que apesar de ter-se constituído em um exercício singelo, quase intuitivo, baseado na memória momentânea das pessoas presentes —sem que se tivesse tempo de recorrer a documentos, por exemplo, ou a pesquisas mais aprofundadas, para confirmação de dados— foi um processo válido para mostrar uma direção que pode ser tomada, caso se queira romper com os paradigmas dominantes de reconstrução de acontecimentos históricos. Para avançar nessa direção, é preciso ouvir e dar importância ao que dizem as mulheres envolvidas.

7 GT será usado em todo o texto como sinônimo de Grupo de Trabalho, uma expressão bastante usual no Brasil.

Resultados

O aprofundamento da abordagem feminista nos permite afirmar que as mulheres sempre foram protagonistas na construção agroecológica no Brasil. Estiveram presentes na base da sua construção, no campo, onde chegam a representar mais de 70% da mão de obra agrícola na agricultura familiar (OIT 2012), e são geralmente as responsáveis diretas por iniciar e divulgar experiências agroecológicas e de segurança alimentar. Mas, para além da sua participação na base produtiva, as mulheres também estão fortemente presentes na pesquisa acadêmica, na assistência técnica, na cooperação para o desenvolvimento, nas formulações e na execução de políticas públicas, e em todos os demais campos de ação onde se constrói a agroecologia.

Todavia, no olhar hegemônico sobre a história da agroecologia, a participação das mulheres segue invisibilizada, negando-se ou desconsiderando-se sua relevância social, política e econômica, como acontece na sociedade em geral. A visão androcêntrica do mundo que hegemoniza os relatos históricos, faz parecer que só os homens foram os sujeitos dos atos sociais. As mulheres desaparecem dessas memórias, como se elas mesmas nunca tivessem existido ou as ações empreendidas por elas não tivessem tido importância.

Para efeito deste capítulo, selecionamos alguns “marcos temporais” apontados pelas mulheres na oficina que atestam essa participação, classificados aqui em três categorias, obviamente não exaustivas e que, muitas vezes, ocorreram de forma concomitante ao longo do período estudado. São elas: (i) momentos em que foi mais visível o diálogo entre os movimentos agroecológico e feminista; (ii) momentos em que as mulheres rurais se mobilizaram fortemente por políticas públicas feministas e agroecológicas, mostrando força política diante da sociedade em geral; e (iii) processos de auto-organização das mulheres dentro dos movimentos agroecológicos, intencionados, no sentido de dar visibilidade à sua participação. As seguintes sessões descreverão os eventos mais relevantes desse processo de construção, considerando as categorias citadas com o intuito de visibilizar a contribuição das mulheres para a história da agroecologia no Brasil, assim como as questões pendentes entre os movimentos agroecológicos e feministas.

Aproximação e diálogo entre o movimento agroecológico e o movimento feminista

Na reconstrução coletiva realizada na oficina, muitas mulheres relacionaram a aproximação entre os movimentos agroecológicos e feministas como uma das chaves para compreender quando começa a se formar uma consciência das agricultoras sobre a necessidade de alçar a voz e exigir reconhecimento dentro dos movimentos mistos (formados por homens e mulheres).

Algumas organizações não-governamentais, de apoio e assessoria aos movimentos sociais, foram particularmente citadas. Entre elas, a Sempreviva Organização Feminista (SOF)⁸, com sede em São Paulo, e a SOS CORPO – Instituto Feminista para a Democracia⁹, com sede em Recife. Essas organizações

8 A SOF é uma organização não governamental com sede em São Paulo que faz parte do movimento de mulheres no Brasil e em âmbito internacional. Coordenou atividades educativas desde o nível local até regional e na América Latina, com um público diverso como mulheres rurais e urbanas, negras, indígenas e jovens, lideranças e ativistas de base, técnicas e técnicos de ONG e órgãos públicos (<http://www.sof.org.br/>)

9 O SOS CORPO – Instituto Feminista para a Democracia é uma organização da sociedade civil, autônoma, sem fins lucrativos, fundada em 1981, com sede na cidade do Recife, Pernambuco, na região Nordeste do Brasil. Visando a emancipação das mulheres, propõe-se a contribuir para a construção de uma sociedade democrática e igualitária com justiça socio-ambiental. A ação do SOS CORPO tem como fundamento a ideia de que os movimentos de mulheres, como movimentos sociais organizados que lutam pela transformação social, são sujeitos políticos que provocam mudanças nas condições de vida das mulheres em geral (<http://soscorpo.org/quem-somos/>)

apoiavam atividades de fortalecimento da autonomia pessoal das mulheres e de sua capacidade de atuação em ações coletivas, muitas vezes trabalhando também com grupos compostos por homens e mulheres, visando a sensibilização para a questão de gênero e a construção de alianças na luta por igualdade de gênero.

Neste período, alguns das organizações e eventos com trabalho relevante são:

GT de Gênero da Rede Projeto Tecnologias Alternativas (PTA). Nos anos 1990 a SOF organizou, em conjunto com outras organizações não-governamentais (ONG), oficinas nacionais e regionais sobre gênero e agricultura familiar, reunindo ativistas dos movimentos sociais rurais, ONG e pesquisadoras do tema. Destas oficinas resultou uma publicação *Gênero e Agricultura Familiar* (Nobre *et al.* 1998), que se tornou uma referência para o trabalho na área. As relações sociais de gênero na agricultura familiar estavam na centralidade da discussão: se questionava a idealização de uma família onde não havia conflitos de interesses, representada publicamente pelo pai e marido. Destas oficinas resultou também uma assessoria específica a uma articulação de movimentos agroecológicos existente: o Grupo de Trabalho de Gênero da Rede PTA¹⁰. Entre os temas tratados nesta assessoria estavam a história do feminismo, a economia feminista, e políticas públicas sensíveis a gênero, entre outros. Essa amplitude temática facilitou que as participantes percebessem o potencial analítico do feminismo. O GT também estimulou a que se expandisse a contratação de mulheres como técnicas dessas instituições e a institucionalização do tema nos planos de trabalho, com recursos e definição de responsabilidades.

I Encontro Nacional de Agroecologia (ENA). Este encontro marco para o movimento agroecológico brasileiro —realizado em julho de 2020 no Rio de Janeiro— proporcionou pela primeira vez um espaço para a troca de experiências entre agricultores e agricultoras de várias partes do Brasil que vinham produzindo usando práticas produtivas alternativas à agricultura convencional. Foi também importante por ter provocado no movimento agroecológico a necessidade de dar visibilidade às experiências agroecológicas protagonizadas pelas mulheres que se insurgiram contra a forma de organização do encontro¹¹. A criação da ANA com a formação de alguns GT também foi um dos desdobramentos relevantes do I ENA. Embora não tenha sido criado um GT de mulheres nesse momento, as mulheres estavam atuantes nos GT criados, e já começaram a debater sobre a necessidade de um espaço específico e/ou para discutir as relações desiguais de gênero.

Seminário sobre Gênero e Agroecologia e criação do GT de Gênero da ANA. Este seminário (em novembro de 2004 em Mário Campos, Minas Gerais) teve o objetivo de aprofundar as conexões entre gênero e agroecologia provocadas pelo I ENA. Foi organizado por um conjunto de grupos que já possuíam um acúmulo nas discussões de gênero e agroecologia, a saber: Grupo de Trabalho de Gênero da Região Sudeste; a ONG Federação de Órgãos para Assistência Social e Educacional (FASE); o Grupo de Trabalho em Agroecologia na Amazônia (GTNA) e a Rede Economia e Feminismo.

10 GT de Gênero da Rede PTA era composto pelas seguintes organizações: Associação de Programas em Tecnologias Alternativas (APTA) em Vitória no Espírito Santo, Assessoria e Serviços a Projetos em Agricultura Alternativa (ASPTA) no Rio de Janeiro e na Paraíba, Centro de Agricultura Agroecológica (CAA) em Montes Claros / Minas Gerais, Centro Agroecológico Tamanduá (CAT) em Governador Valadares / Minas Gerais, Centro de Agricultura Alternativa Vicente Nica (CAV) em Turmalina / Minas Gerais, Centro de Tecnologia Alternativa (CTA) em Viçosa / Minas Gerais, Rede de Intercâmbio de Tecnologias Alternativas (Rede) em Belo Horizonte / Minas Gerais, Terra Viva em Itamaraju na Bahia, Programa da Terra-Assessoria e Pesquisa em Educação Popular no Meio Rural (PROTER) no Vale do Ribeira em São Paulo.

11 Em um total de 1100 pessoas, somente 297 ó 27% eram mulheres. A metodologia do Encontro previa uma oficina temática sobre gênero (entre outras), o que resultou que as mulheres ficaram “isoladas” nesta oficina, com pouca ou nenhuma participação nas demais (sobre financiamento da produção, comercialização, assistência técnica, etc.). As mulheres presentes se revoltaram e exigiram que todas as demais oficinas incluíssem questões consideradas importantes para as mulheres.

A incorporação do enfoque de gênero na ANA foi o debate central do seminário e a criação do GT de Gênero foi a estratégia escolhida para o fortalecimento do debate sobre a presença e importância das mulheres na agroecologia brasileira. De 2004 até o momento, este grupo agora chamado de GT Mulheres da ANA¹², em muitos momentos —alguns com mais tensão, outros com menos— vem estimulando a discussão sobre a importância das mulheres e do enfoque feminista para a agroecologia dentro da Articulação Nacional da Agroecologia.

II ENA. Neste encontro (em junho de 2006 em Recife, Pernambuco), o tema das relações sociais de gênero foi objeto de debate tanto em uma oficina específica como também nos demais espaços temáticos. Foi o primeiro encontro nacional relacionado com temas rurais que estabeleceu, por pressão do GT Mulheres, uma cota de 50% por gênero nas delegações. O GT Mulheres da ANA se engajou fortemente na preparação das mulheres sobre todos os temas do encontro. Do total de 1500 participantes, 690 (46%) eram mulheres. A carta política demonstrou o avanço que houve entre o primeiro e o segundo ENA. Nela está descrita a contribuição das mulheres na reformulação de certos conceitos e temas a partir de sua prática cotidiana, e inclui o tema da violência contra a mulher, que, até então não havia sido considerado pelo movimento agroecológico.

O processo denominado “Encontros Possíveis: Feminismo e Agroecologia”. Trata-se de uma série de encontros no Nordeste do país (em 2006 e 2007) estimulados pelo SOS CORPO em parceria com outras ONG sediadas em Pernambuco; entre elas, a Casa da Mulher do Nordeste, o Centro das Mulheres do Cabo, a FASE e o Centro de Desenvolvimento Agroecológico Sabiá (SABIÁ)¹³. O objetivo era aportar, a partir da perspectiva feminista, elementos para compreender a situação das mulheres trabalhadoras rurais e fortalecer a agroecologia. Esses encontros colocaram em evidência não só as convergências mas também as divergências, como por exemplo, as levantadas pelas feministas, de que as organizações mistas possuíam uma “perspectiva familista”. Esta perspectiva, que orientava as ações das entidades de assistência técnica, se ancorava na família enquanto referência de análise ou intervenção que a considerava um núcleo homogêneo, harmônico e reforçava os papéis masculinos e femininos tradicionalmente definidos, onde o homem era considerado seu chefe, responsável pelas decisões. Ao mesmo tempo, tal visão reforçava a ideia de uma estrutura única de família —heterossexual, de pai, mãe e filhos— em que a autoridade maior do pai sobre a mãe era naturalizada, insistindo no modelo tradicional de família do homem provedor e da mulher cuidadora (Sunkel 2006), onde a produção da mulher era vista como “complementar” à economia da família e com menor importância.

A questionamento, e até mesmo o enfrentamento, à tal perspectiva contribuiu para o fortalecimento da perspectiva feminista. Esta perspectiva se propunha a visibilizar e valorizar o trabalho das mulheres, mostrando que essas têm anseios, desejos e expectativas próprias que precisam ser considerados e apoiadas pelas organizações de assistência técnica, pelas comunidades, pela sociedade. Ao mesmo tempo contribuiu para que o movimento agroecológico se apropriasse de tal reflexão e passasse a reconhecer cada vez mais a contribuição do trabalho das mulheres e da luta feminista para a construção da agroecologia no Brasil.

Sistematização de experiências agroecológicas das mulheres no Nordeste e Minas Gerais. Foi um processo de pesquisa-ação de 2007 a 2010 realizado em parceria entre o GT Mulheres da ANA e a NGO

12 Depois de alguns anos funcionando como GT de Gênero, as integrantes se deram conta que seu trabalho estava centrado no fortalecimento da participação das mulheres na articulação, e decidiram mudar o seu nome para GT Mulheres da ANA.

13 Incluíram: (i) o seminário denominado “Encontros Possíveis entre Feminismo e Agroecologia” em setembro de 2006, preparatório das mulheres para a participação no II ENA; (iii) as oficinas “Referências teóricas e metodológicas para trabalhar com gênero, agroecologia e segurança alimentar”; e (iii) “Indicadores de gênero” e a apresentação da pesquisa sobre agricultura urbana na região metropolitana de Recife, em 2007.

ActionAid com a finalidade de contribuir com o empoderamento das mulheres agricultoras. Consistiu numa série de encontros de intercâmbios para a sistematização de experiências agroecológicas protagonizadas por mulheres, que resultou, entre outros eventos, na publicação do livro *Mulheres e Agroecologia: sistematização de experiências de mulheres agricultoras* (ActionAid 2010)¹⁴. O processo incluiu um seminário, importante para identificar a necessidade de colocar na agenda agroecológica o tema da violência em suas diferentes expressões, e construir estratégias para o enfrentamento à esta questão também no meio rural.

Encontro Nacional de Diálogos e Convergências Agroecologia, Saúde e Justiça Ambiental, Soberania Alimentar, Economia Solidária e Feminismo. Neste encontro, ocorrido em Salvador, Bahia em 2011, se colocou lado a lado experiências com diferentes enfoques de gênero para fazer um balanço dos possíveis campos de atuação em conjunto. Assim como no II ENA, a participação das agricultoras foi estimulada pelo GT Mulheres da ANA, tendo como resultado a presença de 59% em um total de 289 pessoas no Encontro. A oficina sobre a *Participação e auto-organização das mulheres* destacou, por um lado, seu protagonismo na construção das experiências em agroecologia nos territórios e, por outro, suas lutas pela autonomia e emancipação econômica e política. Foi apresentada a peça de teatro *A vida de Margarida* do grupo teatral do Polo Sindical da Borborema, Paraíba. A obra mostrou, de maneira ao mesmo tempo crítica e divertida, a exploração das mulheres pelos homens na vida, na casa, no trabalho, bem como a invisibilidade delas na implementação da maioria das políticas públicas de fortalecimento da agricultura familiar e da agroecologia.

Congressos Brasileiros de Agroecologia (CBA) de 2009 e 2013. Embora o primeiro CBA tenha sido realizado em 2003 e, desde o início, tenha contado com a participação significativa de mulheres, foi somente em 2009, no evento de Curitiba, que esse tema passou a ser tratado com mais importância. Articuladas na ANA e também na ABA, extensionistas rurais, pesquisadoras, professoras e técnicas vinculadas aos movimentos sociais, conseguiram promover reflexões sobre a desvalorização das mulheres em todos esses campos. Dois momentos no Congresso foram dedicados exclusivamente a essa temática: painel sobre Gênero e Agroecologia e uma oficina intitulada *Por uma Agenda que Valorize o Papel das Mulheres na Agroecologia*. O documento político do evento —a Carta Agroecológica de Curitiba— ressaltou a importância das mulheres para a construção da agroecologia, e se referiu também ao tema da violência contra elas como um dos entraves para o avanço da cidadania entre camponeses e camponesas, protagonistas das experiências agroecológicas (Aguiar *et al.* 2009). Na carta em questão se afirma “a importância de contemplar o tema das relações de gênero, evidenciando a necessidade de valorizar as contribuições das mulheres e as questões que dificultam a sua participação como sujeitos plenos de direitos, entre elas, a violência cotidiana enfrentada pelas agricultoras”.

No VIII CBA realizado em Porto Alegre, Rio Grande do Sul em 2013, novamente o GT Gênero da ABA e o GT Mulheres da ANA se articularam para realizar atividades em conjunto: uma oficina sobre a produção do conhecimento das mulheres na agroecologia, e duas mesas sobre a participação das mulheres nas iniciativas agroecológicas. Mesmo enfrentando resistências, conseguiram influenciar para que o documento final do Congresso fizesse menção direta ao feminismo, ficando expresso “a importância de espaços estratégicos de formação, articulação e produção do conhecimento e das práticas agroecológicas realizadas pelas mulheres, integrando a abordagem de gênero e feminismo”. Foi neste congresso que ganhou evidência a consigna de luta *Sem Feminismo não há Agroecologia*, levantada pelas mulheres, recebida com certa resistência por parte dos integrantes das instituições promotoras¹⁵.

14 Um dos desdobramentos desse processo foi a realização do Seminário Enfrentando a Violência contra as Mulheres na Agroecologia na cidade de Triunfo em Pernambuco em fevereiro de 2010, que abordou estratégias para lidar com a violência contra as mulheres.

15 Foi também neste congresso que a professora Irene Cardoso foi eleita Presidenta da ABA, mesmo ano em que a professora Clara Nicholls assumiria a presidência da SOCLA.

O lema *Sem Feminismo não há Agroecologia* apareceu como um questionamento ao entendimento do enfoque agroecológico que vinha sendo hegemônico até então. Havia um consenso de que a agroecologia deveria ser pensada a partir de uma perspectiva sistêmica, que considerasse as dimensões ecológica, econômica, social, cultural, política e ética. Porém, não se aprofundava a questão das diferentes dimensões de poder entre os homens e as mulheres em nossa sociedade, e que estruturavam (e estruturam) as relações cotidianas. A proposta agroecológica, para continuar sendo um projeto de transformação da sociedade, não pode desconsiderar a estrutura patriarcal existente. É preciso que se reconheça o conhecimento, o trabalho e a contribuição social, ecológica e econômica das mulheres para a sustentabilidade da vida, e também a necessidade de que se lute em conjunto por autonomia, igualdade, liberdade para todas as pessoas¹⁶.

III ENA. Este evento (em maio 2014 em Juazeiro, Bahia) teve a participação de mais de duas mil pessoas de todos os estados brasileiros e de diferentes identidades socioculturais, e foi a primeira vez que se alcançou a participação paritária entre homens e mulheres. Para garantir e fortalecer a efetiva participação das mulheres e inserir o debate feminista no III ENA, o GT Mulheres da ANA em parceria com distintos movimentos sociais (de mulheres e mistos), construiu um conjunto de ações estratégicas¹⁷, com destaque para a Plenária de Mulheres. Também se elaborou um documento contendo reflexões sobre os 14 seminários temáticos realizados no encontro¹⁸, com considerações sobre cada tema e sua relação com as mulheres. No último dia do III ENA as mulheres realizaram, em frente do escritório da Empresa Brasileira de Pesquisa Agropecuária (EMBRAPA) Semiárido, uma cerimônia simbólica de inauguração do que chamaram a EMBRAPA Agroecologia, com a presença de centenas de mulheres.

As lutas feministas e agroecológicas no mundo público, nos movimentos sociais e na busca por políticas públicas

Para além das ações realizadas no campo específico da agroecologia, é importante considerar que no período pós-democratização no Brasil, as mulheres rurais foram construindo uma trajetória ascendente em termos de aparecimento público. Isto permitiu sair da posição de invisibilidade, passando a exigir dos governos políticas públicas que apoiassem sua autonomia econômica e seu reconhecimento social. Diversos movimentos sociais articularam essas ações, como o movimento sindical rural representado ao nível nacional pela Confederação Nacional dos Trabalhadores na Agricultura (CONTAG), mas também por outras federações e confederações; movimentos autônomos de mulheres trabalhadoras rurais/camponesas como o Movimento de Mulheres Trabalhadoras Rurais do Nordeste (MMTR – NE) e o Movimento de Mulheres Camponesas (MMC), entre outros; movimentos regionais ou vinculados a setores específicos, por exemplo, as mulheres do Movimento Sem Terra (MST), as quebradeiras de coco babaçu (*Orbignya phalerata*), as mulheres da Amazônia, pescadoras, indígenas, quilombolas. Assim mesmo articulações que representavam alianças rurais e a urbanas (como a *Marcha Mundial de Mulheres*) também se mostraram presentes com força política.

16 Recentemente, no IV ENA ocorrido em Minas Gerais (junho de 2018), ganhou ênfase a questão do racismo, que foi abraçada também pelas organizações feministas. Aparece então um novo slogan: *Se há racismo, não é agroecologia*.

17 Por exemplo: as mulheres participaram ativamente da comissão organizadora e do Seminário Convocatório do III ENA, realizado em Luziânia/Goiás; realizaram um encontro preparatório em Curitiba/Paraná, denominado “Mulheres rumo ao III ENA”; realizaram oficinas e plenárias de mulheres em vários territórios; participaram ativamente na organização de várias das caravanas; e realizaram uma rota na caravana do Apodi/Rio Grande do Norte, só com experiências de mulheres.

18 Os seminários temáticos apresentados no III ENA foram: Sementes e Transgênicos; Sociobiodiversidade; Construção do Conhecimento Agroecológico: Assistência Técnica, Pesquisa e Ensino; Construção do Conhecimento e Educação do Campo; Financiamento e Agroecologia; Reforma Agrária e Reconhecimento dos Territórios das Comunidades Tradicionais; Agroecologia, Abastecimento e Construção Social dos Mercados; Normas Sanitárias; Saúde e Agrotóxicos, Plantas Medicinais e Agroecologia; Agricultura Urbana e Peri-urbana; Conflitos e Injustiças Ambientais; Comunicação e Acesso a Gestão das Águas. Maior informação disponível em <http://enagroecologia.org.br>

O ano de 2003 foi definidor na visualização das mulheres rurais em virtude do início do mandato de um governo progressista em nível nacional, com maior abertura à construção conjunta de políticas públicas orientadas para a segurança alimentar e a sustentabilidade ambiental (Moura 2017). Esse foi também um momento de criação e ampliação de espaços de concertação social, como conselhos e mesas de diálogo.

Para efeito desta memória, vamos apontar aqui duas ordens de acontecimentos que, paralelamente, levaram a um fortalecimento do aparecimento público das mulheres rurais nos temas de sustentabilidade ambiental e da agroecologia: (i) as ações massivas realizadas por elas neste período; e (ii) a sua participação nos espaços de concertação social com os governos.

Quanto aos primeiros, sem dúvida, o acontecimento mais emblemático no período (embora não único) foi o aparecimento das Marchas das Margaridas. Trata-se de uma ação estratégica das mulheres do campo, da floresta e das águas, coordenada pela Secretaria de Mulheres da CONTAG e outras organizações de mulheres e movimentos feministas, que vem sendo realizada desde o ano 2000, normalmente no mês de agosto, em Brasília. Tem um caráter formativo, de denúncia e pressão, mas também de proposição, diálogo e negociação política com o Estado. É considerada a maior e mais efetiva ação das mulheres no Brasil, chegando a mobilizar, desde a sua preparação até as marchas propriamente ditas, mais de cem mil mulheres. Depois da primeira Marcha, em 2000, foram ainda realizadas outras nos anos 2003, 2007, 2011 e 2015¹⁹.

A luta pela agroecologia tem sido central nas pautas apresentadas pelos movimentos nessas marchas (CONTAG 2003; 2007), e muitos autores reconhecem que foi o protagonismo das mulheres que levou a que em 2013 se instituísse uma Política Nacional de Agroecologia e de Produção Orgânica (PLANAPO) no Brasil²⁰. Como exemplo dessa contribuição, há a instituição —por parte do Governo Federal durante a gestão 2011-2016 da então presidenta Dilma Rousseff— da Política Nacional de Agroecologia e Produção Orgânica (PNAPO) por meio do Decreto 7794 de 20 de agosto de 2012 (Brasil 2012). Iracema Moura (2016) cita como resultado da Marcha das Margaridas de 2011, o compromisso da Presidenta em formalizar, mediante Portaria Interministerial, o GT para a elaboração da proposta do Programa de Agroecologia com a participação dos movimentos sociais que o demandaram. Essa iniciativa deu início à elaboração do Plano Nacional de Agroecologia e Produção Orgânica (PLANAPO) em 2013 (Brasil 2013). Outros autores como Regina Sambuichi *et al.* (2017), Denis Monteiro y Flávia Londres (2017) reafirmam em suas análises que a PNAPO foi uma resposta à reivindicação apresentada pelas mulheres na 4ª Edição da Marcha das Margaridas.

Com relação à participação em fóruns de diálogo com o governo para o estabelecimento de políticas públicas, foram muitos os espaços em que as mulheres rurais se fizeram representar, obtendo do governo mudanças concretas em programas e políticas no atendimento às suas demandas. Desde Conselhos mais amplos —como o de Segurança Alimentar e Nutricional (CONSEA), ou o Conselho Nacional de Desenvolvimento Rural (CONDRAF), até espaços setoriais onde eram discutidas e se monitoravam políticas específicas —caso dos conselhos de Assistência Técnica e Extensão Rural (ATER), e das políticas de comercialização —como o Programa de Aquisição de Alimentos (PAA), entre outros. O então Ministério do Desenvolvimento Agrário (MDA), por exemplo, chegou a instituir uma instância própria para tratar das políticas para as mulheres rurais

19 Disponível em <https://goo.gl/qVHVPL> Ver também Vilênia Aguiar (2015) e CONTAG (2011; 2015).

20 Ver, por exemplo, Denis Monteiro y Flávia Londres (2017); Iracema Moura (2017); Regina Sambuichi *et al.* (2017); Eric Sebourin *et al.* (2017); Emma Siliprandi (2017). Os Decretos que instituem a PNAPO e o primeiro PLANAPO podem ser encontrados em Brasil (2012; 2013).

através da Diretoria de Políticas para Mulheres Rurais e Quilombolas (DPMRQ)²¹, mostrando a importância que o tema alcançou em nível governamental.

Iracema Moura (2016; 2017) cita os campos de organização, atuação e construção de políticas públicas pelos quais o tema da agroecologia foi adentrando as pautas, sendo incorporada às ações e proposições construídas: (a) ATER, envolvendo a rede pública das Empresas de Assistência Técnica e Extensão Rural (EMATER) e as organizações executoras de ATER da sociedade civil e suas redes; (b) o ensino e a pesquisa desde as universidades, a EMBRAPA, os movimentos sociais e organizações da sociedade civil; (c) o reconhecimento da especificidade dos espaços e necessidades de ação camponesa, com iniciativas de apoio à agricultura familiar. Em todos esses espaços é possível identificar a participação ativa de mulheres que lutaram para que as políticas vigentes tivessem um enfoque de gênero.

Ao mesmo tempo, a perspectiva feminista, tanto dos movimentos de mulheres e agroecológico, quanto de técnicas atuantes do governo, vinham contribuindo para construir propostas de políticas em direção a uma maior autonomia e liberdade para as mulheres. Conforme nos mostra Alexandra Filipak (2017), as principais políticas executadas pela DPMRQ tinham a perspectiva agroecológica como orientadora das ações, como por exemplo: as políticas de acesso à terra com a conquista da Titularidade Conjunta nos Programas de Reforma Agrária; o Programa Nacional de Organização Produtiva de Mulheres Rurais; a ATER específica para as Mulheres e o apoio às suas atividades de produção, beneficição e comercialização.

Como já foi comentado, a participação das mulheres foi fundamental no processo de instituição da PNAPO, materializada nos Planos Nacionais I e II, que foram acompanhados por uma Comissão Nacional formada por organismos governamentais e da sociedade civil. As questões centrais para as mulheres nesses espaços eram: (a) a garantia de ATER pública (e gratuita) e de qualidade, específica para as mulheres a partir da perspectiva agroecológica; (b) a realização de ações para dar maior visibilidade à produção agroecológica, principalmente das mulheres através de espaços como as feiras; (c) o apoio à sistematização e intercâmbios de experiências, valorizando o trabalho realizado pelas mulheres para a promoção da agroecologia; (d) a capacitação de técnicos e técnicas da rede de ATER e da Assessoria Técnica, Social e Ambiental à Reforma Agrária (ATES), com um olhar para o trabalho agroecológico produtivo e reprodutivo das mulheres e sua contribuição para a economia feminista; (e) o fortalecimento do processo de comercialização dos produtos agroecológicos, com qualificação das mulheres para acesso ao PAA e PNAE.

Embora se percebam importantes avanços, a inclusão da perspectiva feminista na pauta da agroecologia foi, e continua sendo acompanhada de muita tensão. As mulheres precisam pressionar triplamente para que suas realidades e necessidades próprias sejam consideradas, inicialmente dentro de seus movimentos, depois nos espaços de diálogo e construção das políticas públicas e, posteriormente, nos processos de constante monitoramento para que as propostas sejam de fato implementadas (Siliprandi 2017).

Lamentavelmente, os espaços políticos de organização e representação política na luta por políticas públicas (como conselhos, assim como os movimentos sociais) e os espaços civis (de ONG, universidades e o universo da pesquisa acadêmica), ainda reproduzem diferentes formas de violência, assédio moral e sexual, intimidações, isolamentos e invisibilizações cotidianas das mulheres, constringendo-as com relação à sua participação nos espaços públicos.

21 Em 2001 já existia o Programa de Ações Afirmativas no MDA; entre 2003 e 2009 se criou o Programa de Promoção da Igualdade de Gênero, Raça e Etnia (PPIGRE) no mesmo ministério; em 2010 passou a se chamar Assessoria Especial de Gênero, Raça e Etnia (AEGRE); e no final de 2010 passou a ter status de Diretoria DPMRQ. Ver Rosângela Cintrão e Emma Siliprandi (2011).

As mulheres são história e memória da agroecologia

Os marcos e processos citados ao longo do texto mostram a legitimidade que as mulheres têm em reivindicar seus nomes na história da agroecologia. Todavia, mesmos nesses processos, tem havido uma constante invisibilidade das mulheres que têm lutado cotidianamente para evidenciar o valor do seu trabalho, dos seus processos organizativos, de suas lutas e reivindicações. Hoje, após cerca de trinta anos de trabalho, formações, publicações, encontros, criação de organizações feministas agroecológicas, e de setoriais de mulheres em diversas redes, movimentos e sindicatos, já há um certo consenso no Brasil em torno da importância dessa participação. Entretanto, ainda é necessária a vigilância constante das organizações de mulheres para que esses avanços não retrocedam, mas ao contrário, sejam fortalecidos.

Estes esforços foram e são empregados, porque as experiências vivenciadas mostram que a condição para que a perspectiva agroecológica realize seu potencial emancipatório para mulheres agricultoras é o respeito às suas demandas, o reconhecimento aos seus conhecimentos e a valorização do seu trabalho.

Percebe-se também que o diálogo entre os movimentos agroecológico e feminista vem sendo relevante para ambos. A implicação do feminismo na construção do campo agroecológico tem contribuído na ampliação dos temas trabalhados pelos movimentos para além das questões tecnológicas e ambientais, destacando, em sua dimensão social, a de igualdade de gênero. Ao mesmo tempo, o movimento feminista está sendo influenciado pelos debates de soberania alimentar, políticas públicas e sustentabilidade socioambiental apresentados pela agroecologia. Como resultado, o diálogo entre os dois movimentos vem provocando debates que aprofundam a visão de que as relações de gênero, entre outros temas, são socialmente construídas. As feministas contribuem com a ideia de que, se essas relações são socialmente construídas e tem efeitos negativos para a equidade de gênero, então também podem e devem ser desconstruídas. A agroecologia é vista como um dos instrumentos para essa desconstrução e para a reconstrução de outro tipo de interações, a partir do processo de fortalecimento da igualdade e da autonomia das mulheres.

Fazendo-se a leitura das três últimas décadas, percebe-se que o GT Mulheres da ANA, e, mais recentemente, o GT de Gênero da ABA, vêm se destacando como forças de aglutinação dos diferentes movimentos de mulheres ligados ao meio rural, estimulando as convergências entre a agroecologia e o feminismo. As mulheres que compõem esses dois GT transitam junto aos movimentos e, paulatinamente, vêm propondo ações que permitem complementariedades entre esses dois setores.

Comentários finais

Ao realizar a Oficina do Rio da Vida, no VI Congresso Latino Americano de Agroecologia em 2017 em Brasília, o que se pretendia era fazer um breve exercício de memória para trazer à tona aspectos da história da agroecologia ligados à militância das mulheres; os quais nem sempre estavam claros para as próprias participantes. No entanto, os resultados foram surpreendentes: um enorme conjunto de informações foram levantadas, que poderão ser o ponto de partida de muitos outros estudos ainda a ser realizados. Neste capítulo, trouxemos ao público algumas das reflexões da oficina com o intuito de mostrar que é possível e necessário incluir o ponto de vista feminino na narrativa da agroecologia brasileira tal como a conhecemos hoje.

O cartaz desenhado em conjunto por essas mulheres (resultado da oficina) é de uma riqueza inegável, com informações importantes que foram validadas pelo conjunto presente. Outro resultado, por exemplo, é uma listagem

de nomes de mulheres que, em momentos considerados importantes em diferentes áreas de atuação (na academia, nos movimentos sociais, na esfera pública), geraram aportes para que a agroecologia galgasse reconhecimento social e político. Entre as mulheres listadas na oficina (aproximadamente cem), 41% pertenciam a ONG e órgãos de cooperação internacional; 23% eram agricultoras, lideranças de base e de movimentos sociais; 16% vinham da academia ou trabalhavam como pesquisadoras; 9% provinham da extensão rural oficial; enquanto 3% das indicadas eram ligadas a entidades religiosas²².

Por outro lado, a metodologia de discussão utilizada permitiu que se evidenciasse como a participação feminina foi se dando no “saber e fazer agroecológico”; assim como, quais mudanças conceituais e políticas no processo de auto-organização das mulheres possibilitaram que chegassem até o estágio atual de reconhecimento de sua contribuição e atuação ativa, o qual foi o resultado, entre outros, da idealização e do fortalecimento do lema *Sem feminismo não há agroecologia*.

Por tanto, a “história” apresentou-se assim como algo pulsante, vivido por todas, apropriado pelas próprias mulheres, sendo reconhecido como uma trajetória que também lhes pertencia. Ao mesmo tempo, se viu como esses processos estiveram em constante transformação, e poderiam ser analisados pelas próprias mulheres a partir de diferentes ângulos, dados pelos seus diferentes lugares e vivências.

A agroecologia deve, afirmam as mulheres, contribuir para a construção de novas formas do fazer científico, que considere e valorize a diversidade de saberes, rompendo com a base patriarcal dos paradigmas dominantes. As vozes das mulheres em geral não têm tido legitimidade social para contar a história —seja a sua própria, seja a de sua comunidade, do seu país, do mundo. Elas ainda não têm o poder da fala. Metodologias e reflexões como as apresentadas neste capítulo aliadas à organização permanente das mulheres para fazer valer o seu discurso, podem ser uma chave que contribui para mudar essa situação.

Referências

- ActionAid. 2010. Mulheres e Agroecologia: Sistematizações de experiências de mulheres agricultoras. Volume 1. Rio de Janeiro: Action Aid.
- Aguiar Maria Virgínia, Siliprandi Emma, Pacheco Lisboa Maria Emília. 2009. Mulheres no Congresso Brasileiro de Agroecologia. *Revista Agriculturas* 6(4): 46-48.
- Aguiar Vilênia. 2015. Somos todas Margaridas: um estudo sobre o processo de constituição das mulheres do campo e da floresta como sujeitos políticos. Tese de Doutorado. Universidade Estadual de Campinas, Brasil.
- Burg Inês. 2005. As mulheres agricultoras na produção agroecológica e na comercialização em feiras no sudoeste paranaense. Dissertação de Mestrado. Universidade Federal de Santa Catarina, Brasil.
- Brasil. Decreto 7794, de 20 de agosto de 2012. Institui a Política Nacional de Agroecologia e Produção Orgânica (PNAPO). Brasília: Presidência da República.
- Brasil. Portaria Interministerial 54, de 12 de novembro de 2013. Institui o Plano Nacional de Agroecologia e Produção Orgânica (PLANAPO). Brasília: MDA.

22 Para 8% das listadas não foi possível identificar sua origem ou vinculação ao movimento agroecológico.

- Cardoso Elizabeth. 2016. *Mujeres y Agroecología. El caso de las agricultoras de la zona da Mata de Minas Gerais, Brasil*. Dissertação de Mestrado. Universidad de Córdoba y Universidad Internacional de Andalucía, España.
- Cintrão Rosangela, Siliprandi Emma. 2011. O progresso das mulheres rurais. En *O progresso das mulheres no Brasil, 2003-2010*. (Linhares Barsted L, Pitanguy J, org.). Rio de Janeiro/Brasília: CEPIA/ONU-Mulheres, pp. 186-230.
- CONTAG (Confederação Nacional dos Trabalhadores na Agricultura). 2003. Texto base para debates - Marcha das Margaridas 2003. Brasília: CONTAG / FETAGs / STTRs / CUT / Secretaria de Mulheres do CNS / MMTE / NE / MIQCB / MLT - REDE LAC, MMM, SOF, ESPLAR, FASE, CPT, Casa Lilás, Fórum Carajás, Loucas de Pedra Lilás.
- CONTAG (Confederação Nacional dos Trabalhadores na Agricultura). 2007. Caderno de textos para estudo e debates - Marcha das Margaridas 2007. Brasília: CONTAG / FETAGs / STTRs / CUT-MMTE / NE, MIQCB, CNS, MAMA, REDE LAC, MMM.
- CONTAG (Confederação Nacional dos Trabalhadores na Agricultura). 2011. Caderno de textos para estudo e debates - Marcha das Margaridas 2011. Brasília: CONTAG / FETAGs / STTRs / CUT - CUT / CTB / CNS / MMTRNE / MIQCB / MAMA / Marcha Mundial das Mulheres.
- CONTAG (Confederação Nacional dos Trabalhadores na Agricultura). 2015. Caderno de textos para estudos e debates - Marcha das Margaridas 2015. Brasília: CONTAG / FETAGs / STTRs / CUT.
- Ferreira Ana Paula. 2008. *La importancia de la perspectiva feminista en el empoderamiento de las mujeres campesinas*. Tesis de Maestría. Universidad de Córdoba e Universidad Internacional de Andalucía, España.
- Ferreira Ana Paula. 2015. *Acercamiento entre las perspectivas feministas y agroecológicas potencializando procesos de empoderamiento de las mujeres rurales brasileñas, desde el territorio del Pajeú, Sertão del Pernambuco*. Tesis de Doctorado. Universidad de Córdoba, España.
- Filipak Alexandra. 2017. *Políticas públicas para as mulheres no Brasil (2003-2015): análise a partir da percepção de mulheres rurais e de movimentos sociais mistos*. Tese de Doutorado. Universidade Estadual Paulista, Brasil..
- Monteiro Denis, Londres Flávia. 2017. *Pra que a vida nos dê flor e frutos: notas sobre a trajetória do movimento agroecológico no Brasil*. En *A Política Nacional de Agroecologia e Produção Orgânica no Brasil: uma trajetória de luta pelo desenvolvimento rural sustentável* (Sambuichi Regina RE *et al.*, org.). Brasília: IPEA, pp. 53-86.
- Moura Iracema. 2016. *Agroecologia na agenda governamental brasileira: trajetórias no período 2003-2014*. Tese de Doutorado. Universidade Federal Rural do Rio de Janeiro, Brasil.
- Moura Iracema. 2017. *Antecedentes e aspectos fundantes da agroecologia e da produção orgânica na agenda das políticas públicas no Brasil*. En *A Política Nacional de Agroecologia e Produção Orgânica no Brasil: uma trajetória de luta pelo desenvolvimento rural sustentável* (Sambuichi Regina RE *et al.*, org.). Brasília: IPEA, pp. 25-52.

- Nobre Miriam, Siliprandi Emma, Quintela Sandra y Menasche Renata (org.). 1998. Gênero e agricultura familiar. São Paulo: SOF.
- OIT (Organização Internacional do Trabalho). 2012. Mulheres representam até 70% da força de trabalho rural em economias agrícolas. Disponível em <http://www.onu.org.br/mulheres-representam-ate-70-da-forca-de-trabalho-rural-em-economias-agricolas-afirma-oit/> site
- Sabourin Eric, Patrouilleau Maria Mercedes, Le Coq Jean François, Vásquez Luis, Niederle Paulo (org.). 2017. Políticas públicas a favor de la agroecología en América Latina. Porto Alegre: Evangraf / Criação Humana, Red PP-AL / FAO.
- Sambuichi Regina Helena Rosa *et al.* (org.). 2017. A Política Nacional de Agroecologia e Produção Orgânica no Brasil: uma trajetória de luta pelo desenvolvimento rural sustentável. Brasília: IPEA.
- Siliprandi Emma. 2015. Mulheres e agroecologia: transformando o campo, as florestas e as pessoas. Rio de Janeiro: UFRJ.
- Siliprandi Emma. 2017. Rompendo a inércia institucional: as mulheres rurais e a política nacional de agroecologia e produção orgânica. En A Política Nacional de Agroecologia e Produção Orgânica no Brasil: uma trajetória de luta pelo desenvolvimento rural sustentável (Sambuichi Regina RE *et al.*, orgs.). Brasília: IPEA, pp. 277-294.
- Sunkel Guillermo. 2006. El papel de la familia en la protección social en América Latina. Série CEPAL 120. Santiago de Chile: CEPAL.

4

Contribuciones y desafíos al empoderamiento de las mujeres en la agroecología en Uruguay

Marta Chiappe^{1*}

Introducción

El año 2018 fue declarado por el Consejo Económico y Social de la Mujer (CSW62) de la UNESCO, el Año por el Empoderamiento de las Mujeres y las Niñas Rurales. El término “empoderamiento” proviene del inglés *empowerment* y desde fines del siglo XX ha sido ampliamente utilizado para el trabajo con mujeres. El concepto en su más reciente acepción comienza a difundirse en 1985 cuando la organización no gubernamental internacional Desarrollo de Alternativas de Mujeres para una Nueva Era (DAWN, por su nombre en inglés) propuso el concepto en la Conferencia Mundial sobre las Mujeres en Nairobi. Posteriormente, el término fue retomado en la Conferencia Mundial sobre la Mujer realizada en Beijing en el año 1995, para designar el proceso por el cual las mujeres acceden al control de los recursos (materiales y simbólicos) y refuerzan sus capacidades y protagonismo en todos los ámbitos (Batliwala 1997; Deere y León 2000; Sandoval 2015). En esa instancia se defendió que “*el empoderamiento de la mujer y la igualdad de género son requisitos previos para conseguir la seguridad política, social, económica, cultural y ambiental de todas las personas*” (Arias Guevara 2005, p. 24).

Cathy Farnworth y Jessica Hutchings (2009) en su estudio sobre *Agricultura Orgánica y Empoderamiento de Mujeres* consideran que “*la falta de atención adecuada a los temas de género dentro de los movimientos vinculados con la agricultura orgánica y la agricultura sustentable es preocupante*” (p.1) y plantean que hasta tanto productores/as

1 PhD en Educación Agrícola, Universidad de Minnesota. Profesora investigadora de Facultad de Agronomía, Universidad de la República, Uruguay. Líneas de investigación: sustentabilidad, agricultura familiar, agroecología, género, mujeres rurales y biocombustible. E- Mail: mchiappe@fagro.edu.uy

* Miembro del Grupo de *Trabajo Mujeres, Agroecología y Economía Solidaria* del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO).

y consumidores/as no realicen un esfuerzo concertado en pro de la equidad de género, no se podrá comprender el potencial de los enfoques relacionados a los sistemas productivos sustentables para reconfigurar los sistemas agroalimentarios y la manera en que los seres humanos interactúan con los mismos. Las autoras señalan que las mujeres han tendido a estar más presentes, formado parte y contribuido al desarrollo de paradigmas sustentables de producción. No obstante a la falta de datos estadísticos, también puntualizan que algunos estudios muestran que las mujeres están mucho más involucradas en establecimientos con un enfoque sustentable que en producción de tipo convencional. Asimismo, en función de la literatura revisada, señalan que están particularmente interesadas en producir para los mercados locales, llevar adelante emprendimientos de pequeña escala y trabajar con mano de obra familiar.

Diversas autoras consideran que el modelo agroecológico, en particular, puede mejorar la condición de las mujeres, en la medida que las cuestiones de género sean tenidas en cuenta (Marcoty 2017). Desde una perspectiva similar, Aurélie Leroy *et al.* (2016) sostienen que la agroecología —debido a su esencia innovadora y “alternativa”, las soluciones productivas que propone y a los actores “progresistas” que la respaldan— tiene el potencial de mejorar la situación de las mujeres y empoderarlas. Sin embargo, las autoras reconocen que si bien la agroecología puede fortalecer la autonomía de las mujeres, también puede presentar limitaciones por el contexto en el que se llevan a cabo las prácticas agroecológicas, el cual sigue influido por relaciones desiguales de género.

El objetivo de este capítulo es caracterizar y analizar de qué manera las mujeres participan en experiencias con enfoque agroecológico en Uruguay, y cómo visualizan su empoderamiento y las limitaciones que deben enfrentar para lograrlo.

La metodología de trabajo responde a un estudio de carácter exploratorio y se basa, por un lado, en la revisión documental vinculada al concepto de empoderamiento y la relación entre género/mujeres y agroecología. Esto incluye estudios afines (como los relacionados a mujeres y agricultura orgánica), revisión de artículos e investigaciones realizadas en Uruguay sobre agricultura orgánica y agroecología. Por otro lado, las reflexiones compartidas en este trabajo se nutren de entrevistas realizadas a principios de 2018 a diez mujeres que participan actualmente en la Red de Agroecología (dos de las cuales también habían participado hasta su disolución en la Asociación de Productores Orgánicos del Uruguay)².

El capítulo se organiza en diferentes secciones. En primer lugar se hace referencia a los significados atribuidos al concepto de empoderamiento y los enfoques con los que se estudia. Luego, se aborda la relación entre agroecología, género y empoderamiento, ejemplificando con estudios de caso de distintos países. Posteriormente, se explora esta relación en el contexto uruguayo y, finalmente, se plantean algunas conclusiones.

Empoderamiento: conceptos y enfoques

Steven Lukes (2005), en su influyente obra *Power: A Radical View*, publicada originalmente en 1974, identifica cuatro clases de poder: (i) poder sobre; (ii) poder para o poder de; (iii) poder con; y (iv) poder desde dentro o poder del interior. Estas categorías son retomadas posteriormente por varias autoras en sus análisis sobre empoderamiento en diversos países (por ejemplo, Deere y León 2000; Kabeer 1997; Rowlands 1997; Townsend *et al.* 1999; Zapata-Martelo 1998).

² Como se verá más adelante, en Uruguay la Red de Agroecología conformó posteriormente la Asociación de Productores Orgánicos de Uruguay (APODU).

El “poder sobre” representa una influencia de suma cero; es decir, su aumento en una persona o grupo social implica la pérdida de poder de otro. Esta dinámica refleja la habilidad de un individuo o sector para hacer que otros actúen en contra de sus deseos. Se manifiesta en la toma de decisiones y en conflictos abiertos u observables pero también en procesos donde éstos no se manifiestan públicamente; por tanto, no se hacen fácilmente visibles con el fin de evitar su discusión abierta. Como resultado, el poder está del lado de quien se impone en la decisión. Puede llegar a expresarse con violencia física o psicológica, o tomar la forma de quitar u otorgar recursos para lograr lo deseado.

El “poder para” se refiere a los cambios que estimulan la actividad en otros e influyen en su ánimo a través de una persona o grupo. Se trata de una influencia generativa, creativa y facilitadora que permite compartir el poder y favorecer al apoyo mutuo, sin la dominación y sin el uso del “poder sobre”. Por tanto, se refiere a la capacidad interpersonal en la toma de decisiones. Involucra las habilidades de negociación, comunicación, obtención de apoyo, y defensa de derechos y dignidad. Uno de sus aspectos es el liderazgo que surge cuando se ve la posibilidad para que un grupo alcance algo que produzca un impacto o efecto. Un ejemplo de esta forma de poder es la capacidad de organizarse con fines muy prácticos de un grupo de mujeres, por ejemplo, para la producción y la comercialización de artesanías, tejidos, alimentos, etc.

El “poder con” es cuando un grupo presenta soluciones compartidas a sus problemas, permitiendo que todas las potencialidades se expresen en la construcción de una agenda colectiva, que también se asume individualmente. Sirve para confirmar que el todo es superior a la suma de sus partes. La dimensión colectiva se refiere a integrar esfuerzos individuales con el objetivo de lograr un mayor impacto en el fin perseguido. Ello desde un enfoque cooperativo que se desarrolla en el marco de una organización y puede abarcar desde el ámbito local hasta el global. Por tanto, este tipo de poder involucra el sentido de capacidad total de un grupo, sector, social, clase, u otro, superior a la sumatoria de los poderes individuales. Es decir, que cuando es compartido en el marco de relaciones simétricas potencia al conjunto.

El “poder desde dentro” o “poder del interior” refiere a una dimensión personal; representa la generación de fuerzas desde el interior de uno/a mismo/a y se relaciona con la autoestima. Se manifiesta en la habilidad para resistir el poder de otros/as al rechazar demandas no deseadas. Aplicado al tema de este trabajo, incluye el reconocimiento que uno/a obtiene, a través de la experiencia, de cómo se mantiene y reproduce la subordinación de la mujer y, a partir de allí, cómo las mujeres desarrollan la confianza en sí mismas y las capacidades individuales para superar la opresión internalizada. Cuando las mujeres pueden percibir otras maneras de ser, y participan en un proceso analítico que devela que una misma no es fuente de todos los problemas, sino que existen estructuras externas que la condicionan, se construye un poder desde dentro, pero este tiene que surgir desde el propio ser (Kabeer 1997; Townsend 2002; Urriola *et al.* 2006). Asimismo, en el plano individual, el empoderamiento se refiere a la importancia que las personas desarrollen capacidades y habilidades tanto como para hacer valer su rol y mejorar su situación en términos de derechos sociales y políticos, como en lo referente a su actividad económica y productiva.

Jo Rowlands (1997) postula un modelo de tres dimensiones —la personal, la colectiva y la de relaciones cercanas— para el análisis del empoderamiento de las mujeres. Según su análisis, cada dimensión se articula con una o varias formas de poder. La primera o “personal” consiste en desarrollar la confianza en sí misma y las capacidades individuales para superar la opresión internalizada por las mujeres, por tanto, se vincula con el “poder desde dentro”. La “colectiva” se asocia a la suma de esfuerzos individuales, cuyo objetivo es lograr un

mayor impacto en un fin perseguido sustituyendo un modelo competitivo por uno cooperativo. En general, se desarrolla en el marco de una organización y puede abarcar desde el ámbito local hasta el global; es decir, se trata del “poder con” para la obtención de logros colectivos y solidarios. Puede expresarse en la búsqueda de una identidad compartida, la oportunidad para negociar como grupo, compartir el poder y buscar apoyo de otras organizaciones. El núcleo de la dimensión de “las relaciones cercanas” se asocia con el “poder con” y el “poder para”. En este se encuentran las habilidades de negociación, comunicación, obtención de apoyo, defensa de derechos y la dignidad.

Según Carmen Deere y Magdalena León (2000), el acceso a la propiedad y el hecho de disponer de autonomía económica contribuyen a aumentar el poder de la negociación que tienen las mujeres, lo que les posibilita participar en mayor medida en la toma de decisiones. Además, es probable que interactúen con su entorno al ser parte de asociaciones y/o gremios. En otras palabras, el tener acceso al poder les ha significado cambios en el plano individual, pero también en la acción colectiva (León 1997; Urriola *et al.* 2006).

En suma, el concepto de empoderamiento abarca diferentes componentes: cognitivos, psicológicos, políticos y económicos. Los tres primeros son reforzados con el componente económico ya que, a pesar que éste implica la sobrecarga laboral “*la evidencia empírica apoya la idea de que el acceso al trabajo incrementa la independencia económica de las mujeres, lo que genera un mayor nivel de independencia en general*” (Stromquist 1997, p. 82).

Como se señaló al comienzo de este capítulo, la participación de las mujeres en proyectos agroecológicos incide favorablemente en el empoderamiento de las mujeres, aunque no es condición suficiente. En la siguiente sección se desarrollan estas ideas en mayor profundidad a partir de la revisión de estudios realizados en diversos países.

Agroecología, agricultura familiar y género

La importancia del trabajo de las mujeres en las tareas agrícolas de las unidades de producción familiar ha sido ampliamente documentada en numerosas investigaciones. No obstante, sus funciones en esta área no son reconocidas socialmente ni tenidas en cuenta en las estadísticas, sino, generalmente se las ubica bajo un rol de “colaboradoras” y su trabajo es considerado como “ayuda” o “no productivo” (Chiappe 2014). Al contrario, a los hombres el trabajo agrícola les confiere identidad y autoridad, mientras que la labor de las mujeres dentro de la misma unidad de producción es invisible, no remunerada y, por lo tanto, negada o disminuida socialmente. Los hombres son más valorados que las mujeres como beneficiarios de la capacitación y de asistencia técnica, y participan en mayor grado en la comercialización y en la acción política (Prévost *et al.* 2014).

Este modelo favorece una reproducción social de descalificación del trabajo de las mujeres en el contexto doméstico y económico/productivo. Las ganancias de las actividades rurales constituyen un ingreso cuyo uso es decidido principalmente por el llamado “jefe de la familia”, la mayoría de las veces sin la participación directa de la esposa (Prévost *et al.* 2014). De esta manera, a los hombres se les asigna la esfera productiva, mientras que a las mujeres se les asigna la esfera reproductiva, no sólo en lo que se refiere al cuidado de los niños sino también en lo que respecta a las tareas vinculadas al ámbito doméstico (limpieza, lavado, planchado, alimentación de la familia, etc.), con lo cual su trabajo se caracteriza por una “doble jornada” (Boni 2006; Brumer 2004; Campaña 1992; Kleysen y Campillo 1996; León 1987; Valdés 1995).

Dentro de este contexto algunas autoras, como Sophie Charlier y Cynthia Nuozzi (2014) junto con Aurélie Leroy *et al.* (2016), sostienen que el enfoque agroecológico pone en cuestionamiento el modelo de la agricultura familiar —basado en una cultura patriarcal— así como la división sexual del trabajo. Ambas realidades contradicen la visión de la agroecología, la cual valora el conocimiento y las prácticas que poseen las mujeres en la preservación de la diversidad agrícola y de la biológica. Además, la agroecología al favorecer la utilización de insumos de origen biológico, se distancia de un modelo agrícola basado en insumos sintéticos de uso intensivo (fertilizantes y pesticidas) y dependiente de la industrialización. Por lo que en vez de comprar variedades mejoradas de semillas y depender de intermediarios en los procesos económicos, las agricultoras pueden usar su experiencia y sus saberes en el manejo de semillas (selección, conservación, germinación) y en la venta directa de su cosecha. En la misma línea, María de los Ángeles Arias Guevara (2014), analizando el caso cubano, sostiene que la agroecología favorece relaciones de género más democráticas y abre nuevos espacios de participación para las mujeres: “*Se constata que ellas juegan un papel fundamental en la selección y conservación de las semillas, la lombricultura, la crianza de aves y animales domésticos, la conservación de alimentos, la búsqueda de mejoras genéticas en plantas y animales, en plantas ornamentales, la producción de compost, la preparación y uso de biopreparados, viveros forestales, la siembra de hortalizas y la atención a huerto familiares y agricultura de traspatio*” (p.27).

Además de lo productivo, la agroecología brinda acceso a otros canales de comercialización en los que las mujeres tienen un rol protagónico y los cuales influyen favorablemente en sus ingresos. Lopes (2011) citado en Aurélie Leroy *et al.* (2016) plantea que existe una correlación positiva entre la innovación agroecológica y el empoderamiento de las mujeres. En el mismo sentido, Ana Paula Ferreira y Luis Claudio Mattos (2017) señalan que “*la perspectiva agroecológica ha mostrado el potencial de abrir espacios para que las mujeres agricultoras enfrenten su condición de vulnerabilidad y, en este sentido, conquisten más poderes en las esferas personal, productiva, familiar y política*” (p. 39).

Sin embargo, no es pertinente establecer una relación causal automática entre agroecología y mujeres. De hecho, más allá que un proyecto sea ecológico y sostenible no significa que será exitoso en términos de igualdad de género; es decir, por sí solo no permite democratizar las relaciones sociales y sacar a las mujeres de su posición invisible y subordinada (Leroy *et al.* 2016). Como afirman Ana Paula Ferreira y Luis Claudio Mattos (2017), el trabajo con la agroecología no alcanza para que la desvalorización y la invisibilidad de las mujeres sean suficientemente problematizadas, por lo que se requiere que la agroecología, como otras ciencias, entre en diálogo con las perspectivas feministas. Asimismo, resaltan la importancia del poder público para fomentar los sistemas agroecológicos y la participación de las mujeres.

En este sentido, María de los Ángeles Arias Guevara (2014) señala que si se observa como “*se configuran las relaciones de género en el interior del movimiento agroecológico lo primero que aprecia es un discurso elaborado a nombre del sujeto universal masculino que no visibiliza a las mujeres como participantes del movimiento*” (p.8). Aun cuando la agroecología se ha expandido fuertemente como modelo agrícola para campesinos de pequeña escala, tanto el nombre *Movimiento Agroecológico de Campesino a Campesino* (MACC) como imágenes registradas de congresos y reuniones (que no sean talleres de género), entre otros, denotan una marcada presencia masculina. Además, se observan desigualdades entre hombres y mujeres en cargos de coordinación o entre promotores o facilitadores del movimiento.

A pesar que también persisten desigualdades en el espacio doméstico, la valorización de las actividades a cargo de hombres y mujeres y la deconstrucción de la división sexual del trabajo pueden favorecer a la construcción de la equidad de género. La participación de las mujeres en espacios colectivos —tales como redes sociales, congresos, cursos, talleres, exposiciones y ferias comerciales— contribuye a su empoderamiento, a elevar su autoestima y a un mayor reconocimiento social, en tanto difunden sus experiencias y extienden sus redes fuera del ámbito familiar. Asimismo, al interior de las familias se favorece la democratización de las relaciones de género en la medida que se redistribuyen las cuotas de poder (Arias Guevara 1994). En este sentido, Dorrego y Elías (2014, p.1) plantean en su estudio en Bolivia que *“la agroecología da la oportunidad de diferenciación a las productoras, y la venta directa, a través de circuitos cortos y de proximidad, contribuye a la generación de ingresos y empoderamiento social y económico a las mujeres que participan en ellos”*.

En contraposición, un estudio realizado en cuatro provincias de Ecuador donde se promueven proyectos agroecológicos en diversas comunidades, a través de la agencia SWISSAID (Marcoty 2017), concluye que las relaciones inequitativas de género existentes en las comunidades no han cambiado como consecuencia de la introducción de prácticas agroecológicas en las fincas. Si bien se reconoce que hubo una mejora a nivel de la participación de las mujeres y un aumento de su número en cargos de dirección, no se puede afirmar que esta mejora sea consecuencia directa del enfoque agroecológico, a pesar que también se promovió la participación de las mujeres en reuniones de las asociaciones de productores agrícolas locales (denominadas como APAL). Aunque los ingresos de las mujeres también aumentaron al tiempo que mejoró la situación económica de las familias, la división sexual del trabajo permaneció intercambiada. Es decir, en la mayoría de los casos, no se observó una redistribución de las tareas domésticas, sino que las mujeres continúan teniendo cargas muy altas de responsabilidades y el hecho de pertenecer a una asociación les representa a veces una carga superior porque implica ayudar a otros/as en sus campos. Además, como se mencionó antes, las labores realizadas por las mujeres no son siempre valoradas, y los proyectos de agroecología no han revalorizado sus saberes. Por lo tanto no son posicionadas como pilares en la implementación de un modelo agroecológico al interior de sus comunidades.

Desde algunas organizaciones agroecológicas que incorporan un enfoque feminista se ha venido difundiendo la consigna *Sin feminismo no hay agroecología*. En Brasil, a raíz de los debates que se venían dando en torno al tema de la inclusión de una visión feminista en el movimiento agroecológico del país, el *slogan* fue difundido en el VIII Congreso Brasileño de Agroecología de 2013, generando *“importantes reflexiones sobre el significado político del término agroecología en la vida de las personas”* (Ferreira y Mattos 2017, p. 39). La sinergia generada por la conjunción entre feminismo y agroecología ha permitido el surgimiento de otros temas relevantes para ambos movimientos, como por ejemplo la demanda por asistencia técnica específica feminista al mismo tiempo que agroecológica. Esta experiencia, aun inicial, surgió en el ámbito de las entidades ATER³ agroecológicas y se basa en la valorización del conocimiento local y el intercambio de experiencias. Esta modalidad de apoyo técnico se relaciona directamente con el acceso a los mercados institucionales, las políticas públicas y la filiación femenina a los sindicatos de trabajadores/as rurales, siendo importantes ámbitos para el inicio de un proceso de empoderamiento de las mujeres (Movimiento de Mujeres Campesinas, citado por Ferreira y Mattos 2017).

En el X Congreso Brasileño de Agroecología y VI Congreso Latinoamericano de Agroecología realizado en Brasilia en setiembre 2017, la proclama de cierre del evento reivindicó el papel del feminismo en la

3 Assistência Técnica e Extensão Rural. <http://www.mda.gov.br/sitemda/tv-mda/nova-ater-no-brasil-do-sonho-%C3%A0-realidade-resumido>.

agroecología de la siguiente manera: “*Comprendemos el feminismo como una referencia teórica y base para una acción política transformadora a partir de las experiencias de las mujeres. Comprendemos que la lucha contra todas las formas de opresión y violencia contra las mujeres y el cuestionamiento de la división sexual del trabajo deben ser elementos estructurantes del enfoque sistémico de la agroecología como ciencia, movimiento y práctica. Las instituciones científicas y académicas, las organizaciones de la sociedad civil, los movimientos sociales y el Estado deben reconocer y visibilizar las prácticas de las mujeres del campo, las aguas, los bosques y las ciudades y las juventudes, los pueblos y las comunidades tradicionales como los sujetos que construyen cotidianamente desde sus territorios la agroecología*”⁴.

Con un enfoque coincidente, en el Encuentro Global de Escuelas y el proceso de formación en agroecología que organizó La Vía Campesina en mayo 2018 en Cuba, Francisca Rodríguez, representante de la Asociación Nacional de Mujeres Rurales de Indígenas (ANAMURI) de Chile concluyó en el cierre del evento: “*No es posible pensar la agroecología sin recuperar el lugar, el saber, los conocimientos y las prácticas de las mujeres en el campo. Tenemos que juntar nuestras energías para sumar y lograr erradicar el machismo dentro de nuestras organizaciones, y en la sociedad. Sin esto, no es posible vencer al capitalismo ni hacer agroecología, pues el patriarcado es uno de los pilares que sostienen este sistema de muerte y exclusión*”⁵.

En la misma línea, otras autoras argumentan que no puede existir la agroecología si no están dadas las condiciones que garanticen el empoderamiento de las mujeres. El análisis de las inequidades de género, el acceso a los recursos y su control, la valorización del rol y de los aportes de las mujeres, la participación en los cargos de poder de decisión sociales y políticos, son elementos que necesariamente deben incorporarse como puntos de partida en el modelo agroecológico (Charlier y Nuozzi 2014; Leroy *et al.* 2016). En este sentido, Ana Paula Ferreira y Luis Claudio Mattos (2017) sostienen que el diálogo entre las perspectivas agroecológica y feminista es un importante camino para abordar situaciones de injusticia vivenciadas por las mujeres en el medio rural: “*El feminismo y la agroecología, cuando se trabajan de forma integrada, pueden retirar a las mujeres de varias situaciones de opresión, a saber: (i) prohibiciones a la práctica de la agricultura sin agrotóxicos y abonos químicos; (ii) prohibiciones a la participación en actividades colectivas, tales como reuniones e intercambios; (iii) prohibiciones a la vida económica y acceso al mercado, tales como inserción en ferias y mercados institucionales; (iv) prohibiciones a la participación política, reivindicación de derechos y acceso a políticas públicas, como créditos agrícolas*” (p. 41)⁶.

En el entendido que la agroecología con una perspectiva de género permite tanto a mujeres como a hombres asegurar la seguridad alimentaria y nutricional de la familia, Sophie Charlier y Cynthia Nuozzi (2014) proponen las siguientes recomendaciones en torno a cuatro ejes de empoderamiento:

- El saber: Se plantea la importancia de desarrollar conocimientos y análisis críticos que tengan en cuenta las discriminaciones que sufren las mujeres y las inequidades de género, para lo cual es necesario integrar el enfoque de género en investigación, estudios y formación para las mujeres.
- El tener: Las prácticas discriminatorias y las inequidades estructurales entre hombres y mujeres hacen que ellas tengan dificultades para acceder y controlar los recursos; por ello es importante promulgar y reforzar leyes que den a ambos derechos igualitarios ; y promover el acceso a los mercados; a la tecnología y a los servicios públicos.

4 <http://agroecologia2017.com/cartadocerrado/>

5 Disponible en <https://viacampesina.org/es/la-agroecologia-solo-es-posible-cambiando-las-relaciones-de-dominacion-y-expropiacion-contras-las-mujeres>

6 Traducción propia del portugués.

- El querer: Se requiere valorizar el rol y los aportes de las mujeres para visibilizar su trabajo; construir redes para reforzar su autoestima y capitalizar sus experiencias; y promover su participación en espacios de decisión, entre otros aspectos.
- El poder: Se propone poner fin a las discriminaciones que existen a nivel político en término de acceso a los espacios de toma de decisiones y en las legislaciones existentes; reforzar y aplicar las legislaciones que promueven la igualdad; apoyar la integración de mujeres en las estructuras de poder, tanto en instancias estatales como de la sociedad civil.

En suma, los análisis y estudios presentados reconocen la importancia del enfoque agroecológico como un posible y fértil camino para el empoderamiento de las mujeres. Sin embargo, la evidencia presentada muestra que no es una condición suficiente por las desigualdades estructurales de género, lo que limita la relación causal directa entre empoderamiento y agroecología. Por ello, es necesaria la incorporación en la agroecología de una mirada feminista y una perspectiva de género, como la inclusión de mayores elementos agroecológicos en el análisis feminista.

Agroecología, mujeres y empoderamiento: el caso uruguayo

Antecedentes

Durante los años posteriores a la dictadura (1973-1983) la sociedad civil se reorganiza y surgen nuevas asociaciones. Así, en 1985 se nuclea un conjunto de ONG con intereses comunes, las cuales en 1990 forman la Mesa de Agroecología con apoyo del Consorcio Latinoamericano de Agroecología (CLADES), el cual estuvo integrado por organizaciones de ocho países latinoamericanos (Gómez y Gazzano 2015). Paralelamente, en 1997 surge la Asociación de Productores Orgánicos del Uruguay (APODU) como una asociación sin fines de lucro para agrupar a los/as productores/as orgánicos del Uruguay de pequeña escala⁷. Esta asociación coordina con la Mesa de Agroecología y la Comisión Nacional de Fomento Rural para conformar, también en 1997, la Asociación Certificadora de la Agricultura Ecológica del Uruguay (ACAEU) cuyo sello de certificación se denominó URUCERT. Esto como forma de ofrecer alternativas de certificación de producción orgánica (o ecológica, como también se la dio en llamar) para agricultores/as familiares. Este es el antecedente del Programa de Certificación Participativa de la Red de Agroecología que fue creado en 2006.

Un estudio⁸ sobre producción orgánica en la región sur de Uruguay realizado por Valeria Berhau (2004) señala que en ese entonces: (i) las mujeres estaban más involucradas en la producción orgánica intensiva (horticultura, hierbas medicinales y aromáticas y elaboración de lácteos) que en la orgánica extensiva (carne y cereales); (ii) sus actividades más importantes eran la producción de hierbas, la fabricación de queso y la conservación de frutas y verduras (enlatado); y (iii) la producción de vegetales estaba mayoritariamente a cargo de los hombres (siete de cada diez agricultores), mientras el embalaje a cargo de las mujeres. El estudio subrayaba que el sector orgánico de la región sur se integraba por un elevado número de mujeres productoras, y que éstas se definían a sí mismas como “agricultoras”, lo cual es poco frecuente dado que en la producción convencional las mujeres generalmente se autodenominan a sí mismas como “colaboradoras”. El estudio concluye que la agricultura orgánica se presenta como una actividad atractiva para las mujeres rurales porque amplía el espacio de su participación en el manejo y gestión de los factores productivos.

⁷ Cabe especificar que en los años 1990 no se hacía una clara distinción conceptual entre agricultura orgánica y agroecología, y los marcos normativos (de Europa, Japón y Estados Unidos) presentaban como sinónimos los términos orgánico, biológico y ecológico (Comunicación personal con Hugo Bértola, socio fundador de APODU, julio 2018).

⁸ El estudio reporta los resultados de entrevistas a 95 productores/as, la mayoría integrantes de APODU.

Otro estudio referido a las estrategias de APODU y las características de sus integrantes realizado en la zona metropolitana (Montevideo y parte de Canelones) verificaba una presencia igualitaria de hombres y mujeres en la producción orgánica, aunque en los aspectos vinculados a la participación y a la difusión, marcaba que la presencia de mujeres era más reducida. El estudio subrayaba como una de las grandes debilidades de la Asociación la falta de enfoque de género y que, a pesar de la voluntad de alcanzar equidad, no se tomaban acciones para hacerla viable. La realización del estudio, en el que participaron tres integrantes de APODU, entre ellos dos mujeres, puso en evidencia la invisibilidad de la mujer en la organización y se comenzaron a promover algunos mecanismos para empoderarlas (Blum *et al.* 2005).

En un trabajo llevado a cabo a solicitud de la Federación Internacional de Movimientos en Agricultura orgánica (IFOAM) en el año 2009 sobre agricultura orgánica y empoderamiento, se realizaron algunos estudios de caso tanto del Norte como del Sur. Uno de ellos en Uruguay con el fin de analizar la manera en que la participación en agricultura orgánica y sustentable puede empoderar a las mujeres, y a la vez cómo la participación de las mujeres puede ampliar y profundizar los múltiples objetivos de la agricultura orgánica y sustentable (Farnworth y Hutchings 2009). A través de entrevistas se pudo conocer que entre 1997 y 2005, no hubieron mujeres en el Comité Directivo de APODU y su participación se limitaba a sus Asambleas Generales; sin embargo, en las elecciones previas al estudio, la votación había sido mayoritariamente de mujeres.

Con respecto al empoderamiento de las mujeres, una de las integrantes de APODU en ese entonces señalaba que no había sido planificado expresamente y tampoco existía una definición explícita ni una postura sobre el tema en la organización. Empero, hacía notar que en los tres a cuatro años anteriores, la participación de las mujeres creció en puestos de toma de decisiones. Destacaba que habían dos mujeres y tres hombres en el Comité Directivo y que en las reuniones de la Asamblea Abierta (realizadas una vez al mes o cada dos meses), había alrededor de un cuarto de mujeres participantes. Desde 1994 (año de fundación de APODU) hasta 2002, en la mayoría de las reuniones asistían principalmente hombres y ellos prevalecieron en los puestos de toma de decisiones. A pesar de ello, no hubo ningún reclamo por parte de las mujeres para aumentar su participación. El estudio señala que la evolución de la presencia de las mujeres en la directiva de Asociación fue lenta pero constante.

En 2005, APODU participó de un proyecto denominado *Organizaciones sociales de productores agrícolas urbanos y periurbanos: Modelos de gestión y alianzas innovadoras para influir en las políticas públicas*, coordinado por el Instituto de Promoción del Desarrollo Sostenible (IPES)-Perú, financiado por la Agencia Internacional Canadiense de Desarrollo (IDRC) con la participación de otras agencias (European Topic Center, ITC, y el Centro de Investigación y Estudios del Desarrollo, Uruguay, CIEDUR). El mismo fue desarrollado en cuatro municipios de América del Sur y tres de Europa. En este proyecto se planteaba específicamente el tema de la equidad entre hombres y mujeres en los siguientes términos: “*Otra forma de incorporar la diversidad es fomentar la participación femenina, por dos razones: equidad y realidad. Las mujeres participan activamente en muchas ocasiones de la organización y/o las unidades de producción; sin embargo, no tienen acceso a las instancias de toma de decisiones. Su acceso a estas instancias contribuirá a incluir su visión en la organización como un todo*”⁹. La segunda fase del proyecto, que comprendía a Argentina, Perú y Uruguay, y estaba orientado al procesamiento de tomates, comenzó en 2008 involucrando a doce mujeres y dos hombres. De acuerdo con una de las entrevistadas, este proyecto fue muy significativo en tanto contribuyó a aumentar la autoestima de las mujeres. Otras mujeres expresaron que no se sintieron excluidas ni discriminadas en relación a las posibilidades de participación, sino al contrario, consideraban que los colegas varones las habían apoyado y estimulado a participar en los órganos de decisión.

9 Comunicación personal con personas involucradas en la implementación del proyecto.

En el año 2005, por iniciativa de la Cooperativa Ecogranjas de la APODU, junto a la Organización de Consumidores Agroecológicos del Uruguay, surge la Ecotienda, la cual aún funciona como un espacio comercial de intercambio directo entre consumidores/as y productores/as ecológicos de diversos productos. Al inicio, la Ecotienda se abastecía de unos 40 productores de Maldonado, San José, Artigas, Canelones y Montevideo (Rel-Uita 2005). Una de las productoras entrevistadas comentaba sobre esa etapa: “Éramos todas mujeres las que trabajábamos ahí. No hubo participación de hombres. También hubo varias productoras. Fue una época muy linda, se trataba de llevar para adelante la venta de los productos de cada uno, se vendía *grupalmente*, no era *‘eso es mío y eso es tuyo’*”. Actualmente ya no hay mujeres que trabajen en la Ecotienda.

Etapas actuales

A comienzos del nuevo siglo, APODU promovió la alianza con otras organizaciones sociales, en particular con urbanas para romper con el aislamiento y dar viabilidad a la propuesta de producción ecológica. Para eso fue fundamental el papel de los/as consumidores/as y el fortalecimiento de las organizaciones de productores/as. Es así que en el año 2005, a instancias de APODU, se funda la Red de Agroecología, organización que reúne a productores/as, consumidores/as, procesadores/as y distribuidores de alimentos, así como a diversas organizaciones sociales e instituciones relacionadas con la agroecología. Esta inicia con tres regionales: (1) Regional Norte, (2) Regional Sur (incluyendo Montevideo y Canelones), y (3) Regional Oeste (Colonia y San José). La estructura se consolida en el 2005 al 2006, al tiempo que se crea el Programa de Certificación Participativa¹⁰. En los años subsiguientes se modifica parcialmente la organización interna, hasta que en el 2017 la Red pasa a tener siete regionales: (1) Oeste, (2) San José, (3) Sur- Sur, (4) Sauce Santoral, (5) Toronjil, (6) Minas y (7) Rocha. Cada regional es autónoma, tanto en el funcionamiento como en el manejo de los fondos, y cuenta con una secretaría y un órgano coordinador integrado por dos o tres productores. Las regionales se reúnen en forma bimensual a través de plenarios en una coordinación nacional. En esos dos meses también se convoca a la Comisión Directiva, generándose así un flujo de información continuo entre los órganos de coordinación y dirección.

La Red ha tenido importantes cambios desde 2013 al 2018, triplicando la cantidad de integrantes que participan. El número de integrantes en cada regional varía y depende del lugar donde opere. Generalmente participan productores/as certificados y no certificados, consumidores/as, técnicos/as y organizaciones tales como la Red de Acción en Plaguicidas y sus Alternativas para América Latina (RAP-AL) y la Asociación Barrial de Consumo (ASOBACO).

De acuerdo con una de las entrevistadas, en las regionales Oeste, Toronjil, San José y Sur, la participación de las mujeres en los plenarios regionales es alta, mientras que en la Regional Santoral se da una participación predominantemente masculina, aunque en algunas actividades se está intentando convocar especialmente a las mujeres. De todos modos, más que desarrollar acciones específicas para mujeres, se ha priorizado la participación de la familia. Una de las entrevistadas señalaba: “*Creo que desde la Fundación de la Red de Agroecología lo fundamental ha sido la participación de la familia como tal, y no de lo que se denomina ‘el productor’ como sujeto individual*”.

La participación de las mujeres en órganos de decisión y gestión de la institución ha aumentado desde la creación de la Red, de tal manera que las secretarías regionales, la coordinación de la Secretaría Técnica

10 Los detalles sobre este Programa se encuentran en <http://redagroecologia.uy/certificacion/>

Regional y Nacional, así como la mayor parte de los asesores técnicos en la Red son cargos ejercidos por mujeres. Los técnicos no son permanentes, sino que se vinculan por proyectos que en general tienen una duración de dos a tres años. Como mencionaba una entrevistada: *“Se nota un mayor crecimiento de las mujeres. La participación de las mujeres es a la par que el hombre, en los plenarios son más visibles”*.

En el año 2016, cinco mujeres de la Red de Agroecología participaron en un encuentro sobre Sistemas Participativos de Garantía y Mujeres, en Torres, Brasil. Según una de ellas *“ese encuentro nos ayudó a mirar más a la Red, había cosas a las cuales no prestábamos atención. Existen muchas necesidades que no las habíamos captado hasta ese momento”*. A partir del encuentro se convocó a un grupo de avicultoras a presentarse a un proyecto, en el entendido que la avicultura es un rubro que —al igual que la cría de otros pequeños animales— está mayoritariamente a cargo de mujeres. Comenzó siendo un pequeño núcleo y luego se fue ampliando hasta treinta. Esa experiencia despertó mucho entusiasmo y aunque el proyecto no fue aprobado, se conformó un grupo mixto de trabajo en avicultura y se visualizó que existía la necesidad de apoyarse entre mujeres.

De esta forma, se planteó la realización de encuentros mensuales de diferentes regionales para elaborar algunos contenidos en preparación a un encuentro nacional de mujeres de la Red de Agroecología en el año 2018. Se considera que el proceso debe ser paulatino especialmente entre los miembros varones, ya que muchos provienen de una producción convencional, y en general aun aquéllos que son agroecológicos desde hace más tiempo, no escapan a la estructura familiar típica donde predomina una marcada división sexual del trabajo. Se plantea que las necesidades y demandas surjan de las propias productoras, técnicas y consumidoras en torno a tres ejes: ¿cómo queremos trabajar?, ¿cómo nos queremos encontrarnos? y ¿hacia dónde vamos a caminar?.

Desde la coordinación de la Red se reconoce que si bien existen grupos de mujeres que han tenido una trayectoria de más de 20 años, como es la cooperativa CALMAÑANA¹¹, se manifiesta que aún no existe un trabajo colectivo. A partir del planteo de los encuentros mensuales se aspira a avanzar en ese sentido. Una de las entrevistadas manifiesta: *“En la Red nunca hablamos sobre este tema [de la participación femenina]. Somos pocas las que vamos. No estaría mal buscar algo en común, una actividad bien concreta. A partir de hacer un trabajo en conjunto pueden surgir cosas nuevas, a través de plantear problemas en común”*. Si bien la búsqueda del empoderamiento de las mujeres no es un objetivo específico, se han realizado algunas acciones para promover su participación, por ejemplo, tener en cuenta los días y horarios escolares al organizar reuniones, de manera que no interfieran con el tiempo dedicado a la familia.

Como se mencionó anteriormente, otros espacios en que las mujeres participaban y continúan participando, aunque con altibajos, son los vinculados con la producción y comercialización de los productos. A fines de la década de los 90 surgen dos cooperativas de productores: CAELSUR en Montevideo y CAELCO en Colonia. A través de CAELSUR (actualmente ya no existe) comenzaron los repartos a domicilio de canastas de productos orgánicos. Según la entrevistada, la participación era más o menos mitad mujeres y mitad hombres, y cada uno tenía su propia tarea en la cadena de las canastas: unos/as se encargaban de hacer los pedidos, otros/as de armarlos o de la parte administrativa.

Otro ámbito de participación para las mujeres es la Feria del Parque Rodó en Montevideo que tiene lugar los domingos. Fue fundada en el año 1994 y luego de una etapa de decaimiento, se realizó un relanzamiento en el año 2003. Se planteó hacer un reglamento y una reorganización sobre participantes, hora de llegada, qué

11 Cooperativa de mujeres productoras de hierbas aromáticas y medicinales del departamento de Canelones.

productos se venderían, entre otros temas. Actualmente cuenta con nueve puestos donde se venden productos orgánicos y varios de ellos son atendidos por mujeres.

Otra forma de comercialización de productos agroecológicos se da a través de grupos de agricultores/as que gestionan su manejo y venta. En ese ámbito, como señalaba una entrevistada *“muchas veces es la mujer que se dedica al tema comercialización y la parte administrativa, y el hombre a la producción, a la planificación de la quinta”*. Otra entrevistada relató las dificultades que tuvo para conformar un puesto de venta en una feria de un balneario de la costa de Canelones: *“Pedimos puesto, pero costó mucho conseguirlo. Tuvimos que insistir con el alcalde [y] en la dirección de Desarrollo Rural. Venía la orden y después la administrativa decía que no sabía nada, y vuelta a empezar. Finalmente, la técnica de Desarrollo Rural resolvió la asignación en la feria. Empezamos el 24 de diciembre 2016. Nos dieron el puesto en la zona de artesanos, no donde están las frutas y verduras. Estamos en una zona periférica, no nos dieron prioridad”*. Actualmente, las tres integrantes que conforman el grupo indicado en el testimonio han ganado la confianza de los clientes y, a pesar de estar ubicadas en una zona periférica, han logrado mantenerse y consolidarse como puesto de venta: *“Con nuestra inserción en la feria nos ha dado mayor visibilidad a las mujeres. Antes todo se hacía a través del hombre. Cambió la participación y hoy la comercialización la mayoría la hacen las mujeres, está más visible, hay mayor protagonismo de las mujeres”*.

En cuanto a las relaciones con otras instituciones, previo a la década del 2010, eran los hombres que tendían a estar más involucrados en negociaciones políticas con organismos gubernamentales. Por ejemplo, las negociaciones con el Ministerio de Agricultura sobre el marco normativo para el Sistema de Certificación Participativo llevaron aproximadamente un año y fueron realizadas por algunos miembros hombres del Comité Directivo.

Barreras al empoderamiento

Una de las limitaciones en la participación y empoderamiento de las mujeres identificada por una de las entrevistadas es la existencia de pautas culturales que tienden a mantener a las mujeres en un lugar secundario frente a los hombres, y que inclusive en algunos casos lleva a las propias mujeres a colocarse en ese lugar. En palabras de una de las entrevistadas *“En algunos casos las mujeres piensan que no pueden contribuir y se auto-excluyen de participar en algunas actividades específicas. Dicen ‘no soy capaz de hacer esto; no sé nada de aquello’”*. Esta situación denota la debilidad de “poder desde dentro”.

Las dificultades que se presentan para poder salir de la casa limitan tanto a hombres como a mujeres, pero dado que son las mujeres las que en general quedan a cargo del cuidado de los/as hijos/as y de las tareas domésticas, inciden más sobre ellas. Una indica: *“Yo veo en el grupo de mujeres nuestro la necesidad básica de salir desde su chacra, o desde su lugar físico. La gente acá está bastante limitada, casi nunca llegan a acceder a [alguna actividad] cultural. Puede ser por razones económicas o porque la ciudad está un poco alejada, aunque [en realidad] está cerca. La gente queda muy aislada”*.

Finalmente, según las entrevistadas, los riesgos que impiden el desarrollo y la implementación de una agenda de empoderamiento de las mujeres son aquellos que afectan a la agricultura familiar en general. Existe poco apoyo técnico y financiero, entre otros, para los/as agricultores/as familiares y específicamente para la agroecología, la cual no es una prioridad para el gobierno nacional. Por lo tanto, las mujeres agricultoras son tan vulnerables como el resto de la agricultura familiar y de pequeña escala.

Consideraciones finales

La importancia de lograr el empoderamiento de las mujeres fue resaltada tanto en 1985 como en 1995 en las Conferencias Mundiales sobre las Mujeres. Diversas autoras consideran que el modelo agroecológico, en particular, puede mejorar la condición de las mujeres y empoderarlas, en la medida que se adopte un abordaje feminista. Sin embargo, a partir de estudios de caso en distintos países, es posible constatar que, si bien la agroecología puede fortalecer la autonomía de las mujeres, también puede presentar limitaciones en particular porque el contexto donde se la lleva a cabo sigue influido por las relaciones de género tradicionales.

En el correr de los últimos diez años, a pesar que el movimiento agroecológico en Uruguay se ha expandido lentamente, ha adquirido mayor visibilidad a través de la organización de productores/as, consumidores/as e instituciones en colectivos regionales que conforman la Red de Agroecología. A partir de la información recogida, se vislumbra que en los últimos años existe una mayor participación de mujeres en los organismos de decisión y gestión de la Red. Más que ser el resultado de acciones específicas, según los testimonios compartidos, este proceso es una de las consecuencias del involucramiento de las mujeres en los emprendimientos agroecológicos.

Retomando las categorías de poder de Jo Rowlands (1997), claramente están presentes el “poder desde dentro” y “el poder para” en las mujeres entrevistadas. Esto porque reconocen su propia capacidad gestora y la de otras mujeres de tomar iniciativa, y de asumir roles de liderazgo y de coordinación dentro de los espacios de toma de decisiones, también de generación de propuestas y de realización de proyectos. Asimismo, en la medida que llevan adelante sus emprendimientos y proyectos en forma colectiva —ya sea con otras mujeres o en grupos mixtos con hombres— el “poder con” también está presente.

La estructura de carácter horizontal de la Red es un elemento que contribuye sin duda a generar condiciones de mayor equidad de género, y a otorgar mayor visibilidad a las mujeres en comparación con los sistemas más convencionales de producción. No obstante, como reconocen las propias entrevistadas, es posible avanzar en la convocatoria de construcción de espacios específicos de análisis y de propuestas por parte de las mujeres para canalizar inquietudes y de-construir los roles tradicionales que asumen, tanto en el ámbito doméstico como en los espacios de acción colectiva. Sin duda, es necesario profundizar en el análisis de las relaciones de poder intra-familiares, el acceso a los recursos, la división del trabajo, la forma en que se toman las decisiones y se canalizan las necesidades de los integrantes hombres y mujeres, entre otros temas. Ello contribuirá a alcanzar una percepción más cabal sobre la manera en que la producción agroecológica y el empoderamiento de las mujeres se interconectan y retroalimentan, y con base a ello, a identificar los ámbitos en que se continúan reproduciendo las relaciones de inequidad y subordinación con fines de su transformación.

Agradecimientos

La autora agradece a los integrantes de la Red de Agroecología que gentilmente brindaron su apoyo e información para llevar adelante este estudio.

Referencias

- Arias Guevara María de los Ángeles. 2014. Género y agroecología en Cuba: Entre saberes tradicionales y nuevas tecnologías. *Agroecología* 9(1y2):23-30.
- Batliwala Srilatha. 1997. El significado del empoderamiento de las mujeres: Nuevos conceptos desde la acción. En *Poder y empoderamiento de las mujeres* (León M, comp.). Bogotá: Universidad Nacional de Colombia / Tercer Mundo Editores, pp. 187-211.
- Berhau Valeria. 2004. Caracterización socio-productiva del productor orgánico de la región Sur del Uruguay. Monografía final de grado. Facultad de Ciencias Sociales. Montevideo: Universidad de la República.
- Boni Valdete. 2006. Gênero: o doméstico e o produtivo na agroindústria familiar. VII Congreso Latinoamericano de Sociología Rural, Quito, Ecuador
- Brumer Anita. 2004. Gênero e agricultura: A situação da mulher na agricultura do Rio Grande do Sul. *Estudos Feministas* 12(1):205-227.
- Campaña Pilar. 1992. El contenido de género en la investigación en sistemas de producción. Santiago de Chile: Red Internacional de Metodología de Investigación en Sistemas de Producción.
- Charlier Sophie, Nuozzi Cynthia. 2014. Agroécologie, plaidoyer pour une perspective de genre. Lutte contre la malnutrition et pour une souveraineté alimentaire. Bruxelles: CIEF Genre – Le Monde selon les femmes.
- Charlier Sophie, Demanche Delphine. 2014. Perspectives de genre pour l'agroécologie: Regards croisés sur la souveraineté alimentaire. Bruxelles: CIEF Genre – Le Monde selon les femmes.
- Chiappe Marta. 2014. Las mujeres rurales en la agricultura familiar en la región sur de América Latina. En *Re-significando la familia en América Latina. Entre imágenes y realidades* (Fawaz J, Soto P y Zicavo N, eds.). Concepción: Universidad del Bio-Bio.
- Deere Carmen, León Magdalena. 2000. Género, propiedad y empoderamiento: Tierra, Estado y Mercado en América Latina. Bogotá: Tercer Mundo Editores.
- Farnworth Cathy, Hutchings Jessica. 2009. *Organic Agriculture and Women's Empowerment*. Germany: IFOAM.
- Ferreira Ana Paula, Mattos Luis Claudio. 2017. Convergências e divergências entre feminismo e agroecologia. *Revista Ciência e Cultura* 69(2):38-43.
- Gazzano Inés, Gómez Alberto. 2015. Agroecología en Uruguay. *Agroecología* 10(2):103-113.

- Kabeer Naila. 1997. Empoderamiento desde abajo: ¿Qué podemos aprender de las organizaciones de base? En Poder y empoderamiento de las mujeres (León M, comp.). Bogotá: Universidad Nacional de Colombia / Tercer Mundo Editores, pp. 129-146.
- Kleysen Brenda, Campillo Fabiola. 1996. Productoras de alimentos en 18 países de América Latina y el Caribe: Síntesis hemisférica. En Productoras agropecuarias en América del Sur: Programa de análisis de la política del sector agropecuario frente a la mujer productora de alimentos en la Región Andina, el Cono Sur y el Caribe (Kleysen B, ed.). San José: BID/IICA, pp. 37-114.
- La Vía Campesina (2018). La agroecología solo es posible cambiando las relaciones de dominación y expropiación contra las mujeres. Disponible en <https://viacampesina.org/es/la-agroecologia-solo-es-posible-cambiando-las-relaciones-de-dominacion-y-expropiacion-contra-las-mujeres/>
- León Magdalena. 1987. La situación de la mujer rural en América Latina y el Caribe. Santiago de Chile: Ediciones ISIS Internacional de las Mujeres.
- Leroy Aurélie, Termote Camille, Carracillo Carmelina. 2016. L'agroécologie: Panacée pour les paysannes? Entraide et Fraternité / Fédération Wallonie. Disponible en https://www.entraide.be/IMG/pdf/L_agroecologie_pour_les_paysannes_web.pdf
- Lukes Steven. 2005. Power: A Radical View. Basingstoke: Palgrave Macmillan.
- Marcoty Pauline. 2017. Les rapports de genre dans l'Agroécologie: dans quelle mesure les projets d'agroecologie permettent-ils d'améliorer les rapports de genre? Le cas de SWISSAID Ecuador dans les communautés métisses et indigènes des Andes équatoriennes. Tesis de Maestría. Universidad de Liège, Bélgica.
- Prévost Héloïse, Galgani Silveira Gema, Guétât-Bernard Hélène. 2014. Il n'y aura pas d'agroécologie sans féminisme: L'expérience brésilienne. Sustentabilidade em Debate 5(2):76-85.
- Rel-Uita. 2005. Se inauguró la Ecotienda, una nueva posibilidad para los consumidores. Diario La República. 14 de noviembre 2005. Montevideo. Disponible en <http://www6.rel-uita.org/agricultura/ecotienda.htm>
- Rowlands Jo. 1997. Questioning empowerment. Working with women in Honduras. Oxford: Oxfam.
- Sandoval Forero Eduardo. 2015. Empoderamiento pacifista para otros mundos posibles. Revista de Paz y Conflictos 8(2):75-95.
- Santana Echeagaray María Eugenia, Kauffer Michel Edith, Zapata Martelo Emma. 2006. El empoderamiento de las mujeres desde una lectura feminista de la Biblia: El caso de la CODIMUJ en Chiapas Convergencia. Revista de Ciencias Sociales 13(40): 69-106.

- Stromquist Nelly. 1997. La búsqueda del empoderamiento: En qué puede contribuir el campo de la educación. En Poder y empoderamiento de las mujeres (León M, comp.). Bogotá: Universidad Nacional de Colombia / Tercer Mundo Editores, pp. 75-95.
- Townsend Janet, Zapata Emma, Mercado Marta. 1999. Women and power: Fighting patriarchies and poverty. London / New York: Zed Books.
- Townsend Janet. 2002. El poder desde dentro: ¡salir de la casa! En Las mujeres y el poder. Contra el patriarcado y la pobreza (Zapata-Martelo E, Townsend JG, Rowlands J, Alberti Manzanares P, Mercado González M. México DF: Plaza y Valdés, pp. 87-112.
- Urriola Ivonne, Mendieta Elena, Lobato Raquel. 2006. Empoderamiento y liderazgo. Guía metodológica para trabajar con grupos. Madrid: Instituto de la Juventud de España / Federación Mujeres Jóvenes.
- Valdés Ximena. 1995. Relaciones de género y transformaciones agrarias: la hacienda y la pequeña propiedad en Chile central. En Mujeres: Relaciones de género en la agricultura (Valdés X, Arteaga AM y Arteaga C, eds.). Santiago de Chile: CEDEM, pp. 95-117.

A watercolor illustration of tropical plants, featuring large, broad leaves and clusters of small flowers or fruits. The style is soft and painterly, with various shades of green and brown. The plants are arranged in a way that they appear to be growing together, with some leaves in the foreground and others in the background.

Parte II

Nuestras experiencias locales

5

Transformaciones productivas e incursión femenina en la apicultura comercial en San Francisco Suc Tuc, Hopelchén, Campeche, México

Esteban Martínez Vásquez¹; Verónica Vázquez García²; Luciana Porter-Bolland³;
Esteban Valtierra Pacheco⁴; Dolores Molina Rosales⁵; Fernando Manzo-Ramos⁶

Introducción

La milpa es un sistema de producción mesoamericano que interactúa con otros agroecosistemas más amplios, tales como la selva, de la cual depende por ser su fuente de humedad y fertilidad bajo el sistema tradicional de roza, tumba y quema. En México, la milpa es el sistema más importante para la producción de alimentos y otros bienes de consumo (forraje, medicina, combustible, material de construcción) ya que se caracteriza por su alta diversidad de especies y variedades, asociación de cultivares y convivencia con plantas y árboles silvestres de interés ecológico, económico o simbólico. En la península de Yucatán, el agroecosistema milpa llega a registrar hasta 50 especies y variedades de plantas adaptadas a las condiciones edáficas, climáticas y ecológicas locales (Terán *et al.* 1998; Toledo *et al.* 2007), destacando la triada maíz-frijol-calabaza (Linares y Bye 2011). Este sistema de manejo ha estado históricamente asociado, desde tiempos prehispánicos, con la cría y aprovechamiento de la peculiar abeja nativa sin aguijón *xunan kab* o melipona (*Melipona beecheii*). A lo largo del tiempo se desarrollaron ingeniosas estrategias para tener a las abejas cerca de los hogares o terrenos agrícolas, aprovechando la biodiversidad de la selva y de los agroecosistemas (Güemes *et al.* 2003).

1 Doctorante, Colegio de Postgraduados, México. Email: martinezveste@gmail.com

2 Autora de correspondencia. Profesora Investigadora Titular, Colegio de Postgraduados, México. Email: vvazquez@colpos.mx

3 Investigadora Titular A, Instituto de Ecología, A.C, México. Email: luciana.porter@inecol.mx

4 Profesor Investigador Adjunto, Colegio de Postgraduados, México. Email: evaltier@colpos.mx

5 Investigadora de El Colegio de la Frontera Sur, México. Email: dmolina@ecosur.mx

6 Profesor Investigador Titular, Colegio de Postgraduados, México. Email: fmanzo@colpos.mx

* Miembro del Grupo de Trabajo *Mujeres, Agroecología y Economía Solidaria* del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO).

Las políticas de modernización agrícola impulsadas desde la segunda mitad del siglo XX promovieron la adopción de tecnologías industriales y la disminución de la importancia de la milpa. Asimismo, la abeja europea (*Apis mellifera*) se introdujo en la Península de Yucatán a principios del siglo XX (Calkins 1975). En este contexto, los programas gubernamentales se fueron orientando a fortalecer la apicultura comercial (Batllori 2012; Negrín 2016), la cual se ha convertido en una actividad económica importante para los mayas (López 2014). Como resultado, la cría de abejas meliponas se vio afectada por la competencia con la europea y otros factores (huracanes, deforestación, incendios y el uso de agroquímicos) (Villanueva *et al.* 2013). Estos cambios condujeron a la reconfiguración del sistema productivo, incluyendo la división genérica del trabajo implicada en el cuidado de la milpa y la producción de miel.

El presente capítulo analiza desde la agroecología feminista estas reconfiguraciones, así como la incursión reciente de las mujeres en la actividad apícola comercial. Se argumenta que dicha incursión responde a tres factores: (1) el desplazamiento de las mujeres de la milpa con el impulso de la mecanización; (2) su experiencia previa en el manejo de la abeja melipona; y (3) su búsqueda de ingresos propios para posicionarse económica y socialmente en sus hogares y comunidades. Sin embargo, las mujeres enfrentan varias dificultades para mantenerse en la actividad apícola, entre las cuales se encuentran: (i) la falta de acceso a terrenos propios y adecuados para las colmenas; y (ii) su doble jornada de trabajo junto con la falta de acceso a la mano de obra de apoyo. Estos factores restringen el crecimiento económico de sus apiarios y es necesario atenderlos para promover la equidad de género en las muchas comunidades mayas donde la actividad apícola es la fuente de ingresos más importante.

Propuesta conceptual: la agroecología feminista

Para entender la complejidad de las adaptaciones campesinas a los cambios promovidos por el capital y el Estado es necesario contar con un enfoque capaz de analizar las relaciones entre distintos actores sociales inter-relacionados en diferentes niveles (local, nacional, global; públicos y privados) y espacios productivos. Para ello proponemos a la “agroecología feminista”, cuyos componentes analizamos en esta sección.

El término agroecología originalmente fue utilizado para explicar la aplicación de métodos ecológicos a la agricultura (Wezel *et al.* 2009). En los años setenta el concepto de agroecosistema permitió visualizar a la unidad de producción agrícola como un sistema complejo, moldeado por factores socioculturales (Janzen 1973). Por su lado, la producción campesina de subsistencia fue caracterizada como un agroecosistema que reproduce en estructura y funcionamiento a los ecosistemas naturales (Hernández 2013). Esta visión contrasta con procesos de modernización agrícola cuya finalidad es el incremento de rendimientos a partir de monocultivos con variedades comerciales genéticamente mejoradas o modificadas, la mecanización, y la aplicación de paquetes de agroquímicos (Altieri 1999).

Recientemente la agroecología ha sido clasificada en tres vertientes: disciplina científica, movimiento social y práctica alternativa de producción ante la Revolución Verde y la agricultura industrial (Altieri 2015; Wezel *et al.* 2009). En estas tres vertientes, la agroecología ha arropado demandas de distintos sectores de la sociedad: ecologistas, indígenas, campesinos/as y mujeres (Sevilla 2011; Siliprandi 2014; Wezel *et al.* 2009). Las demandas de estas últimas surgieron del reconocimiento de que el impacto de la modernización agrícola ha sido distinto para hombres y mujeres (Agarwal 2004; Leach *et al.* 2004; Rocheleau *et al.* 2004). La incursión de las mujeres en la agroecología amplió los abordajes teóricos y temas de interés para incluir saberes femeninos sobre prácticas agrícolas sustentables. Se han hecho varios llamados para aumentar la presencia de las mujeres en espacios de producción científica, así como para abanderar sus derechos al interior de movimientos campesinos.

Ello porque las mujeres rurales, especialmente, enfrentan opresión y falta de acceso a recursos para el desarrollo de sus actividades productivas, además de tener una doble jornada de trabajo debido a su carga doméstica (Lima 2017). Al día de hoy se sigue insistiendo en la necesidad de visibilizar el papel no reconocido de las mujeres en la producción de alimentos y la soberanía alimentaria, y en la importancia de atender la desigualdad de género (García y Soler 2010).

La teoría de género también se ha ido transformando para adoptar las demandas de las mujeres campesinas. Temas como las valoraciones del trabajo productivo y reproductivo, y el acceso a la toma de decisiones y a recursos de diversa índole (políticos, naturales, productivos) se fueron incorporando a la agenda feminista, ampliando así las voces que conforman al movimiento. En México se habla ya de ello en distintas vertientes, incluyendo al popular, campesino e indígena, debido al carácter distinto de las demandas originadas desde cada realidad (Espinosa 2009).

Conceptos como el de “masculinidad hegemónica”, desarrollado desde la teoría feminista, han ayudado a entender las transformaciones de los roles de género en el campo. El hombre que cumple con los preceptos de la masculinidad hegemónica es aquel cuya pareja no tiene que salir de casa para “trabajar” y actúa como “ama de casa”, situación que es vista por los varones como un signo de progreso (Vázquez 2008; 2014). Esto sucede en un contexto en el que la modernización del campo para hacerlo más “productivo” generalmente viene asociado con su masculinización. El hombre es considerado de facto el “jefe de familia”, por ende, “el productor” que recibe los apoyos gubernamentales disponibles para incrementar rendimientos e ingresos agrícolas (Boserup 1970; Porto y Mazariegos 1991; Magalhães 2009). Por el contrario, las mujeres no son reconocidas como productoras de alimentos y tienen mayores dificultades para acceder a espacios, insumos y créditos (León 2008; Dorrego 2015).

Un concepto comúnmente utilizado en la agronomía es la unidad económica familiar, entendida como el grupo de personas que comparten la vivienda y por ende, la dinámica cotidiana de la sobrevivencia. Este capítulo propone reemplazarlo con “grupo doméstico” (GD), concebido como una estructura social destinada a la (re) producción, que puede tener o no vínculos familiares, y que cuando los hay, suelen ser mucho más complejos que la familia nuclear formada por una pareja heterosexual y sus vástagos. El lente feminista busca desmenuzar los componentes del GD reconociendo que sus integrantes tienen diferentes preferencias, intereses y acceso a recursos. En este trabajo sugerimos entenderlo más bien como un espacio donde se reproducen relaciones de poder marcadas por diferencias de género (Agarwal 1999; Nazar y Zapata 2000). Por ejemplo, al interior del GD hay un acceso diferenciado a la propiedad (Vázquez 2016), al trabajo, a la toma de decisiones, a los apoyos del Estado. Los hombres “jefes de familia” acceden más fácilmente a la fuerza de trabajo de otros integrantes del GD, mientras que las mujeres “amas de casa” enfrentan mayores dificultades y deben ingeniárselas para sacar adelante sus empresas productivas (Vázquez 2008; 2014).

Con los análisis a continuación, pretendemos demostrar la importancia de analizar la pequeña producción campesina desde este enfoque para abonar a uno de los temas más importantes de la agroecología feminista que es la comprensión de las desigualdades de género en la producción, distribución y consumo de alimentos.

Estrategia metodológica

El estudio empleó una metodología mixta para comprender, a partir de información cualitativa y cuantitativa, las diferencias en el acceso a recursos, trabajo y apoyos del Estado entre mujeres y hombres. El

trabajo fue realizado en San Francisco Suc Tuc (en adelante Suc Tuc), uno de los ejidos⁷ del municipio de Hopelchén, Campeche, ubicado en el sureste mexicano (Figura 1). El municipio cuenta con una población de algo más de 40 mil habitantes (50.8% hombres y 49.2% mujeres), la mayoría de los cuales (73.9%) se considera indígena. El 38.8% de personas mayores de tres años hablan alguna lengua diferente al español, principalmente maya (INEGI 2016a). En entrevistas realizadas en fases iniciales del trabajo de campo se identificó a Suc Tuc como uno de los ejidos con mayores problemas de deforestación, pérdida de vegetación original, uso de agroquímicos y competencia por la tierra para el cuidado de los apiarios.

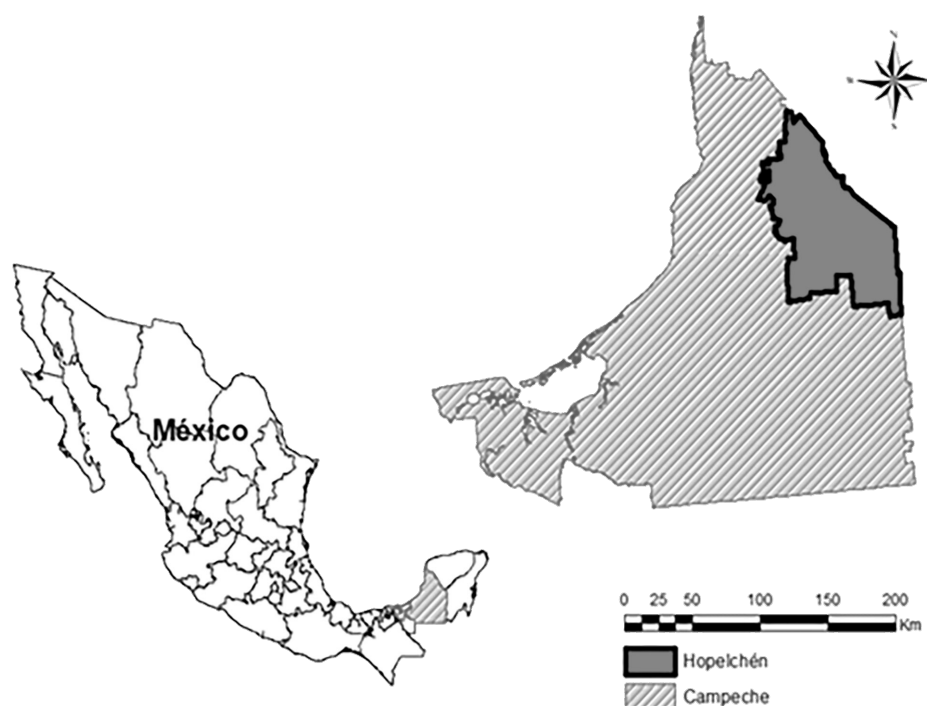


Figura 1. Localización de la zona de estudio.

Fuente: Elaborado por Esteban Martínez Vásquez con base a INEGI (2016b).

Para obtener información, inicialmente se hicieron entrevistas y recorridos exploratorios. Posteriormente se realizaron los trámites correspondientes para obtener el padrón completo de apicultoras y apicultores del ejido, el cual fue proporcionado por personal de la Secretaría de Agricultura, Ganadería, Desarrollo Rural, Pesca y Alimentación (SAGARPA). A partir de este padrón se aplicó un cuestionario a 22 hombres y 18 mujeres registrado/as en el padrón, cuya suma representa el 38% del total de apicultores/as del ejido. En un afán por visibilizar la incipiente participación femenina en una actividad tradicionalmente masculina, se hizo un esfuerzo especial por incluir a mujeres en la muestra. De manera que los 22 hombres constituyen 26% del total masculino y las 18 mujeres conforman el 100% de las apicultoras registradas. El número total de cuestionarios persigue

⁷ La Constitución de 1917 surgida de la Revolución Mexicana reconoce dos formas de propiedad social en el campo: el ejido y la comunidad agraria. Los primeros se constituyen mediante dotaciones presidenciales, mientras que las segundas responden al reconocimiento gubernamental de posesión de tierras por parte de pueblos originarios desde antes de la llegada de los españoles. Hay muchos más ejidos que comunidades agrarias en el país, porque la dotación presidencial permite mayor control estatal sobre las sociedades campesinas. Aun así, el ejido como colectivo tiene bastante autonomía en el sentido de que debe gobernarse mediante autoridades electas, que se renuevan cada cierto tiempo, y el mayor órgano de toma de decisiones es la Asamblea Ejidal donde tiene representación un integrante de cada familia con derechos agrarios, generalmente de sexo masculino.

finés comparativos, por lo que se intentó tener números similares de ambos sexos. La comparación se enfocó en las relaciones de género involucradas en la producción de maíz (mediante el sistema milpa y el mecanizado) y miel en un contexto de drásticas transformaciones productivas del sector agropecuario.

El cuestionario estuvo compuesto por 40 preguntas cerradas y 18 abiertas. Se enfocó en: (i) la participación de mujeres y hombres en la siembra de maíz (auto-subsistencia y comercial) y producción de miel; y (ii) en la problemática de cada actividad desde la mirada de ellos y ellas. Los datos del cuestionario fueron analizados con el programa SPSS 15.0.

Para profundizar en la problemática arrojada en los cuestionarios, se realizaron seis estudios de caso con tres apicultoras y tres apicultores. Estos fueron elegidos en función de su distribución territorial y la disponibilidad de las personas para acompañar al equipo de investigación en recorridos de campo. La información colectada fue sistematizada con un diario, fotografías y transcripciones de entrevistas que ayudaron a fortalecer el análisis.

También se hicieron actividades enfocadas al reconocimiento general del terreno: dos transectos hacia los extremos norte y sur del ejido; revisión de sus planos oficiales en las oficinas del Registro Agrario Nacional de la ciudad de Campeche (capital del estado); análisis de estos documentos en un taller con autoridades ejidales y ejidatarios para ubicar la zona de apiarios, el área de parcelas y cultivos, los cuerpos de agua, tipos de vegetación y los problemas de deforestación.

En el transcurso del trabajo de campo se realizaron entrevistas a profundidad (sólo preguntas abiertas) con representantes de las organizaciones: (i) Lo'ol Jabín Sociedad Cooperativa de Responsabilidad Limitada de Capital Variable (SC de RL de CV), en adelante denominado como Lo'ol Jabín, constituida por nueve apicultoras que trabajan desde 2012; y (ii) Miel Real el Panal de Suc Tuc SC de RL de CV, en adelante Miel Real, integrada por doce apicultores y cuatro apicultoras. Estas entrevistas fueron grabadas, codificadas y analizadas con el programa AtlasTi.

Revisión general de los resultados

La Tabla 1 describe las principales características del grupo de apicultoras y apicultores a los cuales se les aplicó el cuestionario. Las diferencias más importantes se concentran en la edad, grado de educación formal y tenencia de la tierra. En términos generales, las apicultoras son una década más joven que los hombres, tienen un año más de estudios por la misma razón, y no tienen acceso a la tierra. Esto último es una problemática presente en todo el campo mexicano (Vázquez 2016) que obstaculiza seriamente el reconocimiento de las mujeres como productoras de alimentos (García y Soler 2010).

Entre los resultados del cuestionario, también destaca el hecho que las mujeres mencionaron como actividad principal el hogar y los hombres la agricultura, teniendo en común a la apicultura como actividad secundaria. Por lo que queda claro que las mujeres que participan en la apicultura tienen una doble jornada de trabajo constituida por labores reproductivas (atención a las necesidades de su familia y su casa) y productivas (cuidado de los apiarios). Se puede hablar incluso de una triple jornada porque, como se verá más adelante, las mujeres también siembran milpa. Esta sobrecarga de trabajo de las mujeres debilita sus emprendimientos económicos.

Tabla 1. Características de apicultoras y apicultores

Variable	Apicultoras (n=18)	Apicultores (n=22)
Edad promedio (años)	44	54
Nivel de estudios promedio (años)	7.3	5.9
Estado civil predominante	Casada (15)	Casado (20)
Maya como primera lengua	10	16
Titular de derechos agrarios	Cónyuge (9)	Entrevistado (20)
Actividad principal	Hogar	Agricultura
Actividad secundaria	Apicultura	Apicultura

Fuente: Elaboración propia con datos colectados través cuestionario aplicado.

Entre lo local y lo global: la siembra de maíz en Suc Tuc

La Tabla 2 presenta diversas características de los dos sistemas de cultivo de maíz existentes en Suc Tuc: la milpa y “el mecanizado”. La Tabla compara a mujeres y hombres en lo que se refiere a superficie sembrada, participación en el proceso productivo y niveles de ingresos.

Tabla 2. Producción de autoconsumo y maíz comercial en Suc Tuc.

Variable	Mujeres (n=18)		Hombres (n=22)	
<i>Producción de autoconsumo</i>				
Siembra para autoconsumo	11		19	
Superficie promedio (ha)	1.4		1.3	
	10 años atrás	Ciclo 2016	10 años atrás	Ciclo 2016
Participación de mujeres en la siembra de autoconsumo	10	10	17	5
<i>Producción de maíz comercial (“mecanizado”)</i>				
Siembra de maíz para venta	7		18	
Superficie promedio (ha)	2.5		6	
Participación de mujeres en el mecanizado	5		8	
Ingreso por venta de maíz	\$20,357.14*		\$40,416.67*	

*Tipo de cambio promedio para mayo de 2017, fecha en la que se aplicó el cuestionario:
18.6 pesos mexicanos por un dólar americano.

Fuente: Elaboración propia con datos colectados través cuestionario aplicado.

La milpa es ampliamente biodiversa y conlleva la asociación de cultivos y siembra de variedades nativas de maíz (*Zea mays*)⁸ como también distintas variedades de calabaza (*Cucurbita* spp)⁹, de frijol¹⁰, chile¹¹, tomate (*Solanum lycopersicum*), camote (*Ipomea batata*), yuca (*Manihot esculenta*), cacahuete (*Arachis hypogaea*) y jícama (*Pachyrhizus erosus*). Recientemente los métodos de siembra se han modificado para hacer posible el uso de herbicidas y maquinaria, de manera que se puede hablar de un sistema híbrido o una “milpa semi-tecnificada”.

En el otro lado del espectro está la siembra de maíz “mecanizado” que incorpora, en diferentes grados, componentes tecnológicos como la maquinaria agrícola para la preparación del terreno y los fertilizantes sintéticos y herbicidas. Esta tecnificación es una respuesta a la necesidad de realizar en poco tiempo las diferentes prácticas agrícolas y atender las diversas actividades productivas. Los “mecanizados” son tierras planas, abiertas a cultivo de forma definitiva y trabajada con maquinaria en la mayoría de sus prácticas. Este modelo de producción se adoptó en Suc Tuc en la década de los setenta, incorporando el uso de maquinaria, agroquímicos y semillas mejoradas, principalmente de maíz, con el fin de incrementar los rendimientos comerciales. Debido a la insuficiente disponibilidad de tierras existentes, y a la importante presencia de la actividad apícola, el ejido optó por establecer límites a la expansión de la frontera agrícola y respetar áreas de selva para la apicultura. Esto convirtió a Suc Tuc en uno de los ejidos apícolas más importantes del municipio de Hopelchén.

Enseguida estudiamos la problemática que las mujeres enfrentan para sembrar maíz en Suc Tuc en ambos sistemas, la cual está centrada en su acceso a dos recursos clave para la producción: la tierra y el trabajo. Pretendemos demostrar la centralidad del concepto del GD como punto clave donde se recrean las desigualdades de género. Ello porque desde la perspectiva de la agroecología feminista, es indispensable visibilizar el trabajo de las mujeres junto con los obstáculos que enfrentan para ocupar espacios productivos, y empoderarse social y económicamente en sus GD y comunidades.

Falta de acceso femenino a espacios para sembrar maíz

La Tabla 2 muestra que mujeres y hombres reportan extensiones similares de siembra de maíz de auto-subsistencia. Este no es el caso del maíz “mecanizado” producido con fines comerciales, siendo un menor hectareaje promedio el de las mujeres, lo que se refleja también en sus bajos ingresos. Los varones reportan el doble de ganancias que ellas.

No es de sorprenderse que las dificultades de acceso femenino a la tierra reportadas a nivel nacional (Vázquez 2016) se manifiesten a nivel micro-social en Hopelchén. Históricamente, la titularidad se ha concentrado en los varones. Cuando las mujeres son dueñas de una propiedad, tienen que luchar contra estereotipos de género —por ejemplo, el de ama de casa— y lidiar con su sobrecarga de trabajo, ya que sus responsabilidades domésticas no pueden ser desatendidas. En este contexto, las mujeres sortean muchas más dificultades que los hombres a nivel del GD para poner a trabajar la tierra, particularmente cuando se trata de producción para el mercado, como se indica en este estudio de caso.

8 Las diferentes variedades de maíz nativo identificados son: Santa Rosa, e’ju, sac-tux, San Pableño rojo y amarillo, xnuk-nal, xmejen nal, gallito rojo y amarillo.

9 Entre las variedades de calabazas están: verde y dzolita (*Cucurbita pepo*), pepita menuda (*Cucurbita moschata*), chihua (*Cucurbita argyrosperma*).

10 Variedades de frijol en la milpa: xkolibul y tzamá (*Phaseolus vulgaris*), xpelon (*Vigna unguiculata*), ibes (*Phaseolus lunatus*).

11 Entre los chiles: caat iik y verde (*Capsicum annuum*), habanero (*Capsicum chinense*).

División genérica del trabajo en la siembra de maíz

Al preguntar sobre el trabajo de las mujeres en la milpa hace diez años y en la actualidad (Tabla 2), se obtuvieron distintas respuestas. Por un lado, según los varones, el trabajo de las mujeres ha desaparecido de la producción de autoconsumo, mientras que ellas indicaron que no han dejado de contribuir a la producción de alimentos de la milpa. Esto evidencia la realización de un trabajo no reconocido. Con la desvalorización creciente del trabajo campesino, es común que se piense que la “domesticación” de las mujeres del campo —es decir, que se queden en casa y, por ejemplo, que cocinen con gas en lugar de leña— es un signo de progreso. Estos discursos contribuyen a reafirmar el papel de proveedor de la masculinidad hegemónica desde cuyos preceptos, como se indicó arriba, la mujer no tiene que salir de casa para “trabajar” o, en otras palabras, contribuir económicamente al sustento familiar (Vázquez 2008; 2014).

Siendo por lo general los varones los titulares de la tierra, la mecanización de la agricultura implicó que el acceso a las nuevas tecnologías y el conocimiento asociado a ellas recayera en la figura masculina. Por tanto, como otros estudios han señalado, la tecnificación y mayor valoración económica de prácticas productivas viene asociada con su masculinización (Boserup 1970; Porto y Mazariegos 1991; Magalhães 2009). En este sistema las mujeres son desplazadas hacia la rebusca, que consiste en pepenar las mazorcas de maíz que no fueron procesadas por la trilladora. Al destinarse éstas al auto-consumo, se convierte en un trabajo invisibilizado, poco valorado, subsidiario dentro de un modelo económico capitalista enfocado en generar ingresos monetarios (Puleo 2015).

En los dos sistemas de siembra de maíz (milpa y mecanizado) se presenta una disminución del trabajo de las mujeres, las cuales, al verse desplazadas por las tecnologías agrícolas, despliegan estrategias para obtener ingresos desde otros espacios. Muchas de ellas fortalecieron la ganadería de traspatio a través de capacitaciones y apoyos gubernamentales y de organizaciones civiles. Otras incursionaron en la apicultura que, al ser una práctica considerada tradicionalmente masculina, ha hecho que las mujeres “naden a contra corriente”¹². A pesar de estas innovaciones, en la siguiente sección se verá que las mujeres enfrentan el mismo obstáculo de falta de acceso a espacios productivos ya reportado para el maíz comercial, al cual se suma la falta de acceso a la mano de obra. Ello porque las mujeres no son reconocidas como apicultoras y tampoco acceden fácilmente a apoyos gubernamentales (Lima 2017).

La producción de miel en Suc Tuc

En Suc Tuc la meliponicultura es una actividad en vías de desaparecer. Entre las y los encuestados, solo tres varones de entre 54 y 66 años señalaron aprovechar de alguna manera estas abejas de origen prehispánico. Sin embargo, entre los resabios de esta actividad ya en desuso, se encuentran los antecedentes que permitieron a las mujeres incursionar en la apicultura comercial con la abeja europea, ya que la meliponicultura siempre ha sido asociada con lo femenino debido a que su manejo puede hacerse desde casa y la abeja no es peligrosa porque carece de aguijón. La Tabla 3 resume las diferencias entre mujeres y hombres en torno a la práctica actual de la apicultura comercial.

12 Comunicación personal con autoridad ejidal en febrero 2016.

Tabla 3. Características del trabajo apícola de apicultores y apicultoras en Suc Tuc

Variable	Mujeres (n=18)	Hombres (n=22)
Número de apiarios (media)	1.8	4.6
Número de colmenas (media)	61	107
Responsable de atender el apiario	Entrevistada (8)	Entrevistado (21)
Periodo de mayor incorporación a la apicultura	Después de 2010 (12)	1991-2000 (8)
Ingresos por venta de miel (media)	\$45,812.11*	\$88,388.00*
% de los ingresos del GD	50.6	50.2

*Tipo de cambio promedio para mayo de 2017, fecha en la que se aplicó el cuestionario: 18.6 pesos mexicanos un dólar americano.

Fuente: Elaboración propia con datos colectados través cuestionario aplicado.

Como se mencionó anteriormente, de manera tradicional la apicultura ha sido identificada como una actividad familiar bajo el control de una figura masculina. Puede verse en la Tabla 3 que los hombres incursionaron mucho antes que las mujeres. Algunos indicaron que la han estado trabajando desde las décadas de los setenta y ochenta, aunque la mayoría se incorporó a esta actividad entre 1991 y 2010. En este último periodo influyeron dos principales factores: (1) las limitaciones en el ejido para seguir ampliando la superficie agrícola, lo que les llevó a encontrar en la producción de miel una alternativa económica y, (2) los apoyos oficiales brindados a la población en este rubro como respuesta a las afectaciones por tormentas, como Opal y Roxana en 1995, Isidore en 2002 y Dean en 2007 (Tribuna 2016).

Las mujeres siempre han estado colaborando de diferentes maneras en la producción de miel; recientemente se han hecho responsables de sus propios apiarios es reciente. La Tabla 3 muestra que la mayoría de ellas se incorporó después de 2010 como resultado de la dotación de colmenas a un grupo de 18 mujeres a través de un proyecto en el 2012 financiado por la dependencia gubernamental Desarrollo Integral de la Familia (DIF). Ello detonó que Suc Tuc tenga un porcentaje de apicultoras (17%) superior a la media en Hopelchén (11%). Cabe aclarar que inicialmente se pretendía apoyar la producción de aves de corral en traspatio; empero, a petición de las beneficiarias se cambió el proyecto hacia la producción de miel.

Falta de acceso femenino a espacios para la producción apícola

El que los varones lleven más tiempo en la apicultura, les permitió distribuirse en los mejores sitios y crecer en número de apiarios y colmenas. Por el contrario, la reciente incorporación de las mujeres las colocó en un escenario de escasez de espacios y complicaciones para seguir creciendo. Esto es claramente visible en los promedios de apiarios y colmenas manejados por mujeres (Tabla 3), por ende, en sus rendimientos. Destaca, una vez más, la titularidad de la tierra como uno de los ejes más importantes de desigualdad estructural de género en el campo mexicano (Vázquez 2016). A las mujeres no les resulta fácil establecer sus apiarios y recurren a instalarlos

en terrenos ajenos, aceptando condiciones que generalmente no son impuestas a los varones, tales como realizar limpieza de los caminos, reportar la entrada y salida a la propiedad y, cuando aplique, pagar en efectivo o en especie por la ocupación del espacio. Una vez más se constata que la falta de reconocimiento de las mujeres rurales como “productoras” dificulta el desarrollo de sus actividades agrícolas (León 2008; Dorrego 2015).

El acceso diferenciado de hombres y mujeres a la fuerza de trabajo

Según lo señalan las y los apicultores, la producción de miel y cera es una actividad redituable. Esto se debe a la baja inversión de capital por la disposición de flora silvestre, clima adecuado y, sobre todo, a la participación de mano de obra familiar no pagada en el proceso productivo (Güemes *et al.* 2003). Sin embargo, la condición de género del o la dueña de los apiarios influye directamente en el acceso a la fuerza de trabajo debido a las dos razones que exponemos a continuación.

En primer lugar, las mujeres no pueden desatender sus labores domésticas, por lo que de entrada tienen una doble jornada que dificulta su movilidad y uso del tiempo propio. Las apicultoras de Hopelchén reportaron problemas de salud, falta de tiempo por el cuidado de hijos/hijas, y no poder salir solas al campo por la lejanía en que se encuentran las colmenas, por lo que solo les destinan un día a la semana. En contraste, de los 22 apicultores encuestados únicamente uno, por discapacidad motriz, encomienda a su hijo la atención de sus apiarios.

En segundo lugar, las mujeres no son concebidas como jefas de familia o productoras —afirmación que hemos reiterado a lo largo de este trabajo— por lo que enfrentan más dificultades que los hombres para hacer que sus hijos o hijas atiendan los apiarios. Ellas más bien recurren a la estrategia de trabajo en conjunto, apoyándose mutuamente. Una vez más se constata que el rol de “productor” y “jefe de familia” en el campo permite a los hombres acceder más fácilmente a la fuerza de trabajo de su GD; mientras que las mujeres, discursivamente construidas como “amas de casa”, enfrentan mayores dificultades y deben ingeniárselas para sacar la producción (Vázquez 2008; 2014).

Bajo las circunstancias descritas, no es de sorprender el hecho de que las mujeres perciban la mitad de ingresos que los hombres. La buena noticia es que es precisamente la falta de apoyo familiar hace que las mujeres tengan control relativo sobre sus ingresos. En un contexto similar, Cristina Pocol y Molly McDonough (2015) señalan que la apicultura tiene posibilidades de promover el empoderamiento en las mujeres ya que los ingresos económicos mejoran su poder de negociación al interior de sus GD. Así lo dijo una de ellas: *“Es mucho movimiento, pero es lo que más nos ha redituado [...], para tener un papel en las casas”* (Apicultora 1, entrevistada en octubre de 2017).

Conclusiones

Este capítulo se propuso analizar las reconfiguraciones del agroecosistema milpa/miel, y cómo éstas provocaron la incursión de mujeres mayas en la actividad apícola comercial de San Francisco Suc Tuc, en Campeche, México. Para lograrlo se dividió el capítulo en dos apartados. En el primero se destacan las transformaciones del sistema milpa (producción diversificada de alimentos) y el proceso de mecanización hacia la producción comercial de maíz en monocultivo. El segundo se centra en la adopción de la apicultura comercial y las situaciones diferenciadas que enfrentan hombres y mujeres en su práctica. Esta última sección resume los principales hallazgos y reflexiona sobre ellos.

San Francisco Suc Tuc fue partícipe del proceso de modernización agrícola que impulsó el Estado desde mediados del siglo pasado. Esto implicó un uso cada vez mayor de tecnologías agrícolas para el aumento de la producción mediante la especialización, lo que llevó a una semi-tecnificación de la milpa tradicional, y a la disminución de su agrobiodiversidad y de las contribuciones de trabajo familiar. Algunas mujeres respondieron a este contexto con el desarrollo de nuevas actividades productivas como la apicultura, una práctica de control mayoritariamente masculino. La incursión de las mujeres en la apicultura las ha llevado a enfrentar diferentes dificultades asociadas al sistema de género local e institucional, que las margina y excluye de la posesión, uso y control de tierras. Además, la producción apícola no las ha deslindado de responsabilidades domésticas y de la producción de alimentos para la subsistencia. Por lo que su nueva actividad también les ha significado un incremento en su carga de trabajo, lo que a su vez implica organizar su tiempo y recurrir al trabajo colaborativo con otras apicultoras.

A diferencia de los varones, las mujeres se incorporaron tarde a la actividad apícola, encontrándose en un escenario de escasez de espacios para los apiarios. Al no ser titulares de tierras, las mujeres deben negociar para obtener en renta o préstamo algunos sitios. Esta situación vulnera su capacidad para crecer en número de apiarios y producción, lo cual se refleja en bajos ingresos; la mitad en comparación con los varones. Asimismo, las mujeres enfrentan dificultades de movilidad y tiempo para atender sus colmenas, y su condición cultural de “ama de casa” en lugar “productora” obstaculiza la colaboración de hijos o hijas en actividades apícolas, por lo que deben recurrir a la estrategia de apoyarse entre mujeres. Paradójicamente, esta misma falta de colaboración les otorga control relativo sobre sus ingresos.

Las reconfiguraciones que ha tenido la agricultura y la apicultura dan cuenta de la habilidad de distintos actores sociales para adaptarse a cambios “g/locales”. Las apicultoras, motivo del presente trabajo, han sido particularmente creativas al incursionar en una actividad guardada para los hombres. Sin embargo, las mujeres siguen enfrentando diversas dificultades para mantenerse en ella, todas marcadas por la discriminación de género en el acceso a los recursos productivos, en particular la tierra y el trabajo para el cuidado de los apiarios. El GD es clave para recrear y reproducir estas desigualdades, por lo que debe ser motivo de profundo escrutinio cuando el objetivo sea visibilizar las opresiones y exclusiones de género. Para la agroecología feminista, es importante comprender estos procesos a fin de diseñar estrategias que impulsen de manera efectiva los emprendimientos productivos de las mujeres.

Agradecimientos

Agradecemos a integrantes del Ejido de San Francisco Suc Tuc, y de las organizaciones Lo’ol Jabín y Miel Real el Panal de Suc Tuc por su colaboración en esta investigación.

Referencias

- Agarwal Bina. 1999. Negociación y relaciones de género: dentro y fuera de la unidad doméstica. *Historia Agraria* 17:13-58.
- Agarwal Bina. 2004. El debate sobre género y medio ambiente: lecciones de la India. En *Miradas al futuro. Hacia la construcción de sociedades sustentables con equidad de género* (Vázquez García V, Velázquez Gutiérrez M, eds.). Ciudad de México: PUEG/CRIM/CP, pp. 239-285.

- Altieri Miguel A. 1999. Agroecología: Bases científicas para una agricultura sustentable. Montevideo: Nordan-Comunidad.
- Altieri Miguel A. 2015. Breve reseña sobre los orígenes y evolución de la agroecología en América Latina. *Agroecología* 10(2):7-8.
- Batllore Sampedro Eduardo. 2012. Justificación técnica-científica para emitir opinión favorable a solicitudes de zonas libres de cultivos de organismos genéticamente modificados en el estado de Yucatán. Mérida, Yucatán: Secretaría de Desarrollo Urbano y Medio Ambiente, Gobierno del Estado de Yucatán.
- Boserup Ester. 1970. *Woman's role in economic development*. London: George Allen and Unwin.
- Calkins Charles. 1975. Introducción de las abejas *Apis mellifera* a la Península de Yucatán. *Apicultura en México* 5(4):13-17.
- Dorrego Carlón Ana. 2015. Construcción de la sostenibilidad en Bolivia. Propuesta agroecológica de las mujeres. *LEISA* 31(4):13-15.
- Espinosa Damián Gisela. 2009. Movimientos de mujeres indígenas y populares en México. Encuentros y desencuentros con la izquierda y el feminismo. *Laberinto* 29:9-28.
- García Rocas Irene, Soler Montiel Marta. 2010. Mujeres, agroecología y soberanía alimentaria en la comunidad Moreno Maia del Estado de Acre, Brasil. *Investigaciones Feministas* 1:43-65.
- Güemes Ricalde Francisco J, Echazarreta González Carlos, Villanueva Gutiérrez Rogel, Pat Fernández Juan Manuel, Gómez Álvarez Regino. 2003. La apicultura en la península de Yucatán. Actividad de subsistencia en un entorno globalizado. *Revista Mexicana del Caribe* 8(16):117-132.
- Hernández Xolocotzi Efraím. 2013. *Xolocotzia*. Obras de Efraím Hernández Xolocotzi. Tomo I. Texcoco: Universidad Autónoma Chapingo.
- INEGI (Instituto Nacional de Estadística y Geografía). 2016a. Panorama sociodemográfico de Campeche 2015. Aguascalientes: INEGI.
- INEGI (Instituto Nacional de Estadística y Geografía). 2016b. División política municipal 2015, 1:250000. Catálogo de metadatos geográficos. Comisión Nacional para el Conocimiento y Uso de la Biodiversidad.
- Janzen Daniel H. 1973. Tropical agroecosystems. *Science* 182(4118):1212-1219.
- Leach Melissa, Joekes Susan, Green Cathy. 2004. Las relaciones de género y el cambio ambiental. En *Miradas al futuro. Hacia la construcción de sociedades sustentables con equidad de género* (Vázquez García V, Velázquez Gutiérrez M, eds.). Ciudad de México: PUEG/CRIM/CP, pp. 289-305.
- León Magdalena. 2008. La propiedad como bisagra para la justicia de género. En *Estudios sobre cultura, género y violencia contra las mujeres* (Castro R, Casique I, eds.). Cuernavaca: UNAM, pp. 291-318.

- Lima Wesley. 2017. Sin feminismo no hay agroecología. La Vía Campesina. Disponible en <https://viacampesina.org/es/sin-feminismo-no-agroecologia/>
- Linares Edelmira, Bye Robert. 2011. ¡La milpa no es solo maíz! En Haciendo milpa. En La protección de las Semillas y la Agricultura Campesina (Álvarez-Buylla Rocas E, Carreón García A, San Vicente Tello A, eds.). Ciudad de México: UNAM/Semillas de Vida, pp. 9-12.
- López Argoytia Laura. 2014. Entre la miel y la soya... conversación con Rogel Villanueva Gutiérrez. *Ecofronteras* 18(51):34-36.
- Magalhães Reginaldo Sales. 2009. A “masculinização” da produção de leite. *Revista Economia e Sociologia Rural* 47(1):275-300.
- Nazar Beutelspacher Austreberta, Zapata Martelo Emma. 2000. Desarrollo, bienestar y género: consideraciones teóricas. *La Ventana* 11:73-118.
- Negrín Muñoz Eduardo. 2016. Mujeres mayas, abejas mayas. *GeoGraphos* 7(87):1-12.
- Pocol Cristina B, McDonough Molly. 2015. Women, Apiculture and Development: Evaluating the Impact of a Beekeeping Project on Rural Women's Livelihoods. *Bulletin UASVM Horticulture* 72(2):489-492.
- Porto Vázquez Fernando, Mazariegos Josechu V. 1991. La implicación de la mujer en la agricultura familiar: apuntes sobre el proceso de desagrarización en España. *Política y Sociedad* 9:15-28.
- Puleo Alicia. 2015. Introducción. En *Ecología y género en diálogo interdisciplinar* (Puleo A, ed.). Madrid: Plaza y Valdés Editores, pp. 9-17.
- Rocheleau Dianne, Thomas-Slayter Barbara, Wangari Esther. 2004. Género y ambiente: una perspectiva de la ecología política feminista. En *Miradas al futuro. Hacia la construcción de sociedades sustentables con equidad de género* (Vázquez García V, Velázquez Gutiérrez M, eds.). Ciudad de México: PUEG/CRIM/CP, pp. 343-371.
- Sevilla Guzmán Eduardo. 2011. Sobre los orígenes de la agroecología en el pensamiento marxista y libertario. La Paz, Bolivia: AGRUCO / CDE / NCCR, Plural Editores.
- Siliprandi Emma. 2014. Género y agroecología: los avances de las mujeres rurales brasileñas enfrentando las inequidades. En *Género, agroecología y soberanía alimentaria* (Siliprandi E, Zuluaga GP, coords.). Barcelona: Icaria Editorial, pp. 195-218.
- Terán Silvia, Rasmussen Christian H, May Cauich Olivio. 1998. Las plantas de la milpa entre los mayas: etnobotánica de las plantas cultivadas por los campesinos mayas en las milpas del noroeste de Yucatán, México. Mérida, Yucatán: Fundación Tun Ben Kin A.C.
- Toledo Manzur Víctor M, Barrera Bassols Narciso, García Frapolli Eduardo, Alarcón Chaires Pablo. 2007. Manejo y uso de la biodiversidad entre los mayas yucatecos. *Biodiversitas* 70:10-15.

- Tribuna. 2016. Nos han golpeado fuerte 5 huracanes. Tribuna Campeche, 16 septiembre 2016. Disponible en <http://tribunacampeche.com/local/2016/09/18/nos-golpeado-fuerte-5-huracanes/>
- Vázquez García Verónica. 2008. ¿Quién cosecha lo sembrado? Relaciones de género en un área natural protegida mexicana. Ciudad de México: Plaza y Valdés.
- Vázquez García Verónica. 2014. División genérica del trabajo y distribución de beneficios por género en las unidades domésticas campesinas de Mixquiahuala, Hidalgo. Cuicuilco 21(60):109-127.
- Vázquez García Verónica. 2016. Género y derechos agrarios en México. Reflexiones a más de dos décadas de la Reforma de 1992. En Transformaciones ambientales e igualdad de género en América Latina (Velázquez Gutiérrez M, Vázquez García V, De Luca Zuria A, Sosa Capistrán DM, coords.). Cuernavaca: UNAM, pp. 173-195.
- Villanueva Gutiérrez Rogel, Colli Ucán Wilberto, Tuz Novelo Margarito, Gracia María A. 2013. Recuperación de saberes y formación para el manejo y conservación de la abeja *Melipona beecheii* en la Zona Maya de Quintana Roo, México. En Stingless, bees process honey and pollen in cerumen pots (Vit P, Roubik DW, eds.). Mérida, Venezuela: Facultad de Farmacia y Bioanálisis, Universidad de Los Andes, pp. 1-8.
- Wezel Alexander, Bellon Stéphane, Doré Thierry, Francis Charles, Vallod Dominique, David Christophe. 2009. Agroecology as a science, a movement and a practice. A review. *Agronomy for Sustainable Development* 29(4):503-515.

6

Experiencias agroecológicas amazónicas protagonizadas por mujeres en el Sudeste de Pará, Brasil

María de los Ángeles Arias Guevara^{1*}

*Junto a cada esperanza hay
un cajón a la espera*

Ernest Bloch

Introducción

Estudiar experiencias agroecológicas en la Amazonía, o lo que pudieran denominarse como “agroecologías amazónicas”², es movilizar la dimensión cultural del uso del territorio³, que refiere a un proceso de apropiación a partir de los valores y saberes históricamente acumulados en la memoria colectiva. Se trata de un proceso que se actualiza en la dinámica de las prácticas cotidianas: pescar, plantar, cosechar, recolectar, producir artesanías, y medicinas, transformar alimentos, realizar sus prácticas religiosas y pedagógicas, entre muchas otras. Asimismo, sugiere, tener presente las representaciones simbólicas, los sentidos prácticos colocados en la vida colectiva, sea para obtención de una cosecha próspera o, sea para obtener productos para sus rituales de cura y protección. El

1 Doctora en Ciencias Filosóficas y Magister en Sociología por la Universidad de La Habana. Profesora Titular por la Universidad de Holguín, Cuba. Posdoctora por el Programa de Sociología de la Universidad Federal de Paraná (UFPR). Investigadora del Núcleo de Estudios de Género de la UFPR, sobre ruralidades, conflictos socio-ambientales, género, agroecología y economía solidaria. Email: ariasguevara2011@gmail.com

* Miembro del Grupo de *Trabajo Mujeres, Agroecología y Economía Solidaria* del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO).

2 Término usado por Víctor Toledo y Narciso Barrera-Bassols (2008) para caracterizar aquellas agroecologías fundadas en contextos bioculturales e históricos de los pueblos que las animan: agroecologías amazónicas, andinas, mesoamericanas, mestizas, afrodescendientes, entre otras.

3 Desde el punto de vista teórico-conceptual estamos entendiendo el territorio como el campo social de conflictos por el poder que se expresan, en el caso del Sudeste del Pará, como procesos continuos de lucha por el acceso y apropiación, desapropiación y reapropiación de ese espacio de relaciones de poder.

valor atribuido a la naturaleza, en consecuencia, envuelve necesidades y cuidado, pues en ella están los bienes necesarios para la vida y, por tanto, precisan ser preservados.

Esta perspectiva nos moviliza, hacia el uso de la dimensión ambiental y política del territorio, en tanto actores sociales, como las mujeres, luchan y resisten a la hegemonía del modelo neo-extractivista, ganadero y/o maderero depredador de los bosques; así como a las relaciones de poder desiguales a escala familiar que limitan la gestión ambiental de espacios de los que depende su sobrevivencia. Significa entonces que inscribimos — como agencias en la lucha por el territorio— a las experiencias agroecológicas en la defensa de, por ejemplo, las palmeras que hacen las mujeres quebradoras de *coco babaçu* (*Orbignya phalerata*)⁴ y en la defensa de las andirobas (*Carapa guianensis*)⁵ que realiza el Grupo de Mujeres Artesanales Recolectoras del Proyecto Asentamiento Praia Alta de Pirnheira en Nova Ipixuna.

Los conflictos socio-ambientales en el Sudeste del Pará⁶ están siendo comprendidos en este estudio como aquellos que se generan por los modelos extractivistas en suelo rural —por el agua, el suelo, los bienes de los bosques— que envuelven en sí mismos las resistencias de los actores sociales contra el proceso de destrucción de sus territorios y su modo de vida.

Las prácticas de la ganadería extensiva, del agronegocio, la minería, la explotación forestal, las grandes obras hidroeléctricas y de infraestructura vial, tienen consecuencias desastrosas para la biodiversidad en su totalidad. En esta diversidad de la vida afectada están incluidos los pueblos tradicionales indígenas y campesinos, mediante desplazamientos forzados, destrucción de sus modos y medios de vida rural, contaminación de sus fuentes de agua y el aire que respiran. Estos procesos no se dan sin que los actores sociales, entre ellos las mujeres organizadas, expresen sus resistencias en un campo de correlación de fuerzas desiguales.

Los conflictos y, con ellos, la violencia, crecen en la misma medida en que la tierra, el agua y otras riquezas del subsuelo son monetariamente valoradas y extraídas por capital transnacional. Entonces, un territorio como el que comprende el Sudeste del Pará resulta estratégico en la geopolítica mundial, y se convierte en caldo de cultivo para la reconcentración de la tierra en función de intereses globales, con la anuencia del Estado y las elites locales. Estos procesos son operados a la sombra del poder, cuyos ejemplos se encuentran siempre en las narrativas de las mujeres y de otros actores sociales involucrados, revelando sus cuestionamientos en un contexto en que cercenan sus derechos al territorio. Por ello hemos trabajado con las siguientes preguntas como cuestiones fundamentales para revelar las desigualdades de género en las relaciones con los bienes de la naturaleza: ¿cómo se relaciona esta realidad con las experiencias agroecológicas que desarrollan los grupos de mujeres? ¿por qué constituyen una cuestión feminista?

4 El *coco babaçu* es el fruto de una especie de palmera nativa del norte, nordeste y centro oeste del Brasil.

5 Árbol nativo de América del Sur, que alcanza hasta 30 metros de altura. Los conocimientos sobre la andiroba que tienen las mujeres que viven en la Amazonía data de hace más de un siglo, y fueron transmitidos de generación en generación. Ellas difunden sus propiedades medicinales, utilizada como cicatrizante, para combatir la gripe, dolores de cabeza, oído y estómago; contra garrapatas y piojos, en el tratamiento de picadas de culebras, arañas, escorpiones e insectos. Además de su uso como repelente, también se emplea en la generación de energía y biodiesel. Más reciente en el tiempo se difunde su uso en la fabricación de cosméticos como jabones y cremas hidratantes.

6 El Sudeste de Pará está conformado por 14 municipios: São Domingos do Araguaia, Bom Jesus do Tocantins, Nova Ipixuna, Canaã dos Carajás, Palestina do Pará, Marabá, São João do Araguaia, Brejo Grande do Araguaia, Curionópolis, São Geraldo do Araguaia, Itupiranga, Eldorado do Carajás, Piçarra y Parauapebas. Luego del lanzamiento del Programa *Territórios da Cidadania* en el 2008, fueron añadidos Bom Jesus do Tocantins, Brejo Grande do Araguaia, Canaã dos Carajás, Curionópolis, Palestina do Pará, Piçarra y São Geraldo do Araguaia. Este territorio abarca un espacio de aproximadamente 54.469 km², con una población estimada en más de 617 mil habitantes (IBGE 2015).

El objetivo, entonces, es analizar las experiencias agroecológicas protagonizadas por mujeres en un contexto como la Amazonía Oriental marcado por conflictos socio-ambientales, derivados del avance del capital con el apoyo de políticas neo-desarrollistas.

Abordaje metodológico y base epistémica

El estudio fue realizado durante una estancia de investigación en los años 2015 a 2016 en el Programa de Posgrado *Dinámicas Territoriales y Sociedad en la Amazonía*, de la Universidad Federal del Sur y Sudeste del Pará (UNIFESSPA). La actualización del estudio se realizó en dos visitas posteriores en el año 2017. Durante el proceso de trabajo con los siguientes grupos: Grupo de Trabajadoras Artesanales Recolectoras y el Movimiento de Mujeres Quebradoras de *Coco Babaçu*.

Ante un contexto diverso y complejo, donde las distancias ponen impronta a la investigación, surgieron interrogantes: ¿cómo seleccionar los espacios para el trabajo de campo?, ¿cuál metodología es más adecuada para los objetivos pretendidos?, ¿cómo y con quiénes podría llegar a los grupos de mujeres referenciales por su visión agroecológica?

El carácter inter-disciplinar del Programa de Posgrado fue esencial para la comprensión del contexto, porque recibe estudiantes de diferentes áreas del conocimiento llegados desde diferentes municipios y de mi participación como docente en la disciplina seminarios de investigación. También fue fundamental mi rápida interacción con la Comisión de la Pastoral de la Tierra, con los movimientos sociales y con investigadores/as en el área de agroecología.

La selección del tipo de investigación a realizar estuvo definida por mi propia trayectoria de vida como investigadora, vinculada a los estudios rurales y de género, por mi contacto con la realidad rural en varios países de América Latina, por mi procedencia social campesina y por mis opciones teóricas. A esto se añaden las imprevisibles situaciones que hube de enfrentar durante el trabajo de campo en la diversidad de los contextos y actores sociales. Por tanto, tenía conciencia de que la pesquisa dependía mucho de mí, de mi esfuerzo personal y de mi reacción ante las imprevisibles situaciones que se configuran en el día a día de la investigación.

La metodología de coleta de la información emergió de la postura etnográfica asumida durante el trabajo de campo que valorizó el contacto directo con la cotidianidad vivida por las mujeres, y el diálogo a través del cual ellas construyen una narrativa sobre sus trayectorias de vida hasta el hoy y el aquí. Se incluyó la observación de sus espacios de vida y de trabajo, y las notas en el diario de campo, a partir de las cuales fue posible reflexionar sobre las interacciones y conflictos con una realidad más amplia en la cual se insertan las mujeres. Se privilegiaron entrevistas narrativas como forma artesanal de comunicar experiencias subjetivas, teniendo en cuenta que su carácter desestructurado es una herramienta que permite comprender las experiencias y los contextos en que fueron construidas, así como los factores que producen los cambios y motivan las acciones. No se pretende con ellas la búsqueda de la verdad, pues, las narrativas no están abiertas a comprobación. Tampoco pueden ser juzgadas como verdaderas o falsas dado que, expresan un punto de vista en determinado tiempo, espacio y contexto socio-histórico (Jovchelovich y Bauer 2002) del cual emerge una historia particular que resulta de la interacción. Por tanto, todo un proceso que articula momentos largos de conversaciones que desencadenan palabras, que luego se tejen y encadenan para que sus voces no estuvieran ausentes en el texto, que como autora, debía construir.

Se realizaron, además, entrevistas grupales de carácter abierto en los propios espacios de trabajo dejando libertad de expresión, interviniendo apenas en la orientación del debate en torno a un eje central y facilitando la interacción entre las mujeres, así como la posibilidad de que todas las voces sean escuchadas en un tiempo máximo de dos horas. Las entrevistas fueron grabadas, transcritas y luego incorporadas al análisis de los resultados.

Desde el punto de vista epistémico hacemos dejación de la comprensión de agencia usado por las tradiciones del feminismo y del pensamiento sociológico occidental, para asumir la que emerge de los “feminismos del Sur” y “feminismos decoloniales”. Desde estos, la agencia es analizada más en términos de inter-subjetividad e inter-dependencia, permitiendo entender las variaciones en las posiciones mediadas por la “inter-cepacionalidad”, las cuales imprimen factores como la clase, el género, lo racial, lo étnico y lo generacional. Por tanto, la agencia es entendida “*como una capacidad para la acción propiciada por relaciones de subordinación específicas*” (Mahmood 2006, p.133), que crea modos efectivos y diversos de resistencia contenidas en las prácticas sociales y en el mundo simbólico de los grupos de mujeres estudiadas. Por otra parte, el concepto de “experiencia” ha sido central para el feminismo al dar significación política a lo personal, a la cotidianidad de las relaciones sociales que marca la vida vivida por las mujeres en lo individual y lo colectivo. Es así que es utilizada en el sentido que le atribuye Avtar Brah (2011) como un proceso de significación, una práctica de dar sentido tanto simbólica como narrativamente, donde se correlacionan las condiciones materiales y el significado atribuido.

Tanto en la propuesta que nace desde los feminismos del Sur como desde la agroecología, se valoran los saberes localmente situados y eso justifica la perspectiva que sigue este artículo. La agroecología tiene carácter polisémico, su desarrollo teórico viene conformando un área transdisciplinar, como saberes que dialogan con otros saberes. De un área de conocimiento vinculada inicialmente a la agronomía y la ecología, fue abarcando cada vez más las ciencias sociales en una perspectiva de ecología política o de “ecología popular” (Martínez Alier y Guha 1997). Entre los autores más reconocidos en su conceptualización está Miguel Altieri (2009) quien la define como “*ciencia que aplica conceptos y principios ecológicos en el proceso de creación y viabilización de ecosistemas agrícolas sustentables*” (p. 103). Por ello, más que una disciplina, la agroecología viene siendo definida como enfoque integrador de conocimientos en los que se incluyen los aportes del movimiento ambientalista, del análisis de agroecosistemas indígenas y de los estudios sobre el desarrollo rural (Hecht 1999).

De este modo la agroecología permite emerger a sus históricos protagonistas —agricultores/as, campesino/as e indígenas— hecho que, siguiendo a Emma Siliprandi (2013), ha sido una de sus principales innovaciones epistemológicas. Los estudios sobre género, desarrollo rural y medioambiente —a partir de la crítica del desigual acceso de las mujeres a la tierra y a otros bienes, así como el análisis sobre su papel en la reproducción social de la vida— comenzaron a develar que, históricamente, las mujeres han practicado la agroecología. Además, que su práctica agroecológica está vinculada al cuidado, a la reproducción social de la vida y a una economía cuya importancia quedó invisibilizada en la reproducción del capital, dado que una economía basada en valores del patriarcado y del mercado capitalista “*pasa por alto el valor económico de las economías vitales que son necesarias para la supervivencia humana y ecológica: la economía de la naturaleza y la economía del sustento*” (Shiva y Mies 2013, p.19).

Para estudiar la experiencia de las mujeres en el Sudeste de Pará nos auxiliamos de la categoría analítica “género” aportada por el feminismo, con el fin de entender su condición y posición en el marco de las desigualdades existente, y las fisuras que producen las prácticas que como mujeres desempeñan. Asimismo,

la perspectiva que relaciona género, medio ambiente y desarrollo, permite considerar las dinámicas de las desigualdades sociales como factores determinantes en el deterioro de los recursos naturales. Desde la misma se considera las mediaciones socio-culturales que permean la relación sociedad-naturaleza, que a su vez dependen de relaciones económicas, culturales y políticas que operan en varios niveles, desde la unidad doméstica hasta la comunidad y el territorio amplio, para los que hay tener en cuenta los diversos factores de diferenciación social.

Comprender dichas mediaciones y relaciones es imprescindible para identificar cómo las mujeres interactúan con el uso, manejo y control de recursos naturales. Por ejemplo, los conocimientos que las mujeres amazónicas tienen sobre el bosque, las plantas medicinales, sobre la agregación de valor a productos naturales, las maneras de organizarse, perfilan nuevas formas de relaciones apoyadas en la solidaridad y la interacción social que las empoderan, en un poder que emana desde abajo y es ejercido por ellas desde lo cotidiano.

Para los objetivos de la investigación resulta adecuada la concepción de “ecología política feminista” propuesta por Dianne Rocheleau (1995), en tanto que reconoce que el uso y control de los recursos están mediados por relaciones de poder, y cómo se generan y desarrollan los intereses de los actores sociales en torno al ambiente natural. Los criterios anteriores son significativos para evaluar cómo los patrones culturales en el uso y gestión de los recursos del bosque amazónico colocan en riesgo la sustentabilidad de los grupos estudiados, pues se erigen sobre bienes naturales que el bosque les aporta. Aquí se debe indicar que los factores responsables de las presiones sobre el medio ambiente en la Amazonía brasileña van mucho más allá de la escala micro-local, sino se conectan con el dominio del capital transnacional globalizado. En este análisis se hará referencia únicamente a lo local.

El Sudeste del Pará como territorio de conflictos socio-ambientales y experiencias agroecológicas

Un análisis de los conflictos socio-ambientales en el Sudeste del Pará, nos remite a un pasado reciente, cuando se inicia la incorporación de la Amazonía oriental a los mega-proyectos nacionales para la modernización capitalista del Brasil en el marco de la dictadura militar. Con las acciones de una política desarrollista para la Amazonía, crecieron los desplazamientos y las disputas por la tierra, así como los impactos ambientales. Un análisis de estos procesos pueden encontrarse en Jean Hébert (2004), quien señala que la apertura de importantes vías de comunicación (por ejemplo, la Transamazónica y otras como la PA-070 y PA-150), la construcción de la Hidroeléctrica de Tucuruí, el Programa Gran Carajás, las políticas de colonización y el estímulo a la entrada del grande capital a través de la concesión de incentivos fiscales para actividades agropecuarias, de explotación minera y maderera, fueron centro de una política que tendría impactos irreparables en los ecosistemas amazónicos con una modificación total del paisaje⁷.

Todo ello indica que la tierra, el agua, los bienes forestales y minerales están en el centro de un conflicto histórico desde la época de los castañales⁸, marcado por el desigual acceso a los recursos. La expansión capitalista en el territorio ocurre en un escenario de lucha de clases. unas veces abierta y otras veladas entre, por un lado, los

7 En la actualidad, exceptuando las Unidades de Conservación existentes en Parauapebas, Marabá, Canaã dos Carajás e Itupiranga, todos los municipios del Sudeste de Pará poseen más de 60% de sus áreas desforestadas, llegando a un total acumulado del 90% (Plano Territorial de Desenvolvimento rural sustentável do Sudeste Paraense 2010, p. 61).

8 Se refiere al bosque de Castanhas que poblaba la Amazonía Oriental y que comenzó a ser explotada indiscriminadamente en la segunda mitad del siglo XX. La castaña es un árbol típico de la Amazonía que puede medir hasta 50 metros. Su nombre científico es *Bertholletia excelsa* y conocida nacionalmente como *Castanha do Pará*. Su fruto es usado con fines medicinales, cosméticos y alimenticios, también la madera es altamente cotizada. Es el árbol símbolo del sudeste del Estado de Pará.

grupos de poder y los órganos represivos del Estado formando un bloque y, por otro, las más variadas expresiones de resistencia ofrecida por el campesinado, los pueblos tradicionales e indígenas y las mujeres, organizados en movimientos sociales. Una de sus máximas expresiones es el crecimiento del número de asentamientos, campamentos y ocupaciones, denominada por Bernardo Mançano (1999) como de “territorialización de la lucha por la tierra”. La histórica herida abierta en la Amazonía agudiza los conflictos por la tierra y el territorio, por lo que la devastación y apropiación de los bienes de la naturaleza son cada vez mayores y marcan el futuro de ese espacio. Se opera así, un verdadero proceso de recolonización que desposesiona, desplaza, despoja y desterritorializa, dejando una huella de violencia y de muerte⁹.

En el marco de la lucha por la tierra y el territorio podemos colocar al primer grupo estudiado: Grupo de Trabajadoras Artesanales Recolectoras, en el espacio del Proyecto de Asentamiento Agro-extractivista Praia de Piranhiera, a 50 km de la cabecera municipal, Nova Ipixuna. Entre los propósitos del asentamiento estaba la articulación de actividades de recolección con actividades agrícolas y pecuarias; sin embargo, la asunción del modelo productivo hegemónico por cada vez un mayor número de productores pone en peligro la sostenibilidad de los agroecosistemas y también la actividad económica del grupo de mujeres objeto de estudio.

Ante las desigualdades existentes, con trayectorias de vida marcadas por la pobreza, la marginalidad y la exclusión social, un grupo de mujeres diseñó estrategias de acción colectiva y de gestión de los bosques, desde donde se recrea el enfrentamiento al modelo ganadero extensivo promocionado por los patrones de desarrollo en el territorio. Analizar ese proceso me llevó a la escucha de narrativas de las que emerge el drama histórico de una vida en movimiento, de llegadas y salidas, de violencias, de enfermedades y de muertes; pero también de agencias en defensa de los bosques, de sus huertos, de su trabajo colectivo y de sus conquistas.

Actividades tradicionales relacionadas con la gestión del agua, plantas medicinales, huerta, crianza y cuidado de animales domésticos, que traen consigo un cúmulo de saberes sobre los bienes de los bosques y su transformación, fueron premisas para la organización colectiva del grupo. Ellas son catadoras de castaña de Pará y de andiroba, además de procesadoras de asaí (*Euterpe oleracea*)¹⁰. Desde la infancia vieron a sus abuelas y madres extraer el aceite de la andiroba y la castaña. Por su perfil conforman un grupo heterogéneo entre 19 y más de 60 años, negras y mestizas, llegadas de todas partes, y poco escolarizadas con cuatro hijos/as como promedio.

“*El grupo nació de la lucha*”, fueron las primeras palabras primeras su coordinadora. Fue un proceso que se gestó desde el año 2006, anclado en los saberes tradicionales sobre la práctica de agregar valor a productos extraídos de los bosques. La economía de subsistencia durante los primeros tiempos en el asentamiento era insuficiente para el sustento de las familias, eso hizo que una parte de sus miembros decidiera generar otras formas de ingresos dentro y fuera del espacio del mismo.

Los aprendizajes nacidos de la experiencia en el espacio de cuidado y reproducción de la vida hicieron posible la cristalización del Grupo de Trabalhadoras Artesanais Extrativistas. Esta contó con apoyo de La Pastoral de la Tierra, el Sindicato de Trabajadores Rurales y de la Universidad Federal de Pará. Esta última institución fue fundamental en la gestación del proyecto, en la capacitación, en la investigación y en el control de la calidad del aceite que extraen de andiroba. El diagnóstico participativo con las 15 mujeres

9 Si queremos dar una mirada a las estadísticas sobre los conflictos en el campo una fuente imprescindible son los informes anuales realizados por la Comisión Pastoral de la Tierra. Del informe de 2017 es posible inferir que el Sudeste del Pará acumuló el 67.6% de los conflictos por la tierra y por el agua ocurridos en todo el estado (Comissão Pastoral Da Terra 2017).

10 Palmera nativa de la Amazonía. Su fruto tiene valor nutritivo y es consumido en todo Brasil. Constituye un alimento básico de las poblaciones amazónicas mezclando su pulpa con harina de yuca.

que inicialmente conformaron el grupo mostró saberes, intereses y el descubrimiento de potencialidades en conocimientos tradicionales y en los recursos con los que contaba cada lote de tierra que había recibido cada familia asentada (en cuya propiedad constaba también su nombre). Luego de varias capacitaciones, las mujeres determinaron que anclarían sus producciones sobre los bienes forestales como la castaña, el asaí y la andiroba, sin menospreciar otros como el buriti o aguaje en otros países (*Mauritia flexuosa*)¹¹, cacao (*Theobroma cacao*)¹², cupuazú (*Theobroma grandiflorum*)¹³, jatoba (*Hymenaea courbaril*)¹⁴, ipé o lapacho (*Handroanthus albus*)¹⁵ y maçaranduba o níspero (*Manilkara huberi*)¹⁶. Empero, su pilar está en los derivados del fruto de andiroba por sus propiedades cosmetológicas.

Cada mujer en su espacio familiar colecta y produce el aceite de forma individual, luego aportan en cantidades iguales para producir y comercializar de forma colectiva. Asimismo, se decide también en colectivo qué cantidad de dinero se distribuye y quién queda en el fondo de inversiones. Fue la capacitación impartida por especialistas de la universidad lo que les permitió introducir cambios en la tecnología para mejorar la calidad del aceite y conocer de los principios de gestión solidaria.

Luego de las capacitaciones, ellas aplicaron una nueva tecnología para elevar la calidad del aceite de andiroba, haciéndolo más transparente. Este constituye un proceso de experimentación compartida con las otras mujeres del grupo, dinamizado por la retroalimentación entre viejos y nuevos saberes que refieren el antes y el después. *“La experiencia con el aceite es una práctica que conocí siendo una niña porque mi madre extraía el aceite de andiroba y babaçu. Desde 2006 cuando comencé a extraer el aceite, fui observando cómo podría hacer algunos cambios con base en el proceso de aprendizaje”* (coordinadora del grupo, septiembre 2015).

La decisión de conformar el grupo productivo enfrentaría, directa e indirectamente, a las mujeres con sus esposos en cada unidad doméstica dado el marcado interés que ellos tienen en la producción pecuaria, y que en muchas oportunidades están vinculados a los traficantes de madera y de carbón. Muchas de las mujeres muestran que la resistencia comienza en sus casas ante las decisiones de sus esposos de sustituir el bosque por pasto para el ganado. Es el caso de una mujer de 60 años, llegada del Estado de Maranhão en 1975 y madre de 16 hijos —quien confiesa que aprendió a leer y a escribir hace muy poco tiempo, y que sentía la agonía de no saber firmar un documento— menciona que *“del 80% cubierto de bosque que teníamos, hoy nos queda solo un 20%, esto es un desastre para los que vivimos de esto”*. Ahora, ella logró un espacio completo para la producción de andiroba, luego de discusiones dentro su familia.

11 Fruto de palmera típicamente brasileña conocida popularmente como *coqueiro-buriti*. Llega a alcanzar hasta 36 metros de altura. Su pulpa se usa en la alimentación y su aceite tiene propiedades cicatrizantes.

12 Nativo de la Amazonía alcanza hasta 6 metros de altura. Tiene múltiples usos desde la alimentación hasta la cosmética.

13 Fruto de árbol nativo de la Amazonía que alcanza una altura de 20 metros. La pulpa del fruto es ampliamente utilizada en la confitería a escala industrial.

14 Crece entre 15 y 20 metros. La pulpa de su fruto es consumido naturalmente. Su madera es valorizada por lo resistente, la resina, hojas y semillas son utilizadas en la medicina popular.

15 Es un árbol maderable y ornamental con propiedades medicinales.

16 Árbol nativo de la región amazónica de Brasil, de 40 a 50 metros de altura. Su fruto es usado en la alimentación, su corteza en la artesanía y su látex con fines cosméticos y medicinales.

También las mujeres se enfrentan a la presión continua de latifundistas locales por la compra de los lotes familiares. Ello genera múltiples y profundos conflictos socio-ambientales, que llegan incluso al asesinato de quienes defienden los bosques amazónicos¹⁷. *“Las presiones de los latifundistas son moneda corriente, es angustiante guardar silencio, pero es mejor seguir. El latifundista que mandó a matar compró tres lotes del asentamiento [...] Todo el tiempo recibimos presiones de los latifundistas y todo el tiempo recibimos presiones cuando se compran lotes...”* (coordinadora del Grupo de Trabajadoras Artesanales Recolectoras, septiembre 2015). Al entrevistar a la coordinadora sobre los desafíos a la sostenibilidad del grupo de mujeres y la actividad de extracción de aceite, dado el avance de la deforestación, ella explica: *“Los mismos dueños están deforestando. El mayor agravante es la carbonería. Los bosques están disminuyendo, se está sustituyendo al bosque por yerba, nosotros no aceptamos eso, pero los créditos estimulan la cría de ganado”*.

Una de las cuestiones más problematizadas a nivel de grupo es cómo preservar el bosque y si este es económicamente sostenible. Ellas discuten sobre viveros de andiroba, cupuazú, lapacho, asaí y castaña, y para ello articulan acciones con la escuela del asentamiento. Otra de las entrevistadas se refirió al significado de la participación en el grupo productivo. Para ella, cuyo nombre simulado es Doña Né, indica: *“El grupo es confianza. Más allá del dinero que repartimos, tenemos que tener un fondo que nos sirva de garantía. Aun cuando algún mes fue posible repartir [la ganancia], después de discutir qué hacer, qué materiales nos faltaban, qué materiales precisábamos para trabajar”* (Doña Né, diciembre 2015).

Para Dalvina, mujer negra de más de 50 años, la participación en el grupo resignifica su vida: *“Para mí es importante porque el pueblo nos valora y nuestros hijos también. Antes las mujeres no podíamos hablar [...] hoy la cosa está mejorando para nosotras, las mujeres”* (Dalvina, noviembre, 2015). Otra de las entrevistadas fue Antonia, una joven de unos 30 años, quien se vio obligada a vender su parte de terreno para escapar de la violencia a la que era sometida por su marido, describe lo que para ella es el grupo: *“Significó un importante avance, que mostró la organización y la solidaridad, que nos cambió como mujeres, que nos permitió soñar [...] Todavía tenemos mucho por conquistar, necesitamos el apoyo de políticas públicas”* (Antonia, noviembre 2015).

En esta y otras narrativas se observa que se habla en plural, de “nosotras” las mujeres, como identidad social construida en la solidaridad de las prácticas cotidianas, generada a partir de un sentido colectivo de pertenencia, donde la subjetividad hace dejación del “Yo” para transformarse en “Nosotras”. Muestra, por tanto, que las relaciones de solidaridad nacidas de su agencia van más allá de las contempladas para la obtención de renta. Es así que tienen carácter político al transformar a las mujeres en protagonistas de sus propias vidas. Desde esta dinámica, las mujeres del Grupo construyen, a partir del cuidado, otras formas de relacionarse con el ambiente, entre ellas y las demás personas, lo que reconfigura sus propias trayectorias.

Siguiendo a Paul Singer (2002), los principios de una economía apoyada en la solidaridad van más allá del valor de cambio otorgado por el mercado. Con base a ello, este grupo de mujeres —cuya visión agroecológica se define por la manutención sustentable de los bosques, por el cuidado de la salud familiar de sí mismo/a y de los otros/as a partir de una alimentación derivada fundamentalmente por lo que producen— reconoce al Grupo como fuerza para enfrentar lo cotidiano familiar y la vida en el entorno. A pesar de las dificultades que

17 Luego de asesinato de María do Espírito Santo Silva y de su esposo en 2013, quienes fueron defensores del bosque amazónico, el Grupo de Trabajadoras Artesanales Extractivistas sintió un reflujo, hubo un impase, reduciéndose su número a ocho mujeres. El acontecimiento marca todas las narrativas e imprime sentidos diferentes al de ahora. María se convirtió en un símbolo de lucha ambientalista en defensa de la Amazonía. Desde su sentir resumido en *“mi relación con el bosque me completa”* era su identidad campesina, relacionada al asentamiento que convirtió en su espacio de lucha contra traficantes de madera y latifundistas.

aún confrontan, cuentan con un espacio colectivo, que no solo es lugar de producción, de reunión, de toma de decisiones; sino también tiene un valor simbólico como espacio conquistado, como lugar de encuentro, de formación y de confesiones, de escucha, de risas y de llantos. Allí ellas se superan a sí mismas, encuentran el alivio del diálogo y la solidaridad frente a las violencias patriarcales, construyen su utopía colectiva. También discuten sobre la plantación de árboles de los que depende su materia prima, de la organización de sus huertos agroecológicos, de cómo experimentar nuevas producciones, y de la necesidad de crecer en número.

Las narrativas expresan la situación de las mujeres en un contexto de desigualdades estructurales mediadas por múltiples relaciones de poder. También dan voz a sus vivencias cotidianas, sus dobles y triples jornadas, sus silencios ante la violencia familiar y las negativas que impone aún la dominación patriarcal a su movilidad espacial, las cuales solo son conversadas en lo íntimo, allí, entre la incertidumbre y la trama con las que se teje el paño de solidaridad. El grupo es así, un lugar que resignifica sus vidas más allá de la pequeña renta que obtienen, sin dejar de considerar la importancia de los ingresos monetarios en su autonomía y toma de decisiones.

Experiencia de las mujeres quebradoras de *coco babaçu* en el Sudeste de Pará

En el Estado de Pará, el contexto específico de las luchas de las mujeres de comunidades tradicionales que se identifican como “Quebradoras de coco babaçu”¹⁸, el cual abarca espacios rurales ubicados en el valle del río Tocantins cuya área de *babuçuais*¹⁹ comprende unas 290 mil hectáreas de tierra, principalmente de los municipios San Domingo do Uruguaia, Palestina, Brejo Grande, y San Juan do Uruguaia. La conocida Región Ecológica do Babaçu abarca, siguiendo a Almeida (1995), un área aproximada de 18.5 millones de hectáreas pertenecientes a los estados de Maranhão, Pará, Piauí, Tocantins, Goiás y Mato Grosso²⁰.

Las mujeres que por generaciones han alimentado a sus familias de la renta que emerge de la recolección del *coco babaçu*, son mujeres en condición de pobreza, cuerpos negros en más de un 90%, sub-escolarizadas, pertenecientes a varias generaciones, marcadas por la violencia patriarcal y del colonialismo interno, y por la expansión del capitalismo transnacional encarnado en el agronegocio y la explotación mineral que les priva de la fuente de sustento familiar: los *cocos babaçu*. Esta fuente de sobrevivencia se ve amenazada por la devastación de las palmeras para el establecimiento de pastos para el ganado, sea por el corte o por el envenenamiento de los árboles. Otra situación más reciente es el arrendamiento de los *babuçuais* por sus dueños —los ganaderos— para la extracción del coco entero usado en la fabricación del carbón, el cual alimenta el parque industrial de la ciudad de Marabá y de otras industrias ubicadas en el estado de Maranhão.

Las demandas de carbón para la fundición del hierro son satisfechas a costa de la devastación de los bosques amazónicos. En la actualidad la legislación ambiental establece límites, es por ello, que las empresas convierten al *coco babaçu* en materia prima estratégica para alimentar sus siderurgias. Ello se convierte en una cuestión que tensiona la existencia de formas culturales específicas de relacionarse con la naturaleza, como la de las mujeres quebradoras del coco, afectando su reproducción social de grupo.

Desde una mirada integral, al igual que en otros estados del norte-nordeste de Brasil, en el sudeste del Pará, los *babuçuais* son más que una configuración esencial del paisaje. Ellos conforman el circuito económico

18 El trabajo de ruptura de la cáscara gruesa del fruto es realizado tradicionalmente por mujeres, por ello se las identifica como “quebradoras de coco babaçu”. El aprovechamiento de la palmera es integral, desde las pencas hasta su fruto, y en muchos municipios constituye la principal fuente de renta de familias rurales.

19 Espacio cubierto de palmeras de coco babaçu.

20 Disponible en <http://novacartografiasocial.com.br/download/mapa-nova-cartografia-social-dos-babacuais/>

de subsistencia que puede llegar hasta el 80% de la renta familiar, cuyo trabajo es realizado por las mujeres quebradoras de *coco babaçu*. Los *babuçuais* marcan la historia, los rituales, las subjetividades, la experiencia y agencia de estas mujeres, que generación tras generación relacionan sus prácticas sociales con este fruto.

Los *babuçuais* pueden ser considerados territorios simbólicamente contruidos. Ello a partir de prácticas sociales que conforman contextos particulares de relación entre las mujeres con el ecosistema que las sustenta y da sentido a su modo de vida, desde los cuales su experiencia y agencia es narrada.

Hoy estos territorios constituyen espacios de confrontación entre modelos económicos, en el que las mujeres son las protagonistas que dilatan el presente, porque defienden una tradición cultural que viene del pasado para asegurar su futuro. De espacios de vida y trabajo de las mujeres quebradoras de *coco babaçu* y de otros pueblos tradicionales —como riberiños, indígenas y afrodescendientes— son un blanco más en la estrategia global que sigue el capital transnacionalizado, dirigida por la mercantilización de los “bienes comunes de la naturaleza”, la “re-primarización” de la economía y el despojo de las poblaciones locales; lo que ha sido denominado “acumulación por desposesión” (Harvey 2005). Este proceso implica la implementación de mecanismos que dan legalidad al despojo, los cuales incluyen la creación de áreas de reserva ambiental que expulsa a pueblos originarios de sus territorios, concesiones a empresas transnacionales, aprobación de nuevas políticas e instrumentos jurídicos de apoyo a la desposesión, paralización de la reforma agraria, el uso de la violencia estatal, y la judicialización y criminalización de los movimientos sociales en resistencia, entre otras, orientadas a concretar el despojo. Como acto de des-territorialización, el despojo atraviesa los cuerpos y las subjetividades, trastoca identidades, destruye los modos y fuentes de vida así como las maneras históricas de relacionamiento de las poblaciones tradicionales con la naturaleza.

Como una problemática paralela, está la minería. Se ha comprobado que en el sudeste del Estado de Pará esta actividad afecta la vida de más de un millón de personas en 26 municipios provocando muertes, perjudicando la sociabilidad de las comunidades (Coelho 2015), y contaminando el aire y el agua. Otra cuestión relacionada, es el control que la minera Vale S.A. ejerce sobre poblaciones enteras. Esta empresa ejerce una especie de “bio-poder” que articula alianzas entre el latifundio, el poder policial y el judicial.

La lógica depredadora de la territorialización del capital acciona variables de una visión en la que lo humano y no humano son considerados objeto de dominación. Como resultado, se sacrifican los mundos de vida tradicional y el relacionamiento con la naturaleza, y la naturaleza misma, es visto como espacio mercantilizado. Basta citar, siguiendo a María Orlanda Pinassi y Raimundo Gomes (2015) que luego de cuatro décadas de explotación mineral, el resultado del llamado “desarrollo” de la Amazonía Oriental no podría ser peor: “*Más de un millón de hectáreas de castañales destruidos, [...] bosques quemados para siembra de pasto, ríos y manantiales contaminados. Centenares de productores rurales, indígenas, representantes de movimientos y de la iglesia amenazados y asesinados*” (p. 39).

Siendo los *babuçuais* un regalo de la naturaleza, no pertenecen entonces al propietario de la tierra, ni al capital transnacionalizado; sino, son espacios de simbiosis entre los pueblos tradicionales y la naturaleza, entre las mujeres que quiebran el coco y sus palmeras. En la actualidad, son espacios de lucha por derechos históricamente negados, y reivindicaciones cimentadas en la experiencia y expresadas en su agencia.

La visión ecofeminista de Vandana Shiva y María Mies (2013) ayuda a comprender los impactos del capital en la opresión de las mujeres y los vínculos conceptuales entre la dominación de ellas y la naturaleza.

Esta cuestión esta develada al analizar el vínculo histórico entre la violencia contra las mujeres y la violencia contra la naturaleza: *“Hemos recalado una y otra vez que la violación de la Tierra y la violación de las mujeres están estrechamente relacionadas: tanto desde el punto de vista metafórico, al determinar cosmovisiones, como material, al determinar la vida cotidiana de las mujeres. La mayor vulnerabilidad económica de las mujeres las vuelve más inermes ante toda forma de violencia, incluida la agresión sexual”* (p. 21).

Las narrativas de las quebradoras se remontan a la denominada por ellas como “tiempo de coco preso”, expresión nativa usada para referirse al tiempo en que se veían privadas del *coco babaçu*. En esas épocas, los propietarios de la tierra prohibían la entrada a los *babuçuais*, o —si la permitían— exigían trabajos bajo la condición de entregar la mitad de la recolecta o el cambio de las almendras recolectadas por alimentos, además, que derrumbaban las palmeras.

La violencia emprendida tomó el cuerpo de las mujeres como espacio objeto de dominación. Las amenazas de muerte, los asesinatos, golpizas y violaciones llevó a las mujeres a organizarse, primero en sindicatos rurales y luego en movimientos sociales²¹. Esto implicó una lucha por el libre acceso a *babuçuais*, por la defensa de su territorio simbólico, por su cultura recolectora. Sobre este asunto una de las militantes del movimiento narra lo siguiente: *“Las mujeres comenzamos a participar de los sindicatos rurales, descubrimos que dentro de los sindicatos, nuestros problemas eran colocados como informe. Cuando estaban terminando la reunión decían las mujeres tienen un informe. Ahí la gente no tenía oportunidades de desenvolverse dentro del sindicato. Ahí las mujeres de diferentes estados, Maranhão, Piauí, Tocantins, comenzamos a problematizar la situación. Teníamos una actividad común que era quebrar coco. El período en que el marido estaba en la rosa, la mujer sustentaba la casa quebrando coco. Nosotras somos sindicalizadas, mas queríamos discutir nuestra situación [de manera] separada de los hombres. [Entonces] creamos un grupo, luego se tornó una asociación, [e] ingresamos en 1998. Nosotras éramos cuatro grupos en San Juan do Uruguia, [y] hacíamos discusiones. Hoy somos ocho grupos”* (Cleudinelsa, diciembre 2016).

Desde las prácticas cotidianas se recrea el mundo simbólico de las quebradoras de *coco babaçu*, que envuelve la recolección y quiebra del coco, la elaboración de carbón, y la producción de aceite, entre otras actividades. Se quiebra coco con un hacha pequeña que llaman machado, sentadas en círculo —una especie de relación horizontal, cara a cara— con las piernas abiertas, ritual acompañado de cantos (Imagen 1). Cantar es un ritual que acompaña el trabajo colectivo, tiene múltiples sentidos: *“Cuando salimos de casa dejamos la tristeza, nosotras, cantamos para no llorar”* (Blanca, septiembre 2016). Emociones que salen del dolor, del sufrimiento humano, de la violencia doméstica que buscan en el colectivo las redes de apoyo. Estos cantos también expresan una modalidad de agencia que contienen sueños, deseos, emociones, exigencias. Por ejemplo, la canción *Xote das quebradeiras de coco*²² cuyo contenido está dirigido a la preservación de las palmeras, a la exigencia del cumplimiento de la Ley de Babaçu Libre²³, y al reconocimiento de las palmeras como proveedoras de fuente de alimentación, de reproducción de la vida y de renta familiar.

21 Uno de los movimientos sociales fue el Movimiento Interestadual de Quebradoras de Coco Babaçu (MIQCB) creado en 1995, luego de un largo proceso de problematización de sus realidades, de organización y articulación de grupos existentes.

22 *Xote das quebradeiras de coco* es una suerte de himno, para entender la profundidad su letra puede ser leída en <http://lyricstranslate.com/pt-br/cantos-de-trabalho-xote-das-quebradeiras-de-coco-lyrics.html>

23 Ley 231/2007. Ley de Babaçu Libre (Cámara Legislativa de Brasil 2007) prohíbe el derrivar las palmeras de babaçu en los Estados de Maranhão, Piauí, Tocantins, Pará, Goiás e Mato Grosso, e cria regras para a exploração da espécie y crea las reglas para la recolección de la especie. Mayor información disponible en <http://www2.camara.leg.br/atividade-legislativa/comissoes/comissoes-permanentes/cmads/documentos/2007-08-09-comissao-aprova-lei-do-babacu-livre>



Imagem 1. Quebradoras de coco babaçu.

Fotógrafa: Rita de Cássia Pereira da Costa (2013).

Perturban este análisis los conceptos tradicionales que separan cultura y naturaleza, y que consideran a la naturaleza como objeto a ser dominado y saqueado. Siguiendo el término “la razón indolente” usado por Boaventura Santos (2003) para caracterizar al paradigma científico de la modernidad, como investigadora busco los sentidos que dan las quebradoras de coco (mis protagonistas) a sus palmeras. Entonces, encuentro otra matriz ontológica²⁴ en las relaciones y representaciones que con y sobre las palmeras tienen estas mujeres: Relaciones de afectividad a la planta que da y reproduce su vida, por tanto, el espacio de las palmeras representado como territorio simbólico y la palmera como expresión de religiosidad como enuncia el rezo tradicional “Santa María es nuestra compañera, verdadera fuerza que protege esta nación, que fortalece nuestra lucha poco a poco. Es la mujer que quiebra el coco, la que pide su protección”.

Las agencias de estas mujeres muestran una lucha por mantener su identidad colectiva como productoras. Ejemplo de ello es la creación de la cooperativa, como espacio de comercialización de productos como el aceite, jabones, el carbón y la harina. “*Nuestra cooperativa tiene importancia en la región, [y a través de ella] luchamos contra los preconceptos sobre las cooperativas; piensan que da pérdidas. Tenemos una discusión política sobre las responsabilidades de ser asociadas. Creamos un fondo ‘Yo soy babaçu’, que es un fondo rotativo que al devolverse se presta a otra compañera a un 3% anual de interés. [Luego] se devuelve el 50% en los seis primeros meses y el resto en los seis segundos meses. Cada año salen 30 proyectos, cinco para cada región, como préstamos rotativos a los grupos por un año. [Por lo que] es un fondo de asistencia a los grupos*” (Cleudinelsa, diciembre 2016).

La responsabilidad respecto a la cooperativa ha posibilitado su presencia en ferias, marchas, congresos, reuniones, y espacios que son aprovechados para la exposición y comercialización de los bienes producidos. Ello significa la movilidad espacial, el viajar a otros estados, incluso a la capital del país para demandar sus derechos como productoras y sus derechos como mujeres. “*No tenía voz, no podía hablar en público porque no era alfabetizada, era quebradora de coco y además soy una mujer negra [...] El movimiento nos hizo hablar, las mujeres nos estamos redescubriendo, ganamos confianza en nuestras propias fuerzas*” (Reymunda, octubre 2016).

En la actualidad en el sudeste del Pará, el movimiento de las quebradoras de coco lucha para que la Ley de Babaçu Libre sea una ley estatal; por ahora sólo aprobada en el municipio San Domingo y con poca exigencia para su cumplimiento. Esta ley federal otorga el derecho del libre acceso a los *babuçais*, independientemente de quien sea el propietario de la tierra. Asimismo, establece normas legítimas que garantizan la reproducción de prácticas tradicionales y de protección de conocimientos y de formas de vida, considera a las palmeras como bienes principales del suelo y prohíbe su derrumbe. Sin embargo, es a escala local donde debe concretarse y la mayoría de los dueños de la tierra tratan de evadir su cumplimiento. Situación que refuerza la agencia de las organizaciones de las mujeres quebradoras del coco; “*Realizamos movilizaciones [y] vamos a la Cámara ¡Queremos hacer valer esa ley! Los dueños de la tierra están envenenando las palmeras, colocando cercas eléctricas para impedirnos entrar en el territorio. Están contratando el coco entero para carbón, no quieren donar el coco para la gente. Cuando denunciarnos somos perseguidas, amenazan de muerte a nuestras compañeras. Los cocos están quedando cada vez más lejos y la prefectura brinda poco apoyo*” (Patricia, octubre 2016).

La violencia contra las mujeres, es también una violencia que responsabiliza al Estado. Para Rita Segato (2011) es una cuestión de Estado cuando este no es capaz de hacer cumplir la legislación aprobada y cuando es indiferente ante un reclamo de apoyo, ante las amenazas y ante muertes de las mujeres. “*Somos tan discriminadas que cuando juntamos el coco muchas veces se estraga y no conseguimos apoyo de la prefectura para transportarlo [...] No vamos a pedir comida, pedimos sí, apoyo para producir [...]. Nuestra lucha es por el ‘babaçu libre’. Es una cuestión*

24 Un interesante análisis referente al debate ontológico y sus diferentes corrientes realizan Daniel Ruiz Serna y Carlos del Cairo (2016) en el texto *Los debates del giro ontológico en torno al naturalismo moderno*.

de todas nosotras, queremos a las mujeres y a las palmeras vivas” (Discurso de Cleudinelsa en la Asamblea de la Cooperativa de Quebradoras de *Coco Babaçu*, diciembre 2016).

Este discurso, si bien nos habla de agencia a través de negociaciones, de exigencias, de utopías, también expresa las condiciones de vulnerabilidad en que se encuentran las mujeres y sus palmeras. Entre las mujeres y entre las mujeres y las palmeras de *coco babaçu* existe una interdependencia y una eco-dependencia puesta en riesgo por los conflictos socio-ambientales que definen la expansión del capital en el sudeste del Pará. Amaia Pérez Orozco (2013) lo coloca como un conflicto de lógicas: de la acumulación versus de la sustentabilidad de la vida. Y es esa segunda lógica planteada por Pérez Orozco, la que nutre las experiencias agroecológicas de las mujeres que quiebran coco en el sudeste del Pará.

Conclusiones

Las experiencias agroecológicas amazónicas descritas se apoyan en el saber hacer de las mujeres, en prácticas culturales tradicionales sobre uso de los bienes que brinda el bioma amazónico y en la defensa de su territorio, sea físico o simbólico. Su comprensión sólo fue posible a través del lente que brindan los contextos específicos, expresivos de las dinámicas socio-económicas y ambientales conflictivas y de los procesos históricos en que se mueven las relaciones de poder en el sudeste del Pará.

Las experiencias estudiadas muestran el potencial ético y político de emprendimientos contruidos en la solidaridad diseñadas por las mujeres. La diversidad de trayectorias de vida marcadas por la migración, no fue un obstáculo para articularse en torno a acciones colectivas de resistencia ante el control que ejerce el modelo hegemónico capitalista y patriarcal sobre la tierra y los bienes que brindan los bosques amazónicos. Los grupos estudiados constituyen además de espacios de generación de renta, espacios de participación democrática de gestión, solidaridad, autonomía y de problematización de sus condiciones y posición como mujeres.

El grupo productivo del Grupo de Mujeres Artesanales Recolectoras del Proyecto Asentamiento de Praia Alta de Piranha en el municipio Nova Ipixuna, constituye como espacio de lucha en un tejido social nada favorable para su desarrollo. Esto por la confrontación de clases existentes, donde la violencia se establece como práctica de dominación, tanto en el interior de los hogares como en su exterior por latifundistas y traficantes de madera. El espacio colectivo se convierte así, en un territorio conquistado, un espacio de producción y de sueños en que las mujeres re-significan sus propias existencias. Los cursos recibidos, las decisiones colectivas sobre su aún pequeño patrimonio y los encuentros externos que permiten dialogar con otras experiencias, se constituyen en herramientas para problematizar el contexto y sus actividades, lo que favorece a una nueva postura ante el medio ambiente, mostrando también una actitud crítica y reivindicativa sobre la cultura patriarcal.

La práctica agroecológicas de las Mujeres Quebradoras de *Coco Babaçu*, están relacionadas a la lucha por la vida de las palmeras que por simbiosis, tal como ellas lo comprenden, también significa hacerlo por sus propias vidas, las cuales están ligadas a un territorio simbólico del que forman parte y al que defienden. Se trata, por tanto de una causa por la sobrevivencia de su identidad como recolectoras y por el derecho a ser y existir como mujeres, derecho que le es trasladado a sus palmeras, consideradas en sus ritos como una madre que da vida.

A través del contenido de lo narrado y lo vivido como investigadora durante el trabajo de campo junto a esas mujeres, pude apreciar las variadas formas en que las quebradoras de coco expresan su agencia, cuya máxima expresión es el movimiento social que las concreta como sujetas políticas: El Movimiento Interestadual de Quebradoras de *Coco Babaçu* (MIQCB). Todo ello, en condiciones de extrema vulnerabilidad impuesta por

el desequilibrio en las relaciones de poder, y de las lógicas en las que las mujeres y el capital interactúan con el territorio y la naturaleza: mientras para ellas es factor de sostenibilidad, modo y fuente de vida, para el capital se torna en un espacio objeto de, naturaleza mercantilizada.

Agradecimientos

Quiero agradecer al Programa Nacional de Posdoctorado de la Coordinación de Perfeccionamiento de Personal de Nivel Superior (CAPES) de Brasil, por haber otorgado el financiamiento para la realización del trabajo. También al Programa de Dinámicas Territoriales y Sociedad en la Amazonía de la Universidad Federal del Sur y Sudeste del Pará, por confiar en mí para la realización de la propuesta. En especial, a las mujeres de los grupos estudiados, verdaderas protagonistas de las agroecologías amazónicas, que accedieron a mi solicitud de entrar en sus espacios y vivir su cotidiano. A ellas todo el respeto que merece una lectura de la “Agroecología en Femenino”.

Referencias

- Almeida Alfredo. 1995. Quebradeiras de coco babaçu: identidade e mobilização. III Encontro Interestadual das quebradeiras de coco babaçu. São Luís: MIQCB
- Altieri Miguel A. 2009. Agroecology, Small Farms, and Food Sovereignty. Monthly Review: An Independent Socialist Magazine 61(3):102-113, 2009.
- Brah Avtar. 2011. Cartografías de la diáspora. Identidades en cuestión. Madrid: Traficantes de Sueños.
- Câmara Legislativa de Brasil (2007) Lei 231. 2007. Lei do Babaçu Livre.
- Coelho Tádzio Peters. 2015. Projeto Grande Carajás: Trinta anos de desenvolvimento frustrado. En A questão mineral no Brasil Vol. 1 (Zonta M, Trocate CH, orgs.). Marabá, Pará: Editorial Marabá, pp. 27-158.
- Comissão Pastoral Da Terra. 2017. Conflitos no campo 2016. Centro de Documentação Dom Tomás Balduino. Goiânia-GO 2017. Disponible en www.cprnacional.org.br
- Harvey David. 2005. El “nuevo” imperialismo: acumulación por desposesión. Buenos Aires: CLACSO. Disponible en [www.http://biblioteca.clacso.org.ar/clacso/se/20130702120830/harvey.pdf](http://biblioteca.clacso.org.ar/clacso/se/20130702120830/harvey.pdf).
- Hébette Jean. 2004. Cruzando fronteira. 30 anos de estudo do campesinato na Amazônia. Volumen III. Belém: Editora Universitaria UFPA.
- Hecht Susanna B. 1999. La evolución del pensamiento agroecológico. En Agroecologia. Bases científicas para una agricultura sustentable (Altieri MA). Montevideo: Nordan-Comunidad, pp.15-30
- IBGE (Instituto Brasileiro De Geografia e Estatística). 2015. Cidades estimativa da população em 2015.
- Jovchelovich Sandra, Bauer Martin W. 2002. Entrevista narrativa. En Pesquisa qualitativa com texto, imagem e som: um manual prático (Bauer MW, Gaskell G, eds.). Petrópolis: Vozes, pp. 90-113.
- Mahmood Saba. 2006. Teoría feminista, Agencia e sujeto liberatório: algumas reflexões sobre o revivalismo islâmico no Egípto. Etnográfica X(1):121-158.

- Mançano Fernandes Bernardo. 1999. MST - Movimento dos Trabalhadores Rurais Sem Terra: formação e territorialização em São Paulo. São Paulo: Hucitec.
- Martínez Alier Joan, Guha Ramachandra. 1997. Varieties of Environmentalism: Essays North and South. London: Earthscan.
- MIQCB (Movimiento Interestadual de Quebradoras de Coco Babaçu). 2018. Proyecto Nova Cartografia Social Dos Babaçuais.
- Pérez Orozco Amaia. 2013. La sostenibilidad de la vida en el centro... ¿y eso que significa? - IV Jornadas Economía Feminista. Disponible en <http://pendientedemigracion.ucm.es/info/ec/jec10/ponencias/512perezorozco.pdf>
- Pinassi Maria Orlanda, Raimundo Gomes. 2015. A mineração e a lógica da produção destrutiva na Amazônia. En Elementos constitutivos do Movimento anti Mineração (Trocate Ch, Zanon Maria J, Vieira Jarbas, orgs.). Iguana: Reflexão Amazônica. Marabá: Editora iGuana, pp. 80-99.
- Plano Territorial De Desenvolvimento Rural Sustentável do Sudeste Paraense Plano Territorial De Desenvolvimento Rural Sustentável do Sudeste Paraense. 2010. Universidade Federal do Pará (2009-2010). Marabá, Pará, Brasil.
- Rocheleau Dianne. 1995. Maps, Numbers, Text, and Context: Mixing Methods in Feminist Political Ecology. Professional Geographer 47(4):458-466.
- Ruiz Daniel, Del Cairo Carlos. 2016. Los debates del giro ontológico en torno al naturalismo moderno. En Rev. Estudios Sociales 55: 193-204.
- Santos Boaventura Sousa, de. 2003. Crítica de la razón indolente contra el desperdicio de la experiencia. Vol. 1. Bilbao: Declée DeBrower.
- Segato Rita. 2011. Femi-geno-cidio como crimen en el fuero internacional de los Derechos Humanos: el derecho a nombrar el sufrimiento en el derecho. En Feminicidio en América Latina (Fregoso RL, Bejarano C, eds.). México DF: UNAM-CIIECH/Red de Investigadoras por la Vida y la Libertad de las Mujeres.
- Shiva Vandana, Mies Maria. 2013. Prefacio a la nueva edición. En Ecofeminismo. Teoría, crítica y perspectivas. Barcelona: Icaria Editorial.
- Siliprandi Emma. 2013. Mulheres agricultoras e a construção dos movimentos agroecológicos no Brasil. En Mulheres camponesas: trabalho produtivo e engajamentos políticos (Neves D, Medeiros L, orgs.). Niterói, Rio de janeiro: Alternativa, pp. 329-343.
- Singer Paul. 2002. Introdução à economia solidaria. Perseu Abramo 12(34):95-115.
- Souza Claudio, de. 2015. Reforma Agrária e Sustentabilidade: Impactos de 16 anos de criação do PAE Praia Alta Piranhira na busca de agroecossistemas sustentáveis, no município de Nova Ipixuna, Pará. Disertación de maestrado, PDTSA, UNIFESPA, Brasil.
- Toledo Víctor M, Barrera-Bassols Narciso. 2008. La memoria biocultural. La importancia ecológica de las sabidurías tradicionales. Barcelona: Icaria.

7

Mujeres, trabajo de cuidado y agroecología: hacia la sustentabilidad de la vida a partir de experiencias en diferentes eco-regiones de Bolivia

Aymara Llanque^{1*}; Ana Dorrego^{2*}; Giulia Costanzo^{3*};
Bishelly Elías^{4*}; Georgina Catacora-Vargas^{5*}

Introducción: Contexto socio-ecológico de las mujeres rurales en Bolivia que participan en la agroecología

En el área rural de Bolivia el 30% del territorio está en manos de comunidades campesinas e indígenas (RRI 2010). En cumplimiento con convenios internacionales, como el Acuerdo 169 de la Organización Internacional del Trabajo (OIT) y la normativa nacional a partir de la aprobación de la nueva Constitución Política del Estado, en el 2015 se regularizaron los títulos de propiedad de tierras de aproximadamente 75 millones de hectáreas a favor de comunidades rurales (INRA 2015).

De aproximadamente 5.5 millones de mujeres en el país en 2016, el 30% residen en el área rural; es decir, 1.6 millones (INE 2016). Según el Censo Nacional de Población y Vivienda del 2012 (INE 2012) son 427 mil mujeres (de 10 años o más) quienes trabajan en la agricultura, ganadería, silvicultura, caza o pesca.

1 Doctoranda del Programa de Doctorado en Diálogo de Saberes, Agroecología y Nuevos Paradigmas de las Ciencias y el Desarrollo. Email: aymara.llanque@agruco.org.bo aymara_aguamar@hotmail.com

2 Doctora en Geografía de la Universidad Complutense de Madrid, España. Email: anadorrego@gmail.com

3 Doctoranda en Medio Ambiente y Sociedad en la Universidad Pablo de Olavide, España. Email: mg8.costalarico@gmail.com

4 Doctoranda en Economía y Administración de Empresas, Universidad Privada de Bolivia. Email: bishelly@gmail.com

5 Doctoranda en Programa de Doctorado en Agroecología de la Facultad de Ciencias Agrarias, Universidad de Antioquia, Colombia. Email: g.catacora@gmail.com

* Miembro del Grupo de Trabajo *Mujeres, Agroecología y Economía Solidaria* del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO).

Dentro de este contexto más del 50% de mujeres son jefas de familia y son responsables de una buena porción de las actividades productivas para el autoconsumo y venta. A pesar de esto, las mujeres afrontan limitaciones sistémicas como son la inseguridad jurídica de la tierra, la falta de acceso a crédito y a los medios de producción, el deterioro ambiental y la persistente violencia física y psicológica, entre otras problemáticas.

El escaso acceso a la tierra por parte de las mujeres rurales es una situación común a pesar de que el país cuenta con un marco normativo y legal favorable para las mujeres⁶. La Constitución Política del Estado en su Artículo 395 establece que la dotación se realizará de acuerdo con las políticas de desarrollo rural sustentable y que las mujeres tendrán acceso a la titularidad, distribución y redistribución de la tierra, sin discriminación por estado civil o unión conyugal (Estado Plurinacional de Bolivia 2009). Según el Instituto Nacional de Reforma Agraria (INRA), este avance normativo potenció el acceso formal a la tierra para las mujeres; sin embargo, hasta 2011 se les otorgaron apenas 12 mil títulos en un país de más de 10 millones de habitantes en el que aproximadamente el 50% son mujeres (INRA 2012). Por su parte, el Sistema de Planificación Integral del Estado (Estado Plurinacional de Bolivia 2016) indica que se alcanzaron nueve mil hectáreas con titularidad formal para mujeres, frente a casi 48 mil a hombres en las comunidades rurales.

A pesar del aun limitado derecho y acceso a la tierra, las mujeres —especialmente las rurales— asumen responsabilidades de manera permanente en la reproducción de la vida de sus comunidades. En el país, 23% de los hogares rurales están a cargo únicamente de ellas (Ramírez 2010). Un estudio realizado por Aymara Llanque (2015) en comunidades chiquitanas muestra que las mujeres trabajan en promedio 15 horas diarias en tareas diversas, la mayoría no remuneradas. El trabajo reproductivo que asumen contribuye directamente al bienestar de las familias y por tanto de sus comunidades (Sánchez García 2012).

El Censo Nacional Agropecuario del 2013 indica que del total de las unidades agropecuarias que contratan mano de obra un 30% no ofrecen oportunidades de trabajo a mujeres; el 18% sí ofrece trabajo remunerado monetariamente y el 52% contratan mujeres sin remuneración económica.

Asimismo, las mujeres rurales dedicadas a la actividad productiva agropecuaria tienen brechas en el acceso a la educación, en comparación a los hombres de sus comunidades y más aún respecto a varones y mujeres urbanos/as. Como indica el Censo de Población y Vivienda del 2012 (INE 2012) el 62% de las mujeres rurales son analfabetas (el 14% de la proporción total de mujeres a nivel nacional), el 6% ha realizado alfabetización o alcanzado un nivel preescolar, y el 43% ha cursado solo la primaria. En el caso de los hombres rurales el analfabetismo disminuye en 11 puntos (53%)⁷, y en el caso del área urbana equivale al 36% de las mujeres y al 31% de los hombres.

En lo que respecta a las organizaciones sociales de base, desde los años 90 las mujeres crearon sus propias formas de representación mediante federaciones y confederaciones. Esta estrategia busca ser un instrumento político para la incidencia en espacios de toma de decisiones, y aunque dichas organizaciones continúan siendo una entidad de representación propia para las mujeres —incluso con las limitaciones materiales y de condicionantes partidarias (Deere 2011)— el clientelismo, la corrupción, el acoso político y el abuso de poder concentra las lideranzas en pocos actores, limitando aún más el acceso a condiciones mínimas de participación para las mujeres (Llanque 2015).

6 El marco normativo nacional clarifica que en los territorios y las comunidades rurales las mujeres tienen el derecho a usar y disfrutar de los recursos naturales, bajo el precepto que no se puede vivir bien si la mitad de la población está en desventaja (Paredes 2010).

7 Este valor considera como fuente de conocimiento la escolarización, no obstante, partimos de la premisa que dentro de las comunidades rurales, tanto mujeres como hombres, manejan conocimientos propios, desarrollados en base a sus necesidades productivas, alimentarias y sociales, los cuales a pesar de no ser científicos, son saberes relevantes en las dinámicas socio-ecológicas de las comunidades.

También la migración campo-ciudad en búsqueda de mejores condiciones y oportunidades define un escenario problemático para la vida de las mujeres. La población rural dedicada a la actividad agrícola disminuyó del 72% a 67% a nivel nacional según datos de los censos de 2001 y 2011 (INE 2012), tendiendo a una profundización de la descampesinización. Los datos señalan que del total de migrantes en el periodo intercensal (2001–2012), el 53% fueron varones y el 47% mujeres. Estos valores, sumado a la pérdida de la fuerza de trabajo de varones en las comunidades, están generando concentración de roles productivos y reproductivos en las mujeres.

Al interior de los hogares, tanto rurales como urbanos, las mujeres viven experiencias de violencia. Conforme a resultados de la *Encuesta de Prevalencia y Características de la Violencia Contra las Mujeres* (INE 2016), el 63% de las mujeres casadas o en unión libre, y 67% de las mujeres separadas, divorciadas o viudas, indicaron vivir algún tipo de violencia. La misma encuesta menciona que aproximadamente 333 mujeres bolivianas fallecieron por esta causa entre 2013 y marzo de 2017.

Esta breve revisión provee el escenario de las condiciones y desafíos en los que las mujeres rurales se desenvuelven y establecen sus sistemas productivos y alimentarios. La complejidad de los mismos y su especificidad sobre las mujeres hacen que se requieran de un análisis diferenciados. En este contexto de múltiples retos, en este trabajo se presentan una serie de datos procedentes de varios trabajos y estudios de caso que tienen en común un contexto de desventaja y procesos de respuesta desde la práctica agroecológica. Los datos y análisis aquí incluidos buscan contribuir a la reflexión sobre la relación cotidiana y multifacética de las mujeres al interior de sus comunidades respecto a la tierra, territorio, sistemas de vida, producción y alimentación, así como sus respuestas frente a su realidad desde una agroecología que aspira a promover transformaciones para la sustentabilidad de la vida.

Aspectos metodológicos

Las reflexiones aquí presentadas se nutren de los siguientes trabajos:

- Seis estudios de caso recientes sobre la realidad de mujeres rurales en Bolivia documentados en la tesis doctoral titulada *Las mujeres en los sistemas de producción bajo principios agroecológicos en Bolivia* de Ana Dorrego (2018).
- La investigación *La economía de las mujeres rurales en el contexto comunitario* realizado por Aymara Llanque (2015) en la Chiquitana boliviana.
- El estudio *La soberanía Alimentaria desde las mujeres* por Bishelly Elías (2013), recuperando datos del Trópico, Chaco, Valle y Altiplano.
- Fragmentos de la tesis doctoral inédita de Aymara Llanque de bajo el título *Laberintos Alimentarios, transformaciones de los sistemas alimentarios desde las perspectivas de la pequeña producción agrícola*.
- Parte del trabajo de campo de la tesis doctoral inédita de Mariagiulia Costanzo titulada *Resistencias agroecológicas ecofeministas. Hacia un paradigma pluricéntrico y pluriversal de justicia social*, mediante los resultados de tres talleres y 29 encuestas del tiempo realizadas con las socias y socios de la Organización Económica Comunitaria (OECOM) de Tomatas, en el Municipio de Tupiza, Potosí, Bolivia.

Todos estos trabajos inspirados y realizados en Bolivia, constituyen estudios de caso contruidos, principalmente, con base a testimonios y convivencia en distintas comunidades rurales de diferentes regiones

del país: (i) Altiplano en el departamento de La Paz (Achocalla, Achacachi y Ayata); (ii) Valles de los departamentos de Cochabamba (Tiquipaya y región del Valle Alto), Tarija (Cercado, El Puente, Padcaya, San Lorenzo y Uriondo) y Potosí (Tomatas), (iii) Trópico del departamento de Santa Cruz (Porongo y La Guardia), (iv) Yungas en el departamento de La Paz (Caranavi), (v) Chiquitanía del Departamento de Santa Cruz (San Javier) y (vi) Chaco de los departamentos de Santa Cruz (Yateirenta,) y Tarija (Karaparí, Villamontes y Yacuiba). Esta multiplicidad de casos regiones de estudio, nos permite visualizar que la aplicación de los principios agroecológicos se adaptan e incorporan a variados contextos bioculturales. El análisis a continuación no pretende hacer comparaciones sino describir los componentes comunes de la participación de las mujeres en la agroecología, las condiciones en las que ellas desarrollan sus actividades y sus contribuciones integrales a la sustentabilidad de la vida.

Base conceptual

Se parte de dos pilares esenciales: (i) la economía feminista sobre el trabajo de cuidado de las mujeres y su rol en la sustentabilidad de la vida y (ii) los principios agroecológicos para el cumplimiento de la resiliencia socio-ecológica de los agroecosistemas. En este sentido, se realiza una aproximación de integración de estas dos bases epistemológicas dado que contribuyen a evidenciar el papel de las mujeres en las relaciones agrarias, aspecto que a menudo ignorado.

La sustentabilidad de la vida

La noción de sustentabilidad utilizada en la economía feminista incluye muchos aspectos, principalmente ecológicos, sociales y económicos. Utilizamos el término “sustentabilidad” y no “sostenibilidad” por el carácter integral y político del primero. En este sentido, Víctor Toledo (2014) argumenta que el concepto de sustentabilidad no puede incluir sólo cuestiones ecológicas, sino también bioculturales. Es decir, los procesos colectivos de construcción de realidades sociales y ecológicas de bienestar, que logren mantenerse en el tiempo a través del fortalecimiento y agencia de la diversidad e interconexión de los actores locales y de éstos con su contexto.

Con base a lo anterior, entendemos por sustentabilidad de la vida a la capacidad creadora y regeneradora de los seres vivos —humanos y no humanos— en la interrelación con las sociedades y entorno ecológico, que interactúan y co-evolucionan juntos como una integralidad viva (Howard 2010; Norgaard y Sikor 1999; Toledo y Barrera-Bassols 2008). Desde esta perspectiva se reconoce el respeto y el cuidado de lo común y de la comunidad a través de dinámicas de conservación y gestión integral de los procesos socio-ecológicos y políticos.

La economía del cuidado

La economía feminista mira la economía de manera integral a fin de visibilizar lo ignorado e incluir lo excluido en el análisis de las actividades productivas y reproductivas de las mujeres, esenciales para lograr la sustentabilidad de la vida. Esto como una respuesta legítima a la perspectiva de economía clásica, en la que el trabajo del cuidado —conocido como trabajo doméstico o del hogar— queda subestimado, invisibilizado, calificado como una actividad no económica e, incluso en algunos casos, como improductiva. Desde esta visión, el trabajo de las mujeres generalmente de la categoriza como de “subsistencia básica” como si fuera un aporte menor. En contraposición, la economía feminista visualiza el valor integral de este trabajo contribuyendo a una visión más realista y completa al permitir el análisis de las interrelaciones entre los distintos sectores —monetarios y no monetarios— de la economía dinamizada por el trabajo productivo y reproductivo protagonizado por las mujeres (Carrasco 2012).

Por tanto, la economía feminista o “del cuidado” aporta en la construcción de tejidos sociales integradores y socialmente sustentables a partir de tres premisas descritas por Cristina Carrasco y Carmen Díaz (2017):

1. La economía va más allá de lo que circunscribe el mercado lucrativo, sino que también engloba el trabajo de los cuidados no asalariados como parte fundamental del circuito económico.
2. El trabajo no remunerado de cuidados es como fundamental para la vida y su reconocimiento permite comprender las relaciones desiguales de género y, consecuentemente, la división sexual del trabajo y el funcionamiento del sistema económico ortodoxo.
3. La economía feminista aporta al compromiso político para la construcción de sistemas socio-económicos justos y respetuosos.

De esta forma, la economía feminista ubica en el centro a la economía del cuidado, ofreciendo una mirada que va más allá de la igualdad formal, sino una postura para repensar los procesos sociales (Carrasco 2012). Este enfoque, nos permite problematizar la tendencia sistémica de invisibilización del aporte de las mujeres en general y de las rurales en específico, desde el trabajo de cuidados. Desde este posicionamiento, todos los trabajos de las mujeres en el medio rural son indispensables para la sustentabilidad de la vida, dado que ellas son responsables de la alimentación de familias y actores clave en el cuidado de las comunidades campesinas a través de la atención a las personas, animales y territorios, así como de su participación en la producción agrícola ya sea como agricultoras principales o trabajadoras familiares no remuneradas (Lastarria-Cornhiel 2008).

La agroecología como un agente dinamizador de la sustentabilidad de la vida

La diversificación de la producción con fines de restaurar y conservar la base productiva como los suelos al tiempo de reducir en riesgos y mejorar la estabilidad del sistema; el uso de saberes, energías e insumos locales; la provisión de alimentos variados y saludables; y la no dependencia de elementos tóxicos (Altieri y Nicholls 2000; Altieri *et al.* 2011; Gliessman 2015; Nicholls *et al.* 2013;), son algunos de los principios y características que hacen a la agroecología particularmente adecuada y factible dentro del trabajo de cuidado realizado por las mujeres.

Con base a lo anterior, la perspectiva agroecológica representa una estrategia que además de diseñar procesos sustentables, gesta proyectos epistemológicos para la transformación de la realidad (Siliprandi y Zuluaga Sánchez coord. 2014). Desde este abordaje, la agroecología y la economía feminista se complementan para visualizar realidades sustentables, capaces de forjar procesos bioculturales en los cuales el respecto a la vida se extienda hacia las mujeres, hombres y la interacción entre ambos. Desde esta visión, se describen los hallazgos sobre cómo mujeres rurales desde distintos ecosistemas de Bolivia pero similares políticos y socio-culturales, participan en el cuidado y sustentabilidad de la vida a partir de una producción, comercialización y acción socio-política de base agroecológica.

Hallazgos y reflexiones

Los resultados presentados a continuación, apuntan a reflexionar y visibilizar en qué condiciones se desenvuelven las mujeres rurales y cómo el trabajo del cuidado gestionado por ellas, principalmente como una actividad no remunerada, contribuye sustancialmente a la consolidación de una economía basada en la actividad agrícola rural de base agroecológica. Asimismo, analizamos las condiciones actuales de participación de las

mujeres en la agroecología, sus aportes y los principales desafíos en la gestión de la sustentabilidad de la vida. Para ello, se toman como base los estudios de casos concretos realizados en las regiones anteriormente citadas, analizando las siguientes dimensiones: la participación de las mujeres en la esfera reproductiva o de cuidado, en el trabajo y la participación en la esfera pública, en la producción bajo principios agroecológicos y en la comercialización.

Participación de las mujeres en la reproducción y crianza de la vida

En las distintas regiones analizadas, pese al protagonismo que tienen las mujeres en la reproducción y crianza de la vida, ellas se encuentran limitadas en el acceso y control de los principales recursos. A esto se añaden factores climáticos adversos que en diferentes grados generan estrategias ligadas a la migración y cambios en la alimentación. A continuación se describen cada uno de estos factores y la intervención de la mujeres en ellos.

- ***Acceso y tenencia de la tierra***

El acceso a recursos productivos principalmente tierra —junto con agua y semillas— es uno de los temas conflictivos que profundizan la división sexual del trabajo y la sobrecarga laboral. En Bolivia el acceso a la tierra en el área rural, en especial para las mujeres, es limitado y oscila entre dos y 50 hectáreas por predio, dependiendo de la región. Las tierras a las que acceden las mujeres son de menor superficie y calidad que el promedio de sus zonas. Como ellas suelen asumir los mandatos impuestos social y culturalmente, en caso de matrimonio, por ejemplo, son susceptibles de mudarse a las comunidades de sus esposos o compañeros, lo que genera mayor riesgo de pérdida de sus derechos de propiedad por dejar sus comunidades de origen.

La condición de acceso familiar a la tierra no significa inherentemente derechos territoriales para las mujeres. En el caso de las comunidades del Movimiento Sin Tierra de Bolivia (MST-B) en el Chaco boliviano y con títulos de propiedad, pesar de las reivindicaciones conjuntas, la tierra es repartida entre los afiliados generalmente hombres, por lo que las mujeres están en desventaja para acceso: *“A nosotros nos dieron un pedazo de tierra cuando me junte con mi esposo. Él produce maíz, aunque ya no se dedica mucho. Se ayuda con mi hijo mayor. Mi hermana no está casada y vive con mi papá, por eso no tiene tierra”* (mujer indígena guaraní, región del Chaco) (Llanque 2018).

Donde existe derecho comunitario a la tierra (es decir, inexistencia de la propiedad privada) como en los pueblos indígenas, las mujeres se dedican principalmente a la producción de huertas biodiversas sin agroquímicos alrededor de sus viviendas en espacios reducidos. En estos territorios, las mujeres acceden a tierra en tanto sean concubinas o casadas con una persona originaria de la comunidad, porque la dotación de derecho a uso —no propiedad— es familiar. Esto supedita la decisión al ámbito de la familia y, generalmente, las tierras productivas son manejadas por los esposos: *“Tenemos que decir la verdad, las mujeres somos nomás discriminadas cuando la tierra es de propiedad comunal. Al no ser consultadas cuando toman decisiones respecto a los recursos naturales comunitarios, nos enteramos cuando los hombres ya tomaron la decisión por nosotras a nombre de la familia”* (mujer indígena, región del Chaco) (Elías 2013).

En el Altiplano y Valles, el fenómeno es la reducción extrema de la superficie agrícola, lo que limita las actividades productivas de las mujeres por falta de espacio para sus cultivos: *“Antes todavía el pastoreo se respetaba, ahora sabemos que estamos dividiendo la tierra y vemos que para la producción ya no hay. Se está urbanizando... nos multiplicamos... nos preocupa a las mujeres”* (lideresa de una organización local, región de Valles) (Dorrego 2018). *“En este sector hay escasez de tierra. La tierra no alcanza para la familia y cuando como mujer se pide que se cumplan con los derechos nos dicen: ‘si no alcanza ni para la familia, cómo para ustedes’”* (mujer de Ayata, región del Altiplano) (Elías 2013).

Cuando existen problemas conyugales o de herencia entre hermanos/as, las mujeres tienen mayor riesgo de perder derechos de acceso, factor asociado con la titularidad: *“A la mujer no se nos valora igual, por lo que tiene que ver con quién se va a casar para tener tierra. En Tarija son importantes los avances que tenemos ahora, para que la mujer sea primero [en la titulación], porque sino se queda abandonada y con los hijos, y no tiene nada”* (anónima, región de Valles). *“Es tradición siempre que el padre dé al hijo su terreno y la madre a la hija; pero las mujeres siempre tienen menos. Por eso esperan que al casarse puedan tener mejor terreno, pero no es suyo ni lo pueden heredar”* (anónima, región del Altiplano) (Elías 2013).

Por otra parte, la falta de acceso a la tierra limita los espacios de participación formales para las mujeres. *“Los hombres están en las asambleas adelante y las mujeres atrás sentadas. Quienes tenían tomada la palabra eran los varones, porque ellos tenían el título de la tierra a su nombre, podían opinar y decidir sobre estos recursos”* (informante clave, La Paz) (Dorrego 2018). *“En la Chiquitanía respetamos nuestros usos y costumbres, pero ya tiene que cambiar. Cuando se reúnen los capitanes grandes solo participan dos mujeres de la cartera de género. Ellos deciden los proyectos productivos”* (mujer indígena, región de la Chiquitanía) (Llanque 2015).

Por su lado, en algunas regiones como en Achocalla⁸ (Valles) o Tomatas⁹ (Altiplano), existen dotaciones de tierras por herencia familiar con oportunidades para las mujeres. En estos sectores el acceso al agua es suficiente, pero manejada con normas de autorregulación para distribuir equitativamente el riego por turnos. Allí se observa que las mujeres desempeñan papeles sociales relevantes, la mayoría de ellas participan con distintos cargos dentro de su organización o comunidad, por lo que se reconoce el valor de su participación (Costanzo 2018).

- **Condiciones climáticas, acceso al agua y a la leña**

Las condiciones climáticas adversas incrementan la carga laboral de las mujeres. Respecto al agua, su acceso es afectado por el incremento de las sequías e inundaciones. Su limitada disponibilidad genera la necesidad de mayores esfuerzos en su recojo, tarea de cuidado que ocupa una porción importante del tiempo de las mujeres.

En la región del Chaco, por sus características climáticas, las mujeres tienen que invertir más horas para obtener agua de consumo humano, generalmente de arroyos, ojos de agua y pozos. El agua para riego es inexistente y la afluencia de lluvias cada vez menor: *“No tenemos [agua]. Siempre escasea [y] deben de traerla de los pozos. Únicamente [tenemos] el agua de las lluvias, por lo que la producción es temporal”* (indígena guaraní, región del Chaco) (Dorrego 2018). Otro testimonio indica que *“El año pasado faltó agua en toda la zona, recibíamos en mi casa con cisterna [para nosotros] y para los animales. Nosotras repartíamos [el agua] en bidones a cada familia y juntábamos en turriles”* (mujer indígena de Yateirenda, región del Chaco) (Llanque 2018). *“La Gobernación nos lleva agua cada semana o cada 15 días. Esto nos tiene que alcanzar para lavar la ropa, preparar los alimentos, beber. Realmente es poco”* (agricultora, región del Chaco) (Elías 2013).

Aún en regiones menos áridas que el Chaco, el acceso al agua es una gran limitante. *“Tengo que ir a cargarme el agua, así de espalda en los bidoncitos, voy a traer de donde el vecino”* (agricultora de Padcaya, región de Valles). *“A veces de la quebrada sacamos [agua] para regar un poquito. Los animales también toman de la quebrada; hay que llevarlos y traerlos”* (agricultora de Padcaya, Tarija, región de Valles) (Dorrego 2018).

⁸ Valle de altura en el Departamento de La Paz donde la tierra es de propiedad individual y la producción es una combinación entre el “campo abierto” para productos de consumo familiar (basado sobre todo en cultivos nativos), y la producción intensificada para la venta, mayoritariamente de base agroecológica en carpas de hortalizas y hierbas aromáticas o medicinales, en terrenos pequeños (300 a 3000 m²).

⁹ Comunidad de los Valles de Tupiza, Departamento de Potosí en el altiplano boliviano.

El trabajo de recolección de leña también es, una tarea asumida por las mujeres rurales ya que es usada fundamentalmente para cocinar alimentos. Ellas son quienes asumen la responsabilidad de su acceso y representa una mayor carga para ellas: “No hay gas como en La Paz. [Aquí] se cocina con leña” (anónima, región del Altiplano). “La leña es muy escasa, cuesta conseguirla, hay que ir lejos a traer para la semana” (anónima, región del Chaco) (Elías, 2013).

- **Migración**

Una de las principales estrategias para garantizar la sostenibilidad de la vida es en algunos casos la migración. La movilidad social entre el campo y la ciudad es recurrente, abarcando geografías dentro y fuera del país.

Las estrategias de migración varían en las distintas regiones, en algunos casos las condiciones de crisis climática o la falta de acceso a la tierra afectan a los sistemas productivos, obligando a los varones a migrar temporalmente a otras regiones, dejando en mano de mujeres el trabajo productivo y reproductivo. Las mujeres indígenas de la Chiquitanía y el Chaco, denuncian situaciones de abandono de sus esposos por las limitaciones productivas de sus tierras que les obligan a buscar trabajos informales en las ciudades. “Tengo una sola parcelita herencia de mi padre. No llega a cuarta hectárea. Si no tenemos tierra tenemos que emigrar” (agricultora, región de Valles) (Dorrego 2018). “Cuando voy al chaco hago de todo. Una mujer trabaja igual que el hombre, solo que una avanza más lento, no se puede ir al ritmo del hombre, ellos [...] hacen el trabajo más rápido; pero igual, nosotras hacemos bien las cosas. A veces mi marido no puede ir al chaco porque lo llaman para trabajar en la empresa, entonces yo tengo que ir a atender el chaco” (anónima, región del Chaco) (Elías, 2013).

En otros casos, como en Caranavi (región de Yungas), la movilidad social realizada por las propias mujeres puede coadyuvar en la autovaloración. Así las productoras de esta afirman que ellas aprecian su producción agroecológica, promoviéndola abiertamente, luego de retornar de trabajos informales en el exterior del país. Ellas ven en la permanencia dentro de sus comunidades la posibilidad de continuar con procesos de aprendizaje y preservación de saberes que vienen de sus abuelas y abuelos, aunque cuestionan las condiciones de maternidad acompañadas por la violencia intrafamiliar y la falta de recursos.

- **Alimentación**

La alimentación es fundamental para la reproducción de la vida, es indisociable de la historia de las mujeres y se constituye en otro de sus desafíos por los cambios climáticos, la baja productividad de la tierra, la consiguiente reducción de alimentos tanto para el consumo como para la venta y, como resultado, una mayor carga para las mujeres de estas regiones: “Antes el arroz de Caranavi era demandado, ahora se perdió y llega de Santa Cruz” (agricultora de Caranavi, región de Yungas). “Tuve que gastar más plata, ni modo. No pudimos ya ahorrar porque casi todo lo que ganamos se gasta en la comida” (anónima, Tarija, región de Valles). “Hemos tenido que trabajar más y comprar por quintal especialmente el azúcar. También hemos tenido que dejar de comer carne y reemplazar con huevo, quesito y otras cositas que tenemos en el campo” (anónima, región del Altiplano) (Elías 2013). “Antes teníamos nuestro maíz propio, pero con la sequía ya no se puede. [Ahora] compramos la harina de maíz en bolsa para hacer el atipirí¹⁰. Igual el pollo, no alcanza para comer, compramos un pedazo por 5 Bs.¹¹” (indígena, región del Chaco) (Llanque 2018). “Yo puedo estar sin comer carne, pero los chicos y el marido reclaman, entonces compro poquito, les doy menos... ¿Yo?... me pongo más ensalada, arroz o ya no como” (anónima, región de la Chiquitanía) (Elías 2013).

10 Alimento tradicional guaraní elaborado en base al maíz molido.

11 Aproximadamente USD 0.73.

- ***Violencia doméstica***

Uno de los factores más complejos para las mujeres es la violencia. Todos los tipos de violencia que enfrentan les afectan directamente en sus posibilidades de exigir derechos de acceso, de uso o de titularidad, así como su participación efectiva en la sustentabilidad de la vida. *“Todavía los hombres no aceptan que las mujeres salgan de ese espacio privado. Si la mujer viaja tiene que dejar todo listo para que no haya problemas, sino imagínate, a tu vuelta estás afuera”* (entrevista grupal, Tiquipaya, región de Valles). *“Mi papá mucho tomaba, mucho peleaban y ella paraba en la casa. Desde que se separaron entró a la organización”* (agricultora, región de Valles). *“Cuando vivía con mi marido no iba a ninguna capacitación, no me dejaba, era bien celoso”* (mujer indígena, región del Chaco) (Dorrego 2018).

Como se puede apreciar, las limitaciones y desafíos que afrontan las mujeres rurales son múltiples: Ellas son las principales responsables de las labores realizadas en la esfera privada relacionadas con la reproducción y el cuidado de la vida. Sin embargo, este trabajo es naturalizado e invisibilizado y condiciona su trabajo productivo y su participación. Esto contribuye al limitado acceso a tierras y otros recursos, y es un factor de violencia doméstica.

Trabajo y participación de las mujeres en la esfera pública

A pesar de las limitaciones del contexto, las mujeres gestionan formas de participación en la toma de decisiones asociadas a los espacios públicos como en el privado (el hogar y la familia extendida). Aunque es un proceso de lenta apertura, las mujeres se incorporan paulatinamente a los primeros. A través de la titulación de tierras a su favor, han logrado participar abiertamente en asambleas comunales y otros espacios mayores. Sin embargo, estas formas de participación no son suficientes.

Por otra parte, el reconocimiento social construido sobre los usos y costumbres, valores y principios sociales resulta en un entrelazado de estereotipos, interpretaciones y prácticas que introducen a las mujeres en normas y deberes “naturalizados” de madre, de esposa y de reproductora. A partir de allí, la reproducción biológica, de un acto de complementariedad entre mujeres y hombres, se traslada a lo social convirtiéndose en un acto de reconocimiento y asignación social.

Es así que uno de los espacios en los que se requiere mejorar es la participación política de las mujeres. A pesar de los avances en la generación de capacidades como productoras ecológicas y el incremento de su participación política como consecuencia de este rol, son muy pocas las mujeres que acceden a cargos en las organizaciones mixtas; las pocas que lo logran tienen un rol feminizado. De la misma manera, todavía falta generar procesos para que sus demandas sean incorporadas en la estructura orgánica de las comunidades y a partir de allí en la planificación territorial.

En el caso de Tarija se señala que la mayoría de las veces no son tomadas en cuenta en la planificación municipal o, pese a que participan, no son escuchadas o incluso no se les permite hablar. Esto coadyuva a que la participación en espacios políticos de decisión dentro de sus organizaciones también sea muy limitada. *“Suben al directorio, aunque a veces no se ubican, los hombres a veces toman la delantera porque tienen más experiencia”* (funcionaria de AOPEB, Caranavi, región de Yungas), refiriéndose a la percepción sobrevalorada del conocimiento adquirido por los hombres en el ámbito político formal. *“La estructura del CONAMAQ¹² es chacha-warmi [hombre-mujer], pero no tenemos tanto derecho de voz y voto, seguimos oprimidas las mujeres, de atrasito nomás. Yo tengo poder, pero no las mamás”* (lideresa de la dirigencia nacional de CONAMAQ, región del

12 Consejo Nacional de Ayllus y Markas del Qollasuyo, una de las principales organizaciones sociales de Bolivia que aglutina a pueblos indígenas de Tierras Altas.

Altiplano) (Dorrego 2018). En el caso de la OECOM de Tomatas en Potosí, las mujeres participan activamente del espacio político; sin embargo, suelen ser muy pocas las que toman la palabra.

Es interesante destacar que para las lideresas la participación implica compromiso, responsabilidad y servicio para el avance colectivo de las mujeres, constituyéndose en referentes para el resto de sus compañeras. En cuanto a las principales limitaciones que enfrentan se encuentran la estructura patriarcal de las organizaciones, la falta de recursos y de tiempo, y timidez para hablar en público (Dorrego 2018). No obstante, las mujeres muestran una presencia activa de resistencia y creatividad: “*Nosotras en la reunión comunal vamos a decidir que se va a comprar con [el dinero] [...] del queso, se vende en San Xavier y el ingreso es para toda la comunidad*” (mujer indígena, región de la Chiquitanía). “*Nos hacemos ayudar para hacer limpieza del chaco*¹³ y para la cosecha. En la comunidad hay costumbre de hacer minga¹⁴. Una hace la chicha¹⁵, hace un churrasquito¹⁶ y la gente va” (mujer indígena, región de la Chiquitanía) (Dorrego 2018).

Trabajo productivo y reproductivo entre lo público y lo privado

El análisis de los discursos en los estudios realizados muestra que para la mayoría de las productoras su actividad principal son las labores del hogar y de cuidado, invisibilizando ellas mismas el trabajo productivo que realizan. Esto es así porque la recurrencia e interconexión entre ambas hace que no exista separación entre la actividad productiva y reproductiva en el ámbito privado del hogar. Esto es así inclusive para las líderes. “¿Usted trabaja? No, yo sólo me dedico a la casa y a los animales”. (anónima, región del Altiplano) (Elías 2013). Esta responsabilidad no reconocida supone una sobrecarga de trabajo con efectos en su salud: “*regreso muy cansada [...] a veces ni almuerzo porque no me alcanza el tiempo*” (productora, La Paz, región del Altiplano) (Dorrego 2018). Sólo cuando el trabajo productivo está ligado a la generación de ingresos monetarios o es remunerado de alguna manera, es visibilizado como trabajo principal. La más habitual es la de jornalera agrícola, otras, en el caso de las chiquitanas y de las productoras del MST-B con emprendimientos puntuales (la lavandería y la venta de productos como gasolina, carbón y alimentos preparados en casa). En estos casos, y siguiendo la lógica de feminización de la agricultura, las actividades principales de sus esposos/compañeros son la minería, conducción de transporte público, mano de obra en la construcción y otros empleos no vinculados con la agricultura.

Solamente las productoras que saben que trabajan bajo principios agroecológicos —como en la región del Trópico (las mujeres afiliadas al MST-B) y las mujeres productoras de carpas de Achocalla o de Caranavi, líderes o dirigentes se muestran empoderadas en su labor como productoras reconociendo la agricultura como su principal actividad— valoran el tipo de producción que realizan por abastecer a sus familias y comunidades con alimentos de buena calidad. Esta situación apunta a dos realidades, por un lado, el imaginario social, que ha calado incluso en las subjetividades de las mujeres, que ignora las tareas realizadas por ellas y su valor socio-económico. Por otro lado, el fortalecimiento que implica para las mujeres la participación en procesos agroecológicos, mediante la toma de conciencia e internalización del rol productivo y alimentario a partir de una producción que se funda y promueve la autogestión.

13 Forma coloquial de denominar al predio de producción campesina o indígena y de pequeña escala.

14 Trabajo comunitario que implica realizar actividades productivas colectivas para contribuir a la economía de una familia por turno. En el proceso de la *minga* todas las familias se benefician gradualmente.

15 Bebida con grado alcohólico elaborada a partir del maíz fermentado.

16 Plato típico del trópico boliviano, caracterizado por abundante carne asada a la parrilla.

Producción de base agroecológica para la sustentabilidad de la vida

Las mujeres en las regiones de estudio son protagonistas en la producción agrícola y tienden a aplicar principios agroecológicos, potenciando cambios hacia sistemas de producción integrales. Ellas, deciden por este tipo de producción de base agroecológica incluso sin ellas nombrarla como tal, a partir de la recreación de dinámicas sustentables de reproducción de la vida, desde la conservación del suelo hasta la alimentación familiar saludable. Las entrevistadas practican el descanso de la tierra, la rotación de cultivos, re-utilización residuos como abono y el autoconsumo (Dorrego 2018).

Para las mujeres, su participación en la producción agroecológica es una respuesta y estrategia ante a las limitaciones del contexto rural y de los recursos disponibles. *“La tierra es fundamental para la vida porque nos da de comer”* (agricultora, Valle de Tarija). *“Una agricultura sana, con tan solo lo que una tiene, se recupera nuestro suelo, con material orgánico”* (agricultora de Uriondo, Tarija, región de Valles). *“La tierra nos da la vida, si la cultivamos, nos puede dar mucho”* (agricultora, región de la Chiquitanía) (Dorrego 2018). Por tanto, para las productoras del valle tarijeño, del MST-B, de Caranavi y Achocalla, como seguramente para otras no incluidas en nuestros estudios, la agroecología es una forma de cuidado de la tierra y de una vida más sana y duradera para ellas, para sus familias y para los/as consumidores/as a quienes venden sus productos. *“Eso es mi vida, muy saludable. Comer cosas sanas y no envenenadas: huevo criollo, leche de vaca criolla”* (agricultora, Tarija, región de Valles). Según testimonios de las productoras del MST-B, la agroecología es una alternativa que contrarresta los efectos de los agroquímicos en la salud de las personas, de los animales y de la tierra.

En general, las mujeres entrevistadas en los distintos casos comentan que la agroecología se trata de un tipo de producción “a su alcance”, que por medio de ella recuperan prácticas y conocimientos tradicionales, que precisa pocos recursos aunque sí de trabajo y dedicación (Dorrego 2018). Se describe, por ello, como un modelo productivo que les permite avanzar hacia su autogestión con prioridad en la salud, autoaprendizaje, autoconsumo, resguardo de semillas y comercialización de excedentes respondiendo a sus intereses y necesidades. *“Lo que consumimos hacemos quedar. A veces cinco cargas¹⁷ de papa para volver a sembrar, vemos el mejor maicito, la mejor semilla de arveja [...] [para] volver a sembrar”* (agricultora, Uriondo, Tarija, región de Valles) (Dorrego 2018).

Para las mujeres pertenecientes a pueblos indígenas, la agroecología no es un concepto empleado como tal, sino el modelo tradicional que usan desde sus saberes y costumbres ancestrales. *“No es algo nuevo lo que se ha practicado, viene de los ancestros”* (Presidenta de Coordinadora de Mujeres del Valle Alto, COMUVA, región de Valles). *“Nuestros ancestros nos enseñaron cómo debemos de cuidar nuestra tierra, cómo debemos de mantenerla, nos es solo sembrar y cosechar”* (Responsable de Soberanía Alimentaria de la CNMCI OB-BS, región del Altiplano) (Dorrego 2018). *“Algunas mujeres consideran que están vinculadas con la tierra, por eso la cuidan y tienen la necesidad de armonizar las prácticas productivas con los ciclos lunares, algo que se está perdiendo”* (anónima, Santa Cruz, región del Trópico). *“Los abuelos siempre nos han dicho que hay que ver la luna... la gente de ahora no valora las costumbres y formas de los abuelos. Se debe recoger la semilla en buena luna para que no se llene de gusanos. Igual en el momento de cortar la caña para las casas, debemos saber cuándo realizar”* (anónima, del valle de Tarija) (Elías 2018). *“Desgranamos el maíz cuando la luna está en cuarto creciente para que no se apolille la semilla. Para la papa hacemos lo mismo, miramos la luna para cortar es con luna llena”* (agricultora, Uriondo, Tarija, región de Valles) (Dorrego 2018). No obstante, en algunos casos, como en las regiones de los Valles y el Altiplano, la producción bajo principios agroecológicos fue promovida a través de capacitaciones impulsadas por instituciones y gobiernos municipales con dos

17 “Carga” es una unidad local de peso equivalente a 30 kilos, aproximadamente.

objetivos fundamentales: generar alternativas comerciales para los productos campesinos e indígenas y dar una respuesta para garantizar la soberanía alimentaria en un contexto de cambio climático.

Todos estos testimonios nos permiten re-enfatizar que la producción de base agroecológica aplicada por las mujeres rurales es una estrategia productiva y alimentaria que contribuye a la reproducción sustentable, principalmente porque se diseña con base a la biodiversidad y conocimientos locales. Por ejemplo, en Tarija las mujeres dejan “descansar” la tierra considerando la capacidad de regeneración del suelo. En paralelo, producen hortalizas, seleccionan brotes de las plantas de vid dejando los mejores individuos para mantener la producción fortalecida. En la Chiquitanía, los sistemas productivos combinan bioinsumos generados del propio ganado (como el estiércol) y del bosque, manejan sus predios con cultivos secuenciales con arroz, maíz y yuca. Las mujeres guaraníes también rotan cultivos, conservan semillas y aplican prácticas manuales y tradicionales en el manejo de plagas. En sus tareas aplican indicadores bioculturales. Por ejemplo, asocian la floración y la cosecha a la luna ya los meses del año, y transfieren esas prácticas a sus hábitos alimenticios definidos por la estacionalidad de la producción, y como parte de sus prácticas productivas integrales incluyen a la medicina tradicional. En síntesis, independientemente de la cantidad cosechada, la producción agroecológica contribuye al acceso y consumo de diversidad de alimentos saludables, promoviendo una mejor nutrición de las familias y de sus comunidades.

Participación de las mujeres en la comercialización de productos agroecológicos

La generación de ingresos está directamente relacionada al acceso al mercado. Las mujeres rurales invierten mayor esfuerzo en producir para la venta en zonas próximas a mercados masivos de alimentos. En el caso de productoras con acceso esporádico a mercados, ellas deben complementar sus fuentes de ingreso con trabajo de jornaleras agrícolas. El principal obstáculo señalado para la generación de ingresos es la falta de tiempo.

Las mujeres participan en la comercialización de sus producciones agroecológicas mediante canales cortos y diferenciados de comercialización, como las ferias ecológicas. Por ejemplo, en Tarija tienen tres modalidades de venta de sus excedentes en la ciudad. Uno es el Mercado Campesino, otro un espacio diferenciado denominado Bio Feria y, finalmente, la estrategia de la venta de puerta a puerta. Por su parte, las productoras de la OECOM de Tomatas, principalmente venden en las ferias de los pueblos locales por no tener acceso a centros urbanos próximos por falta de recursos económicos para comprar un vehículo o pagar otro tipo de transporte. Las productoras de Cochabamba, Achocalla y Caranavi que están próximas a centros urbanos como la ciudad de Cochabamba, La Paz y El Alto, tienen al menos ocho modalidades de comercialización. Entre ellas están la venta en sus propias comunidades, las ferias ecológicas, los mercados tradicionales, mercados en ciudades intermedias, el desayuno escolar, la venta a intermediarios, restaurantes, venta directa a consumidores/as y en tiendas de abarrotes. En cambio, las productoras chiquitanas, guaraníes e incluso las mujeres que provienen del MST-B destinan excedentes a la venta esporádicamente y dentro de sus comunidades, mercados próximos o a revendedores que llegan a sus áreas productivas.

La presencia de intermediarios y revendedores en las comunidades rurales y mercados las obliga a vender a precios muy bajos. Ello por encontrarse en una situación de desventaja por la dificultad de acceso a puestos de comercialización, no tener tiempo para esta tarea, y la perecibilidad de sus productos.

En oposición a esta situación, se encuentran las experiencias de comercialización directa en mercados o ferias ecológicas con ventajas significativas para las mujeres. Es el caso de las productoras de Achocalla quienes

venden de forma directa a consumidores/as el 20% de su producción. Mediante esta estrategia, sus precios son similares a los del mercado convencional. En el caso de las productoras que acuden a las ferias ecológicas de Tarija sus ventas en estos espacios suponen entre un 60 al 80 % del total de sus ingresos generados (Dorrego 2018).

Las ferias ecológicas son los espacios donde las productoras venden principalmente hortalizas o pequeñas cantidades. La venta suele ser colectiva y, a pesar de no ser significativa en cuanto a la cantidad e ingresos monetarios, sí lo son como escaparates para visibilizar sus producciones, a ellas mismas y el modelo de producción agroecológico. Asimismo, en este tipo de ferias tienen lugar otras formas económicas no monetarias como el trueque o intercambio que permiten el acceso diversificado a productos que complementan sus dietas. En estas dinámicas, acceden a otros bienes y servicios como semillas, conocimiento y trabajo. Por lo que las productoras que participan en estas ferias hacen una valoración de estas más allá de lo económico al identificar otros réditos sociales y personales, como el avance hacia la autonomía.

La participación en las organizaciones, principalmente de productores/as agroecológicos/as, contribuyen a generar mayor resiliencia y/o autonomía en las mujeres productoras respecto a la comercialización. Este es el caso de las agricultoras de Cochabamba, Tarija, Caranavi y Achocalla. Su involucramiento en este tipo de organizaciones les permite acceder a formación, innovaciones, mercados y a re-crear una mayor conciencia de producir bajo principios agroecológicos. Asimismo, la capacitación es una posibilidad de interacción social potente para las mujeres: *“Es algo que me motiva a seguir aprendiendo algo más, compartir con otras mujeres, dejar la rutina del hogar, despejarme, salir a compartir”* (agricultora, Yacuiba, Tarija, región del Chaco) (Dorrego 2018). Complementariamente, al generar un cuidado y servicio a la sociedad, desarrollan un sentido de autovaloración, cambiando la visión de sí mismas respecto a su trabajo productivo y renovando su motivación para fortalecerlo. *“Yo me siento feliz, antes yo veía como mis hijos le pedían a mi marido, ahora me piden a mí”* (agricultora, Tarija, región de Valles) (Dorrego 2018).

Para las mujeres indígenas, los ingresos que provienen de la venta de sus producciones difícilmente son suficientes (según sus testimonios) para cubrir las necesidades de sus familias y de su producción. El destino principal de los ingresos que controlan las mujeres es la alimentación, comprando los alimentos que no producen. También invierten en la educación y gastos asociados a las necesidades de sus hijos e hijas, pagos de préstamos y emergencias.

La participación en espacios públicos asociados a la comercialización es una oportunidad que fortalece la economía y los tejidos sociales de las mujeres. *“La feria representa un lugar de intercambio de productos, pero también es una forma de reconocerse como generadora de ingresos, se reconoce esta labor, da a conocer su cultura y es un medio de relacionamiento”* (informante clave, La Paz) (Dorrego 2018).

Consideraciones finales

A lo largo del artículo se describieron las condiciones en que las mujeres rurales participan en experiencias agroecológicas en Bolivia desde la práctica cotidiana de producción y comercialización relevantes en la sustentabilidad de la vida. Si bien el centro del análisis es la participación de ellas en la agroecología y el avance en su auto-gestión a partir de la misma, queremos enfatizar en el contexto en el que se opta y realiza la producción agroecológica. Esto porque la situación de desventaja e invisibilización del trabajo de las mujeres, que no atañe únicamente a cuestiones locales y territoriales donde se encuentran o a la agencia de actores relevantes en la producción agrícola. Sino más bien están conectadas con cuestiones estructurales de una visión agrícola y económica de mercado dominante.

A partir de lo anterior, es pertinente una reflexión teórico-metodológica que aporte la economía feminista y que posibilite visibilizar los efectos en la vida de las mujeres rurales de una lógica de la economía global, que desvalora el trabajo del cuidado en el ámbito productivo, reproductivo y comunitario.

La economía feminista contribuye a la resignificación de la concepción del trabajo, conectándolo con la noción de cuidado, elemento repetitivo en los casos analizados. Desde aquí la relevancia de los resultados empíricos a través de los múltiples testimonios de las mujeres entrevistadas, que aportan en la interpretación del valor de sus actividades en el ámbito privado y público.

Por otro lado, los testimonios también visualizan que la organización y producción desde la agroecología son efectivamente una estrategia que fortalece a las mujeres como sujetos políticos, económicos y productivos. Por lo que la agroecología con sus principios y abordajes contribuye a reconocer y valorar las prácticas de cuidado de la tierra, y con diversos matices es una de sus estrategias más eficientes para garantizar la sustentabilidad de la vida.

Por todas estas razones, el diálogo teórico y práctico entre economía feminista y agroecología es fundamental para el análisis de las realidades y para que la construcción de propuestas que tengan una mirada integral y más crítica, capaz de fortalecer las condiciones de acceso y de autonomía de las mujeres rurales y sus comunidades. Dada la realidad de muchos sectores de mujeres indígenas y campesinas, el afianzar los puentes de diálogo entre interior la agroecología y los feminismos es una prioridad epistemológica. La agroecología sin una consideración más sólida de los feminismos y los feminismos sin los elementos que aporta la agroecología tendrán alcances limitados en sus objetivos de bienestar integral, inclusivo y resiliente.

A partir de allí y con base a los hallazgos del trabajo de campo realizado, proponemos algunos elementos de investigación-acción-reflexión que apuntan al trabajo complementarios entre estas dos transdisciplinas con el fin de visualizar las condiciones y desafíos que afrontan las mujeres rurales en su quehacer productivo de base agroecológica:

1. El contexto y las condiciones iniciales de acceso a recursos productivos para la mujeres, poniendo énfasis en el acceso a la tierra como condición necesaria para garantizar la posibilidad de producción, y reconociéndolo como factor normativo de equidad. Ello implica postular que la asignación de derechos no es suficiente, ya que los usos y costumbres de asignación son más determinantes en el cotidiano en la mayoría de los casos son inequitativos. Asimismo, el acceso a otros recursos productivos y reproductivos, como por ejemplo el agua, semillas y energía (por ejemplo, la leña), pueden llegar a ser una limitante para la producción, no solo por su escasez o restricción, sino porque su obtención significa sobrecarga laboral para las mujeres.
2. Relacionado con lo anterior, la superposición de los usos y costumbres sobre los derechos adquiridos de las mujeres rurales. En el ámbito comunal o supra comunal la participación de las mujeres se empieza a asumir como algo posible en organizaciones de mujeres (que se fomentan desde distintos espacios o de manera autónoma), pero tienen poca incidencia en la toma de decisiones en el ámbito público, relegándolas a roles feminizados y no a la toma de decisiones. Esto incide directamente el tipo de agricultura, gestión de recursos naturales y sistemas alimentarios que las mujeres aspiran a gestionar, usualmente desde los principios agroecológicos incluso sin ser explícitos para ellas.
3. La concentración de los hombres en las estrategias ligadas a la generación de ingresos relacionada con dos procesos: la migración temporal y la concentración en actividades no agrícolas, frecuentemente dejando las tareas productivas y las reproductivas en manos de mujeres.

4. La agroecología como una estrategia factible para la autogestión de las mujeres rurales desde una perspectiva productiva y reproductiva integral, dado que se adapta a sus condiciones, acceso a recursos y prioridades de cuidado.

Agradecimientos

Queremos agradecer a las mujeres de las comunidades indígenas y campesinas que nos compartieron sus conocimientos e hicieron posible estas reflexiones. A pesar del anonimato de sus testimonios, todas ellas son co-autoras de las ideas generadas en el documento. Un especial agradecimiento a nuestras asesoras y asesores de investigación, junto a ustedes pudimos reflexionar sobre las claves feministas y de agroecología como apuestas transformadoras. Asimismo, agradecemos a la Sociedad Científica Latinoamericana de Agroecología (SOCLA) y al Grupo de Trabajo “Mujeres, Agroecología y Economía Solidaria” del Consejo latinoamericana de Ciencias Sociales (CLACSO) que hicieron posible la difusión de este trabajo.

Bibliografía

- Altieri Miguel A. 1999. Agroecología. Bases científicas para una agricultura sustentable. Montevideo: Nordan-Comunidad.
- Altieri Miguel A. 2002. Agroecology: The Science of Natural Resource Management for Poor Farmers in Marginal Environments. *Agriculture, Ecosystems and Environment* 93:1-24.
- Altieri Miguel A., Nicholls Clara. 2000. Agroecología. Teoría y práctica para una agricultura sustentable. México DF: PNUMA.
- Altieri Miguel A, Funes-Monzote Fernando, Petersen Paulo. 2011. Agroecologically efficient agricultural systems for smallholder farmers: Contributions to food sovereignty. *Agronomy for Sustainable Development* 32(1):1-13.
- Carrasco Cristina. 2012. Economía, trabajo y sostenibilidad de la vida. En *Sostenibilidad de la vida. Aportaciones desde la economía solidaria, feminista y ecológica* (Red de Economía Alternativa y Solidaria, READ Euskadi, ed.). Bilbao: REAS Euskadi, pp. 27-42.
- Carrasco Cristina, Díaz Corral Carmen. 2017. Economía Feminista. Desafíos, propuestas, alianzas. Barcelona: Edición Entre Pueblos.
- Costanzo Mariagiulia. 2018. Extracción de mujeres: La base económica del extractivismo neoliberal. En *El Extractivismo en América Latina: dimensiones económicas, sociales, políticas y culturales* (Delgado M, Galicia AL, eds.). Sevilla: IEAL, pp. 210-226.
- Deere Carmen D, Díaz Jackeline C. 2011. Acumulación de activos: una apuesta por la equidad. Quito: FLACSO, Sede Ecuador.
- Dorrego Ana. 2018. Las mujeres en los sistemas de producción bajo principios agroecológicos en Bolivia. Tesis doctoral. Universidad Complutense de Madrid, España.
- Elías Bishelly. 2013. La soberanía alimentaria desde las mujeres cuatro estudios de caso. Cuadernos de Trabajo REMTE N° 19. La Paz: REMTE.

- Estado Plurinacional de Bolivia. 2009. Nueva Constitución Política del Estado Boliviano.
- Estado Plurinacional de Bolivia. 2016. INFO SPIE. Sistema nacional de planificación del Estado. Disponible en <http://si-spie.planificacion.gob.bo/>
- Gliessman Stephen R. 2015. Agroecology: A transdisciplinary, participatory and action-oriented approach. Boca Raton: CRC Press.
- Howard Patricia L. 2010. Culture and Agrobiodiversity: Understanding the Links. En *Nature and Culture. Rebuilding Lost Connectios* (Pilgrim S, Pretty J, eds.). London / Washington DC: Earthscan, pp. 163-84.
- INE(Instituto Nacional de Estadística).2012.Base de datos del Censo Nacional de Población y Vivienda. Disponible en <http://datos.ine.gob.bo/binbol/RpWebEngine.exe/Portal?BASE=CPV2012COM&lang=ESP>
- INE (Instituto Nacional de Estadística). 2016. Encuesta de Prevalencia y Características de la Violencia contra las Mujeres. Disponible en <https://www.ine.gob.bo/index.php/notas-de-prensa-y-monitoreo/itemlist/tag/EPCVcM>.
- INRA (Instituto Nacional de Reforma Agraria). 2015. La estructura de la tenencia de tierras está cambiando, la revolución agraria avanza. Separata. Disponible en <http://www.inra.gob.bo/InraPb/paginaController?cmd=contenido&id=9405>
- Lastarria-Cornhiel Susana. 2008. Feminización de la agricultura en América Latina y África. Tendencias y fuerzas impulsoras Debates y temas rurales N° 11. Santiago: RIMISP.
- Llanque Aymara. 2015. La economía de las mujeres rurales en el contexto comunitario. Fortalecimiento de alternativas integrales de manejo de Bosques y Recursos Naturales. Sistematización de experiencias en la TCO Monte Verde. La Paz: RRI / IPHAE / Editorial Carrasco.
- Nicholls Clara, Ríos Leonardo A, Altieri Miguel A. 2013. Agroecología y resiliencia socio ecológica: Adaptándose al cambio climático. Medellín: REDAGRES / CYTED/ SOCLA.
- Norgaard Richard, Sikor Thomas. 1999. Metodología y Práctica de La Agroecología. En *Agroecología. Bases Científicas Para Una Agricultura Sustentable* (Altieri A, ed) Montevideo: Nordan-Comunidad, pp. 31-46.
- Paredes Julieta. (2010). Hilando fino: desde el feminismo comunitario. Comunidad Mujeres Creando Comunidad.
- Puleo Alicia. 2014. Ecofeminismo para otro mundo posible. Madrid: Ediciones Cátedra.
- Ramírez Mirtha G. 2010. Acceso y titularidad de las mujeres a la tierra. La Paz: Coordinadora de la Mujer.
- RRI (Right and Resources Initiative). 2010. Pluralismo legal en comunidades amazónicas de Bolivia. La Paz: IPHAE - RRI, Editorial Carrasco.
- Sánchez García Carmen. 2012. Mujeres, Tierra y Territorio: nuestros andares y nuestros sentires. Bolivia, Brasil, Ecuador, Guatemala, Perú. La Paz: Colectivo Cabildeo.

- Siliprandi Emma, Zualuaga Sánchez Gloria P. (coord.). 2014. Género, agroecología y soberanía alimentaria. Barcelona: Icaria.
- Toledo Víctor M. 2014. México, regiones que caminan hacia la sustentabilidad. Una geopolítica de las resistencias bioculturales. Puebla: Biblioteca Interactiva Pedro Arrupe Sj, Universidad Autónoma de Puebla.
- Toledo Vícto M, Barrera-Bassols Narciso. 2008. La Memoria Biocultural. La Importancia Ecológica de Las Sabidurías Tradicionales. Barcelona: Icaria.

8

Cadernetas Agroecológicas e a contribuição econômica das agricultoras agroecológicas no Brasil

Liliam Telles¹; Laeticia Jalil²; Elisabeth Cardoso³; Camila Rafaela Alvarenga⁴

Contexto

Este artigo apresenta parte da pesquisa realizada pelo Grupo de Trabalho de Mulheres da Articulação Nacional de Agroecologia (GT Mulheres da ANA)⁵, desenvolvida em quatro regiões do Brasil (nordeste, sudeste, Amazônia e sul)⁶, realizada em parceria com organizações da sociedade civil e movimentos sociais, que atuam sob uma perspectiva feminista e integram a rede formada pelo GT Mulheres da ANA. Ao todo mil cadernetas foram distribuídas entre agricultoras de todas as regiões do país, das quais cerca de 250 foram preenchidas sistematicamente. A fase de sistematização e análise das informações levantadas durante a pesquisa

- 1 Engenheira Florestal e Mestre em Extensão Rural pela Universidade Federal de Viçosa (UFV). Membro do Grupo de Trabalho Mulheres da Articulação Nacional de Agroecologia e da Associação Brasileira de Agroecologia (ABA). Email: liliamtelles@gmail.com
- 2 Socióloga e Doutora em Desenvolvimento, Agricultura e Sociedade pela Universidade Federal Rural do Rio de Janeiro (UFRRJ). Professora da Universidade Federal Rural de Pernambuco (UFRPE) e Vice-Presidenta Nordeste da Associação Brasileira de Agroecologia (ABA). Email: laeticiajalil@gmail.com
- 3 Agrônoma e Mestre em Agroecologia pela Universidad Internacional de Andalucía (UNIA). Técnica do Centro de Tecnologias da Zona da Mata, Coordenadora do Grupo de Trabalho de Mulheres da Articulação Nacional de Agroecologia (ANA) e membro da Associação Brasileira de Agroecologia (ABA). Email: beth@ctazm.org.br
- 4 Economista, doutoranda do Programa de Pós-graduação em Economia Aplicada do Departamento de Economia Rural da Universidade Federal de Viçosa (UFV). Email: camilaalvarenga89@gmail.com
- 5 A Articulação Nacional de Agroecologia (ANA) foi criada em 2002 após o I Encontro Nacional de Agroecologia (ENA), constituindo-se como um espaço de articulação de movimentos sociais, redes e organizações que atuam no campo agroecológico e de convergência com outras redes que têm interface com o tema e a agenda política da agroecologia no Brasil. O Grupo de Trabalho de Mulheres da ANA foi formado em 2004 e é composto por organizações e movimentos sociais que atuam no campo agroecológico no Brasil e desenvolvem atividades com mulheres rurais. Para saber mais <http://www.agroecologia.org.br/>
- 6 O projeto denominado *Os Quintais das Mulheres e a Caderneta Agroecológica na Zona da Mata de Minas Gerais e nas Regiões Sudeste, Sul, Amazônia e Nordeste: sistematização da produção das mulheres rurais e um olhar para os quintais produtivos do Brasil*, é uma parceria entre a Universidade Federal de Viçosa (UFV), o Centro de Tecnologias Alternativas da Zona da Mata (CTA/ZM), o Grupo de Trabalho de Mulheres da ANA e a Secretaria Especial de Agricultura e Desenvolvimento (SEAD) do Governo Federal, tendo se constituído antes do impeachment da presidenta eleita, Dilma Rousseff.

ainda não foi concluída e, por esse motivo, utilizamos para efeito deste artigo as informações referentes a duas comunidades no Vale do Ribeira, Estado de São Paulo.

Essas informações estão inscritas na pesquisa de mestrado sob o título *Desvelando a economia das agricultoras agroecológicas: a experiência das mulheres de Barra do Turvo, SP*⁷, desenvolvida por Liliam Telles (2018), e teve como objetivo desvelar a contribuição econômica, ecológica e simbólica das mulheres para a reprodução dos agroecossistemas⁸ e a construção da agroecologia no Brasil. Para isso, além da sistematização das Cadernetas Agroecológicas, foi adotado um questionário para a caracterização socioeconômica das agricultoras envolvidas, realização de entrevistas semiestruturadas e a observação participante.

A contribuição econômica das mulheres agricultoras agroecológicas no meio rural permanece oculta em grande medida, em as relações econômicas que não mobilizam recursos monetários —como o autoconsumo, as trocas e doações de sua produção, além das atividades domésticas e de cuidados— que ficam exclusivamente sob suas responsabilidades. Toda essa “dinâmica substantiva” das mulheres representa uma densa vida econômica, mas é marginalizada e invisibilizada pela naturalização do senso comum e pela orientação ortodoxa das teorias econômicas que masculinizam a economia, as quais associam as relações econômicas a práticas mercantilistas e a mediação monetária das trocas materiais.

Neste sentido, a realização de estudos que desvendem este universo e demonstrem a importância econômica, social e ambiental das atividades protagonizadas pelas mulheres é fundamental para possibilitar a construção de sua autonomia (no momento em que elas passam a reconhecer e entender o sistema econômico e político em que estão imersas). Adicionalmente, contribuem para criar um arcabouço empírico e teórico que justifique a elaboração de políticas públicas com enfoque econômico crítico, voltadas para as agricultoras agroecológicas no Brasil. Não obstante, análises econômicas desde perspectivas não hegemônicas, sinalizam a amplitude de uma profícua agenda de pesquisas, sobre um campo de estudos ainda pouco explorado, mas que exige posicionamentos ontológicos e epistemológicos compatíveis com a necessidade de suprimir abordagens reducionistas e patriarcais sobre a economia e a sociedade rural.

Na pesquisa, a análise dos dados foi realizada a partir da conexão entre duas correntes teóricas: a economia feminista e a sociologia econômica. Ambas questionam as bases da economia neoclássica ao afirmarem que a economia não é redutível aos mercados; pelo contrário, compreende todas as atividades para a reprodução e manutenção da vida, seja através das esferas monetarizadas ou não (Orozco 2012). Conforme cita Michele Pujol (1992) “[...] a economia tem desenvolvido uma metodologia que não consegue ‘ver’ o comportamento econômico das mulheres” (Pujol 1992). Esse é um dos mecanismos que consolidam a separação entre o público e o privado, trabalho reprodutivo / trabalho produtivo, e reforça como parte deste último apenas as atividades relacionadas ao trabalho e produção mercantil, relegando as atividades domésticas ao que é considerado improdutivo.

Segundo Karl Polanyi (2012), os princípios do racionalismo econômico, de modo fantasioso, circunscreveram toda a riqueza e diversidade da existência humana no quadro de referência do mercado. Por este motivo, o autor afirma ser necessário olhar para os processos econômicos, entendendo-os a partir de um significado

7 Esta pesquisa teve como orientador o professor Alair Ferreira de Freitas do Departamento de Economia Rural (UFV, Brasil); e como coorientadora, a professora e pesquisadora Isabelle Hillenkamp, do Institut de Recherche pour le Développement (IRD, França).

8 “O agroecossistema é definido como um tipo específico de ecossistema modificado pela ação humana por meio das atividades agrícolas. É a unidade geográfica delimitada (ainda que variável quanto a sua extensão) onde se dão complexas relações entre práticas agrícolas e o ecossistema original. Para se entender essas relações é necessário analisar não apenas os fenômenos ecológicos que ali ocorrem (como os bioquímicos e agrônômicos), mas também as interações entre os seres humanos” (Siliprandi 2009).

substantivo, compreendendo dimensões não apenas monetárias, mas também simbólicas, culturais e não mercantis. Com base nisso, a organização da produção e da distribuição é resultado da articulação dos princípios de integração econômica: a reciprocidade, a redistribuição, a domesticidade e o mercado (Polanyi 2000)⁹.

Isabelle Hillenkamp (2016), ao recuperar e atualizar o princípio da domesticidade, reivindica que sem ele não é possível esclarecer “*uma parte substancial das lógicas não mercantis de integração da economia na sociedade*” (Hillenkamp 2016, p.177-178), que continuam operando de distintas maneiras nas sociedades contemporâneas. Esse olhar nos possibilita debruçar sobre os diferentes tipos de trabalhos realizados pelas mulheres —remunerados ou não— e sobre as distintas práticas que elas protagonizam com o objetivo de garantir a sustentabilidade da vida à família e à comunidade.

Este arcabouço teórico possibilita aportar interessantes subsídios analíticos para uma perspectiva contra-hegemônica sobre a economia e sobre o trabalho das agricultoras agroecológicas no Brasil. Colocar as mulheres no centro da análise dos processos econômicos representa também um movimento teórico-analítico pautado no feminismo, na ressignificação da economia e na agroecologia. Por outras palavras, constitui um diálogo inter-científico construindo interfaces para compreender a densa vida econômica das mulheres, suas estratégias de reprodução socioeconômica e formas de sociabilidade, na relação com a vida, com a natureza e com as distintas racionalidades aportadas desde suas realidades.

¿De quem estamos falando?

É importante situarmos quem são as mulheres rurais no Brasil e quais são suas condições de vida para, a partir daí, localizarmos as mulheres agricultoras agroecológicas¹⁰ como sujeitos desta pesquisa, no contraponto ao modelo hegemônico.

A população rural no Brasil, de acordo com o último Censo Demográfico (IBGE 2010), é de mais de 29.8 milhões de pessoas, o que corresponde a 15.64% do total da população brasileira. Deste conjunto, mais de 14 milhões são mulheres, representando 47.38% da população rural. De acordo com Hildete Melo e Alberto Di Sabbato (2009), ao analisar os dados estatísticos populacionais de 1993 a 2006 percebe-se uma queda da participação da população rural no total da população brasileira ao longo dos anos, o que segundo eles, se deve ao processo de “modernização da agricultura”¹¹, com intensa mecanização e concentração fundiária a partir dos anos 70. Um dos resultados deste modelo foi o intenso processo de migração do campo para as cidades, sobretudo das mulheres, reforçando um fenômeno de masculinização do campo.

9 A grande transformação de Karl Polanyi foi publicada em 1944. Nesse trabalho temos como referência a versão de Karl Polanyi (2000).

10 Compreendemos como “agricultoras agroecológicas” as mulheres que desenvolvem atividades agrícolas e não agrícolas voltadas para a reprodução de seus grupos familiares e de proximidade, a partir de práticas sustentáveis (sociais, ambientais, econômicas e ecológicas) em seus agroecossistemas. Adicionalmente, são aquelas que desenvolvem relações sociopolíticas e econômicas com diferentes atores fundamentais para os processos de transição agroecológica e para a reprodução da vida. Elas são portadoras de conhecimentos ancestrais, que ressignificam e transformam suas práticas a partir das necessidades e mudanças ambientais e culturais.

11 O processo de modernização conservadora da agricultura no Brasil está relacionado ao contexto do pós-guerra, por volta de 1948, após a implementação da chamada política da boa vizinhança do governo de Franklin Roosevelt nos Estados Unidos da América, junto aos países considerados subdesenvolvidos do continente americano, como estratégia para o desenvolvimento econômico. Consistia na utilização da monocultura, insumos químicos como adubos e agrotóxicos e intensa mecanização, conhecida como Revolução Verde, sob o pretexto de aumento da produtividade para combater a fome. Para saber mais, ver Maria SB Portilho (1999) e Maria TL De Fonseca (1985).

Apesar deste processo, as mulheres agricultoras permaneceram envolvidas no conjunto de atividades próprias da agricultura familiar, como preparo de solo, colheita e criação de pequenos animais, entre outras. No entanto, sua vida é marcada por uma rígida divisão sexual do trabalho e pela posição subordinada que ocupam em relação aos homens. Essa realidade se expressa no acúmulo do trabalho reprodutivo —doméstico e de cuidados— naturalizado como de responsabilidade estrita das mulheres. Isto resulta na invisibilidade do seu trabalho produtivo considerado apenas como acessório às atividades do homem, na menor remuneração em comparação com as ocupações similares as dos homens e na dificuldade de acesso aos direitos sociais e políticas públicas (Siliprandi 2007). O estudo realizado por Hildete Melo e Alberto Di Sabbato (2009), reafirma esta realidade. Analisando a população ocupada nas diferentes atividades agropecuárias em 2006, identificou-se que as atividades de criação de aves e pequenos animais ocupam quase 1/3 do trabalho feminino e no máximo 3% do trabalho masculino. Os dados revelam que as atividades para o autoconsumo, “[...] *exercidas nas unidades de produção familiar, congregam a maioria das trabalhadoras —e entre 1/3 e 47% dos trabalhadores—na horticultura e floricultura e no cuidado com pequenos animais*”. (Melo e Di Sabbato 2009, p. 144). Esse conjunto de dados e pesquisas mostram que em todas as regiões do país —contrariando muitos argumentos políticos e o senso comum— as mulheres protagonizam processos econômicos, se ocupando, por vezes, mais que os homens em atividades produtivas.

As mulheres produzem para o autoconsumo, ao mesmo tempo em que buscam caminhos para qualificar sua capacidade de organização produtiva, visando sua inserção em mercados locais e regionais. Ainda segundo Hildete Melo e Alberto Di Sabbato (2009), cerca de 2/3 das mulheres rurais trabalham em atividade sem remuneração ou para o autoconsumo, como uma extensão das suas tarefas domésticas e de seu papel atribuído socialmente. Inversamente, entre os homens predominam as ocupações remuneradas em quase todas as atividades agropecuárias, e quando se analisam as atividades para autoconsumo e não-remuneradas, verifica-se menos de 1/3 da ocupação masculina. Este dado é importante por revelar a maior participação das mulheres na produção para o autoconsumo e em atividades agrícolas ou não-agrícolas que não auferem remuneração, e nos ajudam a pautar nossa problemática.

Para Emma Siliprandi e Rosângela Cintrão (2011), embora as mulheres “[...] *trabalhem em praticamente todas as tarefas da propriedade, muitas vezes não participam da decisão sobre os usos dos recursos ou sobre as prioridades da família e não têm acesso à renda gerada por seu trabalho*” (p. 13). Desta forma, a contribuição econômica das mulheres rurais, em grande medida permanece oculta em relações econômicas que não mobilizam recursos financeiros como, segundo mencionado anteriormente, o autoconsumo, as trocas e doações de sua produção.

Percebe-se, assim, que há um amplo leque de atividades realizadas pelas mulheres que simplesmente não são reconhecidas como trabalho e, portanto, não são contabilizadas nos dados oficiais o dentro da lógica mercantil que rege a concepção hegemônica sobre economia. A densidade da vida econômica e do trabalho cotidiano das mulheres é invisibilizada diante do fato de que boa parte das transações e ações não são monetarizadas ou racionalmente calculadas para inserção em mercados formais. Por tanto, o trabalho produtivo e reprodutivo das mulheres passa a ser “complementar” aos homens que empreendem atividades remuneradas, diluindo inclusive a caracterização das práticas das mulheres, senão apenas como uma economia doméstica, ignorando e desvalorizando sua densa vida econômica.

Cabe ainda uma reflexão que quando falamos de mulheres rurais, não estamos tratando de um sujeito universal ou uma unidade identitária. A experiência do GT de Mulheres da ANA mostra que são mulheres

diversas, e trazem em suas trajetórias marcas dos territórios em que vivem, da interação com a natureza e dos biomas que as cercam e das relações sociais que as condicionam como sujeitos políticos e culturais históricos. Muitas destas mulheres enfrentam em seus cotidianos, relações de violência marcadas pela estrutura social e política que caracteriza o Brasil (um país de grandes latifúndios e de produção de commodities em monocultivos), com um poder político concentrado (coronista e paternalista), imersas numa cultura patriarcal e machista, que ganha nuances específicas para as comunidades rurais, do campo, das florestas e das águas.

Uma pergunta que nos acompanha é ¿como a agroecologia, compreendida como ciência, movimento e prática em diálogo com o movimento e a teoria feminista, contribui para o fortalecimento das agricultoras agroecológicas, na transformação de suas realidades e na construção de novas relações sociais e com a natureza? Neste contexto a Caderneta Agroecológica foi criada como um instrumento para sistematizar e mensurar a contribuição econômica, social e ambiental das mulheres agroecológicas na reprodução dos agroecossistemas e da vida.

Cadernetas agroecológicas: Instrumento de luta e empoderamento das mulheres agroecológicas

A caderneta vem para nos mostrar aquilo que a mulher acha que não faz. Quando a gente anota tudo que produz e vê tudo que deixa de comprar no mercado, a gente vê que não sabia que trabalhava. Eu chegava a falar: eu tô tão cansada e não fiz nada

Dona Lia. Diogo de Vasconcelos, Minas Gerais

A maioria das mulheres rurais recebe essa agressão do marido que chega e fala 'ah, hoje você não fez nada', porque ficou em volta da casa trabalhando. Se não for lá para a lavoura, a gente acaba sentindo que realmente não fez nada. Anotando na caderneta a gente pode ver e mostrar: olha aqui o que eu fiz, o que estou fazendo e o valor que tem

Armezinda da Silva Firmino. Espera Feliz, Minas Gerais

A Caderneta Agroecológica (Figura 1) é um instrumento de mensuração econômica, criado pelo Centro de Tecnologias Alternativas da Zona da Mata (CTA-ZM), para dar visibilidade ao trabalho das agricultoras agroecológicas. Nela são registrados o consumo, a troca, a venda e a doação do que é cultivado nos quintais produtivos e nos espaços de domínio das agricultoras nos agroecossistemas. Estes são lugares de produção de saberes, de garantia de segurança alimentar e nutricional, de práticas sustentáveis (ecológica e socialmente), de manutenção da agrobiodiversidade, de cuidados e de reprodução da vida.

Os quintais produtivos ou “roçados, terreiros, ao redor de casa”, como são chamados pelas mulheres em diversas partes do país, vêm ganhando visibilidade nos debates sobre agroecologia e em pesquisas sobre o tema. Em 2010, a pesquisa coordenada pelo GT de Mulheres da ANA —materializada no livro *Mulheres e Agroecologia: sistematizações de experiências de mulheres agricultoras*— constatou que os quintais são um espaço estratégico para a transição agroecológica, seja para a produção de alimentos garantindo a segurança alimentar das famílias, seja para a experimentação e a geração de renda monetária e não monetária (Arzua *et al.* 2010).

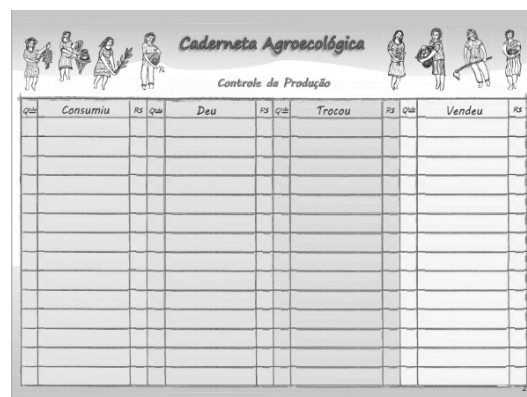


Figura 1. Caderneta Agroecológica.

A Caderneta Agroecológica foi criada para auxiliar na administração da produção das agricultoras e o exercício de anotação trouxe uma série de reflexões em diferentes esferas. No nível individual contribuiu para as mulheres reconhecerem seu trabalho e as diferentes formas de opressão e violência vivenciadas no âmbito familiar. No nível organizacional e nos processos de assessoria às mulheres e seus grupos produtivos, provocou uma mudança metodológica nas abordagens para visibilizar o trabalho das mulheres como fundamental para a transição agroecológica. No nível das redes, tanto do GT Mulheres da ANA como dos demais movimentos e organizações que o compõem, ajudou em relação às ações de incidência política e ampliação e politização do conceito de agroecologia.

Por tanto, o processo de construção da Caderneta Agroecológica faz parte de uma prática feminista de construção coletiva de conhecimento, e que se situa no campo das pedagogias feministas. Além de ser um instrumento de pesquisa e coleta de dados para as pesquisadoras envolvidas, é também um instrumento de empoderamento político, que possibilita as próprias agricultoras agroecológicas sistematizarem seu trabalho e assim, perceberem/ compreenderem sua contribuição para a economia e a reprodução da vida. Outra questão fundamental é que a partir desta compreensão e posicionamento teórico e político, as agricultoras agroecológicas são sujeitos e não objetos da pesquisa, rompendo com a relação de poder histórica da construção do conhecimento acadêmico e do fazer científico (Figura 2).



Figura 2. Fotografias de reunião de formação com pesquisadoras e agricultoras agroecológicas que participaram da pesquisa

Fonte: Acervo CTA/ZM.

Entendemos que a transformação social só poderá ocorrer de forma eficaz via processos educativos, populares e coletivos. Para tal, é fundamental que nós mulheres consigamos transformar o conhecimento existente sobre nós mesmas e sobre a realidade a partir das lentes dos feminismos, das nossas experiências e especificidades, criando e nos apropriando de métodos e procedimentos que se aproximem da nossa maneira de ser e estar no mundo. Isto nos ajuda a avançar *Hacia una pedagogía feminista!*

Corroboramos com Claudia Korol (2007) ao afirmar que para se construir uma pedagogia feminista, é necessário desorganizar as relações de poder, considerando o valor da subjetividade na criação histórica e o valor dos corpos inscritos nos territórios. A pedagogia feminista tem suas raízes na pedagogia popular —que parte da educação como prática de liberdade (Freire 1999)— e do feminismo, propondo-se assumir o enfrentamento às estruturas opressoras, construindo formas de resistência e transformação cotidianas.

Ouvir as histórias das mulheres é urgente e necessária para uma práxis transformadora, que valorize as várias vozes e tenha no diálogo sua dinâmica problematizadora, onde todos e todas possam expressar seus diferentes saberes (Santos e Bonfim 2010). Com isto será possível a recriação de novas formas de pensar, sistematizar, escrever e construir narrativas e textos sobre as mulheres e suas histórias. Também é um campo de disputa contra-hegemônico no fazer científico e na construção da realidade social.

A Contribuição das mulheres agroecológicas para a produção e reprodução dos agroecossistemas e da vida no Brasil

A partir do apresentado, buscamos investigar a contribuição econômica —monetária e não monetária— das agricultoras agroecológicas para a economia familiar, a partir dos acúmulos e aprendizados do movimento feminista e agroecológico do Brasil, do qual participamos, e que nos possibilite reafirmar o lema do GT de Mulheres da ANA *Sem Feminismo não há Agroecologia*.

O feminismo, como afirmamos numa carta aberta do GT de Mulheres da ANA¹², é considerado uma teoria crítica, um marco interpretativo, que nos permite dar visibilidade a aspectos do relacionamento opressivo entre os homens e as mulheres que, de outra forma, não seriam significativos ou seriam considerados normais. Fundamentalmente, o reconhecimento de que a realidade social se estrutura através de um sistema sexo-gênero, cuja expressão visível é a dominação das mulheres pelos homens. Tal realidade não é apenas uma construção sócio-histórica, é também uma ordem simbólica, uma forma de ver a realidade, e de aceitar como normal uma situação que pelos parâmetros gerais da sociedade não seria aceitável porque é opressiva.

A teoria feminista, por ser crítica, questiona os sistemas de pensamento existentes à luz dos pressupostos destes mesmos sistemas, mostrando as suas incoerências, e no caso do feminismo ocidental moderno, mostrando que não existem direitos e liberdades iguais para todos/as, pois na verdade esses direitos são negados ou dificultados sistematicamente para distintas porções da população, por exemplo, para as mulheres.

É impossível transformar a realidade do ponto de vista do paradigma produtivo e ambiental, sem mudar as relações dominantes entre os homens e mulheres, sem considerar a desigual distribuição dos recursos produtivos, sem visualizar a injusta divisão sexual do trabalho, e sem o reconhecimento da contribuição que as mulheres trazem aos conhecimentos tradicionais sobre a gestão ambiental e para a reprodução da vida. Partimos do

12 Disponível em <https://marchamulheres.wordpress.com/2013/12/20/carta-aberta-a-francisco-caporal-sem-feminismo-nao-ha-agroecologia/>

pressuposto de que as mulheres, por serem cerceadas em sua autonomia pessoal, são impedidas de participar como cidadãs de muitas das atividades públicas e políticas, fundamentais para a construção de um modelo de desenvolvimento rural justo e igualitário. Para nós, mulheres feministas do movimento agroecológico no Brasil, quando trazemos a pauta política *Sem Feminismo não há Agroecologia*, fazemos uma provocação para dentro do movimento agroecológico buscando refletir sobre os princípios e ideais que orientam os processos de transição, muitas vezes baseados prioritariamente na transformação da base produtiva ou numa conversão tecnológica. Sabemos que as mudanças na estrutura são fundamentais, e isso inclui o acesso à educação contextualizada, a reconstrução de tecnologias sociais, acesso à terra, acesso à água, direito ao território, etc. Mas acreditamos, fundamentalmente, que estas mudanças devem vir passo a passo com o reconhecimento das mulheres e jovens como sujeitos construtores da agroecologia. Cremos que o processo de transição agroecológico deve ser também um processo de mudanças profundas das relações sociais de gênero, geracionais, raciais, étnicas e que deve incorporar a luta contra a violência de gênero e sexista, e novas abordagens teóricas que nos ajudem a pôr luz as questões que foram invisibilizadas historicamente. Com isso buscamos mostrar a convergência entre estes dois campos de saber-fazer —o feminismo e agroecologia— como um movimento ascendente que provoque modificações profundas nas bases da sociedade capitalista e patriarcal, e reconstrua as condições reais para um modelo de sociedade sustentável, justo e solidário.

Desta forma, propomos que para uma completa coerência das dimensões e dos princípios agroecológicos no redesenho dos agroecossistemas ela deve considerar explicitamente as questões feministas. A partir dela, será possível agregar ao conjunto de conhecimentos que já são utilizados pela agroecologia os referenciais teóricos trazidos pelo feminismo, que contribuem a explicitar e combater as diferentes formas de opressão, como de gênero, raça e classe. Partindo deste olhar, construímos esse artigo.

Os dados apresentados foram coletados em duas comunidades do município de Barra do Turvo, em São Paulo: Vale do Ribeira e Córrego da Onça (comunidade remanescente de quilombo Terra Seca)¹³. Para tal, foram sistematizadas sete Cadernetas Agroecológicas, preenchidas pelas agricultoras agroecológicas durante 11 meses (entre março de 2017 e fevereiro de 2018), com as quantidades da produção de domínio das mulheres utilizadas para consumo, troca, venda e doação, e os seus respectivos valores de mercado. É importante ressaltar que, para além do fato de que as anotações nas cadernetas são muitas vezes infrequentes e variáveis de acordo com o contexto socioeconômico das agricultoras, existe outro componente que contribui para a subestimação do valor econômico da produção dessas mulheres: a dificuldade em atribuir valor monetário à produção própria.

Partimos da ideia de que a economia das mulheres deve ser observada para além dos quintais produtivos, pois suas relações sociais e econômicas não se limitam a esse espaço. As agricultoras tecem relações e estabelecem fluxos entre os diferentes subsistemas que compõem os agroecossistemas, como também interagem e se relacionam com outros sujeitos e espaços (associação, sindicatos, comunidade, feiras, igreja, etc.). Elas contribuem ativamente para a construção de estratégias econômicas no sentido substantivo, conforme

13 Na comunidade quilombola Terra Seca as agricultoras estão organizadas através do grupo produtivo informal denominado As Perobas. Neste, as mulheres se reúnem em suas próprias casas, possui uma média de dois anos de existência e cerca de oito integrantes. As agricultoras do grupo produzem e comercializam hortaliças, e ainda comercializam frutas e beneficiados da agroindústria vegetal; bem como participam das iniciativas de comercialização com grupos de consumo e com um empreendimento comercial denominado Quitandoca, todos da região metropolitana da cidade de São Paulo. A renda obtida é de menos de um salário mínimo por mês. No Córrego da Onça, as agricultoras estão organizadas no grupo produtivo Rosas do Vale, que possui cerca de sete integrantes (as quatro agricultoras entrevistadas declararam entre si e oito integrantes) e existe há dois anos. O grupo se reúne nas casas das integrantes, mas ainda não comercializa nada conjuntamente, tendo apenas iniciativas pontuais de venda porta a porta, comercialização coletiva em feiras e eventos. As agricultoras produzem e comercializam individualmente itens como artesanatos, hortaliças, frutas e beneficiados da agroindústria vegetal.

propõe Karl Polanyi (2000), que visem à satisfação das necessidades humanas. No mesmo sentido, para tornar visíveis as práticas econômicas das mulheres, invisibilizadas pela posição que ocupam na sociedade patriarcal, as economistas feministas afirmam a importância de reconstruir a noção de economia. Propõem, portanto, incorporar o conjunto de atividades não mercantis, necessárias ao que chamam de *sustentabilidade da vida humana* nas análises feministas sobre a economia. Assim, boa parte do trabalho das agricultoras está voltada à reprodução da unidade familiar e dos grupos mais próximos, o que pela leitura de Karl Polanyi (2000) se expressa no princípio de domesticidade.

Nas duas comunidades visitadas foi possível perceber que as mulheres estão envolvidas numa diversidade enorme de atividades relacionadas aos sentidos materiais, afetivos, emocionais e espirituais da produção e reprodução humana, seja no âmbito familiar ou comunitário. De modo geral, essas atividades são invisíveis porque, segundo descrito anteriormente, não geram recursos monetários. Embora “Quem cuida da casa? “Da alimentação? “Da saúde da família? E “da educação dos filhos? “Quem faz as compras para a casa? “Quem paga as contas? A estas perguntas, salvo raras exceções, sempre as mesmas respostas: “Eu mesma!”.

Ocorre que, por serem essas atividades —e tantas outras realizadas pelas mulheres— invisibilizadas e desvalorizadas, as lentes das correntes hegemônicas e ortodoxas da economia não permitem enxergar como esse conjunto de tarefas se articula e se traduz em estratégias para a produção e reprodução da vida, bem como sinalizam uma complexa vida econômica das mulheres. A invisibilidade de parte do trabalho realizado por elas implica na divisão desigual do trabalho na família e na sociedade. Os depoimentos das agricultoras refletem como essa desigualdade é naturalizada e sobrecarrega as mulheres cotidianamente. Desta forma, o desafio de pôr luz aos quintais e outros espaços de maior autonomia das mulheres, se soma ao desafio de sistematizar e compreender a economia da vida das agricultoras agroecológicas, em sua totalidade.

A contribuição das Cadernetas Agroecológicas como instrumento econômico se mostrou relevante por possibilitar análises desde uma perspectiva substantiva da economia, conforme afirma Karl Polanyi (2000); ou, de outro modo para as economistas feministas, desde uma perspectiva da sustentabilidade da vida humana. As atividades de consumo, doação e troca foram visibilizadas, assim como os intercâmbios monetários que geralmente são o único aporte reconhecido pelos economistas ortodoxos e, geralmente, pela sociedade. Por este motivo, através desse instrumento foi possível tornar visível as diferentes formas de valorização —mercantis e não mercantis— da produção econômica das mulheres.

A partir das análises dos dados das Cadernetas Agroecológicas e considerando apenas as anotações precificadas pelas agricultoras, a média mensal do valor da produção (por agricultora) é de R\$574.64 na comunidade remanescente quilombola Terra Seca e R\$57.39 no Córrego da Onça. As Figuras 3 e 4 apresentam os valores totais das anotações precificadas para cada comunidade, por relação econômica.

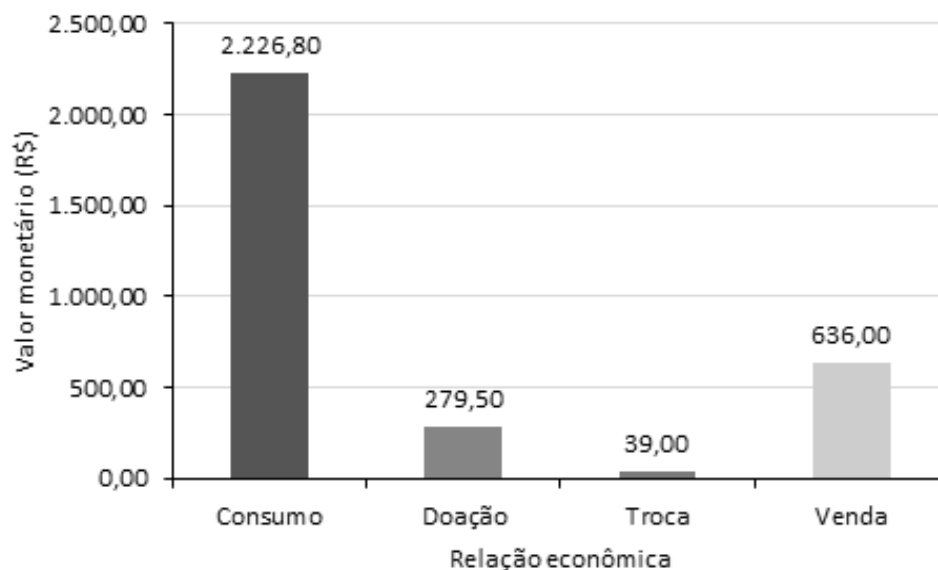


Figura 3. Valor total da produção por relação econômica para o Córrego da Onça.

Fonte: Elaboração própria com base aos dados coletados com as Cadernetas Agroecológicas.

No Córrego da Onça, onde a soma dos valores das atividades das mulheres totaliza R\$3,181.30, a produção para consumo é a mais relevante no sentido econômico, correspondendo a R\$2,226.80 ou quase 70% do valor total da produção. Adicionalmente percebe-se que as atividades de troca não são frequentes e correspondem apenas a 1.2% do total movimentado em todas as relações econômicas.

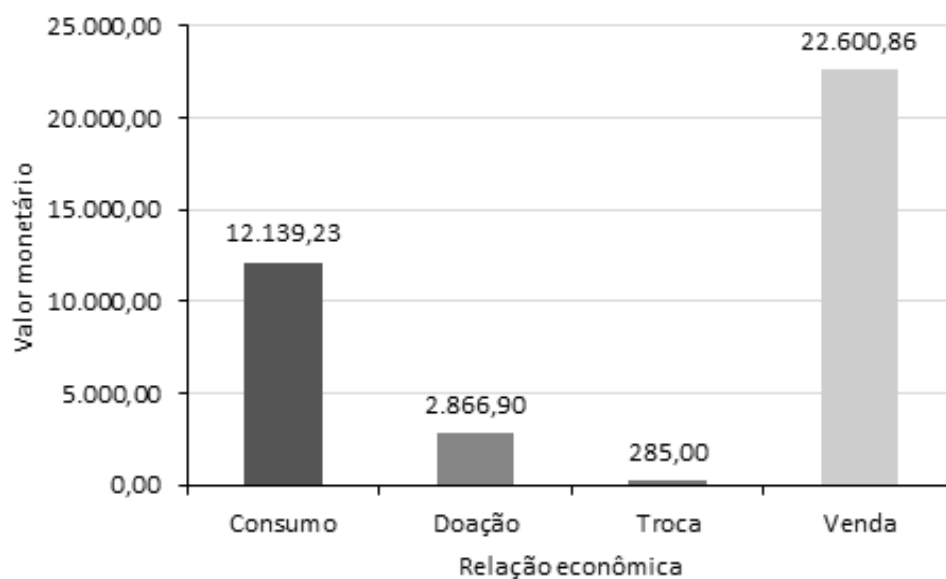


Figura 4. Valor total da produção por relação econômica para a Comunidade Remanescente de Quilombo Terra Seca.

Fonte: Elaboração própria com base aos dados coletados com as Cadernetas Agroecológicas.

Na comunidade remanescente quilombola Terra Seca, o cenário se distingue em termos relativos: dos R\$37,892.00 produzidos pelas agricultoras no período de anotação, R\$22,600.86 ou aproximadamente 60% advém da venda da produção. O consumo corresponde proporcionalmente a cerca de 32% e a doação a cerca de 7.6%. Assim como no Córrego da Onça, as atividades de troca ocorrem em proporção muito pequena e não chegam a atingir 1% do total das relações econômicas.

Dado que a quantidade de anotações não precificadas, especialmente no Córrego da Onça, era bastante significativa, realizamos um exercício para chegar a uma estimativa do valor total das anotações com e sem precificação. O valor dos produtos precificados foram estendidos para os mesmos produtos não precificados pelas agricultoras. Deste modo tentamos reduzir a subestimação do valor total da sua atividade econômica. As Figuras 5 e 6 resumizam as informações obtidas a partir das Cadernetas Agroecológicas em cada comunidade.

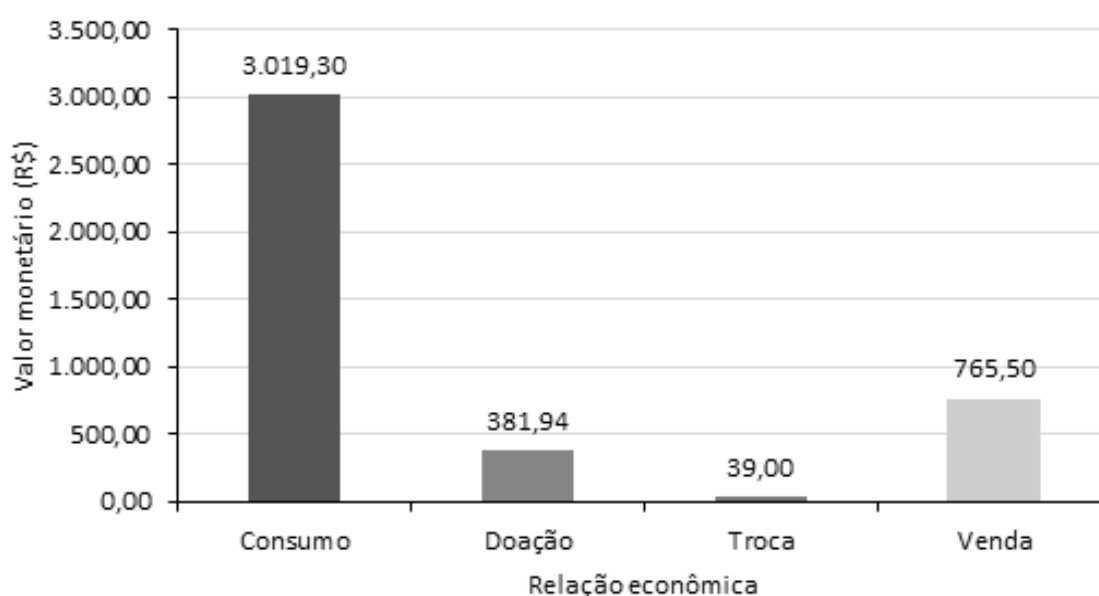


Figura 5. Valor total da produção por relação econômica no Córrego da Onça.

Fonte: Elaboração própria com base aos dados coletados com as Cadernetas Agroecológicas.

No Córrego da Onça, comparando-se os valores precificados pelas agricultoras com o nosso exercício realizado para a precificação, tem-se que o valor total da produção ampliou de R\$3,181.30 para R\$4,206.00 ou 32%. Conforme citado anteriormente, a maior alteração ocorreu para a relação econômica de consumo, que havia sido subnotificada nas Cadernetas Agroecológicas. Com o exercício de precificação esse valor aumentou cerca de R\$792.00, o que corresponde a cerca de 35% em relação às anotações das agricultoras.

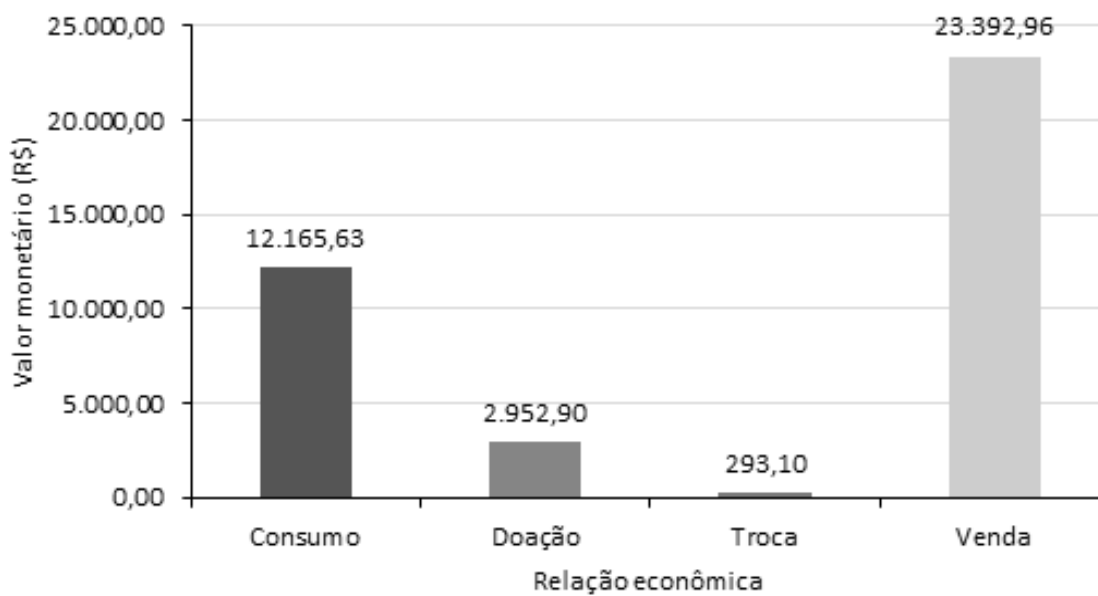


Figura 6. Valor total da produção por relação econômica na Comunidade Remanescente de Quilombo Terra Seca.

Fonte: Elaboração própria com base aos dados coletados com as Cadernetas Agroecológicas.

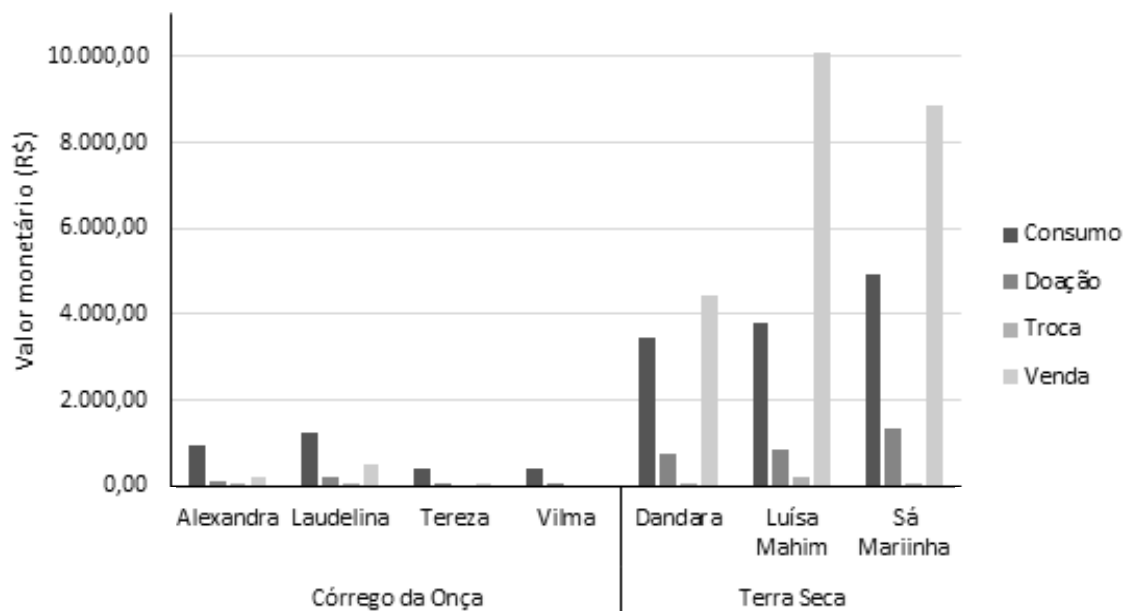


Figura 7. Valor total da produção por comunidade segundo a relação econômica.

Fonte: Elaboração própria com base aos dados coletados com as Cadernetas Agroecológicas.

Na comunidade remanescente quilombola Terra Seca o novo valor estimado para o valor total da produção aumentou de R\$37,892.00 para R\$38,804.59. O maior aumento houve nas anotações da venda dos produtos, no valor de R\$792.14. Conforme indicado anteriormente, a quantidade de anotações não precificadas pelas agricultoras na comunidade remanescente quilombola Terra Seca era muito pequena, o que repercutiu no pequeno aumento proporcional no valor total.

A Figura 7 apresenta os dados agregados do valor da produção de cada agricultora por comunidade segundo a relação econômica. Isto possibilita um olhar comparativo entre os totais estimados para as comunidades remanescente quilombola Terra Seca e o Córrego da Onça, considerando-se os novos valores estimados.

Como pode ser observado, o valor total movimentado pelas agricultoras de Terra Seca é muito superior ao do Córrego da Onça, o que em partes se deve à maior capacidade de inserção em distintos mercados na primeira, como resultado de sua organização econômica e sociopolítica. A Figura 7, ao sintetizar a proporção entre as relações econômicas estabelecidas por cada agricultora das duas comunidades, dão sustentação empírica ao que, tanto as economistas feministas quanto Karl Polanyi (2000) afirmam a respeito da noção de economia. Com outras palavras, as atividades não mercantis em ambas comunidades são muito expressivas e refletem o trabalho e a renda não monetária revertida em benefício da economia familiar. Essas evidências reafirmam a necessidade de incorporar a produção econômica não mercantil, e todo o conjunto de atividades relacionados a ela, para ressignificar a visão de economia no seu sentido substantivo. Para um olhar pormenorizado, as Figuras 8 e 9 apresentam as variações da produção mensal de cada agricultora por comunidade.

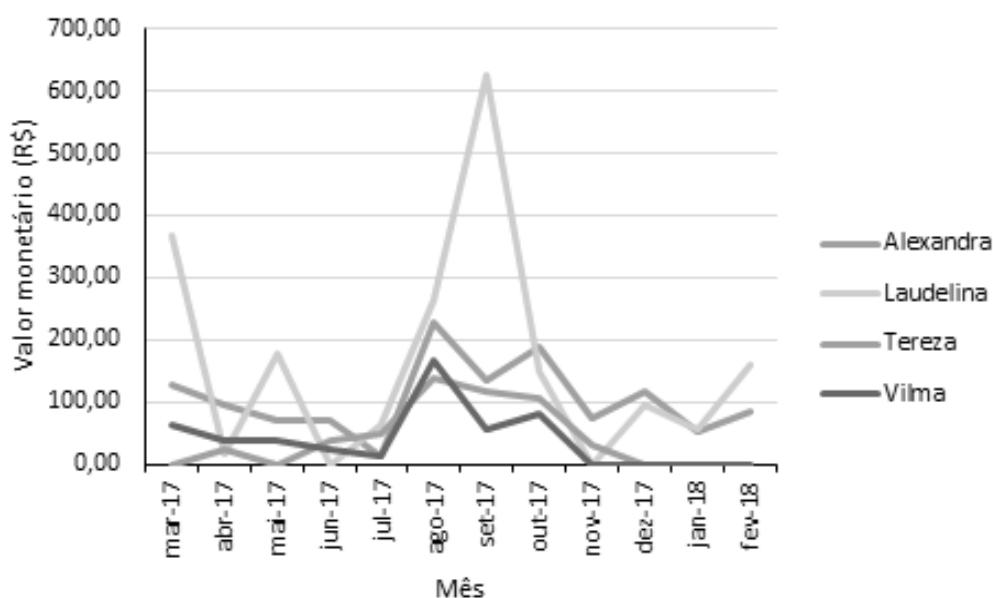


Figura 8. Variação no valor mensal (de março 2017 a fevereiro 2018) da produção por agricultora no Córrego da Onça.

Fonte: Elaboração própria com base aos dados coletados com as Cadernetas Agroecológicas.

No Córrego da Onça pode-se observar que a partir do mês de agosto ocorre um aumento considerável na produção de todas as agricultoras. Isso se deve, em alguma medida, à retomada da produção de inverno nas hortas no mês de junho e julho, com maior volume de colheita de agosto a outubro. A partir do mês de novembro há uma nova queda generalizada na produção, que dá alguns sinais de recuperação a partir de dezembro. Essa variação na produção econômica das agricultoras também pode estar relacionada a outros fatores, como a dificuldade de planejamento na produção. O pico de produção, como pode ser observado no caso de Laudelina, no mês de setembro, se deve ao abate de frangos para a comercialização que, além da quantidade, possuem alto valor agregado.

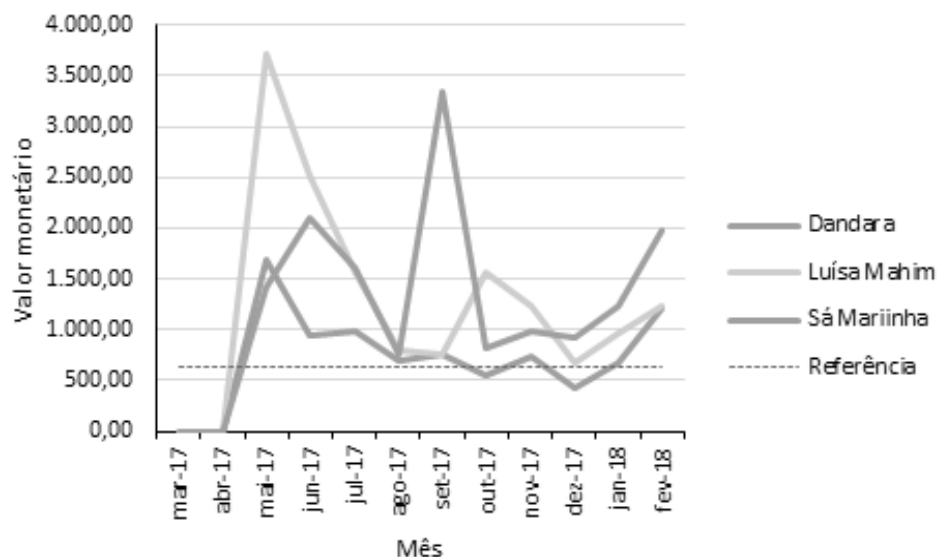


Figura 9. Variação no valor mensal da produção (de março 2017 a fevereiro 2018), por agricultora na Comunidade Remanescente de Quilombo Terra Seca.

Fonte: Elaboração própria com base aos dados coletados com as Cadernetas Agroecológicas.

No gráfico da comunidade remanescente quilombola Terra Seca, a linha tracejada foi inserida como referência para demarcar o valor máximo de produção referente ao Córrego da Onça. Os picos de produção observados na Figura 9, relativos à Luísa Mahim e Sá Mariinha, referem-se, respectivamente, à comercialização de pupunha e de açúcar mascavo que possuem alto valor agregado. Apesar da produção econômica total da comunidade remanescente quilombola Terra Seca ser maior, em comparação com o Córrego da Onça pelos motivos expostos anteriormente, é evidente a grande variação mensal observada para ambas as comunidades. Isso pode ser resultado da convergência de diferentes fatores, os quais não puderam ser captados nessa pesquisa. Por esse motivo recomenda-se a realização de estudos complementares para desvelar as circunstâncias que levam a essa variação na produção econômica das agricultoras.

Aprendizados e desafios para desvelar o mundo econômico “das” e “com” as mulheres

Os dados trazidos neste artigo são parte de um exercício maior de sistematização da contribuição econômica das mulheres agricultoras agroecológicas do Brasil, e nos dão algumas pistas de questões que

podemos problematizar a luz das teorias feministas e da agroecologia. Isso em contradição as leituras ortodoxas da economia clássica que invisibilizam o trabalho e contribuição das mulheres na reprodução da vida.

A Caderneta Agroecológica mostrou ser um instrumento simples e de fácil apropriação, possibilitando aproximarmos o olhar sobre o repertório de relações econômicas desenvolvidas pelas agricultoras agroecológicas. Para além das análises econômicas, a Caderneta Agroecológica tem sido utilizada para diversas finalidades, tanto pelas agricultoras —no enfrentamento às diferentes formas de violência à que estão submetidas em seu cotidiano, quanto pelas pesquisadoras— aportando um conjunto de dados que nos possibilitam repensar indicadores, questionar conceitos e refletir sobre a realidade, construindo estratégias, conjuntamente para a transformação da sociedade e das relações sociais.

As aproximações teóricas entre a economia feminista com a sociologia econômica e a agroecologia conformam uma chave de leitura interessante, pois permitem incorporar o conjunto de atividades não mercantis como parte das análises econômicas. Por esse motivo, desenvolver pesquisas empíricas tendo como recurso analítico a interação entre ambas as abordagens teóricas, parece ser um caminho profícuo para refletir sobre a economia das agricultoras envolvidas nos processos de transição agroecológica.

Numa visão substantiva da economia, a produção para o autoconsumo está associada ao princípio de domesticidade proposto por Karl Polanyi (2000), o qual está diretamente relacionado com a maior autonomia em relação ao mercado. A instrumentalização nessa análise, permite dar visibilidade ao trabalho das agricultoras na produção para o autoconsumo, troca e doação, na perspectiva de alcançar maiores níveis de autonomia.

Os dados também evidenciam a interdependência entre a produção para o autoconsumo, a troca, a doação e a comercialização da produção agroecológica, para a construção da soberania das agricultoras e de seus grupos familiares. A produção econômica das agricultoras agroecológicas é complexa e envolve dinâmicas de trabalho individual e coletivo, onde estas têm uma parcela significativa de responsabilidade.

Por tanto, a vida econômica das agricultoras agroecológicas é extremamente densa e invisibilizada pelas abordagens hegemônicas da economia. Elas realizam uma diversidade de trabalhos, no cuidado com a casa e a família, produzem e preparam os alimentos, os remédios do mato, conhecem as plantas e suas propriedades medicinais, roçam, podam, plantam, são guardiãs de sementes, mudas e raças de animais que se mantêm por meio do trabalho árduo e cuidadoso realizado por elas. Também estão em organizações econômicas e sociopolíticas, lutam pelo acesso aos direitos e às políticas públicas, negociam em casa e nos espaços públicos as condições para a construção de sua autonomia, no plano individual e coletivo. No entanto, ainda permanece oculto esse intenso arcabouço de práticas e distintas racionalidades que as agricultoras operam em sua vida cotidiana, na relação com a natureza, no âmbito doméstico e comunitário, no trabalho e nos espaços de produção.

A construção da autonomia das agricultoras agroecológicas é um processo dinâmico, marcado por suas trajetórias, atravessadas pela divisão sexual do trabalho em sua tripla dimensão da consubstancialidade de classe, gênero e raça, conforme propõe Danièle Kergoat (2010). Enfrentam limitações estruturais como o acesso à terra, e lutam por direitos e por sua identidade sociocultural e política. Elas estão por os territórios realizando diferentes tipos de atividades materiais, afetivas e espirituais.

Por fim, acreditamos que a construção da agroecologia desde a perspectiva feminista, permite valorizar as práticas econômicas e culturais das mulheres, e a dar visibilidade ao protagonismo das agricultoras agroecológicas como fundamentais para a reprodução da vida e do Bem Viver.

Agradecimentos

Agradecemos especialmente às agricultoras e quilombolas que estiveram envolvidas nessa pesquisa, questionando e produzindo conhecimentos neste processo que buscamos construir juntas.

Ao GT Mulheres da ANA por manter a articulação das mulheres agricultoras, técnicas e pesquisadoras em torno do feminismo e da agroecologia.

À Sempreviva Organização Feminista pelas contribuições históricas ao movimento de mulheres e ao movimento agroecológico no Brasil, e por também possibilitar o envolvimento das agricultoras nessa pesquisa.

Ao CTA-ZM e à professora Irene Maria Cardoso por tornarem possível a pesquisa.

Ao professor Alair Ferreira de Freitas pelas contribuições valiosas, seja do ponto de vista teórico ou nas reflexões produzidas na análise dos dados, bem como na revisão deste artigo.

À professora e pesquisadora Isabelle Hillenkamp pela inspiração teórica e reflexões alimentadas no âmbito do GT Mulheres da ANA, a partir da atualização das contribuições de Karl Polanyi na conjugação com as abordagens teóricas da economia feminista e da economia solidária.

Referências

- Arzua Glauce, Cardoso Elisabeth, Faria Neuma, Ferreira Ana P, Martins Maíra, Schottz Vanessa. 2010. Mulheres e Agroecologia. Sistematizações de experiências de mulheres agricultoras. Vol. 1. Rio de Janeiro: ActionAid Brasil / GT Mulheres da ANA.
- Da Fonseca Maria Teresa Lousa. 1985. A Extensão Rural no Brasil: um projeto educativo para o capital. São Paulo: Loyola.
- Freire Paulo. 1999. Educação como prática da liberdade. 23ª ed. Rio de Janeiro: Paz e Terra.
- Hillenkamp Isabelle. 2016. O princípio de householding hoje: Discussão teórica e abordagem empírica por meio da economia popular. En Socioeconomia e Democracia, a Atualidade de Karl Polanyi (Hillenkamp I, Laville J, dirs.). Porto Alegre: Escritos, pp. 177-199.
- Instituto Brasileiro de Geografia e Estatística. Censo Demográfico. Características da população e dos domicílios. Resultados do universo, 2010. Disponível em http://www.ibge.gov.br/home/estatistica/populacao/censo2010/caracteristicas_da_populacao/tabelas_pdf/tab1.pdf
- Kergoat Danièle. 2010. Dinâmica e consubstancialidade das relações sociais. Novos estud. – CEBRAP 86:93-103.
- Korol Claudia. 2007. Hacia una pedagogía feminista. (Korol C, ed.). Buenos Aires: El Colectivo, América Libre.
- Melo Hildete P; Di Sabatto Alberto. Gênero e Trabalho Rural – 1993 a 2006. Em Estatísticas Rurais e Economia Feminista: um olhar sobre o trabalho das mulheres (Butto A, org.). Brasília: MDA 2009, p. 31- 120.

- Orozco Amaia P. 2012. Ameaça tormenta: a crise dos cuidados e a reorganização do sistema econômico. Em *Análises feministas: outro olhar sobre a economia e a ecologia* (Faria N, Moreno R, eds.). Coleção Cadernos Sempreviva. Série Economia e Feminismo. São Paulo: SOF, pp. 51-93.
- Polanyi Karl. 2000. *A grande transformação: as origens de nossa época*. 2ª. ed. (Wrobel F, trad.). Rio de Janeiro: Compus.
- Polanyi Karl. 2012. *A subsistência do homem e ensaios correlatos*. Rio de Janeiro: Contraponto.
- Portilho Maria Sibele Brasiliense. 1999. Extensão Rural: história e prática educativa informal. *Educação e Filosofia* (jul-dez):124-140.
- Pujol Michele. 1992. *Feminism and anti-feminism in early economic thought*. Vermont: Edward Elgar.
- Santos Ana Célia de S, Bomfim Maria do Carmo A, do. 2010. Pedagogia feminista na construção de uma “alternativa de Gênero”. Em *Anais Fazendo Gênero 9. Diásporas, Diversidades, Deslocamentos*. Florianópolis: Universidade Federal de Santa Catarina. Anais Eletrônicos disponível em http://www.fazendogenero.ufsc.br/9/resources/anais/1278186641_ARQUIVO_Artigo-FazendoGenero.pdf
- Siliprandi Emma. 2007. *Mulheres, Segurança Alimentar e Agroecologia. Notas para Discussão*. Curso de Aperfeiçoamento em Agroecologia. MDA, SAF, DATER.
- Siliprandi Emma C. 2009. *Mulheres e Agroecologia: a construção de novos sujeitos políticos na agricultura familiar*. Brasília: Universidade de Brasília.
- Siliprandi Emma, Cintrão Rosângela. 2011. As mulheres agricultoras e sua participação no Programa de Aquisição de Alimentos (PAA). Em *Autonomia e Cidadania: Políticas de Organização Produtiva para as Mulheres no Meio Rural* (Butto A, Dantas I, orgs.). Brasília: MDA, pp. 153-191.
- Telles Liliam. 2018. *Desvelando a economia invisível das agricultoras agroecológicas: a experiência das mulheres de Barra do Turvo, SP*. Viçosa: Universidade Federal de Viçosa.

9

La participación clave de las mujeres en huertos escolares de México. Reflexiones en torno a sus motivaciones, retos y aprendizajes

Juliana Merçon^{1*}; Helda Morales^{2*}; Kay Nicté Nava Nasupcialy³;
Mirna Ambrosio Montoya⁴

Introducción

Desde la consolidación de la institución escolar en la modernidad occidental, el papel desempeñado por la educación formal en la reproducción del sistema socio-político, cultural y económico dominante ha sido crucial. La escolarización ha tenido un impacto clave en la reproducción de roles de género (Acker 2003; Louro Lopes 1995; 1997) y construcción de identidades nacionales (Ahonen 2001; Baker y Tendre 2005; Pozo-Andres, 2000), así como en la expansión de la economía industrial (Carl 2009). Estos fenómenos han contribuido a la inequidad entre hombres, mujeres y otros géneros, así como a la homogeneización cultural y degradación ambiental. No sería exagerado afirmar que la escuela, como institución legitimada para la transmisión de ciertos conocimientos y organizada bajo un orden general que también enseña la jerarquía, la competitividad y la exclusión por medio de su “currículum oculto” (Apple y King 1983), favorece la perpetuación del patriarcado, del colonialismo y del capitalismo. Pese a las implicaciones directas e indirectas de la escolarización en la reproducción de desigualdades, los procesos educativos continúan a ser identificados como potenciales detonadores de cambio (Freire 1970; Giroux 1992; Bell Hooks 1994; McLaren 1997).

1 Investigadora responsable del Área de Formación Transdisciplinaria para la Sustentabilidad, Coordinación Universitaria para la Sustentabilidad, Universidad Veracruzana, México. Email: jmercon@uv.mx

2 El Colegio de la Frontera Sur, San Cristóbal de Las Casas, Chiapas, México. Email: hmoales@ecosur.mx

3 Universidad Veracruzana, Veracruz, México. Email: kayninava@gmail.com

4 Universidad de Córdoba, España. Email ambrosiomyr1908@gmail.com

* Miembro del Grupo de *Trabajo Mujeres, Agroecología y Economía Solidaria* del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO).

La apuesta por una educación crítica y transformadora se manifiesta contemporáneamente en diversas experiencias, contextos y programas, con distintos matices políticos. Con la inclusión de la educación ambiental a partir de la década de los años setenta en los debates y prácticas pedagógicas, un nuevo campo se configuró para el trabajo crítico-formativo en diferentes niveles educativos. Desde entonces han surgido corrientes como la “ecopedagogía” (Gutiérrez y Prado 1994), la “pedagogía de la Tierra” (Gadotti 2000), la educación relativa al medio ambiente (Sauvé 1996) y la “pedagogía del lugar” (Sobel 2006). Programas como la “educación del campo” en Brasil (Arroyo *et al.* 2004; Molina y Jesús 2004) y la “pedagogía de la Madre Tierra” en Colombia (Rivera-Mateos *et al.* 2017), evidencian las estructuras de dominación de clase, en el primer caso, y de etnia, en el segundo, contribuyendo al avance del pensamiento y acción para afrontar procesos que incluyen intersecciones entre diferentes tipos de opresión. Pese a la orientación crítica de estas y otras corrientes, muchas veces no se incluye en su praxis una intencionalidad que visibilice y busque transformar las estructuras de dominación de género (Acker 2003).

La educación agroecológica también podría caracterizarse, en gran medida, como un conjunto muy diverso de procesos formativos con orientación transformadora, donde se configura el desafío de destinar mayor atención metodológica, discursiva y práctica al trabajo de las mujeres o a las agendas feministas. Reconociendo la gran complejidad de las conexiones entre procesos educativos, feminismos y agroecología, en este capítulo abordaremos un campo de experiencias en educación agroecológica bastante particular: las relaciones que establecen mujeres docentes, madres de familia y colaboradoras con huertos escolares donde participan niños, niñas y jóvenes de diferentes niveles de la educación, a partir de experiencias en México.

Como autoras implicadas en procesos de formación y organización en redes de huertos escolares, nos interesa visibilizar la participación clave de las mujeres en estos espacios. Lo haremos por medio de las reflexiones que nos han compartido 15 mujeres que participan activamente en estas redes de educación agroecológica en Chiapas y Veracruz. Nuestras preguntas a estas mujeres se enfocaron en conocer sus principales motivaciones, retos y aprendizajes en torno al trabajo que realizan en los huertos escolares.

Las ideas compartidas por nuestras entrevistadas nos permitieron identificar varios aspectos relevantes que ofrecen pistas para fortalecer el trabajo en red. Entre las reflexiones derivadas de nuestra escucha resaltamos la importancia de atender la dimensión técnica de la agroecología de manera estrechamente vinculada con la dimensión ética y socio-política. Esta vinculación, que se expresa por medio del trabajo colaborativo, promueve procesos que nos permiten politizar los retos enfrentados y las redes de relaciones de poder en las que estamos inmersas. De allí surge la necesidad de visibilizar la experiencia de las mujeres en el cultivo de hortalizas con estudiantes, la cual podría parecer una iniciativa menor; empero, tiene una profunda relevancia en la construcción de diferentes soberanías, como la alimentaria. La ausencia de reconocimiento del huerto escolar como herramienta pedagógica y la falta de apoyo a docentes por parte de la Secretaría de Educación Pública, fueron señalados como retos significativos.

Con el fin de contextualizar las reflexiones de este estudio, exploramos a continuación algunas relaciones entre mujeres, educación y huertos escolares. También presentamos un panorama del trabajo de las redes con las que estamos vinculadas las autoras y las entrevistadas.

Mujeres, educación y huertos escolares

En México, el papel de la mujer en la educación escolarizada ha cobrado prominencia a través del tiempo. La primera vez en que las mujeres asumieron oficialmente el trabajo de educadoras fue durante el gobierno del militar Porfirio Díaz, entre 1876 y 1911. Anteriormente, sólo dos figuras femeninas educaban: las monjas avaladas por el clero, y las llamadas “amigas” o “migas” que eran cuidadoras en casas particulares.

Durante el porfiriato se crearon las primeras Escuelas Normales, las cuales en un inicio eran sólo para varones; sin embargo, el incremento de deserción llevó a que el Estado aceptara a las mujeres como estudiantes, aunque con salarios menores y muchas veces siendo sólo apoyos en el aula (López 2006).

Se apostó por el modelo estadounidense de “feminización del magisterio” y por la enseñanza de “cosas útiles”, como las manualidades y la preparación en disciplinas elementales. Este modelo de feminización de la docencia se implementó con base en el discurso de “*la natural disposición de las mujeres para el cuidado de los niños*” (López 2006, p. 12). En el siglo XX, el número de educadoras aumentó significativamente. En 1933, a través de la conformación de un sindicato, estas mujeres lograron la igualdad escalafonaria y salarial, así como algunos derechos maternales. Después de este logro, el porcentaje de profesoras continuó multiplicándose llegando a alcanzar hasta el 80% de lugares en el magisterio de la educación básica en México (López 2006).

En el ciclo escolar 2016-2017, el porcentaje de mujeres docentes en los niveles básicos fue de 67.44%, sumando un total de 820,835 mujeres, mientras que para el caso de Chiapas y Veracruz los porcentajes son de 53.12% y 67.42%, respectivamente. Además, observamos que las estudiantes de las Escuelas Normales —quienes serán las que posteriormente ocupen puestos de docencia a nivel básico— son mayoritariamente mujeres, siendo un 73% de estudiantes a nivel nacional, el 62% en Chiapas y el 79% en Veracruz (SEP 2018).

La participación de las mujeres como docentes está aún marcada por la brecha de género. Los grados menores son frecuentemente atendidos por ellas; mientras que conforme va aumentando el grado escolar o académico, su presencia va reduciendo, siendo menor al 40% en nivel de posgrado (SEP 2018).

Pese a la amplia participación de las mujeres en el sistema escolar, investigaciones feministas revelan que aún existe un grado notable de invisibilidad, discriminación, exclusión y violencia simbólica hacia las mujeres en instituciones educativas. Para muchas, la carrera profesional y la promoción dentro de la misma constituyen una situación precaria, con muchos desafíos y poco reconocimiento inclusive entre mujeres. Pese a la relevancia de la perspectiva de género para identificar estas dinámicas en el contexto escolar, Sandra Acker (2003) señala que un porcentaje mínimo de docentes e investigadoras se percata de la necesidad de este tipo de enfoque en el sistema educativo. Todavía no hay una percepción o una apreciación crítica de este fenómeno en la educación, no solamente por parte de maestros e investigadores sino incluso de las mismas maestras e investigadoras (Barfussón *et al.* 2010).

Esta misma situación de invisibilidad respecto al trabajo clave de mujeres docentes ocurre en procesos de producción agrícola y en los estudios sobre el sistema alimentario que los abarca, entre otras disciplinas. Por ejemplo, a pesar de los esfuerzos para incluir el enfoque de género en censos y programas oficiales de agricultura familiar (García *et al.* 2006), y de directrices críticas que hacen referencia a las desigualdades de género para proponer programas de intervención e investigación en agroecología (Hecht 2002; Siliprandi 2015), aún son pocos los abordajes teórico-prácticos dentro de dicha ciencia explícitamente orientados a visibilizar y transformar estas relaciones de poder. El trabajo de educadoras en su vinculación con prácticas agroecológicas tal vez se configure, por lo tanto, en un campo doblemente opaco, donde la importancia del trabajo realizado por mujeres en huertos escolares sea poco reconocido por el sistema educativo y por ellas mismas.

Por otro lado, la agroecología ha sido reconocida por académicos y la FAO como la solución para los problemas que atraviesa la producción de alimentos a nivel mundial (FAO 2018). Empero, debemos admitir que los esquemas de producción basados en agroquímicos y monocultivos —impulsados desde la Revolución Verde por compañías transnacionales y la mayoría de los gobiernos— aún ocupan gran parte de nuestros territorios y producen mucho del alimento que consumimos, sobre todo en las ciudades (McMichael 2013). Desde hace algunos años varias agencias no gubernamentales, movimientos campesinos y académicos han centrado sus

esfuerzos para buscar estrategias y entender los mecanismos que conllevan a que más familias campesinas practiquen la agroecología y que todos/as podamos tener acceso a alimentos producidos de forma limpia y justa. Esos estudios han señalado que la educación es un factor clave para “masificar” o ampliar la agroecología. Consecuentemente, se dice que la “pedagogía agroecológica” es exitosa cuando se da de forma horizontal, y que por ello ha sido tan importante el movimiento campesino a campesino (Mier y Terán *et al.* 2018).

Nosotras reconocemos el gran valor del movimiento campesino a campesino; pero, también vemos la importancia de incidir en la agroecología a través de la educación formal, desde sus niveles más básicos. Desafortunadamente, nuestras propias observaciones nos hacen concluir que la escuela prepara a la niñez y la juventud para salir del campo, y hasta inculca subliminalmente desprecio por los saberes campesinos. Por ello, consideramos necesario educar en la agroecología en los ámbitos formales y con una perspectiva de género, desde el pre-escolar hasta el posgrado, en el campo y en las ciudades. Apostamos a que los huertos escolares pueden ser esos espacios para aprender de forma práctica los principios básicos de la agroecología, reconocer la labor y los saberes de las familias campesinas, y transformar relaciones entre nosotras/os con la alimentación y el entorno (Fotografía 1 y Fotografía 2).

A partir de esta apuesta, hemos colaborado en diversos procesos formativos y organizativos en torno a huertos escolares en los estados de Chiapas y Veracruz. Una estrategia clave para el fortalecimiento del trabajo de maestras y maestros ha sido su vinculación con otras escuelas y espacios de cultivo comunitarios por medio de redes de huertos educativos. Entre los principales objetivos de estas redes están el intercambio de saberes agroecológicos, materiales, semillas y trabajo colectivo (*tequio* o *faena* en México, lo que corresponde a la *minga* o *mutirão* en Sudamérica), además de hacernos sentir parte de una comunidad solidaria. Presentamos a continuación una breve descripción de las redes a las que estamos vinculadas y en las que participan las mujeres a quienes entrevistamos en el presente estudio.



Fotografía 1. Niños en el Festival de la Cosecha de la Red de Huertos Escolares y Comunitarios de Xalapa, Veracruz.

Fotógrafa: Kay Nicté Nava Nasupcialy (2015).



Fotografía 2. Niñas y niños en el Festival de la Cosecha de la Red de Huertos Escolares y Comunitarios de Xalapa, Veracruz.

Fotógrafa: Kay Nicté Nava Nasupcialy (2015).

La Red Chiapaneca de Huertos Educativos

La Red Chiapaneca de Huertos Educativos⁵ se constituyó en el 2013 principalmente por un grupo de docentes quienes participaron en el diplomado de huertos escolares titulado *Alimentación, Comunidad y Aprendizaje*⁶ del programa Laboratorios para la Vida (LabVida)⁷ de El Colegio de la Frontera Sur (Ecosur) y el Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social (CIESAS). Estos/as docentes se sentían aislados/as en sus espacios de trabajo y por ello vieron la necesidad de formar parte de un grupo de apoyo para compartir sus conocimientos y difundir el trabajo de huertos escolares en Chiapas.

Los primeros encuentros de la Red Chiapaneca fueron organizados y financiados por LabVida, pero rápidamente se convirtió en un grupo autogestivo, en el que además cada asistente cubre sus gastos de transporte y lleva algún alimento para compartir. Desde el 2017 la Red Chiapaneca está constituida por un equipo articulador y por tres comisiones —educación, semillas y difusión— que impulsan y apoyan los encuentros, y divulgan las actividades por medio de las redes sociales.

5 Información sobre esta red en <http://redhuertos.org/Labvida/>

6 El diplomado se enfoca en los sistemas agroalimentarios locales, la agroecología, la salud alimentaria, el diálogo intercultural y la pedagogía constructivista. En este programa formativo, el huerto escolar y la alimentación son usados como ámbitos de encuentro entre la escuela y la comunidad. Asimismo, se impulsa un modelo educativo en el cual los niños, niñas y jóvenes se vuelven investigadores y actores en su entorno, realizando actividades de diagnóstico y experimentación ligadas al currículo oficial. Más información en <http://redhuertos.org/Labvida/resenas-diplomado/convocatoria-2017-2018/>

7 La Vida es un colectivo conformado por investigadores/as, estudiantes, profesionistas y voluntarios/as que se dedican a la investigación-acción en torno a los huertos escolares y la alimentación consciente.

La Red Chiapaneca tiene un encuentro aproximadamente cada dos meses. Estos se realizan los sábados en escuelas que invitan a los/as miembros de la Red a visitarles, y son organizados por un comité auto-propuesto integrado por docentes de la escuela anfitriona y otros miembros de la Red. En estos encuentros se conoce el espacio y contexto en el que trabajan los/as docentes; se realizan talleres sobre manejo del huerto, alimentación y estrategias pedagógicas; se comparten alimentos y se promueve la convivencia. Al inicio de la formación de la Red Chiapaneca participaban en los encuentros únicamente docentes que habían cursado los diplomados, así como el equipo de LabVida y algunos/as colegas amigos/as interesados/as en el tema de los huertos escolares. Hoy participan también el personal, estudiantes y familias de la escuela que se visita.

Además de los encuentros bimensuales que en la actualidad van dirigidos a personas muy diversas, se organizan talleres dirigidos principalmente a docentes, como resultado de la necesidad identificada por la comisión de educación. Estos talleres hasta el momento se han enfocado en estrategias pedagógicas que podrían ayudar a los/as docentes a utilizar el huerto escolar de una forma más efectiva en los procesos de enseñanza.

Aunque la Red Chiapaneca está constituida por una diversidad de integrantes (académicos/as, docentes, activistas, técnicos de organizaciones no gubernamentales, estudiantes), es de notar que la mayoría de las personas más constantes y presentes en las comisiones son mujeres.

La Red de Huertos Escolares y Comunitarios de Xalapa

La Red de Huertos Escolares y Comunitarios de Xalapa (RHEC)⁸ es una organización auto-gestionada que busca ser un espacio para realizar el acompañamiento mutuo en la generación de aprendizajes colectivos en los espacios escolares de cultivo agroecológico. Esta organización está integrada principalmente por mujeres docentes, estudiantes y familiares, y ha colaborado hasta el momento con más de 15 escuelas, tanto públicas como privadas, desde nivel maternal hasta universitario.

El inicio de la RHEC tuvo lugar en la ciudad de Xalapa, Veracruz, México, en septiembre de 2015, impulsado por el interés de miembros de una red de inter-aprendizajes regional y escuelas comprometidas con la implementación de huertos agroecológicos como espacios educativos. Para su conformación se propusieron tres talleres participativos en los cuales se planteaban las motivaciones para establecerse como red y las estrategias para lograrlo. A partir de enero de 2016 iniciaron las actividades y desde entonces se realiza una reunión organizativa y un taller mensual, así como un evento anual nombrado *Festival de la Cosecha*.

La RHEC se constituye como una organización independiente, horizontal y flexible en su estructura, pretendiendo desde su planteamiento promover el intercambio, la ayuda mutua y el trabajo colaborativo como base de sus acciones. Un momento ritual que se ha implementado en sus eventos consiste en poner una ofrenda en algunas de las actividades y al final realizar un intercambio de semillas y plántulas.

Podemos describir la estructura de RHEC como círculos concéntricos donde en el núcleo se encuentran quienes dinamizan las actividades (reuniones, talleres, *tequios* y festivales), en su gran mayoría mujeres, quienes se organizan por grupos de trabajo que permiten visualizar y coordinar acciones por medio del trabajo aunado: Comisión de Comunicación, Pedagógica y de Materiales Didácticos, de Intercambio de Saberes, de Fortalecimiento Interno e Intercambio de Semillas, y la comisión de Vinculación y Recursos (Figura 1). El círculo siguiente está conformado por las instituciones con las que se ha colaborado y las

8 <https://rhecredhuertos.wixsite.com/rhec>

personas directamente involucradas en los procesos agroecológicos en las escuelas: directivos, docentes, docentes encargados del huerto, estudiantes, y en algunos casos, el personal de apoyo. En el tercer círculo, el más alejado del núcleo, encontramos a las familias vinculadas a través de los/as estudiantes y, en algunos casos vecinos de la escuela. En los círculos más lejanos se hallan impactos indirectos a personas de la comunidad y familiares. Esta estructura está vinculada con iniciativas locales y la red de redes, que es la Red Internacional de Huertos Escolares (RIHE).

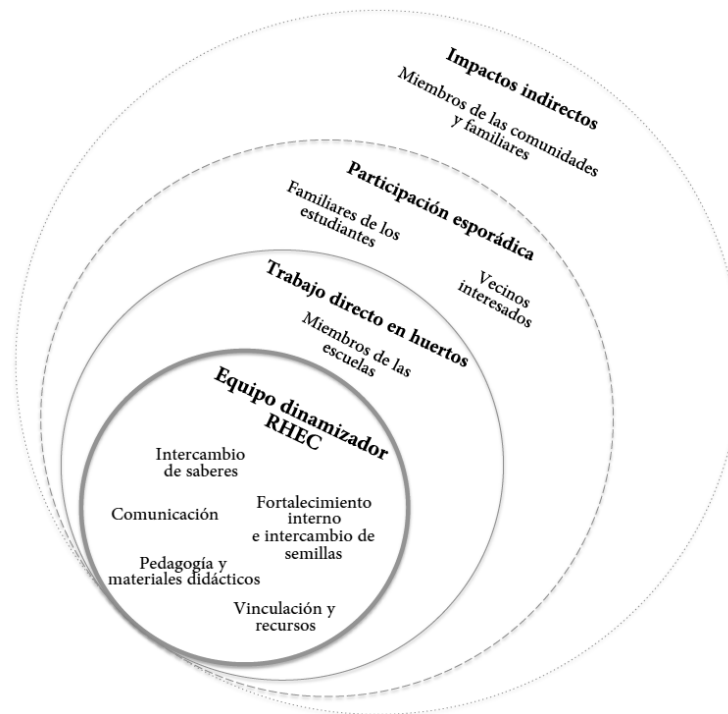


Figura 1. Estructura organizacional de la Red de Huertos Escolares y Comunitarios de Xalapa.

Fuente: Elaboración propia.

En la RHEC se proponen las actividades pensando en crear momentos de participación e intercambio entre las y los asistentes, por lo cual, basándonos en nuestras perspectivas comunes de trabajo colaborativo y huertos escolares, pero también en nuestras diversidades (de formación, ritmos, sentires, localidades), buscamos generar acuerdos encaminados a las necesidades identificadas en cada escuela y de acuerdo a la disposición de un espacio agroecológico para compartir su experiencia mediante un taller. Así, calendarizamos las actividades acordadas colectivamente y asumimos compromisos para lograr el apoyo mutuo.

La RHEC no se ha propuesto ser un colectivo de mujeres; sin embargo, en su historia son ellas quienes han predominado y permanecido con el transcurrir del tiempo. El compromiso, la dedicación, el amor y la fuerza que ellas imprimen en sus acciones organizativas, de gestión, vinculación, de planeación y reflexión pedagógica han sido fundamentales para que una red independiente y totalmente gratuita pueda seguir existiendo. Vemos importante destacar su trabajo y empezar a tratar el tema de género y feminismo en la RHEC.

La Red Internacional de Huertos Escolares

La Red Chiapaneca de Huertos Educativos y la Red de Huertos Escolares y Comunitarios de Xalapa forman parte de la Red Internacional de Huertos Escolares (RIHE)⁹. La RIHE surgió en San Cristóbal de Las Casas, Chiapas, en el 2009, con los propósitos de acompañar a docentes trabajando en huertos escolares, fortalecer su trabajo y buscar estrategias para que sus programas agroecológicos sean sustentables. Desde entonces la Red ha tenido ocho reuniones anuales y estimamos que ha vinculado a más de tres mil personas en varios países de las Américas. Algunos de los aprendizajes y motivaciones de la RIHE se ven reflejados en sus declaratorias, donde se afirma que: *“Los huertos escolares son un aula al aire libre donde se puede abordar cualquier materia académica y relacionarla con el entorno natural y cultura. Son espacios idóneos para acercar los contenidos académicos a los campesinos y los pueblos indígenas, quienes viven una realidad muy distinta a la de las ciudades capitales de donde suelen surgir las propuestas de currículum formales. Para la niñez y juventud urbana, los huertos escolares son en numerosas ocasiones la única oportunidad para comprender y valorar el trabajo agrícola. Facilitan la recuperación de conocimientos, tradiciones, prácticas y variedades de especies en riesgo de olvido. Impulsan una alimentación sana, consciente y soberana. Permiten emprender la investigación científica en donde las comunidades educativas son partícipes en definir y contestar preguntas relevantes a su vida cotidiana. Contribuyen a la autonomía comunitaria al disminuir la dependencia sobre conocimientos, insumos y alimentos introducidos desde lejos y al favorecer el trabajo colectivo y la autogestión. Contribuyen a la autonomía de los niños y niñas por medio del desarrollo del pensamiento crítico y autocrítico, las capacidades organizativas, y las habilidades prácticas para la siembra y la cocina. Los huertos escolares, incluso, pueden ser un espacio de sanación y alegría para personas con capacidades diferentes o para quienes se sienten alienados en el aula convencional”* (RIHE 2013).

Para la RIHE, la agroecología y la soberanía alimentaria son prácticas que pueden ser aprendidas por medio de la educación formal, desde una postura de aprecio por la diversidad cultural y el rescate de tradiciones, cultivos y variedades biológicas. La agroecología, como base conceptual y metodológica, constituye el denominador común de las acciones que vinculan educación, producción de alimentos y consumo responsable, en el ámbito de esta red internacional (RIHE 2017).

Con el paso de los años se sumaron docentes, académicos, organizaciones civiles, jóvenes, niños, madres y padres de familia de varios estados de México y de otros países como Guatemala, Colombia, Venezuela, Puerto Rico, Uruguay, Argentina, Chile, Brasil y Estados Unidos. La diversidad de edades, roles y sectores sociales, así como de lugares donde se desarrollan las iniciativas ha enriquecido enormemente el intercambio de experiencias y saberes entre actores de la RIHE. Esto ha potenciando el aprendizaje de diferentes prácticas agroecológicas educativas y formas de organización de los huertos escolares. Los eventos que comenzaron como un encuentro para presentaciones y discusiones formales de experiencias de personas interesadas en los huertos escolares, pasaron a ser también un festival con talleres sobre agricultura, alimentación, ciencia y estrategias pedagógicas facilitadas por docentes, visitas a escuelas, música y marionetas, místicas e intercambio de semillas.

Desde su cuarto encuentro del 2013 en San Cristóbal de Las Casas, la Red Internacional dedica una parte de su principal reunión al trabajo en comisiones (finanzas, comunicación, ciencia, formación docente y eventos) que velan por el avance de sus objetivos, misión y visión. Además, con el propósito de hacerla más autogestiva e incluyente, en el encuentro del 2015 en Oaxaca, se acordó en asamblea la formación de una comisión articuladora rotativa, integrada por representantes de diferentes sectores. Adicionalmente, a partir del

9 <http://www.redhuertos.org>

2015, la comisión de comunicación publica un boletín trimestral por medio del cual se comparten noticias y se da a conocer el trabajo realizado en diferentes huertos agroecológicos que componen la RIHE¹⁰. El boletín ha sido un instrumento de cohesión y vinculación entre iniciativas muy diversas en el continente, además de motivar la integración de nuevos grupos. Como resultado de estos múltiples esfuerzos, en 2016, el VII Encuentro contó con la participación de más de 200 docentes, estudiantes y colaboradores/as de varias regiones de México y Latinoamérica (Fotografía 3).



Fotografía 3. VII Encuentro de la Red Internacional de Huertos Escolares, Xapala, Veracruz

Fotógrafo: David Donner (2016).

Las experiencias de los diferentes programas de huertos escolares que han participado en la Red Internacional han mostrado que hay estrategias y metas distintas; empero, que todas deberían partir de la necesidad de cada lugar donde se realizan, ser un espacio educativo más que productivo, e involucrar a la comunidad local para que sean duraderos.

Con la colaboración de tantas personas, en su mayoría mujeres, el sueño inicial de acompañar y fortalecer a docentes en su trabajo en el huerto escolar y buscar estrategias para que estos programas —incluyendo a la misma Red— sean sustentables, es cada vez más una realidad. Las personas quienes participamos en los encuentros nos sentimos parte de una familia que comparte sueños para impactar en la educación, proteger el ambiente y mejorar la alimentación en nuestras comunidades. El compartir experiencias en el huerto escolar nos une y nos motiva a seguir trabajando a favor de una educación que fomenta la agroecología, equidad y pensamiento crítico desde el diálogo respetuoso con los saberes locales (Morales y Ferguson 2017).

El hecho de que la RIHE así como sus redes afiliadas de Chiapas y Veracruz estén compuestas en su mayoría por mujeres puede significar más que un simple reflejo de la predominancia de docentes de este género en el sistema escolar. La identificación cultural de las mujeres con los huertos familiares constituye una posible razón. En México, como en muchos otros países, los cultivos a pequeña escala mantenidos en espacios biodiversos adyacentes a las viviendas, suelen estar en las manos de las mujeres (Cruz Yáñez 2016), quienes con

¹⁰ Los boletines están disponibles en <http://www.redhuertos.org/ver-boletines/>

su labor desempeñan un papel clave en la seguridad alimentaria (Lahoz 2006). Asimismo, es probable que la inclinación socio-culturalmente construida hacia el cuidado configure como otra explicación para la numerosa presencia de mujeres trabajando en huertos escolares y vinculándose por medio de redes. Sin embargo, en este caso, no se trataría solamente del cuidado de niños, niñas y jóvenes por medio del magisterio convencional; sino de las motivaciones integrales para dedicarse a la educación agroecológica: nuestras entrevistadas mencionan el cuidado como una práctica pedagógica orientada también a la alimentación (salud del cuerpo) y al medio ambiente (tierra o entorno). Otras pistas para entender la vinculación de mujeres a las redes de huertos educativos están contenidas en lo que nos comparten las entrevistadas, lo cual se describe a continuación.

Compartiendo motivaciones, retos y aprendizajes en torno a la participación de las mujeres en los huertos escolares

Las redes de huertos educativos gradualmente se van conformando como un campo de estudio en sí mismas. Los procesos y efectos que las conforman son múltiples, y articulan dimensiones pedagógicas, políticas y culturales, agroecológicas, entre otras. Considerando la notable presencia de las mujeres en la organización y práctica que sostienen estas redes, nos interesa conocer algunas de las relaciones que ella mantienen con el huerto escolar a través de las motivaciones, retos y aprendizajes de su labor en estos contextos agroecológicos. Para conocer su parecer, entrevistamos a 15 mujeres de Veracruz y Chiapas con edades entre 28 y 50 años. El criterio principal de selección fue la participación activa en espacios de producción agroecológica escolares y/o en procesos de organización de la red en la que participan. De ocho entrevistadas de Veracruz, cinco son docentes de educación básica, una del nivel superior y dos son madres de familia. De las siete entrevistadas de Chiapas, una es docente de pre-escolar, una es profesora universitaria, otra es chef, dos tienen proyectos independientes de huertos en escuelas primarias y dos son colaboradoras de programas de apoyo a huertos escolares.

Las entrevistas realizadas fueron semi-estructuradas y nos permitió diálogos muy fructíferos sobre temas raramente abordados en el ámbito de las redes, por lo que es probable que las reflexiones que nacieron de estos diálogos ayuden a transformar algunas miradas hacia el trabajo que sigue desarrollándose. Pese al consentimiento de varias entrevistadas, decidimos utilizar nombres ficticios junto a sus citas porque sentimos que las palabras aquí compartidas podrían ser de muchas otras mujeres. Al omitir la verdadera autoría, esperamos que más voces se identifiquen con estos sentires compartidos.

Motivaciones para la participación en los huertos escolares

Las motivaciones que impulsan a las docentes y colaboradoras a apoyar los proyectos de huertos educativos son múltiples. Una de las más mencionadas es la posibilidad de aportar en la generación de conciencia en las personas sobre su propio cuerpo, sobre la tierra de la que comen y su medio ambiente. Según las entrevistadas, este tipo de labor es una expresión concreta de la importancia de cuidar del/la otro/a y de lo otro. En vinculación con el cuidado como actitud y práctica, para las mujeres involucradas en estos procesos agroecológicos algo muy tangible y que las hace continuar en estas acciones es el aspecto relacional. Las relaciones aquí se manifiestan en los intercambios de experiencias y aprendizajes, así como en lazos colaborativos y solidarios formados mediante la convivencia entre iguales, con una perspectiva de vida y de bienestar común. Perciben que la acción en conjunto las fortalece y que también robustece los procesos en los que se involucran, permitiéndoles construir proyectos más sólidos y verdaderas comunidades de aprendizaje. El cuidado común y la solidaridad les hace saber que no están solas en esta búsqueda por proponer otras maneras de aprender y de compartir lo que saben.

Las motivaciones anteriormente mencionadas nos permiten reflexionar sobre la centralidad de la dimensión ético-política en esta labor agroecológica. Desde una ética del cuidado (Gilligan 2013) y del trabajo colectivo organizado, se refuerzan vínculos que confieren mayor sentido a la práctica. En contraste con visiones que priorizan únicamente la dimensión técnico-productiva en detrimento de la construcción socio-política, el acompañamiento cuidadoso y solidario refuerza el quehacer agroecológico y motiva la participación de mujeres en las redes de huertos educativos, entre otras posibilidades.

Las entrevistadas relatan también que al relacionarse con las plantas profundizan la conexión con la región que habitan, pues se toma consciencia del clima, tipos de suelos, la diversidad de plantas, y así se conoce mejor el ambiente. Estos efectos también se consideran para los y las estudiantes: *“El huerto es una oportunidad para que los niños conecten su comunidad con su bio-región, pues generalmente ya no se identifican con su territorio, lo cual hace que no exista la conexión con la tierra”* (María Suárez, docente de escuela primaria, Veracruz).

Con base a lo anterior, la agroecología como proyecto escolar se presenta aquí como medio para ampliar conocimientos sobre la biodiversidad local y otros aspectos geo-biofísicos de cada territorio. Si, por un lado, el carácter abstracto y generalista del currículo educativo tiende a desvincular los aprendizajes de los espacios concretos en los que transcurren profundizando, en consecuencia, procesos de des-territorialización (Merçon 2016), por otro, el huerto agroecológico contribuye a conectar la cognición, la acción y el lugar. Esta triple conexión resignifica los procesos de aprendizaje, vinculándolos a la comunidad local —más allá de lo escolar— y al territorio como espacio de vida concreto, dinámico y complejo.

El huerto motiva igualmente a proponer nuevas formas no solo de enseñar, sino también de aprender y compartir, conduciendo a la transformación de las prácticas pedagógicas dominantes. El trabajo en el huerto es motivador por lo que genera aprendizajes significativos e integradores, pues al ser un laboratorio vivo permite vincular diversas áreas del desarrollo, desde el razonamiento matemático hasta las relaciones interpersonales. Además, motivan los nuevos conocimientos provenientes de la propia comunidad y, a partir de esto, buscan recuperar y revalorar lo propio, tanto semillas como la alimentación por medio del aprendizaje de saberes locales y ancestrales.

Lo anterior revela que la agroecología como el feminismo apuestan por una educación en sentido amplio e integrador, con una fuerte raíz comunitaria y orientada a la transformación socio-política y cultural. Más allá de la escolarización del huerto, los relatos reflejan la amplitud de posibilidades de “ecologizar la escuela” y hacer comunidad, en congruencia con una agroecología de base feminista.

Las entrevistadas destacan la capacidad transformadora que tienen los huertos, a nivel individual y colectivo. Una de las mujeres señala, por ejemplo, que un huerto por sí solo no genera estos cambios, sino los diversos procesos que implica el crearlo y mantenerlo en comunidad. Esto, a su vez, representa muchos retos (revisados en el siguiente apartado) que no siempre motivan sino desalientan, pero la semillita que ya ha germinado en algún momento, inmediato o posterior, lleva a nuevos intentos: *“El huerto es el laboratorio más grande que podemos tener. He descubierto que es un espacio donde se pueden hacer sinfín de actividades, trabajar muchos temas y comentar valores, actitudes [...] Antes nunca lo había hecho en un huerto y que el huerto me encontrara a mí en este proyecto fue como abrir un montón de posibilidades de trabajo, diferentes a estar en una plaza, en un salón”* (Citlali Pérez, colaboradora, Chiapas).

El hecho de que los huertos sean escolares significa que se caracterizan por una gran capacidad multiplicadora, lo que motiva de igual manera a las mujeres entrevistadas. Ellas asemejan estos espacios en

los que colaboran a un semillero que permitirá reproducir semillas y dispersarlas ampliamente. Este efecto de los huertos escolares es un elemento clave para el escalamiento de la agroecología, tanto en su sentido espacial como temporal. Varios estudios muestran como niños/as y jóvenes que participan en huertos escolares tienden a reproducir las prácticas agroecológicas en sus contextos familiares, iniciando o modificando procesos productivos y transformando hábitos de consumo, en contextos rurales y urbanos (Aldea-Navarro 2012; Morgan *et al.* 2010). Asimismo, pese a la falta de investigaciones de largo plazo, podríamos sospechar que la dedicación a la horticultura en la infancia y juventud tiene efectos en la vida adulta de estos individuos, tanto en sus prácticas cotidianas como en su visión de mundo que construyen desde el aprendizaje agroecológico.

Retos enfrentados en la participación en los huertos escolares

Las entrevistadas parecen tener diversos retos en su vida cotidiana. Varias de ellas dijeron que la primera idea que les viene a la mente cuando escuchan la palabra mujer es “fuerza”: “[...] *todas las mujeres tenemos fuerza impresionante desde el momento que te levantas para enfrentarse a un mundo completamente diseñado para complicarte el día*” (María Suárez, docente de escuela primaria, Veracruz). Otra menciona que “*la carga social que el género femenino lleva en sí mismo desde que nace es demasiado fuerte por la expectativas que se crean alrededor de la niñas, jóvenes y posteriormente de las mujeres. También porque a pesar de todos esos roles ya establecidos con anterioridad, la mujer necesita de mucha fuerza para demostrar que es capaz de hacer las cosas*” (Leonarda Ramos, docente de educación preescolar, Veracruz).

Es quizás esta fortaleza y estos retos a los que ya están acostumbradas lo que les lleva a dedicar buena parte de sus vidas a los huertos escolares. Estos espacios agroecológicos les traen sin duda mucha satisfacción, pero también les presentan nuevos desafíos. Uno de ellos es asumir otra responsabilidad más en sus ya saturadas agendas. Una de las entrevistadas dijo haber notado que los compañeros hombres involucrados en los huertos no se responsabilizan tanto por sus tareas como ellas: “*Las que más trabajamos somos las mujeres. Hay quienes estamos más involucradas, como en esta cuestión del huerto, En general, no sé si es cuestión de compromiso, pero hay más como ese sentido [...] Estas cinco mujeres que estamos trabajando, [somos] quienes estamos en frente empujando, y cuando ya hace falta alguna cosilla por ahí vemos que los compañeritos andan un poco despistados, [entonces] los jalamos [...] Es que muchas de las cosas que hacemos tenían que asumir los chavos*¹¹” (Cristina Sánchez, docente de educación media superior, Veracruz).

En general, las entrevistadas narran que es un reto involucrar al personal docente de la escuela principalmente por la gran carga de trabajo que tienen y también porque la Secretaría de Educación Pública no ve el trabajo en el huerto escolar como un eje importante en la educación de la niñez y juventud. El poco o ausente apoyo institucional y de colegas docentes muestra la fuerza de los factores de motivación anteriormente discutidos, y refuerza la importancia de las redes por el espacio colaborativo que generan. Estos vacíos institucionales se presentan como un campo necesario para el trabajo político de las redes de huertos escolares en la consolidación de la agroecología como práctica pedagógica en todos los niveles educativos.

Un reto vinculado al anterior corresponde al trabajo colectivo. Muchas de las entrevistadas dijeron que para el trabajo del huerto escolar se necesita una comunidad, que el trabajo colectivo es indispensable para la sustentabilidad de este tipo de espacio; pero, el trabajo colectivo se dice más fácil de lo que se logra. La

11 “Chavo” es un modismo mexicano referente a muchacho.

realidad muchas veces es otra: *“El huerto escolar es mucho trabajo y de repente se vuelve trabajo de una sola persona. Esto es otro reto, cómo lograr que se vuelva integral”* (María Suárez, docente de educación primaria, Veracruz). Otra persona menciona que *“[...] no hay mejor manera que trabajar en colectivo. El resultado que tiene al realizar el trabajo en colectivo no es el mismo que [del] individual. Ahorita, en La Normal, cada una de nosotras está atendiendo proyectos diferentes. He estado en un trabajo medianamente en solitario [...] yo voy a mi objetivo. Para mí, sí hace falta a, b, c ó d, se consigue y sigo. Al ir haciendo esto, quién está tomando las decisiones del huerto, quien toma las decisiones por donde se camina, he sido yo. Ha sido un trabajo medianamente autoritario pero creo que si no se hubiera hecho de esta manera, no hubiéramos caminado, no tuviéramos los resultados que en este momento hay [...] era un abanico que todo el mundo opina, todo el mundo dice y al momento de construir ya no se hacía nada”* (Cristina Sánchez, docente de educación media superior, Veracruz).

El reto de la colaboración y del trabajo en red se enfrenta a la inercia socio-política del aislamiento docente. La organización del trabajo escolar se centra muchas veces en la planeación individual y ejecución frente al grupo estudiantil. Como práctica infrecuente en contextos educativos, la vinculación entre docentes es tanto una motivación como un desafío: *“Un trabajo en equipo, en red, un trabajo totalmente voluntario, pues tiene sus retos ¿Quién organiza el siguiente evento? [...] nos apuntamos ocho pero a la mera hora en la reunión éramos tres chicas ¿Qué pasó? Esos retos se han convertido en oportunidades de aprender cómo le hacemos para organizarnos mejor y creo que la base está en esa organización. El tema despierta mucho interés y lo que falta a veces es un poco esa estructura organizativa que le vaya dando base para que siga caminando solito”* (Citlali Pérez, colaboradora, Chiapas).

Algunas de las mujeres entrevistadas mencionaron que el trabajo agroecológico en el huerto es un reto constante, ya sea por desconocimiento o porque constituye un sistema cambiante: *“Aprender a conocer las plantas, cómo se desarrollan, qué plagas son las que las atacan, cómo se combaten las plagas, en qué época se dan los frutos. Todo eso es un reto”* (Mariana López, docente de educación primaria, Chiapas). *“La tierra, el huerto, no es como trabajarle y que haya una fórmula: ‘siembra tal, ponle esto, cinco milímetros’. Entonces los retos a veces, pues, es como cuidarlo, mantenerlo, en toda la parte que tiene que ver con el clima, la tierra [...]”* (Tania Ávila, docente de educación primaria, Chiapas).

Nuestra experiencia trabajando con personas involucradas en huertos escolares nos ha mostrado que un reto importante para el establecimiento y mantenimiento de estas iniciativas agroecológicas en las escuelas es la falta de espacio y de recursos. Sin embargo, fueron pocas las entrevistadas que señalaron estos, quizás porque ellas los han sabido resolver: *“Trabajamos con producto de reciclaje porque el año pasado no teníamos recurso, no teníamos nada, entonces era solamente reciclar botellas y así lo empezamos a hacer. Hacíamos trueque de algunas cosas y ya me conseguía tierra, abono. Los niños también traían de su casa, íbamos al monte”* (Tania Ávila, docente de educación primaria, Chiapas).

La mayoría de los/as niños/as y familias se entusiasman con el trabajo en el huerto, pero también hay que reconocer que no todos/as. En algunas escuelas hay niños/as que no quieren meter las manos a la tierra, y hay familias que no reconocen a estos espacios agroecológicos como un laboratorio de aprendizaje: *“[Es un desafío] el que vean al huerto escolar como un método de aprendizaje eficaz [para] sus hijos [y] que no solamente es pérdida de tiempo, o el hecho de que los niños vayan a convertirse en campesinos”* (Leonarda Ramos, docente de educación preescolar, Veracruz). Otra indica: *“También he luchado bastante con las mamás y papás que a veces son muy renuentes a que sus hijos e hijas jueguen con la tierra: ‘no, que ya*

se ensució’, ‘se va a enfermar’, ‘se va a llenar de bichos’, y ya no digamos el cambio de alimentación. Se les hace muy práctico ponerles para la hora de la merienda su sabritas¹², galletas, refrescos” (Lourdes Cruz, docente de educación primaria, Chiapas).

El darse cuenta de que los niños y niñas no tienen arraigo a la tierra, ni conocen como se producen sus alimentos, es un reto que ha motivado a trabajar en los huertos escolares; pero a menudo, hay escuelas que están cubiertas de cemento y no cuentan con un espacio adecuado para poder establecerlo: *“Es triste ver que ya no existe un arraigo con la tierra, por lo que no podemos pedir que cuiden y defiendan su territorio. Hay escuelas donde llegas a proponer el proyecto de un huerto escolar y ya no tienen ni un metro cuadrado de [espacio] disponible”* (María Suárez, docente de escuela primaria, Veracruz).

Ante los diversos desafíos identificados, una de las entrevistadas menciona que un reto significativo es sistematizar las experiencias y demostrar el impacto positivo que trae en la formación de la juventud el trabajar en el huerto. La documentación de los procesos pedagógicos en torno a la agroecología, la reflexión colectiva y la conversión de la sistematización en materiales que se puedan compartir, constituyen estrategias clave para el fortalecimiento del trabajo en los huertos particulares y en las redes. Además de aportar a la dimensión política de reconocimiento y valoración institucional de esta labor, pensamos que sería pertinente incluir en estos procesos reflexivos el análisis enfocado a la temática de género. Este pequeño estudio contribuye a la construcción de estas nuevas metas para las redes implicadas.

Desafíos del trabajo en red

El trabajo de huertos escolares en las redes ha brindado retos que han llevado a muchas satisfacciones a las personas involucradas, quienes sienten que les ha permitido crecer como personas y profesionales. Una de las entrevistadas relata que el dar talleres, hablar en público y representar a su red fue un gran desafío para ella porque nunca lo había hecho; sin embargo, éste fue también un reto superado que la fortaleció. Otra docente menciona que ha tenido que capacitarse para cumplir su función en la comisión de difusión de la red a la que pertenece: *“Uno de los retos más fuertes para mí es en el tema de la difusión, el manejo de las redes sociales, el uso de páginas como Facebook, la famosa Nube, que yo en mi vida jamás había escuchado qué cosa era una Nube. O sea, más en las cuestiones tecnológicas”* (Lourdes Cruz, docente de educación primaria, Chiapas).

Dos chefs quienes han participado en la red comentan que el tener que preparar los alimentos ricos, sanos y con productos locales para los encuentros de la Red Internacional ha sido un gran reto, pero que se sienten satisfechas de haberlo aceptado. El fortalecimiento de habilidades y la adquisición de nuevas competencias son señalados como resultados de una situación que inicialmente se presenta como un obstáculo aparente. Por ello, es probable que las redes ofrezcan un contexto social que favorece el tránsito individual del reto al aprendizaje, lo que amplía las propias potencialidades del trabajo conjunto (Fotografía 4).

Es también importante señalar que algunas de las entrevistadas mencionan problemas que, según ellas, no están resueltos y deben analizarse para el fortalecimiento de la Red. Una de ellas, por ejemplo, dijo que no veía objetivos claros de la Red de Huertos Educativos y Comunitarios de Xalapa y que *“hay que analizar lo que pasa en la red, si es un espacio de convivencia o si esta Red que puede apoyar a las escuelas. Estamos más enfocadas en el producto que en el proceso... más ocupadas en el taller de mermeladas que en cosas desde cómo monto el huerto, cómo puedo*

12 Marca de alimentos industrializados producidos en México por una empresa subsidiaria de PepsiCo.

*apoyar a mis compañeras en su planeación para que puedan justificar primero en sus escuelas y luego ante la SEP*¹³
(María Suárez, docente de escuela primaria, Veracruz).



Fotografía 4. Maestras en cierre de la reunión mensual de la Red de Huertos Escolares y Comunitarios de Xalapa, Veracruz.

Fotógrafa: Kay Nicté Nava Nasupcialy (2016).

En el caso de la Red Chiapaneca de Huertos Educativos, un desafío identificado es que los/as maestros/as no dependan del impulso del proyecto Laboratorios para la Vida para organizarse: *“Siempre tenía que haber alguien en el equipo [de LabVida] en la comisión organizativa para que más o menos intentáramos que jalara bien todo”* (Viviana Ortiz, colaboradora, Chiapas). *“Los de LabVida hemos sido un poco los pesados. O sea, como parte del proyecto un tema importante para nosotros es la Red. La hemos estado impulsando mucho, mucho [...] Y ahora estamos en un proceso de dejar, cada vez soltando más para fomentar [...] más la autonomía [...] y lo autogestivo de la Red, que creo que es una cualidad que tiene que definir a esta Red: que se sostenga y que pueda seguir solita”* (Citlali Pérez, colaboradora, Chiapas).

La autogestión política y financiera como forma de organización, ha constituido un desafío considerable para las redes en cuestión. La mayoría de las mujeres entrevistadas trabajan en las redes de huertos escolares de forma voluntaria. Por ello, varias mencionaron que encontrar el tiempo y balancear el trabajo que requiere la red con sus otras múltiples tareas es uno de los principales retos que tienen que enfrentar: *“El problema era que ‘ah, sí, yo quiero participar’, pero a la mera hora ‘bueno, ahorita no tengo tiempo’. De repente hacía el apunte y solo dos personas. En cambio, como que ahora estamos más sólidos. Y es un reto pues, eso, hacer que se difunda más”* (Cristina Sánchez, docente de educación media superior, Veracruz).

13 SEP o Secretaría de Educación Pública.

Otro reto que señalan algunas de las entrevistadas es la necesidad de vincularse con la Secretaría de Educación Pública (SEP) para poder incluir a más escuelas y contar con el debido reconocimiento del trabajo en el huerto escolar: *“La Secretaría ha tenido programas de huertos pero no sé muy bien al respecto. Ahora es importante mirar cómo operar, porque ya tienes el espacio pero la idea no, nada más es que los chavos se la pasen bien, se diviertan. Lo que importa es el impacto. Y para poder tener impacto necesitamos convicciones, porque no solamente se trata de saber si no de querer y de poder y en esta condición de poder, no depende de nosotros. En este poder entra el que se pudieran realizar lazos, convenios con la SEP”* (Cristina Sánchez, docente de educación media superior, Veracruz).

Aprendizajes derivados de la participación en los huertos escolares

Los aprendizajes agroecológicos efectivos suelen ser aplicados a contextos concretos a partir de saberes científicos, empíricos, locales y/o tradicionales, constituyéndose como acciones políticas y socio-culturales encaminadas a la transformación del sistema agroalimentario a diferentes escalas (Merçon *et al.* 2012). Estos aprendizajes ocurren cotidianamente en los sitios de producción y tienen como principales sujetos cognoscentes a campesinas y campesinos, y productores/as de pequeña y gran escala. En este sentido, podríamos decir que predomina en la agroecología el aprendizaje no escolarizado, que es resultado de la intencionalidad de grupos organizados o de procesos informales.

La apuesta por la escolarización de la agroecología se basa en la necesidad de llevarla a todos los ámbitos posibles de aprendizaje social, alcanzando a diferentes edades y proponiendo diferentes modelos político-pedagógicos. Esta apuesta ha sido abrazada por varios movimientos sociales que encuentran en la educación formal una vía crucial hacia la soberanía alimentaria (Meek *et al.* 2017; Meek y Tarlau 2016). En escuelas asociadas a movimientos campesinos así como en escuelas convencionales, el huerto escolar ha sido planteado como herramienta a través de la cual se desarrollan procesos de enseñanza de ciencias, formación ambiental, nutrición, agricultura, salud, estilos de vida sustentables y educación intercultural (Cutter-Mackenzie 2009).

En procesos de educación agroecológica, son los aprendizajes de las y los estudiantes los que se suelen examinar, visibilizar o estudiar. Raramente nos preguntamos sobre qué aprenden las/os docentes en su práctica. Vemos, a continuación, que no son pocos los aprendizajes contruidos por mujeres que guían y facilitan la educación en estos espacios agroecológicos.

Las mujeres entrevistadas opinan, por ejemplo, que generaron destrezas para observar todo tipo de fenómenos naturales, los cambios que ocurren de un año a otro, las relaciones entre los seres vivos y, en general, sobre la naturaleza. También aprenden a describir y analizar la experiencia en los huertos: *“Aprendimos a sistematizar lo que vivimos en un año para reflexionar el proceso; lo que aprendimos, lo que funcionó y lo que no”* (María Suárez, docente de escuela primaria, Veracruz).

Algunas mujeres mencionan que no sólo han ampliado sus conocimientos sobre aspectos técnico-productivos (como el construir las camas de cultivo, compostas, semilleros y sobre trasplante), sino que el huerto les ha enseñado a valorar el trabajo colaborativo, organizacional y el innovar aunque se tengan pocos recursos; además de otras cualidades personales como ser tolerantes y pacientes cuando las cosas no salen conforme a lo planeado. *“Aprendí que el querer es poder, ya que con poco se puede lograr grandes cosas en el huerto”* (Josefina Gómez, maestra de educación primaria, Veracruz. Ahora, ellas se adaptan a los cambios, sin dejar que la frustración las doblegue, poniendo en práctica la flexibilidad y aprendiendo a sobreponerse de las circunstancias negativas). Otras relatan que ejercitan el ser más creativas o a utilizar su creatividad cuando las cosas no marchan en la

producción. Esto les permite motivar a los grupos cuando estos se ven afectados por no obtener los resultados esperados. Por lo que opinan que el aprendizaje es continuo y depende de los contextos o circunstancias, así se van moldeando y estructurando las estrategias pedagógicas, resaltando la necesidad de “desaprender” y continuar: *“Creo que [son] mis características: ser creativa, ser propositiva, no dejarme [desalentar] porque la situación no nos va a permitir lograr hacer cosas con ellos. Entonces la paciencia ha sido fundamental para el trabajo en el huerto”* (Leonarda Ramos, docente de educación preescolar, Veracruz).

Entre los aprendizajes personales, las mujeres destacan experiencias que han impactado en su autoestima a través de las emociones, la sensibilidad, la empatía, el contacto interpersonal y la comunicación e intercambio de saberes en la comunidad donde se ubica el huerto escolar. Una de ellas menciona que aprendió mucho sobre los cultivos tradicionales, formas de consumo y nombres locales de las plantas, y que con ello pasó a dar un valor cultural al huerto, además de una revaloración a la biocultural. Así mismo, la capacidad de asombro de los/as niños/as cuando descubren relaciones entre las plantas y los insectos se pudo convertir en una herramienta para el aprendizaje y sobre todo para tener un acercamiento más estrecho con el/la docente. Las entrevistadas identificaron también aprendizajes que relacionan la producción de alimentos sin agrotóxicos con la alimentación sana y nutritiva, y el cuidado de la naturaleza, confirmando lo que muchos estudios sobre huertos escolares han reportado (Parmer *et al.* 2009; Trescastro-López 2013). Adicionalmente la dimensión socio-política del trabajo en espacios agroecológicos se destaca, así como una motivación, un reto y un aprendizaje fundamental.

Reflexiones que alimentan futuros

Las reflexiones compartidas por las entrevistadas nos muestran que sus motivaciones, retos y aprendizajes en torno al trabajo que realizan en los huertos escolares inciden en diferentes niveles de su vida, desde la experiencia personal y las relaciones pedagógicas, al contexto institucional, familiar y la visión del entorno natural. El carácter multiplicador de su trabajo con decenas de estudiantes, otros/as docentes, miembros de las familias y comunidades es evidente. Aunado a los cambios que han vivido respecto a la práctica agroecológica y pedagógica son prueba de que los huertos escolares comprenden procesos de gran potencia transformadora.

Nos llama la atención las múltiples menciones a la importancia de la labor colectiva, colaborativa y solidaria en el huerto escolar y en las redes. El trabajo en equipo se configura como fuente de motivación, reto y aprendizaje. En estas dinámicas co-existen procesos de apoyo mutuo, la alegría de todo lo que se logra, a pesar de que también existe una cierta decepción por la falta de compromiso de algunas personas y por la dificultad de vincular al huerto a otros/as miembros de la comunidad escolar. La centralidad que tiene este discurso en los relatos de las entrevistadas nos hace pensar que los aspectos técnicos —también fundamentales para la práctica agroecológica— no se desvinculan del contexto social en que son aprendidos y aplicados. En este sentido, la sustentabilidad de los huertos escolares y de las redes que los enlazan parece depender de la forma cómo se articulan los saberes y prácticas técnico-productivos, por un lado, y el trabajo colaborativo y socio-político, por el otro.

A diferencia de los programas que invierten sus esfuerzos solamente en la formación técnica de docentes, las redes de huertos escolares apuestan por la construcción de relaciones socio-políticas basadas en el apoyo mutuo, la equidad y la solidaridad, principios que, como nos muestran las entrevistadas, configuran grandes desafíos y experiencias que aportan considerablemente a mantener vivo el aprendizaje y entusiasmo.

La colaboración como característica crucial del trabajo en las redes de huertos escolares también parece proveer el escenario para un fenómeno transformador particular. Algunas entrevistadas relatan que el trabajo en la red exige que desarrollen nuevas habilidades y competencias, como hablar en público, utilizar nuevas herramientas tecnológicas y otros. Por lo que al inicio se presenta como un reto luego se torna en un aprendizaje significativo. Como redes conformadas mayoritariamente por mujeres, nos nace la reflexión sobre la importancia de la colaboración como medio que conduce al florecimiento de la auto-estima de las docentes, madres de familia y colaboradoras. Apoyarnos y estimarnos entre nosotras se presenta así como un camino para el crecimiento de todas.

Por la relación que hemos tenido con las entrevistadas, sabemos que los desafíos que han tenido son más numerosos y más diversos que aquellos mencionados. Notamos que no han identificado como retos situaciones como el cambiarse de escuela y tener que hacer nuevamente el huerto, el que les destruyan el mismo por una construcción, la falta de aprecio por las autoridades escolares, el que se acaben los fondos para poder seguir impulsando la actividad, la inestabilidad laboral, el sistema educativo que no brinda suficientes recursos ni formación apropiada a los/as docentes, el estrés que viven por su situación laboral, etc.

La principal mención a factores externos se refiere a la necesidad de obtener un mayor reconocimiento y apoyo de la SEP para el trabajo realizado en los huertos escolares. La ausencia de mecanismos institucionales que permitan a las docentes contar con una validación del huerto como herramienta pedagógica conlleva a muchos efectos; por ejemplo, que sean pocas las personas dispuestas a comprometerse con estos procesos en las escuelas, que un contingente enorme de niñas y niños no disfruten de la experiencia de aprender sobre los ciclos naturales a través de una relación directa con la tierra, semillas y plantas, y que la educación agroecológica se limite a niveles superiores, a los cuales una mínima porción de la población tiene acceso.

Con excepción de las menciones referentes a la SEP, es notable que la gran mayoría de los retos señalados en las entrevistadas corresponden a las propias limitaciones personales y de relaciones inter-personales. Algunas interpretaciones posibles —no necesariamente excluyentes— se interponen. Desde una perspectiva optimista podríamos decir que al posicionar los desafíos en una esfera cercana a su experiencia, las entrevistadas se identifican como agentes capaces de realizar cambios directos para superar dificultades. Por otro lado, también podríamos denotar una disposición a describirse, con gran frecuencia, como parte del problema. Es así que las dificultades incluyen un cierto componente auto-punitivo que expresa la internalización de culpas o de responsabilidades que de hecho son construidas socialmente y más complejas que una aparentemente simple auto-culpabilidad. En todo caso, destaca la ausencia de un reconocimiento de factores externos y estructurales que retan los procesos mencionados. La complejidad de aspectos que caracterizan la experiencia de las entrevistadas en su relación con los huertos escolares no refleja una perspectiva que les permita, en gran medida, politizar su práctica como mujeres situadas en relaciones de poder, que se expresan en todos los niveles: personal, inter-personal, grupal, comunitario, societal y global. Por lo que esto es un tema que amerita mayor análisis.

Esperamos que este estudio alimente horizontes futuros para diferentes redes de huertos escolares y mujeres implicadas en este tipo de proyecto agroecológico. Muchas de las entrevistadas expresaron que no se habían dado cuenta de que la gran mayoría de personas trabajando en los huertos escolares son mujeres. Por lo que la entrevista les permitió reflexionar al respecto, visibilizando para ellas mismas algunas relaciones que han establecido como mujeres con los huertos escolares. La necesidad de evidenciar y politizar nuestra experiencia como mujeres en huertos escolares puede dar origen a aprendizajes que seguirán nutriendo prácticas y lazos transformadores.

Agradecimientos

Agradecemos a todas las mujeres que a través de su labor en los huertos escolares siembran con los y las más jóvenes un mundo más solidario y sano. Agradecemos muy especialmente a nuestras entrevistadas por su tiempo y entusiasmo. Nuestra gratitud también va dirigida a Stephane Alcocer, quien realizó las entrevistas en Chiapas, y a Samanta Solís Castro por su magnífico trabajo de transcripción.

Referencias

- Acker Sandra. 2003. Género y educación. Reflexiones sociológicas sobre mujeres, enseñanza y feminismo. Madrid: Narcea.
- Ahonen Sirkka. 2001. Politics of identity through history curriculum: Narratives of the past for social exclusion or inclusion? *Journal of Curriculum Studies* 33(2):179-194.
- Aldea-Navarro Elías. 2012. El huerto escolar como recurso educativo de centros de educación secundaria. Re- Unir. Repositorio Digital. Disponible en <https://reunir.unir.net/handle/123456789/684>
- Apple Michael, King Nancy. 1983. "What Do Schools Teach?" *The Hidden Curriculum and Moral Education*. Ed. Giroux H, Purpel D. Berkeley: McCutchan Publishing Corporation, pp. 82-99.
- Arroyo Miguel Gonzalez, Caldart Roseli Salete, Molina Mônica Castagna (org.). 2004. *Por uma educação do campo*. Petrópolis: Vozes.
- Baker David, Tendre Gerald. 2005. *National differences, global similarities: World culture and the future of schooling*. Stanford: Stanford University Press.
- Barffusón René, Revilla Fajardo Jorge Armando, Carrillo Trujillo Carlos David. 2010. Aportes feministas a la educación. *Enseñanza e Investigación en Psicología* 15(2): 357-376.
- Bell Hooks 1994. *Teaching to Transgress. Education as the practice of freedom*. London: Routledge.
- Carl Jim. 2009. Industrialization and public education: Social cohesion and social stratification. *International Handbook of Comparative Education* 22:503-518.
- Clover Darlene, Jayme Bruno de Oliveira, Hall Budd, Follen Shirley. 2013. *The Nature of Transformation. Environmental Adult Education*. Victoria: Sense Publishers.
- Cruz Yáñez Lucía Alicia. 2016. El papel de las mujeres en los huertos familiares. *Alternativas en Psicología* (36):46-60.
- Cutter-Mackenzie Amy. 2009. Multicultural School Gardens: Creating Engaging Garden Spaces in Learning about Language, Culture, and Environment. *Canadian Journal of Environmental Education* 14(1):122-135.
- Fals Borda Orlando. 1991. *Acción y conocimiento. Como romper el monopolio con la investigación-acción-participativa*. Bogotá: CINEP.
- FAO (Programa de las Naciones unidas para la Alimentación y Agricultura) 2018. *FAO's work on Agroecology, a pathway to achieving the SDGs*. Disponible en <http://www.fao.org/3/i9021en/I9021EN.pdf>

- Freire Paulo. 1970. *Pedagogia do Oprimido*. Rio de Janeiro: Continuum.
- Gadotti Moacir. 2000. *Pedagogia da Terra*. Rio de Janeiro: Petrópolis.
- García Zoraida, Nyberg Jennifer, Owaize Saadat. 2006. *Agricultura, expansión del comercio y equidad de género*. Roma: División de Género y Población de la FAO.
- Gilligan Carol. 2013. *La ética del cuidado*. Barcelona: Fundación Victor Grífols i Lucas.
- Giroux Henry. 1992. *Teoría y Resistencia en Educación. Una pedagogía para la oposición*. México DF: Siglo XXI Editores.
- Hecht Susanna. 2002. A evolução do pensamento agroecológico. En *Agroecologia: bases científicas para uma agricultura sustentável*. Guaíba Agropecuária, pp. 21-52.
- Lahoz Carmen. 2006. El papel clave de las mujeres en la seguridad alimentaria. En *Seguridad Alimentaria y Políticas de Lucha Contra el Hambre*. Seminario Internacional sobre Seguridad Alimentaria y Lucha contra el Hambre (Universidad de Córdoba, ed.), pp. 117-130.
- López Oresta. 2006. Las maestras en la historia de la educación en México: contribuciones para hacerlas visibles. *Revista Electrónica Sinéctica* 28:4-16 .
- Louro Lopes Guacira. 1995. Gênero, história e educação: construção e desconstrução. *Educação & Realidade* 20(2): 101-132.
- Louro Lopes Guacira. 1997. *Gênero, sexualidade e educação*. Petrópolis: Vozes.
- McLaren Peter. 1997. *Pedagogía crítica y cultura depredadora*. Barcelona: Paidós.
- McMichael Philip. 2013. *Food regimes and agrarian questions: Agrarian change and peasant studies*. Nova Scotia, Canada: Fernwood Publishing.
- Meek David, Bradley Katharine, Ferguson Bruce, Hoey Lesli, Morales Helda, Rosset Peter, Tarlau Rebecca. 2017. Food sovereignty education across the Americas: multiple origins, converging movements. *Agriculture and Human Values* 42(1):1-16.
- Meek David, Tarlau Rebecca. 2016. Critical food systems education (CFSE): educating for food sovereignty. *Agroecology and Sustainable Food Systems* 40(3): 237-260.
- Merçon Juliana. 2016. Construyendo nuevos posibles a partir de la articulación entre resiliencia, aprendizaje social y sistema escolar. *Educação* 39(1):105-112.
- Merçon Juliana, Escalona Miguel Ángel, Noriega Isabel, Figueroa Ingrid, Atenco Aketzali, González Enid. 2012. Cultivando la educación agroecológica: El huerto colectivo urbano como espacio educativo. *Revista Mexicana de Investigación Educativa* 17(55): 1201-1224.
- Mier y Terán Mateo, Giraldo Omar, Aldasoro Miriam, Morales Helda, Ferguson Bruce, Rosset Peter, Khadse Ashlesha, Campos Carmen. 2018. Bringing agroecology to scale: Key drivers and emblematic cases. *Journal of Agroecology and Sustainable Food Systems* 42(6): 637-66.

- Molina Mônica Castagna, Jesus Sonia. 2004. Contribuições para a construção de um projeto de educação do campo. Brasília DF: Articulação Nacional Por uma Educação do Campo.
- Morales Helda, Ferguson Bruce. 2017. La Red Internacional de Huertos Escolares. Decisio. Saberes para la Acción en Educación de Adultos 46:8-10.
- Morgan Philip, Warren Janet, Lubans David, Saunders Kristen, Quick Gabrielle, Collins Clare. 2010. The impact of nutrition education with and without a school garden on knowledge, vegetable intake and preferences and quality of school life among primary-school students. Public Health Nutrition 13(11): 1931-1940.
- Parmer Sondra, Salisbury-Glennon Jill, Shannon Daniel, Struempfer Barbara. 2009. School gardens: an experiential learning approach for a nutrition education program to increase fruit and vegetable knowledge, preference, and consumption among second-grade students. Journal of Nutrition Education and Behavior 41(3): 212-217.
- Pozo-Andres María del Mar. 2000. Currículum e identidad nacional: Regeneracionismos, nacionalismos y escuela pública (1980-1939). Madrid: Biblioteca Nueva.
- Rapport David, Maffi Luisa. 2010. The dual erosion of biological and cultural diversity: implications for the health of ecocultural systems. En Nature and Culture: Rebuilding Lost Connections (Pilgrim S, Pretty J., eds.). London: Earthscan, pp.103-122.
- RIHE (Red Internacional de Huertos Escolares). 2013. Aprendizajes para la Vida Digna. Declaratoria del IV Encuentro de la RIHE. San Cristobal de las Casas, México. Disponible en <http://www.redhuertos.org/aprendizajes-para-la-vida-digna-declaratoria-del-iv-encuentro-internacional-de-la-red-de-huertos-escolares/>
- RIHE (Red Internacional de Huertos Escolares). 2017. Declaratoria final del VIII Encuentro de la RIHE. Montevideo, Uruguay. Disponible en <http://www.ecosur.mx/masificacion-agroecologia/wp-content/uploads/sites/16/2017/08/DECLARACION-FINAL-VIII-ENCUENTRO-RIHE.pdf>
- Rivera-Mateos Manuel, Osuna-Rodríguez Mercedes, Rodríguez-García Luis. 2017. Educación intercultural y culturas indígenas en América Latina: la licenciatura en Pedagogía de la Madre Tierra. Revista Iberoamericana de Educación Superior 8(23):163-182.
- Sauvé Lucie. 2005. Educação Ambiental: possibilidades e limitações. Educação e Pesquisa 2(31):317-322.
- SEP (Secretaría de Educación Pública). 2018. Informe del Sistema Educativo de los Estados Unidos Mexicanos, Principales cifras 2016-2017. Disponible en http://www.planeacion.sep.gob.mx/Doc/estadistica_e_indicadores/principales_cifras/principales_cifras_2016_2017.pdf
- Siliprandi Emma. 2015. Una mirada ecofeminista sobre las luchas por la sostenibilidad en el mundo rural. En Ecología y Género en Diálogo Interdisciplinar (Puleo AH, ed.). Madrid: Plaza y Valdés, pp. 279-290.
- Sobel David. 2006. Place-based education: Connecting classrooms and communities. Massachusetts: The New Orion Society.

Trescastro-López Eva María, Trescastro-López Silvia. 2013. La educación en alimentación y nutrición en el medio escolar: el ejemplo del Programa EDALNU. Revista Española de Nutrición Humana y Dietética 17(2):84-90.

10

Las mujeres en los sistemas de producción bajo principios agroecológicos. El caso de los Valles de Bolivia

Ana Dorrego Carlón^{1*}

Introducción

Bolivia tiene una población aproximada de 11 millones de personas, de las cuales algo más del 48% se autodefine como indígena. La superficie total del país es de 109 millones de hectáreas, estando cerca de la mitad cubiertas de bosques ricos en biodiversidad y siendo un tercio, semidesértico o árido. También es uno de los países con mayor población rural de la región latinoamericana y gran parte de la pobreza se focaliza sistemáticamente en la misma, asociada de manera crítica y persistente con la etnicidad y el género (INE 2014).

En el 2013, en el país existieron más de 872 mil unidades agrícolas (pequeñas, medianas y grandes) que, en conjunto, ocuparon una superficie cultivada de 2.7 millones de hectáreas, de las cuales aproximadamente el 58% fueron menores a cinco hectáreas; dentro de estas, el 45% tiene una extensión menor de una (INE 2014). En esas pequeñas unidades familiares y en medio de relaciones comunitarias viven cerca de tres millones de personas. La mayoría de estas pequeñas unidades productivas y sus familias se ubican en regiones de Valles (con alturas medias de 2500 msnm) y Altiplano (con alturas por encima de los 3000 msnm, ubicados en la región andina occidental que tan sólo representa el 15% de la superficie arable del país).

Aproximadamente entre el 60 y 80% de la producción campesina es destinada a la venta en los mercados locales y nacionales, aportando a la seguridad alimentaria de la población rural y urbana (VDRA 2011 citado por CIPCA 2015). Además, según el Banco Mundial (2007), alrededor del 45% de los ingresos de las familias

1 Doctora en Geografía. Actualmente trabaja en el Centro de Investigaciones de Zonas Áridas (CIZA), Universidad Agraria La Molina, Perú, y en el Observatorio para una cultura del Territorio (OCT), España. Email: anadorrego@gmail.com

* Miembro del Grupo de *Trabajo Mujeres, Agroecología y Economía Solidaria del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO)*.

rurales provienen todavía de actividades agropecuarias, siendo el ingreso monetario en el campo de menos de 300 dólares americanos por persona por año.

De acuerdo con algunas definiciones, la agricultura familiar campesina tiene por objetivo fundamental garantizar la permanencia del sistema agrícola, en el que la familia se constituye en la unidad esencial de producción y consumo. Este tipo de agricultura emplea principalmente mano de obra familiar, aunque pueda ser complementada ocasionalmente con mano de obra externa (CEPAL, FAO e IICA 2013) y cuyo principal medio productivo es la tierra.

En Bolivia, la agricultura campesina ha estado fundamentalmente enfocada a la producción de alimentos tradicionales propios de las distintas zonas agroecológicas del país. Es una producción agrícola que, por lo general, se encuentra diversificada y se combina con la actividad pecuaria. Gran parte de lo que se produce se destina al consumo de las propias familias campesinas, aunque es también común la generación de excedentes para su comercialización. Además, como sucede en otros contextos, en Bolivia la agricultura familiar campesina e indígena tiene una gran importancia ambiental y social, porque las prácticas agrícolas aplicadas han demostrado contribuir al mantenimiento de la fertilidad de los suelos y, por tanto, la sostenibilidad de los agroecosistemas. Estas prácticas suelen derivar de una combinación entre técnicas tradicionales fundamentadas en principios agroecológicos y técnicas modernas que mantienen relación con la denominada Revolución Verde (Castañón 2014).

Asimismo, la producción campesina e indígena utiliza esta combinación de tecnologías con un uso intensivo de la mano de obra familiar que, aunque genera empleo, supone un esfuerzo enorme, así como altos índices de feminización de la agricultura y sobrecarga de actividades a las mujeres. Esto es consecuencia de la fragilidad de las condiciones estructurales en el sector campesino e indígena, y de las estrategias y medios de vida adoptados para sobrellevarla. Por tanto, la agricultura comunitaria de pequeña escala tiende a quedar sistemáticamente en manos de las mujeres. Sin embargo, el fenómeno de feminización de la agricultura no ha sido aún muy estudiado en el país; aún así, hay algunos datos: crecen los hogares con mujeres ostentando la jefatura de los mismos (31.5%) y hay un incremento de la población femenina en el sector rural, así como una mayor participación de las mujeres en la agricultura. A pesar de ello, un elevado número se declaran como “inactivas” constituyendo un universo invisible a pesar de que otros registros de usos del tiempo ponen de manifiesto el elevado número de horas que las mujeres dedican a la actividad de autoconsumo. A nivel nacional, el porcentaje de unidades productivas a cargo de mujeres es del 25%, siendo de los más altos a nivel de América Latina. Los departamentos con mayores unidades productivas gestionados por mujeres son La Paz y Cochabamba con aproximadamente el 29% en cada uno de ellos (INE 2014).

En este contexto, el proceso constituyente en Bolivia trazó de manera colectiva el horizonte del Vivir Bien que dialoga con la forma de concebir la vida de los pueblos indígenas y campesinos y con colocar en el centro el cuidado y la vida de los seres humanos y de la naturaleza (Estado Plurinacional de Bolivia 2012). El “Vivir Bien” es definido como una filosofía que valora la vida, busca el equilibrio con uno/a mismo/a y con los demás; es decir, el bienestar individual como colectivo, promoviendo el respeto y la convivencia armónica del ser humano con la naturaleza Vivir Bien que comprende, además, el conjunto de saberes de las personas y de las comunidades y que se relacionan con su entorno: el saber ser y crecer; el saber aprender y pensar; el saber relacionarse; alimentarse; trabajar; danzar; reír; alegrarse y descansar; el saber amar y ser amado; el saber soñar y el saber comunicarse y escuchar. Estos saberes se interrelacionan con los diferentes ámbitos funcionales de los

sistemas de vida con el objetivo final de vivir en igualdad y justicia bajo los principios de colectividad, solidaridad y complementariedad entre todos los seres vivos de la Madre Tierra (Estado Plurinacional de Bolivia 2015).

Bolivia es uno de los pocos países en América Latina, junto con Ecuador, que ha incluido como objetivo en su Constitución Política del Estado el logro de la seguridad y soberanía alimentarias como uno de los principales caminos para el logro del Vivir Bien. Por ello, se puede decir que el país presenta un contexto político favorable —con la promulgación, en la última década, de leyes y políticas que garantizan la “seguridad alimentaria con soberanía”— para que desde las mujeres se pueda pensar en alcanzar la autogestión en los distintos niveles territoriales (Elías 2013). En este sentido, se plantearon propuestas, a través de distintos foros y espacios que reafirmaron nuevas visiones y conceptualizaciones basadas en el paradigma del Vivir Bien desde un abordaje que sintoniza con los principios de economía feminista, la cual también pone en el centro del modelo el bienestar de las personas y la vida, buscando una nueva visión de sostenibilidad humana a través del reconocimiento de la diversidad de los pueblos y su integración.

Por su parte, la Confederación Nacional de Mujeres Campesinas Indígenas Originarias de Bolivia “Bartolina Sisa” (CNMCI OB-BS), basándose en un análisis de la realidad de las mujeres del campo y del proceso de cambio gubernamental al cual pretenden contribuir, formularon una definición propia de la soberanía alimentaria² estableciendo una serie de pilares en los que debe fundamentarse:

- Derechos de la Madre Tierra
- Derecho humano a la alimentación
- Descolonización del consumo y promoción de alimentos nativos
- Derecho al uso sostenible de los recursos naturales: agua, tierra y bosques
- Acceso a recursos productivos por parte de las familias campesinas indígenas
- Derecho e intercambio de prácticas ancestrales y tecnología apropiada para un sistema de producción sostenible y diversificado
- Acceso a precios justos y mercados locales/nacionales
- Rol de la mujer para la soberanía alimentaria
- Implementación del control social para la soberanía alimentaria

Para el movimiento campesino, optar por la soberanía alimentaria implica entonces un giro radical de las políticas productivistas mercantiles actuales, de cuyo dominio, la crisis alimentaria y el hambre no cesan de aumentar. Esto se sustenta en que en realidad es en la agricultura de pequeña escala donde se ejercitan principalmente las prácticas productivas de las mujeres, donde se registran no sólo los resultados más concluyentes y contundentes de aporte a la seguridad alimentaria, y donde se generan modos de vida congruentes con la sustentabilidad, la redistribución, la justicia y la equidad.

2 Esta formulación deriva de un proceso interno en el que la CNMCI OB-BS trabajó una propuesta de ley en soberanía alimentaria durante el 2009 y 2010.

En este sentido, es que el presente artículo se plantea, a partir de la experiencia de las mujeres de los Valles bolivianos, responder a la siguiente pregunta: ¿en qué medida la producción y comercialización campesinas bajo principios agroecológicos contribuyen a la construcción de un modelo de producción y alimentación que satisfaga las necesidades e intereses de las mujeres campesinas e indígenas?

Metodología

El presente trabajo se basa en la tesis doctoral *Las mujeres en los sistemas de producción bajo principios agroecológicos en Bolivia* (Dorrego 2018) para la construcción de estudios de caso en dos zonas de valle en los departamentos de Tarija y Cochabamba. Las experiencias descritas se vinculan a ferias ecológicas —ECO Feria de Cochabamba y Bio Feria de Tarija— con el objetivo de aportar algunos elementos integrales de análisis del modelo de producción basado en principios agroecológicos desde la práctica de las mujeres en el marco de la soberanía alimentaria.

El enfoque metodológico de la investigación se realiza desde el diálogo entre la población campesina y la investigadora, ya que el enfoque de la agroecología y el saber campesino consisten en poner en práctica una serie de principios no solo ideológicos sino también filosóficos y materiales en el proceso investigativo. Este posicionamiento es consistente con la consciencia de la ambigüedad, complejidad y no universalidad, por tanto, del rol de la subjetividad, posicionalidad y reflexividad en el proceso de investigación. Finalmente, se relaciona con el compromiso para el cambio social. Con base a lo anterior, se opta por una metodología cualitativa como se describe a continuación, al estar más en consonancia con los objetivos perseguidos por la geografía rural feminista.

Las técnicas empleadas fueron fundamentalmente la observación participante y entrevistas en profundidad semi-estructuradas a productoras representantes de asociaciones de productores/as ecológicos/as y personal técnico, entre otras.

La definición de la muestra fue estructurada (con base a lo descrito por Montañez 2002) en función a dos ejes: la edad y ejercicio de un cargo organizativo o de liderazgo, asumiendo que mujeres campesinas en esta posición tienen una visión distinta o mayores oportunidades de comercialización y/o acceso a la información. Asimismo, todas ellas eran productoras de alimentos en pequeña escala e insertas dentro de una producción agrícola tradicional bajo principios agroecológicos. Siguiendo esto, en Tarija se entrevistaron: (i) nueve agricultoras (seis adultas y tres jóvenes de las bases); (ii) dos representantes de organizaciones de productores/as de la Asociación de Productores Ecológicos (APECO) y de la Asociación de Productores de Abono y Hortalizas Orgánicas (APAHO), ambas afiliadas a la Asociación de Productores Ecológicos de Bolivia (AOPEB); (iii) una técnica de la ONG Agrónomas Asociadas para el Desarrollo en Zonas Agroecológicas (ADEZA) que brinda apoyo a las asociaciones; y (iv) una entrevista grupal a campesinas participantes de la Bio Feria de Tarija.

En Cochabamba se llevaron a cabo las siguientes entrevistas: (i) ocho a mujeres campesinas asociadas a la ECO Feria (siete adultas y una joven de las bases) residentes en comunidades cercanas a la ciudad; (ii) una grupal a mujeres base de la Coordinadora de Mujeres del Valle Alto (COMUVA); y (iii) otra grupal a la dirigencia de la Asociación de Productores/as Orgánicos de Hortalizas de Bruno Moho (APROBHUM).

Por último, para complementar los testimonios se hicieron varias entrevistas en la coordinación técnica de la Red de Mujeres Transformando la Economía (REMTE)-Bolivia y a las responsables de las áreas de política y género de AOPEB.

Resultados y discusión

Según se ha señalado, se considera en el análisis la situación y posición de mujeres productoras de comunidades cercanas a dos ciudades y vinculadas a dos de las ferias ecológicas más relevantes a nivel nacional. Las ferias ecológicas tienen sus orígenes en iniciativas de agricultores/as asociados/as, no asociados/as o en consumidores/as de organizaciones como AOPEB y AGRECOL Andes, en el caso de Cochabamba.

Por su lado, la Bio Feria Tarija se organiza en dicha ciudad todos los sábados desde finales de 2011 mediante una solicitud a AOPEB. Cuenta con 15 asociaciones productivas y diez productores/as individuales y con el apoyo de los Gobiernos Autónomos Municipales de Padcaya y Uriondo.

La ECO Feria de Cochabamba es promovida por AGRECOL Andes y tiene su origen en un grupo integrado por consumidores/as, agricultores/as e instituciones. Como una feria regular se realiza desde 2006 en la ciudad de Cochabamba y actualmente tiene una periodicidad semanal. El colectivo de esta feria cuenta con un sistema participativo de garantía (SPG) y registro sanitario otorgado por Servicio Nacional de Sanidad Agropecuaria e Inocuidad Alimentaria (SENASAG), y es la única feria a nivel nacional que se ha constituido con personería jurídica. Actualmente, cuenta con aproximadamente 50 participantes entre productores/as y transformadores/as asociados/as. Los productos que se ofertan son principalmente hortalizas frescas, productos procesados y comidas típicas. La ECO Feria es una de las ferias más sólidas y sostenibles a nivel nacional ya que sus ingresos y ventas presentan números favorables y en ascenso (Chambilla 2014).

En este contexto, partir de los discursos de las entrevistas se analizan una serie de puntos relacionados con la producción y comercialización bajo principios agroecológicos considerando tanto la esfera privada como la pública dentro del hacer de las personas entrevistadas, así como de sus subjetividades.

a. La producción agroecológica

El término “ecológico” es familiar para todas las mujeres entrevistadas ya que pertenecen a organizaciones o participan en iniciativas que promueven la agricultura ecológica. Es un concepto que vincula principalmente a la salud, a una producción que cuida tanto a las personas como a la tierra, pensando en las generaciones futuras. En este sentido, la responsable de género de AOPEB señala que entre las razones más importantes para que los y las productores/as —pero sobre todo las mujeres— apuesten por un modelo de agricultura basado en principios agroecológicos, es el cuidado del medio ambiente y de los recursos, porque ellas son las más afectadas por su deterioro y, en consecuencia, también su rol reproductivo. De igual manera, el concepto de Vivir Bien es relacionado con una vida sana, fundamentalmente para sus hijos e hijas: “Vivir Sano”, “Comer Sano” y “Producir Sano” bajo el concepto de cuidado y de valoración de sus saberes ancestrales: *“es producir sano, sin químico, saludable para nosotros”* (productora de Tarija) (Imagen 1); *“sobre todo por salud”* (productora ECO Feria, Cochabamba).

Además, la producción ecológica es una opción que no demanda más capital que la agricultura convencional, aunque sí más trabajo: *“esto es más costoso, pero no es carísimo, está al alcance de nosotros, ¿no?”* (productora de Tarija). Con base a ello, la presidenta de ADEZA comenta que la producción ecológica es una alternativa para las mujeres *“por su sensibilidad al medio ambiente y cuidado de los recursos naturales”*. Adicionalmente, ofrece mejores condiciones y mayores rendimientos al nivel de la parcela *“porque en una superficie reducida puedes trabajar intensivamente”* (productora de Tarija) y porque, permite la participación de la familia sin que haya un riesgo para la salud de las personas por el uso de agroquímicos.



Imagen 1. Productora ecológica en su chacra (Uriondo, Tarija).

Fotografía: Ana Dorrego (2012).

A continuación se presentan las categorías que componen la dimensión de análisis de la producción bajo principios agroecológicos:

La decisión de producir “en ecológico”

En cuanto a la decisión de producir de manera ecológica, en la mayoría de los casos esta parte de las propias mujeres, salvo de las jóvenes quienes continúan viviendo con sus familias y por tanto la iniciativa surge generalmente de de sus madres: *“parte de la misma educación que tenemos, en mi casa siempre hemos consumido productos naturales”* (productora joven de la ECO Feria, Cochabamba).

Acceso y control de recursos

Se pone el foco en la tierra porque es uno de los recursos más problemáticos que identifican a las mujeres y cuya falta impulsa a la migración. De forma general, en ambas zonas de Valle, las mujeres no son propietarias de la tierra. En Tarija, las parcelas son cada vez más pequeñas, como consecuencia de la división por herencia, y su tamaño oscila entre un cuarto y dos hectáreas, lo cual es mucho menor al promedio de las tierras de los municipios de estudio³. En Cochabamba, los tamaños de los terrenos donde producen la mujeres varían entre los 300 m² y la hectárea y media.

La tierra para las mujeres de los Valles es un *“elemento fundamental para la vida”* (productora de Tarija) habiendo una identificación con ella como generadora de vida y fuente de alimentos: *“una vida es [...] es lo que somos, de eso comemos [...]”* (productoras de la ECO Feria, Cochabamba). *“La tierra [es] parte de mi vida [...]”*

³ El promedio de las tierras en Tarija es aproximadamente cinco hectáreas en Uriondo y diez hectáreas en Padcaya.

por eso la tierra me alimenta, produce, si no fuera por la tierra ¿qué comería? [...] La tierra es para uno, es... ¿cómo se puede expresar? Es la vida" (productora de Tarija).

Las semillas son, para la soberanía alimentaria, uno de los medios de producción clave y las mujeres, como principales responsables del semillado, tratan de guardarlas, conscientes de que lo ideal es *"obtener nuestras semillas, tratar de tener semillas en mis manos para cualquier rato"* (productora la ECO Feria) y tener control sobre la procedencia y la disponibilidad de semillas para la siembra de todos sus productos. Sin embargo, esto no siempre es posible por la falta de tiempo y las plagas o enfermedades, sobre todo en el caso de la papa.

Los roles y desafíos en la producción

En los dos casos analizados, las mujeres suelen ser las principales responsables de la actividad agropecuaria ya que sus esposos acostumbran tener otro empleo. Empero, ellas no necesariamente se reconocen en el papel de productoras a no ser que perciban algún ingreso monetario, sobre todo a través de las ferias o mercados. De manera general, esta ausencia de identificación de su rol reproductivo se debe a que el mismo está muy naturalizado y no se separa de las otras labores de cuidado que las mujeres realizan. Desde una mirada más específica, ellas son las encargadas de la cría de los animales, del semillado —*"las mujeres con la semilla están, las mujeres más cuidamos [la semilla]"*, de la preparación de abonos orgánicos y abonado, del deshierbe, aporque y sólo en las labores muy pesadas, como el riego, la preparación de la tierra y la cosecha, suelen compartirlas con los varones: *"Eso es su labor de trabajo de los hombres [...], en la sembrada y preparada de terrenos"* (productora de Tarija). Los hijos e hijas también ayudan en algunas labores, principalmente la cosecha, las cuales por lo generalmente de forma manual.

Respecto a las dificultades para la producción, se apunta a la falta de agua como principal obstáculo en los casos de estudio. Otras dificultades, sobre todo en Tarija, están relacionadas con el clima (granizos y sequías principalmente), la escasez de abonos, la incidencia de enfermedades y suelos contaminados.

La ausencia de los varones, sobre todo en Tarija, hace que las decisiones productivas sean tomadas por las mujeres como principales responsables de esta actividad y como jefas de hogar. En ambos casos, ellas son quienes deciden sobre el consumo, la alimentación y todo lo relacionado con el ámbito doméstico y del cuidado. También se observa que en los hogares donde únicamente conviven mujeres, las decisiones se toman de forma colectiva.

El destino de la producción

En ambas zonas de Valle de Cochabamba y Tarija, las mujeres producen de forma diversificada y priorizan el autoconsumo de sus familias, por lo que suelen usar estrategias de conservación y guardado de las producciones con base a sus saberes tradicionales. Estas estrategias son, por ejemplo, el secado o deshidratación y el almacenamiento. En el caso de Tarija existen productos como la uva, durazno y otras frutas que, aunque se consumen frescas, también se procesan y otra porción se destinan a la comercialización. Asimismo en esta zona, el maíz y la papa son principalmente para el autoconsumo, las hortalizas lo son en distintos porcentajes y los excedentes a van a la venta.

Las mujeres que participan de la ECO Feria de Cochabamba, de igual manera, consumen lo que producen y venden una diversidad de verduras y otras variedades ahora consideradas gourmet en los mercados

urbanos (como papas nativas) que son llevadas a la feria con fines de venta o intercambio. En este caso, es significativa la práctica del trueque entre las productoras y señalan que contribuye a un cambio en su forma de alimentarse desde que producen de manera ecológica: “*ahora [tenemos] más verduras*”; “*para comer [produzco] ecológico*”; “[soy] *más consciente de lo que le conviene a mi familia*” (productoras de la ECO Feria, Cochabamba).

b. La comercialización bajo principios agroecológicos

Desde una perspectiva general, especialmente de los Valles bolivianos, la comercialización en el mercado es un rol eminentemente femenino, a no ser que se trate de ventas en volúmenes elevados y en algunos casos de productos transformados (como es en el caso de la ECO Feria). Las mujeres pasan este rol de generación en generación y reciben la ayuda de sus hijas, aunque prefieren hacer la venta ellas mismas: “*Más venden las mujeres. Los hombres no salen a vender. No quieren pues, por miedo, humillación entre hombres. Un varón por venderlo rápido lo remataría a cualquier precio. No tiene paciencia para vender de peso en peso. No atienden bien el puesto*” (productora de Tarija). “*Las mujeres son las que venden porque los varones trabajan de otras actividades*” (productora de la ECO Feria, Cochabamba).

Las ferias ecológicas son un punto de venta alternativo y de diferenciación de los productos que permiten una relación directa con los/as consumidores/as constituyéndose —en los casos de las mujeres participantes de la ECO Feria y Bio Feria (Imagen 2) en Cochabamba y Tarija, respectivamente— en sus principales mercados o, al menos, en los más continuos. No obstante, también acuden a mercados convencionales donde venden a intermediarios/as su producción de manera individual, en grandes cantidades y sin diferenciación ecológica. En este caso, la dinámica es llegar de madrugada a los lugares de acopio de estos mercados y hacer la venta antes de una determinada hora —antes de que comiencen a llegar los/as vendedores/as al por menor— a partir de la cual rematan el producto al precio que los/as intermediarios/as están dispuestos a pagar, generalmente muy bajos. Esto es consecuencia de la falta de un puesto propio para la venta por su difícil acceso y/o la falta de tiempo para atenderlo de manera permanente. Sin embargo, el hecho de vender a intermediarios/as no siempre supone un factor negativo ya que, a veces, les significa un ahorro de tiempo para continuar con el resto de trabajos en la chacra y en la casa. “*Es mucho sacrificio y mucho costo*”, indica una productora de Cochabamba al referirse a la venta al por mayor.

Como principales problemas de la comercialización señalan el transporte, la falta de un puesto propio para vender su cosecha, las relaciones de poder entre productoras (en el caso de la ECO Feria) y la ausencia de planificación de su producción según la demanda, lo que resulta en una limitada variedad ofertada a los/as consumidores/as. “*Deberíamos hacer una grada para que podamos vender un poquito más [...] Todo producimos y llevamos al mercado al mismo tiempo y salimos perdiendo, deberíamos planificar*” (presidenta de COMUVA, Cochabamba).

Si bien la participación de estas mujeres en las ferias ecológicas ha partido de iniciativas institucionales, también representa un cambio en la forma de comercializar ya que, muchas veces, no contaban con oportunidades de venta directa a los/as consumidores/as, o éstas eran precarias. Es así que ellas mencionan que las ferias ecológicas son beneficiosas, pese a que el ingreso que les reporta no es muy grande. Esto porque las ferias ecológicas les provee otros beneficios no monetarios, por ejemplo, venta directa al/a la consumidor/a, se capacitan, interacción entre productoras fortaleciendo sus relaciones, venta de mayor variedad y/o a mejor precio. Las ferias también son cercanas y un lugar de esparcimiento, crean satisfacción por el reconocimiento de

sus productos por parte de sus clientes así como la posibilidad de proporcionarles un producto saludable. Esto genera, además, un fortalecimiento y una relación de confianza con los y las consumidores/as, lo que repercute en un aumento de sus pedidos y con ello también de sus ingresos: *“a nosotras nos conviene tener estas ferias para vender directamente nuestros productos al precio que debe valer”* (productora de Tarija); *“ya nos conocen [...] tengo mis caseras”*⁴ (productora de la ECO Feria, Cochabamba).

Las relaciones de proximidad que surge en las ferias se han observado en distintos niveles. El primero es el de mayor confianza en sí mismas —*“perder el miedo a la venta”*— al ofrecer y mostrar sus productos como algo diferenciado. Por otro lado, en el intercambio entre las distintas productoras: *“nos conocemos entre todas, a veces algunas vienen a ayudar a vender si es que no tenemos cosechado, a veces nos lo venden también, a veces cualquier gente viendo no más, así bromeando... bromeando estamos vendiendo también”* (productora de la ECO Feria, Cochabamba).



Imagen 2. Bio Feria Tarija.

Fotografía: Ana Dorrego (2012).

Por tanto, los mercados o ferias son para las productoras puntos de encuentro donde no sólo dan a conocer su cultura, su forma de producir, sus productos, sino también son espacios donde ejercitan la realización personal, el relacionamiento y encuentro entre culturas.

Sin embargo, esta mayor/mejor participación de las mujeres en el mercado a través de las ferias y/o en la producción, no viene acompañada de una distribución más equitativa de los roles reproductivos y productivos en el hogar. Las estrategias de conciliación que manejan ante esta realidad son, entre otras, la planificación de sus actividades con antelación; prolongación de la jornada de trabajo (despertando más temprano para realizar todas las actividades); programación de sus actividades en los fines de semana o las tardes; transferencia de roles

4 “Casera” es un término coloquial que refleja una relación comercial de confianza y lealtad entre la persona que demanda y provee un bien o servicio.

a las hijas (quienes sobre todo apoyan en las labores domésticas), hijos, otras mujeres (principalmente para la venta) y sólo en algunos casos a los esposos, quienes en muchos casos apoyan las actividades de sus cónyuges por el beneficio económico durante la venta o si son dirigentes o lideresas. Algunos testimonios indican que *“las tareas de la casa las hago en mi descanso”* (productora de Cochabamba); *“lo dejo trabajado todo hasta mi vuelta. Es arduo mi trabajo cuando regreso de mis viajes”* (productora y jefa de hogar, Cochabamba).

Las estrategias para sobrellevar la sobrecarga laboral, sobre todo afectan a las líderes con limitaciones de recursos productivos y con esposos ausentes, ya que apenas disponen de tiempo libre y, si lo tienen, lo usan para seguir realizando actividades domésticas. Algunas de las propuestas que plantean ante los desafíos que afrontan se reflejan en la necesidad de organización de las mujeres y la implementación del trabajo rotativo, así como en la importancia de la ayuda y el apoyo de la familia/esposo.

Consideraciones finales

Los estudios de caso analizados plantean, desde las experiencias de las mujeres de los Valles bolivianos un empoderamiento como consecuencia de su participación en la producción y comercialización bajo principios agroecológicos. Los dos casos analizados muestran la existencia de unidades familiares dirigidas principalmente por mujeres ya que el “jefe de familia” está ausente, bien porque trabaja fuera de la unidad productiva en ciudades cercanas, o bien porque migra temporalmente. En este sentido, la migración de los varones a pesar de imponer mayores cargas de trabajo sobre las mujeres, pero también crea una oportunidad para que ellas accedan y participen de las organizaciones locales y en procesos de capacitación.

En lo relativo al acceso y uso de recursos, la falta de agua y tierra puede afectar al nivel de participación en la toma de decisiones, así como limitar sus posibilidades de especialización como productoras agroecológicas.

La sobrecarga laboral, consecuencia del triple rol que asumen las mujeres, y la falta de tiempo para realizar todas las labores de las que están a cargo limitan sus posibilidades de formación y de participación en la toma de decisiones.

Por otra parte, se observa que las productoras ecológicas gestionan sistemas más integrales y, por tanto, menos dependientes de insumos externos, con acceso a recursos productivos en mejores condiciones y participación en mercados de circuito corto, como ferias. Según los testimonios de las entrevistadas, quienes mantienen esta dinámica son las que manifiestan niveles de satisfacción personal y social más altos.

El reconocimiento de la presencia de las mujeres en la esfera privada y el cambio en la estructura de las responsabilidades en el cuidado y en la toma de decisiones son necesarias para su empoderamiento, la sostenibilidad de la vida y el Vivir Bien, entendido por ellas como un equilibrio con la naturaleza, la comunidad y la familia. Asimismo, un elemento clave a señalar es la necesidad de políticas públicas que contemplen las ferias y el apoyo a los productos campesinos de base agroecológica, como acciones estratégicas locales para visibilizar y promover las iniciativas productivas de las mujeres.

De manera concreta y en respuesta a la pregunta planteada sobre en qué medida la producción y comercialización bajo principios agroecológicos contribuyen a la construcción de un modelo de producción y alimentación que satisfaga las necesidades e intereses de las mujeres campesinas e indígenas, señalar que:

- La iniciativa de producir bajo principios agroecológicos es una decisión que toman las propias mujeres quienes, en los casos caracterizados, han sido capacitadas como productoras ecológicas. No obstante, la conciencia agroecológica está muy presente en ellas, ya que la relacionan con una vida saludable para sí mismas y sus familias, como una manera de cuidar la Madre Tierra y como una alternativa para la generación de ingresos con menos recursos a los requeridos por la producción convencional.
- Las mujeres son las encargadas de la alimentación familiar y destinan su producción agroecológica a este fin. “Vivir Bien” es entendida por ellas como “Comer Bien”, de manera que la diversidad de su producción incide también en su alimentación al consumir alimentos más variados. Asimismo, rescatan prácticas de producción y consumo acordes con sus sistemas de producción.
- La comercialización bajo principios agroecológicos es una alternativa para visibilizar a las mujeres, sus necesidades, intereses y formas de hacer y ser en la esfera pública. La participación en las organizaciones y las redes de mujeres son básicas para el avance colectivo, tanto en lo que respecta a la producción como a la comercialización agroecológicas. También es importante en el ámbito privado, aunque no representa ventajas en cuanto a la reducción de la sobrecarga laboral de las mujeres en estos casos, sino un aumento de sus responsabilidades.
- Las ferias ecológicas son, además de una alternativa de comercialización, espacios donde pueden generarse otros tipos de relaciones y economías. En este sentido, y aunque no supongan grandes ingresos monetarios para las mujeres dentro del total de los ingresos de la familia o en relación de sus ventas, son espacios importantes como de encuentro, socialización, capacitación y empoderamiento y realización de las mujeres productoras.
- Acceder a capacitación, tener una vida sana, lograr autonomía económica, conservar la agrobiodiversidad, reconocer y valorar los saberes tradicionales y la cultura, cuidar a la Madre Tierra garantizando la sostenibilidad de sus sistemas productivos y la valoración de su trabajo y producciones, son elementos que aportan al fortalecimiento de la propuesta agroecológica a partir de la experiencia de las mujeres de los Valles de Bolivia.

Referencias

- Banco Mundial. 2007. Land for agricultural development Project. Project appraisal document. Disponible en <http://www-wds-worldbank.org>
- Castañón Enrique. 2014. Las dos caras de la moneda: Agricultura y Seguridad Alimentaria en Bolivia. Berlín: FDCL y Fundación Tierra.
- CEPAL (Comisión Económica para América Latina y el Caribe), FAO (Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y Agricultura), IICA (Instituto Interamericano de Cooperación para la Agricultura). 2013. Perspectivas de la agricultura y del desarrollo rural en las Américas: una mirada hacia América Latina y el Caribe 2014. San José: IICA.

- Chambilla Hugo. 2014. Bolivia. Los mercados locales como medio dinamizador de una agricultura sustentable en el Altiplano y Valle de Bolivia. El caso de las ferias ecológicas y tradicionales de La Paz, Cochabamba y Tarija. En Ferias y mercados de productores: hacia nuevas relaciones campo-ciudad (Cheng G., Lacroix P., eds.). Lima: CEPES.
- CIPCA (Centro de investigación y Promoción del Campesinado). 2015. Aportes para la concreción de la Agenda Patriótica y leyes conexas. La Paz: CIPCA.
- Dorrego Ana. 2018. Las mujeres en los sistemas de producción bajo principios agroecológicos en Bolivia. Tesis doctoral. Universidad Complutense de Madrid, España.
- Elías Bishelly. 2013. La soberanía alimentaria desde las mujeres. La Paz: REMTE.
- Estado Plurinacional de Bolivia. 2012. Ley N° 300 Marco de la Madre Tierra y Desarrollo Integral para Vivir Bien. La Paz.
- Estado Plurinacional de Bolivia. 2015. Plan de Desarrollo Económico y Social PDES 2016-2020 en el Marco del Desarrollo Integral para Vivir Bien. 2015. La Paz.
- Fundación Tierra. 2015. Cumbre Agropecuaria “Sembrando Bolivia”. Apuntes críticos para la agenda agropecuaria. Una breve evaluación de sus implicaciones elaborada por la Fundación Tierra. La Paz: Fundación Tierra.
- INE (Instituto Nacional de Estadística). 2014. Censo Agropecuario 2013. Disponible en <http://datos.ine.gob.bo/binbol/RpWebEngine.exe/Portal?LANG=ESP>
- Montañés Manuel. 2002. La Muestra. Artículo para el Master Investigación Participativa para el Desarrollo Local. Madrid: UAM.

11

Abordando desde un enfoque agroecológico la violencia en las mujeres campesinas. Un estudio de la Fundación Entre Mujeres, Nicaragua

María del Carmen Campos Peregrina^{1*}

Este capítulo contiene parte del proyecto de investigación iniciado en Centroamérica sobre la situación y el papel de las mujeres en procesos agroecológicos o en conversión hacia estos. Se trata de una primera aproximación sobre violencia en mujeres campesinas, que forma parte del camino —tal como ellas demandan— para visibilizar, denunciar y eliminar la violencia de género que soportan.

La magnitud del problema se ha puesto de manifiesto en distintos espacios de la agroecología que aspiran a concienciar y erradicar la violencia hacia las mujeres campesinas. De tal forma, la Declaración de Nyéléni, surgida del *Foro Internacional de Agroecología* de 2015², incluye entre sus estrategias el trabajar por la igualdad y la plena integración de la mujer mediante el reconocimiento de su rol central en la construcción de la soberanía alimentaria, y destaca la agroecología como elemento clave en dicha construcción. Otro ejemplo lo encontramos en la campaña *Basta de Violencia contra las Mujeres*, lanzada por La Vía Campesina Internacional en 2008, la cual sigue vigente. Esta campaña reivindica la unión, la fuerza y el principio de igualdad para eliminar la violencia. De la misma manera, la fuerte movilización y protestas que protagonizaron grupos de mujeres en el VI Congresso Brasileiro de Agroecología y II Congreso Latinoamericano de Agroecología en

1 Agrónoma, vinculada al movimiento de la agricultura ecológica y la agroecológica en organizaciones pioneras en el establecimiento de canales cortos de comercialización ecológica en Andalucía. Desde el año 2005, mediante el activismo y la investigación, se ha centrado en detectar y denunciar aquellos mecanismos que sostienen la desigualdad y la brecha de género en el sector agroecológico y de la implementación de acciones para el cambio. Email: ecomarjal@gmail.com

* Miembro del Grupo de *Trabajo Mujeres, Agroecología y Economía Solidaria* del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO).

2 Declaración del Foro Internacional sobre Agroecología celebrado en Nyéléni (Mali), que reunió a delegada/os de distintas organizaciones y movimientos internacionales de productoras/es y consumidoras/es de pequeña escala, entre quienes se encontraban campesinas/os, pueblos indígenas, comunidades de cazadoras/es y recolectoras/es, familias agricultoras, trabajadoras/es rurales, ganaderas/os, pastoras/es, pescadoras/es y movimientos urbanos de más de ochenta países. Mayor información disponible en <http://www.foodsovereignty.org/wp-content/uploads/2015/10/NYELENI-2015-ESPANOL-FINAL-WEB.pdf>.

2009, consiguieron que en la Carta Agroecológica de Curitiba³, la situación de violencia cotidiana enfrentada por las agricultoras fuera contemplada en relación a cómo obstaculiza su plena participación y reconocimiento. Por tanto, estas declaraciones y compromisos nos dan a entender que importantes espacios de la agroecología están reconociendo la existencia de un sistema de discriminación, invisibilización y jerarquías de carácter genérico, para cuya eliminación es necesario llevar a cabo una serie de acciones.

El estudio

El proyecto de investigación, iniciado en 2015, incluyó una fase de identificación de experiencias donde potencialmente podría realizarse a cabo el trabajo de campo. Este paso conllevó a la selección de organizaciones campesinas a partir de los siguientes criterios: (i) que tuvieran una amplia presencia tanto territorial como en el número de personas afiliadas; (ii) que se incluyeran organizaciones mixtas y organizaciones formadas exclusivamente por mujeres; y (iii) que practicaran la agroecología o estuvieran en periodo de conversión. En esta etapa visité comunidades; asistí a encuentros, capacitaciones, talleres y reuniones locales, nacionales y regionales; y entrevisté a campesinas de base, líderes comunales, personal técnico de las organizaciones y personas clave de catorce organizaciones y cooperativas campesinas del sur de México (Chiapas), Guatemala, Honduras y Nicaragua.

La orientación participativa del trabajo me llevó a tomar en cuenta las demandas de las mujeres de las organizaciones (Spivak 2009). Así, a mi consulta sobre qué temas de investigación les podían resultar de más beneficio o utilidad, y cuáles problemas eran prioritarios de resolver para ellas, hubo una respuesta recurrente al tiempo que expresaba gravedad: La violencia que sufrimos las campesinas.

Me preguntaba cómo podía abordar una cuestión tan compleja, si tenía que delimitar el tipo de violencia y dónde ubicar este tema en una investigación sobre mujeres y agroecología con perspectiva feminista y decolonial. Las respuestas fueron llegando a medida que progresé en el análisis de la historia de vida de estas mujeres (Mohanty 2003), ya que la violencia atraviesa un relato en el que la actividad campesina y el espacio agrario están omnipresentes. Esta primera aproximación sobre violencia de género en mujeres campesinas, parte del trabajo de campo llevado a cabo con la Fundación Entre Mujeres (FEM) en el Departamento de Estelí, Nicaragua.

Desde un ambiente de respeto, reconocimiento y confianza mutua —imprescindible para acometer temas tan dolorosos como la violencia, la opresión y la desigualdad vivida— realicé entrevistas semiestructuradas en profundidad a modo de microbiografías, las cuales ofrecen un rico escenario narrativo. Estas fueron grabadas y transcritas, a excepción de una en la que el testimonio se recogió por escrito a petición de la entrevistada. Por otra parte, mi convivencia con las compañeras y la participación en distintos talleres y espacios de reflexión organizados por la FEM me permitieron reunir una serie de datos, análisis y testimonios, que recogidos a través de notas, apuntes, audios y material gráfico, han venido a enriquecer las entrevistas. La información recopilada ha sido agrupada en categorías que toman en cuenta acontecimientos o temas comunes relacionados con prácticas sociales de control, dominación, imposición, inhabilitación, o bien discriminación o estigmatización de mujeres campesinas (Tarrés coord. 2013).

Respecto a la agroecología, esta forma parte de su narración al ser el proyecto agrario y el sistema agroalimentario que han adoptado.

3 Organizados por la Asociación Brasileña de Agroecología (ABA) y la Sociedad Científica Latinoamericana de Agroecología (SOCLA). La Carta Agroecológica de Curitiba está disponible en <https://www.socla.co/wp-content/uploads/2014/Carta-agroecologica-Curitiba-2009.doc?iv=272>

Los datos de investigación han sido analizados desde una perspectiva inter-seccional; es decir, reconociendo la complejidad que hay detrás de la opresión, admitiendo que las interacciones de poder y las desigualdades provenientes de distintos órdenes estructurales son relacionales, y que las jerarquías de clase, etnia, género y opción sexual no operan como distintivos sociales separados, sino de manera articulada (Lugones 2008; Platero 2014).

Por tanto, el estudio está impregnado por la investigación participante y es un ejercicio de conocimiento colectivo (Rosset y Martínez-Torres 2013; Zuluaga Sánchez 2011), generado a partir de las problemáticas que afectan a las integrantes de la FEM.

Conceptos previos

Para entender el tipo de análisis que se ha aplicado a los datos recogidos, es necesario introducir desde la teoría feminista el concepto de “mandatos del patriarcado”. El término “patriarcado” es definido por la Real Academia de la Lengua Española (2014) como la “*organización social primitiva en que la autoridad es ejercida por un varón jefe de cada familia, extendiéndose este poder hasta los parientes aun lejanos de un mismo linaje*”; también referido como “gobierno o autoridad del patriarca”. En el pasado, el patriarcado era el gobierno de los hombres ancianos, de cuya sabiduría y bondad provenía el poder sobre la comunidad (Campos 2007; Varela 2005). Su redefinición viene del movimiento feminista en un sentido crítico que lo describe como una forma de organización política, religiosa y social que otorga el predominio a los hombres sobre las mujeres, con una línea de poder en la que el esposo está sobre la esposa, el padre sobre la madre y las hijas y los hijos, las personas mayores sobre las jóvenes y la ascendencia paterna sobre la materna (Reguant 1996). A esta descripción el ecofeminismo añade la del predominio del hombre sobre la naturaleza y sus recursos (Mies y Shiva 1998; Puleo 2011).

El patriarcado es una estructura social con posiciones jerárquicamente ordenadas, cuyas series de consecuencias no deben asumirse como lineales, pre-determinadas o previsibles. En relación al mandato, este es un imperativo de las relaciones marcadas por la jerarquía, en el que todos los órdenes de estatus están presentes: clase, raza, nación, región y género. Por consiguiente, hablamos de mandatos del patriarcado como expresión de la eliminación de las libertades de las mujeres a través del camino del poder, de la dominación y de la punición (Segato 2003).

En cuanto a las relaciones jerárquicas debemos de tener en cuenta que para que estas se den, se precisa disponer de personas subordinadas que sustenten una posición de poder y de mecanismos que mantengan un orden. La jerarquía expresa una relación, un lenguaje y está situada en un escenario de dominio, sufragada por las relaciones de género si tenemos en cuenta que el punto de partida entre mujeres y hombres no es de igualdad, sino que existe una estructura relacional asimétrica.

La dominación masculina emplea, además de la violencia visible, la violencia simbólica, y esta última es capaz de generar un tipo de agresión y maltrato que suele ser invisible incluso para las víctimas. La cotidiana convivencia con una serie de figuras, parábolas y fábulas aleccionadoras que pertenecen a la esfera de lo no real, junto con la violencia enmascarada, institucionalizada y naturalizada, garantizan la efectividad y la permanencia de la desigualdad, precisamente porque todos los factores indicados operan desde el plano de lo simbólico y lo oculto (Acosta 2014; Bourdieu 2000).

La Fundación Entre Mujeres y la Central de Cooperativas las Diosas

Los inicios de la Fundación Entre Mujeres (FEM) se sitúan en un contexto de posguerra en Nicaragua, con una gran parte de la población ligada a la Revolución Popular Sandinista. Una mujer comprometida con la revolución y la causa feminista, Diana María Martínez Valenzuela, organizó lo que ahora es FEM, fundada en el año 1995. Junto a ella participaron otras compañeras también vinculadas con la causa revolucionaria y la defensa de los derechos de las mujeres del campo. El escenario de pobreza, opresión y marginación que la dictadura de la familia Somoza impuso sobre la población —a pesar del reparto de tierras y otras mejoras llevadas a cabo— no mejoró la calidad de vida de las mujeres en la misma medida que la de los hombres, ya que ellas seguían viviendo en otra dictadura, la del patriarcado. De la entrega y titulación de tierras, los créditos, la generación de capacidades y otros, fueron beneficiados primordialmente los varones.

La FEM realizó un estudio de situación de las mujeres campesinas en 1995, a partir del cual se acordaron unos ejes principales de actuación determinando una serie de acciones que han ido desde la educación a la adquisición y negociación de tierras, pasando por la recuperación del propio cuerpo, el fortalecimiento de concebirse como sujetas de pleno derecho y tener conciencia de género. Con 23 años de vida y más de 500 socias distribuidas a lo largo de una amplia área del departamento de Estelí, la FEM ha tenido como objetivo central el empoderamiento⁴ ideológico, organizativo, político y económico de las mujeres. En la actualidad, se encuentran inmersas en reflexiones sobre su condición de mujeres campesinas, mestizas, indígenas y colonizadas (Espinosa *et al.* 2014). La Fundación hace un trabajo de carácter social, cultural y formativo, y la mayor parte de sus socias están agrupadas en cooperativas agrarias que forman la Central de Cooperativas las Diosas.

Desde Las Diosas se organiza el trabajo agrario, de comercialización, de formación y asesoramiento de sus socias. Su principal activo económico es la venta de productos ecológicos que ellas cultivan, especialmente café y rosa de Jamaica (*Hibiscus sabdariffa*). Poseer cultivos comerciales y haber logrado establecer alianzas con organizaciones de consumo y comercio justo en los Estados Unidos y Europa, no ha impedido que una de sus líneas prioritarias de trabajo tenga como objetivo alcanzar la soberanía alimentaria y un grado de auto-abastecimiento de frutas y verduras que garantice la salud, a través de la alimentación de las socias de la cooperativa y de sus familias.

La lección se aprende desde la infancia

El hilo de voz, la mirada baja, la pena

Hemos observado que el poder patriarcal en estas comunidades campesinas, procura determinar cuál es el “lugar” que deben ocupar las mujeres y al mismo tiempo, dificulta su acceso a la actividad agraria. Para este fin son diseñados distintos mecanismos de dominación y punición como la coerción, el regaño, el castigo, la exposición (real o hipotética) a situaciones de peligro físico y moral, la infravaloración de la persona o la sistemática negación de oportunidades y derechos.

4 Utilizo el término empoderamiento por ser el empleado por las compañeras de la FEM y reivindicando su origen como proyecto político y transformador (Cronin-Furman *et al.* 2017). Amaia Villanueva (2018) lo describe “como enfoque para transformar la subordinación de género y romper otras estructuras opresoras a través de la movilización política colectiva” (p. 4). Por otro lado, empoderamiento, tal como lo definen los movimientos de concienciación de Paulo Freire, como un proceso en el cual las personas a las que se les ha negado la capacidad de tomar sus propias decisiones acerca de cuestiones importantes de su vida, adquieren la facultad de controlar su vida (Campos 2007).

Los siguientes fragmentos de las entrevistas responden a la necesidad de hacer que la voz de las entrevistadas esté presente y dé fuerza al contenido del texto:

“Y yo analizaba [pensaba] en mi infancia que a mí me encantaba aprender a leer, pero nunca tuve la oportunidad. Y entonces, así me crecí ¡Verdad! Éramos chavalitas⁵ que realmente caminábamos laborando el campo, no teníamos tierras, mi papá [...] [fue] muy explotado por los antiguos dueños y trabajaba así en [sus] tierras [...] y en veces cosechaba, en veces no; pero a nosotros [...] [nos] ponía a trabajar desde muy pequeños [...] [en] el corte de café, arrancar frijoles, arrancar maíz y todo eso”.

“Una cosa que me marcó en la vida y malogró mis anhelos fue [...] [que] mi padre abandonó a mi madre. Entonces mi mamá al quedar sola ella quedó luchando a ver como aprendíamos a leer y escribir. Estuve donde mi tía como tres o cuatro años, logré alcanzar el quinto grado. Después ya en las comunidades no había sexto grado, sino que había que viajar al municipio de Pueblo Nuevo. Entonces mi mamá ya mirando que estábamos entre los doce y catorce años nos dijo a mi hermana y a mí que ya estábamos solteritas y nos podíamos hacer de una pareja, y que ella era responsable [...] [de] nosotros ‘si algo nos pasaba’... Me dolió bastante la separación de mi madre porque con nueve hijos no podía hacer nada, ni por el uno ni por el otro, y sin economía y pobre y en el campo” (La madre de la entrevistada perdió las tierras que había heredado de su familia, ya que su cónyuge se apropió de las mismas tras la ruptura de la relación entre ambos).

“En la infancia, a mi mamá no le gustaba que jugara con mis hermanos, los juguetes ya eran destinados para niña o niño. Siempre las labores del hogar, siempre una como niña. El salir, el pasear era algo limitado, pues. [En] el quehacer como niña me tocaba barrer, fregar trastes, jalar agua y mis hermanos no, ellos no desempeñaban trabajos en el hogar, hacían trabajos en el campo. A mí me gustaba ir al campo, pero no me llevaban. Me gustaba montar a caballo, ver los animales y todo ese ambiente, pero era un acceso limitado porque solo la prioridad era para ellos”.

“No recuerdo que yo jugaba. Nos llevaban a cortar café o siempre cuidando de mí hermana. Yo me aburría y veces no veía la hora de que se durmiera, yo me acuerdo; y ahora a veces me arrepiento, porque en ese momento yo sentía como un enojo con ella. En la escuela, los juegos estaban más asignados como para los hombres, como el trompo, como el maule⁶. Nosotras era más platicar con las compañeras, jalar agua para la escuela”.

La infancia de estas mujeres ha estado sellada por la privación y la carga, con responsabilidades desde edades muy tempranas determinadas por el trabajo y las tareas de cuidados⁷, además de la negación a la educación y un menor acceso al espacio público que los niños. En contraposición, en la historia de las mujeres entrevistadas, los varones quedaban desligados de las tareas de cuidados, lo cual les permitía mayor tiempo para el juego, el ocio y el estudio, amén de la libertad de caminar por cualquier lugar, ir a la escuela y hacer tareas agrícolas. Por tanto, desde la niñez han recibido una serie de órdenes y directrices para imprimir el mandato de que el trabajo en el campo y el exterior (el agroecosistema) no era propio de mujeres. El argumento esgrimido giraba —y sigue girando en la mayoría de los casos— alrededor del sojuzgamiento de su “capacidad”, por lo que les asignan las tareas “subordinadas”, bajo la supervisión de un varón, o labores “menos importantes” que llegan

5 “Chaval” es una forma coloquial de referir a las personas jóvenes.

6 También conocido como juego de bolas o canicas.

7 Se define como cuidados o tareas de cuidados a todas aquellas actividades que se realizan para el mantenimiento de la vida y la salud. Estos trabajos son “históricamente invisibilizados, relegados al ámbito doméstico y atribuidos a las mujeres, y constituyen un tema central de análisis y discusión desde el feminismo a partir de distintas categorías analíticas y enfoques que se proponen abordarlos” (Abasolo 2010, p. 1).

incluso a no ser consideradas agrícolas. Esta división de actividades, responsabilidades y espacios por género fueron acompañadas y reforzadas por regaños, castigos e imposiciones que las marcaron con sentimientos de frustración, imposibilidad, deber y obligación, menoscabando y dañando su autoestima.

La etapa adolescente vino a intensificar estas emociones, unida a la negación del espacio público, en la que la amenaza de ser violadas o la pérdida de la virginidad actuaban como “causas” que limitaban su libertad de movimiento. En adición estaba el tabú sobre el cuerpo, sustentado por un gran desconocimiento del mismo: *“Entonces yo crecí, a la edad [...] [de] los dieciséis, a los quince años tuve la regla, yo ya muchachita. Cuando [...] [sucedió] yo me asusté, pero una hermana mayor me dijo ‘no m’hija eso es así’. Todo era escondido... nunca le decían a una si se podía enfrentar a un [...] [embarazo]”*.

La ignorancia sobre el propio cuerpo al que son sometidas las mujeres en el campo es mencionada como algo traumático y, a partir de los testimonios de varias de las entrevistadas, se descifra como un mecanismo de control sobre su movilidad. Por este motivo las fases iniciales de la pubertad y la menarquia componen un hito en la vida de muchas mujeres rurales. El “fantasma de llegar a quedar embarazadas” cuando ellas permanecen fuera de casa (exterior) es una explicación común y recurrente dentro de un marco moral que justifica el mandato de no movilidad de las mujeres. Otro mecanismo de castigo repugnante y criminal a la desobediencia del mandato de no movilidad es el acoso sexual y la violación (Monárrez *et al.* 2015; Segato 2016). De esta forma, no solo se les niega la libre circulación y la libertad de permanecer o realizar actividades en el exterior, sino el derecho a vivir tranquilas y en paz: *“vivimos estresadas, inseguras y violentadas”*⁸.

En la edad adulta actúa un mandato central que exige a las mujeres permanecer en los dominios del hogar, obligación reforzada cuando tienen cónyuge varón⁹, descendientes o ascendientes, ya que todos “deben” estar a su cargo, siendo ella la responsable de los cuidados. Por este motivo estar “fuera” equivale a recibir fuertes críticas: *“Que éramos unas vagas, unas sin oficias [los hombres decían] ‘esas mujeres se quieren tomar el dominio de los hombres, nosotros somos los que tenemos el mando de la casa, esas mujeres no tienen mando’. Ese era el decir de la comunidad. Yo sentía que era un obstáculo para nosotras, sentía como que nos deshonraban, como que no sabían que en nuestro sentimiento había una gran admiración por lo que queríamos ser y queríamos hacer. Pero la gente con sus críticas nos defraudaba”*.

La entrevistada habla de la perspectiva que tenían las mujeres del grupo con la expresión: *“lo que queríamos ser y queríamos hacer”*, con la que se refiere a tener una propuesta de vida soberana, su necesidad de ser agricultoras y llevar a cabo un proyecto agroecológico colectivo (Gargallo 2013). Y condensa en *“la gente con sus críticas nos defraudaba”* como una declaración de la comunidad donde las mujeres no pueden cultivar solas la tierra, ser agricultoras o ganaderas, ni cambiar la agricultura de la comarca, en definitiva, no pueden modificar sus perspectivas de vida.

Interpretar el poder en el agroecosistema

Nosotras no apoyamos una agroecología con el ojo morado

Si queremos comprender la conexión existente entre la exclusión de las mujeres de la actividad agraria, de la posibilidad de ser agricultoras, de ostentar la propiedad o de gestionar la tierra y algunos de los mecanismos de poder que son desgranados en el texto, es necesario retomar la idea de que el orden y la jerarquía del

⁸ Extraído de las conclusiones elaboradas por las campesinas en un taller organizado por Las Diosas.

⁹ La heteronormatividad sigue siendo el modelo aprobado, mayoritariamente, por la sociedad campesina de la región.

patriarcado, como se mencionó antes, tiene consecuencias que no son lineales, pre-determinadas o previsibles. Por esta razón, en este capítulo se habla de la sexualidad femenina, porque alrededor de la misma el patriarcado construye un importante puntal de argumentos para excluir, expulsar y alejar a las mujeres campesinas del espacio exterior¹⁰, del cual el agroecosistema forma parte. Este es presentado como un territorio que puede poner en riesgo a la integridad física y moral de las mujeres, por lo que es esgrimida la idea de que el exterior no es lugar para que ellas caminen, permanezcan o exploren su propia autonomía de movimiento.

Las entrevistadas declaran que desde la infancia han recibido un mensaje basado en la división sexual del trabajo, que de forma pertinaz afirma la incapacidad física o lo dificultoso que resulta para una mujer practicar la agricultura. En este contexto es especialmente problemática la utilización del sistema sexo-género (Rubin 1986) y de toda una serie de mitos y engaños que actúan como herramienta de poder, control y exclusión de las mujeres del agroecosistema, convirtiéndose así en instrumento para obstaculizar el derecho a desempeñar la actividad agraria. Lo anteriormente expuesto debería encender todas las alarmas porque nos induce a vislumbrar que están en riesgo los derechos fundamentales de niñas y adolescentes a no ser discriminadas, a la identidad, a aprender, decidir, liderar y prosperar (CDNH 2014; ONU Mujeres 2018; PNUD 2015).

Las compañeras de la FEM denuncian los problemas de las mujeres para acceder a los distintos recursos que les permiten llevar a cabo la actividad agraria y el ejercicio de sus derechos. Con relación a la histórica exclusión de la tenencia de tierra, las mujeres expresan lo difícil que resulta negociar con los varones de la familia un pedacito de terreno, gestionar conjuntamente el campo o que su opinión sea tomada en cuenta en las decisiones agrarias. Los hombres se arrogan esta potestad, suelen contar con mayor consideración social y los cultivos que van al mercado convencional: *“lo realizan los hombres y las mujeres no tienen derechos, aunque las tierras sean propiedad de ellas”*. Un ejemplo de esto lo escenifica una compañera, quien tuvo que hacer dos veces las escrituras de propiedad de una finca agrícola: *“Mi casa está a mi nombre y las tierras [al día de hoy]. Cuando compramos las tierras en Condega, me entró la gran cólera [porque el título de propiedad] ¡estaba a nombre solo de él! La tal abogada me dice que lo sobreentendió. [Yo le dije:] ¡Es que usted tenía que haber preguntado [quien sería titular! ya que dieron la documentación de ambos]. Ella no preguntó nada y además luego cobró más por hacer otras escrituras [esta vez a nombre de los dos]. Eso [...] [también hizo] mi padre, que la herencia de mi mamá toda se la quedó cuando se fue con otra mujer”*. Esta última frase nos da información sobre la desposesión de lo propio que sufren las mujeres, particularmente de la tierra, y la total impunidad para quien sustrae, especialmente, si es un varón de la familia.

El discurso que defiende este tipo de usurpación supone al hombre como encargado de las tierras y garante de la actividad agraria, por tanto, le concede el derecho a ser beneficiario y titular. También hace referencia a la estructura relacional asimétrica que alentada o justificada por diferentes actores, permite situaciones injustas hacia las mujeres.

Otro relato que constituye apropiación y vulneración de derechos lo revive una de las compañeras entrevistadas cuando pone de manifiesto el abuso del que fue víctima durante años por parte de su ex pareja: *“Yo cultivaba maíz y frijoles, luego guineo. Lo trabajaba con unos sobrinos [...] [míos], luego con mis hijas. Y ya estando el marido como siete años después de la separación, él llegaba y se llevaba la cosecha. Hasta que una vez que vi traer seis mulas le dije a mi hija: ¡Vamos a tapiscar¹¹ el maíz!” Y dije [a él] ‘¡Aquí la que mando soy yo!’. Dos días nos llevó tapiscar el maíz, pero lo hicimos y los hombres se tuvieron que volver [sin la cosecha]”*.

10 En oposición a espacio interior, definido por la zona de dominio doméstico.

11 Forma coloquial para “cosechar”.

Este testimonio da cuenta de la situación de indefensión, de falta de apoyo e incluso de humillación que en numerosas ocasiones deben afrontar las mujeres rurales. También encarna una ley o código del silencio ante la violencia de género que, ejercida por familiares y comunidad, lejos de auxiliar a las víctimas las ignoran o instigan a la resignación (Martín 2017). Este mutismo de la sociedad actúa como lección y castigo para la víctima y como cómplice del maltratador: *“Doña Linda Amanda que daba la formación en la FEM me platicó todo lo que estaba ocurriendo y me apoyó. ‘Si a usted no le hace caso yo la voy a ayudar, voy yo ante el juez, hago el planteo y le traigo una cita, porque ese hombre le está estafando’. Así fue como yo lo cité y paró [de usurpar mi trabajo]”*.

Sobre el acceso a tierra, una encuesta entre las socias de la Central Cooperativa Las Diosas muestra que las campesinas gestionan menos del 10% de las tierras agrícolas de la unidad familiar, a pesar de sus intensas negociaciones con los miembros varones. Como resultado del desigual reparto de tierra, los varones manejan más del 90% de la superficie cultivada.

Por otra parte, en distintos talleres organizados por Las Diosas se puso de manifiesto que el enfoque y la forma de trabajar y manejar los recursos naturales generan una pugna entre las mujeres y los hombres de la comunidad. Ellas valoran la conservación, desapruaban el deterioro medioambiental, la deforestación y la pérdida de biodiversidad; por otro lado, emplean semillas criollas y diversifican su producción para garantizar la soberanía alimentaria. Además, no creen que vaya a mejorar su calidad de vida ni tampoco su economía dentro de la agricultura y el mercado convencional. Los varones, por su parte, suelen hacer un tipo de agricultura basada en el monocultivo, el uso de variedades híbridas con un alto uso de productos químicos de síntesis, deforestan el bosque monetizando su madera y, o bien plantan monocultivos en las tierras que han sido desarboladas o bien quedan estas con el suelo descubierto por tiempo indefinido, ya que no se realizan planes de reforestación o recuperación del bosque.

En síntesis, según el análisis general entre las campesinas, los varones se encuentran influidos y se decantan por la agricultura convencional de base capitalista, mientras ellas defienden y practican un tipo de agricultura sustentable que, además de originar beneficios económicos, garantice la soberanía alimentaria y la conservación ambiental. De este conflicto de intereses los varones salen victoriosos, ya que ellos ostentan el control sobre la mayoría de las parcelas y su opinión es la que prevalece. Finalmente, las encuestadas resumieron en el siguiente listado los problemas campesinos: la carencia de recursos como semillas criollas, tierra y agua; la falta de capacidad de inversión y recursos monetarios; la guerra de precios; la erosión del conocimiento campesino y el deterioro ambiental.

Desarticular el poder

La garantía de que los derechos de las mujeres campesinas sean respetados y se eliminen las relaciones de poder que originan las desigualdades de género, debe ser exigido y formar parte de la hoja de ruta de aquellas organizaciones y movimientos agrarios que defienden los derechos humanos. En este sentido, la FEM desvela cómo el factor tierra ha sido y es determinante para la mejora de la vida de las mujeres campesinas y para su autonomía económica, porque su función de agricultoras les otorga la posibilidad de llevar a cabo un trabajo visible, con reconocimiento social¹². Consecuentemente, uno de sus objetivos prioritarios es articular mecanismos para que las campesinas tengan acceso a la tierra.

Dada la visión de las mujeres, desde la FEM las mujeres defienden la economía feminista frente a la

¹² Comunicación personal con personas ligadas al proceso de la FEM (diciembre 2016).

economía capitalista: “Primero hablamos de economía solidaria y luego de economía feminista, porque la primera no nos resolvía el tema de trastocar las relaciones de poder entre hombres y mujeres, que es también una cosa que nosotras cuestionamos a la agroecología, y la agroecología sentimos que no profundiza tanto en las relaciones de poder [entre mujeres y hombres]. Apostamos por una economía que ponga en el centro la vida y nos posicionamos en contra de un sistema económico [capitalista] que pone en el centro la mercancía”.

La agricultura capitalista fue analizada en distintos talleres como un ataque a la vida campesina: “Los paquetes tecnológicos y las multinacionales son una amenaza para nuestra economía, nuestras formas de vida y para la vida campesina. ¡Estamos amenazadas!”. Numerosas autoras señalan el capitalismo como una expresión más del patriarcado, que expropia el trabajo de cuidados que realizan mujeres y explota a la naturaleza (Federici *et al.* 2013; Meillassoux 1977; Pérez 2014; Shiva 1995; Waring 1994), añadiendo otras pensadoras a esta escala la doble explotación que sufren las mujeres campesinas y racializadas (Davis y Varela 2004; Truth *et al.* 2012).

Ordenamiento y violencia

No vas, muchacha, las muchachas no andan por ahí, ¡cuidadito!

Esta es una fase preliminar que explora si el orden patriarcal interviene en el ordenamiento del agroecosistema para excluir a las mujeres del mismo y, en caso afirmativo, cómo lo hace.

Cuando hablamos de ordenamiento territorial tenemos en mente las normas y políticas con las que se gestiona el territorio, que regulan la conservación de espacios naturales, los usos y ocupación, la distribución de la propiedad y el régimen de tenencia de la tierra, la cohesión social, la conectividad, la equidad entre territorios, y otros. La legislación y el derecho consuetudinario en relación al uso, distribución, ubicación y régimen de tenencia de la tierra son claves en la vida campesina, puesto que pueden intervenir de manera favorable o desfavorable, impulsar u obstaculizar un colectivo, un grupo social o determinado tipo de agricultura.

Considerando el agroecosistema como un territorio antrópico, es razonable pensar que el mismo refleje de alguna forma la complejidad social existente entre los miembros que lo habitan (Cozzi y Velázquez coords. 2017). Como constructo social y cultural, en su concepción y diseño intervienen relaciones de poder que formulan reglas y ponen límites físicos y sociales para establecer quién entra y quién queda excluido. Por tanto, si la mirada y el interés de los varones predominan en su trazado, este será androcéntrico y no tendrá en cuenta la integración y las necesidades de las mujeres. Por tanto, en muchos casos el agroecosistema —como resultado histórico-geográfico del desarrollo de la actividad agraria y como espacio social (Sevilla Guzmán y González de Molina 1993)— expresa violencia hacia las mujeres cuando, como ellas narran, el territorio donde se ubica se imagina y piensa como un lugar inseguro o de facto es un lugar inseguro para ellas; también cuando se idean y ejercen mecanismos para excluirlas del mismo.

En las entrevistas y en otros espacios de encuentro las campesinas hacen referencia constantemente al espacio y al tiempo. Esto me ha llevado a introducir la idea de ordenamiento espacio-temporal. El tratamiento de estos conceptos con respecto al género ha sido abordado minoritariamente desde los años setenta, aplicado al diseño de las ciudades. Básicamente, plantean que las configuraciones espaciales al ser diseñadas “desde las estructuras de poder e influenciadas por una visión masculina de la sociedad y la cultura, se [...] [han] estructurado silenciando a la mujer o remitiéndola a ocupar los espacios correspondientes a roles impuestos” (Valle Murga 1991, p.

224). Retomando este análisis, las coordenadas espacio-temporales son importantes si queremos entender cómo afecta e influye la configuración, distribución y la clasificación de los predios agrícolas en la vida de las mujeres campesinas y cómo interviene el tiempo como parámetro limitador.

Si consideramos la división conceptual entre el espacio privado (doméstico) y el espacio público (agroecosistema)¹³ y analizamos detenidamente la diversidad de labores y relaciones humanas que pueden tener lugar en uno y otro, comprobamos que esta escisión atiende a una visión parcial y estática de lo que acontece en los mismos, negando los flujos que circulan entre ellos. Por ejemplo, la actividad de traspasío que hacen las mujeres campesinas trasciende lo privado, cuando hasta su casa (interior) llegan diferentes personas a comprar sus productos. De igual manera, el campesino que tiene su parcela (exterior) lejos del hogar, puede no encontrarse con ninguna persona y que nadie llegue hasta su parcela durante largo tiempo. A la par, cuando las mujeres campesinas denuncian que han sido confinadas a las cocinas están hablando de aislamiento, de mudez, de falta de reconocimiento, de sometimiento, de negación del espacio público, reflejando la privación general de poder de las mujeres (Beard 2018) y se rebelan contra la maquinaria simbólica que concentra la cocina (Bourdieu 2000). Al respecto, este concepto moderno de cocina, patrocinado por los proyectos de organizaciones no gubernamentales de vivienda en comunidades rurales, ha tenido efectos negativos especialmente sobre las mujeres. De las viviendas tradicionales en las que la lumbre estaba en el centro, se ha pasado a cocinas situadas en habitaciones contiguas que se convierten en pequeños claustros que separan y aíslan a las mujeres, individualizando muchas tareas que antes, al hacerse en espacios comunes, permitían su colectivización y facilitaban la socialización (Novas 2014; Pelta 2012).

También es trascendente descifrar la manera en que son categorizados los diferentes tipos de agroecosistema (por ejemplo, maizal, frijolar, bosque, cafetal, tierra de vega, etc.), sus características (como tierra pedregosa) y conocer la valoración y el grado de prestigio que proporcionan a quienes los gestionan. Este tipo de análisis va a ser de gran utilidad para entender que la jerarquización genérica también utiliza la asignación y significación del “espacio” y el “tiempo” como herramientas para lograr sus fines (Valle Murga 1991).

Con relación al *espacio*, debemos señalar que cuando las compañeras hablan del proceso de negociación con los hombres de la familia para acceder a un trozo de tierra, denuncian que cuando estos les “ceden” tierras les ofrecen las peores parcelas, las de suelo más infértil, las que están en pendiente o las más pedregosas. Por otro lado, ellas han ganado en prestigio y respeto cuando han ido obteniendo mejores resultados agrícolas en esas parcelas con prácticas agroecológicas, que cuando las mismas eran gestionadas por los varones. Incluso están obteniendo mejores resultados de cosecha que los varones que cultivan en tierras de mejor calidad.

Sobre el *tiempo*, las compañeras de la FEM exponen sus limitaciones horarias para llegar hasta los predios de la unidad familiar al “no disponer de tiempo”, poniendo de manifiesto un acontecimiento discriminatorio. La privación de tiempo que sufren las mujeres afecta diversas facetas de su vida y deriva de las obligaciones asignadas de atender al hogar y a la familia. En oposición, sus compañeros varones no tienen esta barrera. Por otro lado, que se “demoren” en desplazamientos por el espacio público (exterior) quebranta dos mandatos: dilatarse en el tiempo en un lugar indebido, y ausentarse del hogar. Esto hace difícil que puedan llevar a cabo su trabajo agrícola en fincas alejadas del espacio doméstico (interior). Una de las entrevistadas narra cómo debido a “sus” obligaciones de cuidados carecía de tiempo para gestionar una de sus fincas ubicada a una jornada de camino; esta limitante en cambio no afectaba a su cónyuge. La carencia de transporte también perjudica a las campesinas, interviniendo en la esfera del espacio y del tiempo, consecuencia de la desigualdad que afecta a las personas que viven en áreas rurales.

13 Cuando aquella parte del agroecosistema donde la actividad agraria no es considerada prolongación lo doméstico.

Algunas consideraciones y sugerencias a futuro

— “Entonces yo digo que todo esto tiene que cambiar, y ¿cómo se va a cambiar? Hay veces que nosotros tenemos culpa, como campesinos que somos, que no denunciemos lo malo, siempre lo tapamos ¡Que todo está bonito, que no ha pasado nada...!

—Entonces, Julia, ¿como ves que va a venir ese avance?

—Nosotras como mujeres estamos al frente de las mujeres. Tenemos que formar mujeres con una sociedad que vaya más para adelante que para atrás ¿En qué aspecto? Que ya las mujeres que realmente han sido humilladas por el hombre, que se pronuncien que ya no lo son ¿En qué aspecto? En manejar su dinero, saber cuánto vendo, saber qué voy a recibir, saber que mi hijo va a clases y saber cómo va mi hijo para estar yo poniendo recursos en él, y si miro que va para atrás lo primero que le reclamo es ¡Usted tiene que esforzarse! Entonces, lo mismo que yo le digo que tiene que esforzarse, así tenemos que hacer nosotros ¡Esforcémonos! Si algo va mal ¡Denunciémoslo! Pero si no lo denunciemos nunca se corrige”.

La invitación de Julia al cambio recoge la realidad con la que nos hemos encontrado las mujeres a lo largo de los siglos; es decir, la falta de apoyo por parte de los varones para que mejoren nuestros derechos y libertades, y la evidencia de que, por el momento, hemos sido nosotras las que hemos trabajado para garantizarlos.

La agroecología, desde un uso prescriptivo del término, se define sensible socialmente (Hecht 1999); por tanto, concierne a la agroecología atender las desigualdades y violencia de género cuando afectan la agricultura, y cuando se vulneran los derechos de las campesinas que practican agroecología o aspiran a hacerlo y ven frenado su proyecto debido a la jerarquización patriarcal. Le corresponde interesarse e investigar cómo actúan los mandatos del patriarcado en el agroecosistema, por justicia y defensa de los derechos humanos.

A continuación sugiero algunos puntos para ser atendidos en la tarea de detectar, desactivar o neutralizar los mecanismos que violentan, discriminan y menosprecian a las mujeres relacionadas con la actividad agraria:

- El estudio de la economía feminista desde agroecología, la cual pone la vida en el centro y mira la división sexual del trabajo como un mecanismo artificial creado para controlar y subordinar a las mujeres. Esto tendría una repercusión positiva en el avance hacia la corresponsabilidad entre mujeres y hombres en lo referente a las tareas de cuidado y la desjerarquización genérica del trabajo en el agroecosistema.
- La generación de datos empíricos sustraídos de la observación, las entrevistas y los talleres grupales, dado que ofrecen señales que indican la necesidad de:
 - Ahondar en un análisis social y de género de los agroecosistemas que revelen desigualdades y las claves de poder que esconden.
 - Pensar en el diseño de los agroecosistemas y en su observación desde una perspectiva de género.
 - Analizar cómo el diseño de los agroecosistemas influye en la vida de las mujeres que viven en ellos y si este las limita o fortalece.

- Avanzar en el análisis del funcionamiento de los agroecosistemas desde una antropología, sociología y política con perspectiva de género y mirada feminista.
- La observación y reflexión sobre cómo están gestionando, que prácticas y narrativas están generando en el agroecosistema las mujeres y los hombres para identificar las relaciones de poder. Esto nos aclarará cómo las desigualdades de género impactan el escalamiento de la agroecología, según la tesis que defiende el protagonismo de las mujeres en su defensa y avance.

Agradecimientos

A la Fundación Entre Mujeres, por abrirme sus puertas y hacerme sentir en casa. También a todas sus socias, hoy compañeras —muy especialmente a quienes entrevisté— por darme su confianza, abrirme su corazón y compartir conmigo episodios íntimos de su vida. A El Colegio de la Frontera Sur de México (Ecosur), a la Dra. María José Guerra Palmero (ULL) y al Dr. Peter Rosset (Ecosur), que auspiciaron la primera etapa de este proyecto.

Referencias

- Abasolo Olga. 2010. Diálogo: Mari Luz Esteban e Isabel Otxoa. El debate feminista en torno al concepto de cuidados. Boletín Ecos N° 10 Debates Feministas. Disponible en <http://www.fuhem.es/ecosocial/boletin-ecos/numero.aspx?n=10>
- Acosta Luisa. 2014. Violencia simbólica: una estimación crítico-feminista del pensamiento de Pierre Bourdieu. Tesis doctoral. Universidad de la Laguna, Tenerife, España.
- Beard Mary. 2018. Mujeres y poder: un manifiesto. Buenos Aires: Editorial Crítica.
- Bourdieu Pierre. 2000. La dominación masculina. Barcelona: Editorial Anagrama.
- Campos María del Carmen. 2007. Cambio climático y género y cooperación al desarrollo y género. Granada: Fundación Gondwana.
- CNDH (Comisión Nacional de los Derechos Humanos México). 2014. Ley General de los Derechos de las Niñas, Niños y Adolescentes. Disponible en http://www.cndh.org.mx/Ninos_Derechos_Humanos
- Cozzi Galia, Velázquez Pilar (coords.). 2017. Desigualdad de género y configuraciones espaciales. Ciudad de México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Cronin-Furman Kate, Gowrinathan Nimmi, Zakaria Rafia. 2107. Emissaries of Empowerment. New York: Collin Powell School for Civic and Global Leadership, The City College of New York.
- Davis Ángela, Varela Ana. 2004. Mujeres, raza y clase. Tres cantos, Madrid: Akal Ediciones.
- Espinosa Yuderlys, Gómez Diana, Ochoa Karina. 2014. Tejiendo de otro modo: Feminismo, epistemología y apuestas descoloniales en Abya Yala. Popayán, Colombia: Editorial Universidad del Cauca.
- Federici Silvia, Rodríguez Ricardo, Alvarado Paulino, Linsalata Lucía, Fernández Carlos, Ponz Paula. 2013. La revolución feminista inacabada: mujeres, reproducción social y lucha por lo común. México: Escuela Calpulli.

- Gargallo Francesca. 2013. *Feminismos desde Abya Yala. Ideas y proposiciones de las mujeres de 607 pueblos de nuestra América*. Ciudad de México: Corte y Confección.
- Hecht Susanna. 1999. La evolución del pensamiento agroecológico. En *Agroecología. Bases científicas para una agricultura sustentable* (Altiero MA.). Montevideo: Nordan-Comunidad, pp.15-30.
- Lugones María. 2008. Colonialidad y género. *Tabula Rasa* (9): 73-101.
- Martín Pilar. 2017. Cadena Ser. La lucha contra la violencia de género, una responsabilidad compartida. Disponible en <https://www.youtube.com/watch?v=xrMLJ3r1etE>
- Martínez Diana. 2012.. Entrevista de Shelly Grabe. Global Feminisms Project U-Mich. Disponible en <https://www.youtube.com/watch?v=Z3Gc9b3fVPE>
- Meillassoux Claude. 1977. *Mujeres, graneros y capitales: economía doméstica y capitalismo*. México DF: Siglo XXI.
- Mies María, Shiva Vandana. 1998. *Praxis del ecofeminismo*. Barcelona: Icaria
- Mohanty Chandra T. 2003. *Feminism Without Borders: Decolonizing Theory, Practicing Solidarity*. Durham-London: Duke University Press.
- Monárrez Julia Estela, Ortega Rosalva, Cervera Luis E, Fuentes César. 2015. *Vidas y territorios en busca de justicia*. Tijuana: El Colegio de la Frontera Norte.
- Novas María. 2014. *Arquitectura y género. Una reflexión teórica*. Trabajo de Master. Universidad Jaume I. Valencia, España.
- ONU (Organización de Naciones Unidas) Mujeres. 2018. La niña. Disponible en <http://beijing20.unwomen.org/es/in-focus/girl-child#topic>
- Pelta Raquel. 2012. *Feminismo: una contribución crítica al diseño*. Disponible en <http://monografica.org/02/Art%C3%ADculo/3307>
- Pérez Amaia. 2014. *Subversión feminista de la economía*. Madrid: Traficantes de Sueños.
- Platero Raquel. *Metáforas y articulaciones para una pedagogía crítica sobre la interseccionalidad*. *Quaderns de Psicologia* 16(1):55-72.
- PNUD (Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo). 2015. *Objetivos de Desarrollo Sostenible. 5 Igualdad de Género*. Disponible en <http://www.undp.org/content/undp/es/home/sustainable-development-goals/goal-5-gender-equality.html>.
- Puleo Alicia. 2011. *Ecofeminismo para otro mundo posible. Feminismos*. Madrid: Ediciones Cátedra.
- Real Academia Española. 2014. *Patriarcado*. En *Diccionario de la lengua española 23va ed.* Disponible en <http://dle.rae.es/?id=SB5KObD>
- Reguant Dolors. 1996. *La mujer no existe: un simulacro cultural*. Bilbao: Maite Canal.

- Rosset Peter, Martínez-Torres, María Elena. 2013.. Rural social movements. Diálogo de saberes: territories, food sovereignty and agroecology. Food sovereignty: A Critical dialogue. International Conference Yale University.
- Segato Rita. 2003. Las estructuras elementales de la violencia. Ensayos sobre género entre la antropología, el psicoanálisis y los derechos humanos. Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes, Editorial María Inés Silberberg.
- Segato Rita. 2016. La guerra contra las mujeres. Madrid: Traficantes de Sueños.
- Sevilla Eduardo, González de Molina Manuel. 1993. Ecología, campesinado e historia. Madrid: La Piqueta.
- Shiva Vandana. 1995. Abrazar la vida: mujer, ecología y supervivencia. Madrid: Horas y Horas.
- Spivak Gayatri Chakravorty. 2009. ¿Pueden hablar los subalternos? Barcelona: Museu d'Art Contemporani de Barcelona.
- Tarrés María Luisa (coord.). 2013. Observar, escuchar y comprender: sobre la tradición cualitativa en la investigación social. México: FLACSO.
- Truth Sojourner, Wells Ida, Collins Patricia H, Davis Angela, Stack Carol, Carby Hazel y Anglygate Magdalene. 2012. Feminismos negros. Una antología. Madrid: Traficantes de Sueños.
- Valle Murga María Teresa, del. 1991. El espacio y el tiempo en las relaciones de género. Kobie (Serie Antropología Cultural) V:223-226.
- Varela Nuria. 2005. Feminismo para principiantes. Barcelona: Ediciones B.
- Villanueva Amaia. 2018. La perversión del término empoderamiento. Disponible en <http://www.pikaramagazine.com/2018/05/la-perversion-del-termino-empoderamiento/#>
- Waring Marilyn. 1994. Si las mujeres contaran: una nueva economía feminista. Madrid: Vindicación Feminista.
- Zuluaga Gloria Patricia. 2011. Multidimensionalidad de la agroecología: un estudio sobre organizaciones de mujeres campesinas en Colombia. Tesis de Doctorado. Universidad de Córdoba, España.

12

Agroecologia nos percursos da autonomia: a trajetória de uma liderança feminina quilombola no Brasil

Laura De Biase¹

Introdução

Este capítulo apresenta parte da biografia de uma liderança feminina militante quilombola² e atuante no movimento agroecológico. Esta história de vida nos oferece a possibilidade de refletir sobre a agroecologia quanto ao método e ao protagonismo feminino nos processos de construção endógenos deste campo do conhecimento. Inserida em um contexto extremamente conflituoso e complexo, essa jovem mulher se coloca no desafio de representar a sua comunidade e as causas quilombolas, tendo nesse percurso, entre outras coisas, o apoio da força simbólica oferecida pela figura da mulher negra na cultura africana.

O direito quilombola ao território foi reconhecido pela legislação brasileira apenas cem anos após a abolição formal da escravidão, depois de muita mobilização social e negociações políticas através do Artigo 68 do Ato das Disposições Constitucionais Transitórias da Constituição Federal de 1988. Ainda que este reconhecimento tenha sido anunciado, a legislação ofereceu condições de aplicabilidade ao processo de identificação das comunidades remanescentes de quilombo dezesseis anos depois, através do Artigo 17 do Decreto nº 4.887, de 20 de novembro de 2003 (Prioste e Barreto 2012). Como inovações mais importantes deste Decreto podemos citar: a “autodefinição” no processo de declaração da condição de remanescentes de quilombos; o conceito de território, abrangendo a terra

1 Engenheira Florestal e Mestre em Ciências (Ecologia Aplicada) pela Escola Superior de Agricultura Luiz de Queiroz (ESALQ), Universidade de São Paulo (USP). Doutora em Geografia Humana pela Faculdade de Filosofia Letras e Ciências Humanas (FFLCH)/USP. Recebeu “Mensão Honrosa” no 6º Prêmio Construindo Igualdade de Gênero (MEC, CNPq, outras) em 2010. Atua em atividades de pesquisa e projetos nas áreas de recuperação de áreas degradadas, agroecologia, gênero, territorialização camponesa e comunidades quilombolas, com principal atuação no Vale do Ribeira, São Paulo. Atualmente desenvolve estágio de Pós Doutorado na FFLCH/USP com pesquisa orientada ao processo de socialização das crianças quilombolas em Barra do Turvo, SP (SP). Email: laudebiase@yahoo.com.br

2 São chamadas de quilombolas no Brasil as pessoas (em sua maioria negras) que vivem em comunidades remanescentes de quilombo e possuem identificação familiar / ancestralidade com aquelas que formaram os quilombos no passado.

utilizada para a reprodução física, social, econômica e cultural da comunidade; e a possibilidade de titulação coletiva da terra. Ressalta-se, ainda, que a titulação coletiva da terra é uma atribuição até aquele momento não existente na legislação brasileira. Diante desta conquista, uma das questões que se coloca pelos movimentos quilombolas atualmente é a desburocratização do processo de reconhecimento de suas comunidades e de titulação de suas terras, reforçada pela sobreposição de medidas administrativas por parte da Fundação Cultural Palmares (FCP) e Instituto Nacional de Colonização e Reforma Agrária (INCRA).

Ainda que não seja o foco da discussão deste texto, é pertinente ressaltar que as tensões políticas vivenciadas no contexto de luta pelos direitos fundiários quilombolas extrapolam os limites da legalidade e a relação direta entre suas comunidades e o Estado. Isso porque já que existe neste cenário um histórico de ocupação ilegal de terras por parte de grandes fazendeiros, reconhecido como “grilagem” de terras, de extrema importância para o estabelecimento da estrutura econômica brasileira como um todo. Inevitavelmente, portanto, a agroecologia idealizada e praticada em território quilombola é contida por tensões, desafios e/ou conquistas de ordem fundiária e identitária de grande relevância.

Para a pesquisa que se apresenta neste capítulo, temos como ponto de partida³ a existência de um longo percurso a ser trilhado no interior da práxis agroecológica. Esta práxis, no sentido da incorporação dos aspectos socioculturais inerentes à relação das comunidades rurais com a terra, e da valorização do feminino que os orquestra como uma das estratégias de fortalecimento do potencial transformador do campo agroecológico para alcançar a sustentabilidade (econômica, ecológica, sociocultural e política).

A partir este entendimento, buscou-se compreender a forma pela qual lógicas econômicas não capitalistas (camponesa, quilombola e/ou indígena) têm participado e/ou poderiam participar do processo de construção —concepção e execução— deste campo do conhecimento. De que maneira as comunidades têm concebido a própria agroecologia? As mulheres têm protagonizado estes processos de construção? Muitas precisariam ser as pesquisas para dar conta da amplitude que permeia estas inquietações. No entanto, em busca de experiências que me possibilitassem estas análises encontrei-me com a luta de uma comunidade quilombola para se afirmar de forma autônoma no processo de reconfiguração territorial onde sujeitos ambientalistas, agroecológicos e grandes fazendeiros compunham campo de conflito complexo. Mais do que isso, me achei com uma liderança feminina quilombola protagonizando processos de afirmação identitária e mobilizando possibilidades de construção própria e comunitária da concepção e execução da agroecologia. A história de vida desta jovem mulher nos convida às reflexões deste capítulo.

Metodologia

Este capítulo foi elaborado a partir de análise biográfica realizada nos anos de 2012 a 2016⁴ e descreve parte de uma trajetória de vida que nos aproxima do contexto territorial desta pesquisa: a comunidade quilombola —do bairro Ribeirão Grande localizada no Vale do Ribeira, município de Barra do Turvo, Estado

3 Parte-se de resultados de uma pesquisa anterior de mestrado) concluída em 2010 no Programa Interdisciplinar (PPGI-Ecologia Aplicada) da Escola Superior de Agricultura Luiz de Queiroz, Universidade de São Paulo (USP). Título da dissertação: *Agroecologia, campesinidade e os espaços femininos na unidade familiar de produção* (De Biase 2010). Orientação: Prof^ª Dra. Maria Elisa de P. E. Garavello. O artigo síntese desta pesquisa intitulado *Feminino + Masculino: gênero e agroecologia na construção da sustentabilidade*, recebeu a Menção Honrosa no 6º Prêmio Construindo Igualdade de Gênero, organizado pelo CNPq e outras instituições.

4 Pesquisa de doutorado realizada no departamento de Geografia Humana da Faculdade de Filosofia, Letras e Ciências Humanas (FFLCH) da Universidade de São Paulo (USP). Título da tese *Agroecologia quilombola ou quilombo agroecológico? Dilemas agroflorestais e territorialização no Vale do Ribeira/SP*. Orientação: Prof^ª Dra. Valéria de Marcos.

de São Paulo—, suas experiências de produção agroflorestal e envolvimento com uma associação/cooperativa agroflorestal reconhecida nacional e internacionalmente, a Associação dos Agricultores Agroflorestais de Barra do Turvo, São Paulo, e Adrianópolis, Paraná (Cooperafloresta).

O Vale do Ribeira concentra os mais importantes remanescentes de florestas em área contínua dos ecossistemas da Mata Atlântica (aproximadamente 2.1 milhões de hectares de florestas) (Fundação SOS Mata Atlântica / INPE / ISA 1998). Também abriga populações tradicionais marginalizadas economicamente que vivem em interação contínua com a biodiversidade local (IDESC 2006). Segundo Kátia Santos (2008), dos 7% que restaram de Mata Atlântica em território nacional, 21% estão localizados no Vale do Ribeira. Em decorrência disto, mais de 50% de sua área total está sob regime de proteção ambiental (Unidades de Conservação) e o território foi considerado em 1999 como área do Patrimônio Natural da Humanidade pela Organização das Nações Unidas para a Educação, Ciência e a Cultura (UNESCO).

Barra do Turvo é um município da porção paulista do Vale do Ribeira, que faz divisa com o estado do Paraná e reúne uma das situações extremas das características geomorfológicas da região. Está localizada a 320 Km de distância da cidade de São Paulo e a 150 Km de Curitiba e contém a Reserva de Desenvolvimento Sustentável (RDS) Quilombos de Barra do Turvo que compõe o Mosaico de Unidades de Conservação do Jacupiranga (MOJAC). Esta RDS é formada por 5,826.46 hectares e sobrepõe quatro bairros de origem quilombola: Cedro, Terra Seca, Ribeirão Grande e Pedra Preta-Paraíso.

Através de suas Associações as comunidades quilombolas têm oportunidade de influenciar politicamente as decisões acerca das autorizações de uso do solo no interior da RDS (SMA 2010). A Associação dos Remanescentes dos Quilombos dos Bairros Ribeirão Grande e Terra Seca, obteve a Certidão de Autoreconhecimento da Fundação Cultural Palmares em 2006 e o reconhecimento do Instituto de Terras do Estado de São Paulo (ITESP) através do Relatório Técnico Científico em 2008.

A trajetória de vida e reflexão apresentada neste capítulo é decorrente da análise biográfica da presidente fundadora desta associação, Nilce de Pontes⁵ (ver Imagem 1). A história de vida de Nilce nos ofereceu uma riqueza de detalhes e de experiências internamente vivenciadas, a partir de um referencial essencialmente específico à comunidade pesquisada. As representações das narrativas têm importância em si e constituem validade analítica e política, inclusive para a própria comunidade do Ribeirão Grande.

Desde os primeiros encontros realizados, compreendi que conhecer profundamente a liderança assumida por Nilce seria essencial para alcançar uma interpretação diferenciada a respeito dos conflitos vividos pela comunidade, e da maneira pela qual foram conduzidos os processos decisórios nos momentos de transformação territorial, incluindo nestes processos as experiências agroecológicas. No entanto, notava que para conseguir enxergar a liderança existente em Nilce, era preciso antes conhecer a Nilce menina, a Nilce jovem e depois a Nilce mulher adulta. Era preciso, por tanto, conhecer a sua história como se dela estivesse de alguma maneira participando. Para além de “coletar informações”, eu pretendia compartilhar histórias de vida com aquela mulher.

5 Esta análise foi realizada através dos métodos: análise de documentos, observação participante, entrevista não dirigida e história de vida, conforme sugerido por Maria Isaura Queiroz (1983, p.71): “*Histórias de vida e depoimentos pessoais, quando cuidadosamente realizados, possibilitam conhecer um grupo e uma sociedade de seu interior*” e Rosana Guber (2011, p.32): “*La no directividad se basa en el supuesto de que aquello que pertenece al orden afectivo es más profundo, más significativo y más determinante de los comportamientos, que el comportamiento intelectualizado*”.



Imagem 1. Nilce de Pontes Pereira do Santos na entrada da comunidade Ribeirão Grande, Barra do Turvo, São Paulo, Vale do Ribeira, Brasil.

Fotógrafo: Fabio Gilliano Pereira dos Santos (2018).

Assim, quando estávamos prontas para a nossa primeira entrevista, lhe indiquei que para além da história da comunidade, como descrita nos laudos antropológicos, gostaria de um histórico de sua vida. Nilce refletiu: *“Nossa mãe... isso aí é meio complicadinho, né... porque não é tão fácil falar da gente. Acho que a gente pode começar falando da minha participação no movimento da comunidade”* (Nilce)⁶. Foi um processo “complicado”, mas extremamente prazeroso, científico e politicamente relevante.

Análise de uma trajetória de vida

Quilombola, filha de mãe negra com pai indígena⁷ e liderança feminina. Nilce de Pontes Pereira do Santos, ainda jovem, nos oferece uma história de vida cujo caminho apresenta fios condutores de importantes reflexões sobre possibilidades de construção da agroecologia. Desde 2005 Nilce é presidente e fundadora da Associação dos Remanescentes dos Quilombos dos Bairros Ribeirão Grande e Terra Seca⁸, Barra do Turvo, São Paulo, e representante da Coordenação Nacional das Comunidades Quilombolas (CONAQ) na Articulação

6 As entrevistas foram concedidas a Laura De Biase entre janeiro 2014 e fevereiro 2016, nas comunidades quilombolas de Barra do Turvo, São Paulo (SP), na casa desta pesquisadora em Campinas, SP e em Francisco Mourato, SP (casa da Alana, filha de Nilce). Ver na íntegra em De Biase (2016). As transcrições das entrevistas foram realizadas seguindo-se as normas da Associação Brasileira de Normas Técnicas (ABNT). Como optou-se (com consentimento) pelo não ocultamento dos nomes dos entrevistados, no lugar do nome do autor, para melhor identificação, será colocado apenas o primeiro nome do interlocutor.

7 No Brasil, pessoas filhas de negros e indígenas são conhecidas como “cafuzas”.

8 Como fazem os próprios associados, vamos, algumas vezes, chamar esta associação apenas de associação quilombola.

Nacional de Agroecologia (ANA), além de outros cargos e representações⁹. Neste texto, trilharemos tal caminho enfatizando estas potencialidades de contribuição.

Filha de Izaíra Pontes Maciel, quinta neta do negro fundador da comunidade quilombola do Ribeirão Grande com o índio Guarani sindicalista Odair de Paula Pereira, mais conhecido como Cuadô. Chegou ao mundo em 1979, quando o Vale do Ribeira iniciaria uma fase de desenvolvimentismo relacionada às iniciativas de regularização fundiária e proteção dos recursos naturais. As iniciativas demarcatórias do governo estadual transformavam áreas de uso comum e posse comunitária de terras (organizadas pela lógica da unidade familiar de produção) em propriedades privadas registradas em nome de terceiros (pessoas de fora, fazendeiros). Os efeitos da pavimentação da rodovia BR 116 (que conecta, entre outros municípios, São Paulo à Curitiba) eram evidentes; a bananicultura e o processo de grilagem de terras já não eram mais recentes. Iniciava-se um dos importantes momentos de transformação daquele território.

Nilce vivenciou um período de transição da comunidade de Ribeirão Grande: de “um tempo de antigamente” quando se comprava apenas sal, querosene e tecido, para “um tempo de agora” quando se luta por canais de comercialização à margem dos processos de monopolização do mercado hegemônico. Esta liderança cresceu em um universo no qual os adultos que ofereciam o campo de possibilidades existencial às crianças eram apenas a segunda geração nascida naquele território. Eram os netos dos “aventureiros”, filhos de homens escravizados, que criaram condições de vida num local sem qualquer tipo de recurso, que ensinaram seus filhos e netos a viver comunitariamente a partir do mato e da terra.

Desde sempre estiveram, em alguma medida, envoltos em possíveis conflitos territoriais. No entanto, que o Parque Estadual de Jacupiranga (PEJ) tivesse sido criado em 1969, ele tornou-se uma ameaça concreta à comunidade, junto ao avanço das fazendas de gado no território, apenas na década de 1990, quando o Estado através da recém-criada Secretaria do Meio Ambiente (SMA), consolidou uma política de conservação ambiental¹⁰. Nilce percebe os efeitos do processo de modernização da agricultura —que acontecia por todo o país— como um elemento externo¹¹ até sua idade de dois anos, sem causar grandes perturbações na dinâmica de produção e reprodução de sua família e comunidade. Ainda que alguns representantes da comunidade já se articularassem de alguma maneira (via Igreja Católica, Sindicato dos Trabalhadores Rurais e outros parceiros), a emergência de ações defensivas aconteceu mais à frente.

Bisneta do ancestral Miguel de Pontes Maciel, Nilce é, assim como sua mãe, a quinta filha nascida após a chegada de duas irmãs e dois irmãos. Dona Izaíra foi viúva duas vezes e, além de Nilce, teve outros sete filhos. As quatro primeiras crianças nasceram em casa, com a ajuda de uma parteira. As outras quatro nasceram no hospital, através de cirurgia cesariana. A primeira experiência de Dona Izaíra como parturiente é um exemplo de resistência e enfrentamento dos riscos vivenciados pelas mulheres em contextos de partos emergenciais. Foram cinco dias em trabalho de parto. Sua memória sobre esse momento é carregada de dor: “*As parteiras judiavam [...] Ah... elas mexiam muito na gente*” (Dona Izaíra). Rosilene, sua primeira filha, conta que em seu

9 Nilce compõe a secretaria executiva do diretório municipal do Partido dos Trabalhadores (PT), foi Coordenadora Regional da Equipe de Articulação e Assessoria de Comunidades Negras (EAACONE), atualmente é Conselheira. Compõe também a equipe de Articulação e Assessoria das Comunidades Negras do Vale do Ribeira no período de 2000 a 2012. Dirigente da Igreja Católica desde 1999 e Sindicalista desde 1997.

10 Esta política está fundamentada numa concepção conservacionista, que não compreende as comunidades camponesas como parte integrante do processo de manutenção da biodiversidade. Conforme apresentou Carina Bernini (2015), uma das principais ações do Estado nesta ocasião foi o estabelecimento do Programa de Proteção da Mata Atlântica (PPMA), vigente entre os anos 1993 e 2006, cujo objetivo geral foi a conservação e manejo sustentável da biodiversidade dos remanescentes da Mata Atlântica e ecossistemas associados.

11 Conforme compreenderemos no decorrer deste capítulo, os pressupostos da modernização —como eram valorizados e divulgados nas escolas e outros meios de comunicação da comunidade com o universo não camponês— era desejada principalmente pelos jovens. Ainda era um fenômeno inalcançável na visão dos mesmos.

nascimento sua mãe “viu a morte”. A partir da narrativa das mulheres mais velhas, nota-se que o nascimento e a morte eram possibilidades mais próximas e frequentes. Muitas crianças nasciam e a ocorrência de óbitos, tanto das crianças como das mães, não era pequena durante os partos¹². Tradicionalmente na comunidade o momento do parto é compreendido como um momento sagrado, a abertura do canal de comunicação entre a vida terrena e espiritual, que pode resultar na chegada de “anjos” (as crianças) ou no retorno aos céus.

Não há mais mulheres parteiras realizando suas funções no Ribeirão Grande. O número de ocorrências de morte por parto, segundo Dona Izaíra, diminuiu muito. No entanto, é presente certo estranhamento com relação à associação entre o parto e o procedimento hospitalar. A dimensão do sagrado existente no ritual do nascimento não se acomoda no interior de um hospital, entre relações médico-paciente/parturiente. Dona Izaíra, que vivenciou os benefícios e dificuldades com relação às duas formas de passagem dos “anjinhas” ao nosso mundo, ainda sente algumas inquietações com relação ao novo formato de realização dos partos e a concepção médica de nascimento: “*O que eles fazem com os bebês que não vivem? jogam fora?*” (Dona Izaíra)¹³.

Sobre sua mãe, Nilce reconhece que “*ela criou nós sozinha*” (Nilce). A ausência do pai, Odair, justifica-se pelo seu “nomadismo”. Segundo Nilce seu pai tinha em sua formação a cultura Guarani, “*era uma mistura de índio com negro*”. Antes mesmo do falecimento de Odair, a dinâmica de produção e reprodução da família devia acontecer sem contar com a presença do pai. Embora fosse uma pessoa participativa no âmbito comunitário (igreja, política, festas, etc.), na interpretação de Nilce, seu modo de vida Guarani diferente do modo de vida quilombola, não permitia sua permanência no núcleo familiar. Enquanto Odair habitava o sertão, Dona Izaíra mantinha a família trabalhando em sua pequena roça e em outras roças da comunidade. “*Então... era meio maluco*¹⁴ *mas... era gente boa. Era o jeito dele. É índio, né?! Vai prender índio? Vai falar que ele vai ficar parado num lugar só?*” (Nilce).

A lógica de organização camponesa vivenciada também na comunidade quilombola tem na unidade familiar de produção sua estrutura básica de funcionamento. Pai, mãe e filhos (homens e mulheres) compõem uma unidade produtiva. Espaços femininos e espaços masculinos são interdependentes na dinâmica de produção e reprodução da família. Homens sem esposa e mulheres sem marido geram uma lacuna que deverá ser preenchida por processos de ajuda mútua e sistema de compadrio praticados nestes contextos sociais (Garcia Jr. 1983; Heredia 1979; Woortmann e Woortmann 1997).

A inconstância e ausência do pai (homem) gerava para a família uma condição de reprodução bastante difícil, apoiada em muito pelos avós (Bernardo e Rosa). “*Convivi mais com ele [avô] do que com a mãe*” (Nilce). Nota-se que, quanto às representações familiares, faz-se presente em Nilce grandes exemplos de bravura, de força e de coragem oferecidos por seus pais.

Ainda que as diferenças socioculturais existentes entre seu pai e sua mãe tenham oferecido esses desafios maiores à família, possibilitaram à Nilce referências de vida diferenciadas e complementares. Segundo Nilce, seu pai, índio nômade, não estava com a família porque morava no “sertão”, vivia do mato¹⁵. Conforme os relatos de Nilce, ninguém o tirava do convívio com o mato, ninguém tinha o direito de dizer que aquela casa não era sua. A vida sem ser vivida em total interação com o mato, para Odair, não faria sentido.

12 Dona Izaíra tem um exemplo próximo de falecimento materno em situação de parto. Em uma conversa, após minha participação numa noite de Cantoria das Almas, conta sobre a perda de sua irmã, que não resistiu a uma semana de trabalho de parto. A criança sobreviveu.

13 Esta questão foi colocada por Dona Izaíra no momento em que nos recolhemos em sua casa, após minha participação na Cantoria das Almas. Os bebês perdidos no parto ou nos primeiros meses de suas vidas eram tradicionalmente enterrados na própria comunidade, onde plantava-se um pé de Cedro (árvore brasileira com representações religiosas importantes, mencionada algumas vezes na Bíblia). Este local sagrado, onde concentram-se as árvores de Cedro, é frequentemente cultuado pelas mulheres através da Cantoria das Almas.

14 Refere-se à dinâmica de vida atribulada devido ao excesso de dificuldades gerados pela situação de ausência do pai.

15 As expressões “o mato” e “o sertão” são muito utilizadas por populações caracterizadas como camponesas. Indica a floresta e a roça realizada distante da casa. Enfrentar “o sertão” e “o mato” significa desbravar a floresta e domesticá-la (Woortmann e Woortmann 1997).

Sua mãe, negra quilombola, tem suas raízes existenciais bem fincadas naquele território. As roças transitam de um terreno para o outro, conforme o sistema de coivara (corte e queima), a vida se desenrola do sertão para casa, da casa para o sertão, mas sair daquele “pedaço de chão” é uma impossibilidade existencial. São terras que foram conquistadas, seu avô se aventurou para a criação de uma nova comunidade naquele território específico. Cada montanha e cada vale contam uma história. Cada cedro ali plantado guarda a alma de uma criança. “*Ela não sai de lá por causa disso, né?!?*” (Nilce).

Nilce orgulha-se de ser fruto da união que representa um elemento histórico fundamental para a constituição do nosso país: a irmandade entre negros e índios. Na união entre os representantes dos grupos sociais historicamente marginalizados realiza-se um exercício de autonomia e espírito de luta que sustentam a comunidade. De forma geral, sobre a infância de Nilce, além destas referências de autonomia e de coletividade oferecidas por seus pais e pela comunidade (parentes e compadres/comadres) neste contexto histórico e familiar, podemos destacar para a reflexão que se estabelece neste texto, o contato íntimo com o cultivo da terra¹⁶.

A geração de Nilce viveu a construção do vínculo com a terra desde muito cedo, de maneira mais significativa que a de seus filhos (crianças e adolescentes de hoje). O relato da Nilce demonstra que em sua infância as crianças menores brincavam na roça, os maiores cuidavam dos menores e todos ajudavam no trabalho com a terra. Os pais conduziam todo o processo e ofereciam o aprendizado através do exemplo, desde cedo.

As crianças tinham maior possibilidade de convívio com seus pais nos afazeres da família. Tal como evidenciaram Ellen Woortmann e Klaas Woortmann (1997, p.13): “*Esse saber [dos pais] é transmitido à ‘força de trabalho’, aos filhos que, ao trabalhar, estão se constituindo também em ‘conhecedores plenos’. Ademais, entre os sitiantes, governar é um processo ideológico: filhos, após certa idade, conhecem o processo de trabalho tanto quanto o pai, como o fazem também as mulheres ou os eventuais assalariados*”. Em concordância com essa análise, Nilce indica “*A mãe sempre trabalhou na roça. Então... nem que fosse pra levar uma água e brincar na roça... a gente sempre ia junto. Como se diz, crescemos na roça, né?! Como ela ia todos os dias, ela tinha que garantir nosso sustento com... força própria, né? [...] E era aquilo, ou era carpi, rancá feijão, cortar arroz, carpi banana... Com sete anos já enfrentava o batente mesmo. Hoje que o pessoal anda mais molenga, mas nessa época... Hoje se eu precisar me virar só com a roça... Eu aprendi nessa fase. Tudo que eu sei é dessa época aí*”.

O “crescer na roça” é recordado como um feito de resistência e autonomia, que gera um sentimento de pertença à condição de agricultora quilombola. Nota-se a preocupação desta liderança por valorizar a dinâmica de participação das crianças no processo de produção e obtenção de alimentos como garantia de reprodução do campesinato quilombola: “*Os dois irmãos mais velhos eram os que ajudavam mais ela... a gente ia, mas... Aquela ajuda que mais atrapalha do que... [risos]. Mas lá é assim mesmo, a gente num tem mania de deixar as crianças no vizinho. Se você vai pra roça, você leva junto. Esse é um problema que a gente tá enfrentando hoje, né?! Tem que ir pra escola na cidade, num pode deixar em casa porque é abandono de incapaz, num pode levar pra roça porque é trabalho infantil. Não é fácil. Aí como você vai manter os laços tradicional numa família, numa comunidade tradicional, se a legislação mesmo diz que não, né? E aí... aí fala: ‘ah... as crianças vão crescer e num vão ficar no campo’ É claro que não, porque num tem mais vínculo com a terra, né? Cortou esse vínculo*” (Nilce).

16 Na versão original da Tese três elementos foram destacados: (1) o convívio com os avós e o “tempo de antigamente”, (2) o íntimo contato com o cultivo da terra e (3) a vivência na escola rural, com suas possibilidades de formação carregadas de preconceitos raciais.

Segundo os relatos, a produção de alimento é tradicionalmente um combinado de espaços de produção que se somam: a roça aberta por sistema de coivara¹⁷, a horta próxima à casa e em meio à roça, o quintal com “pé de fruta”, a criação de galinha (solta ao redor da casa), porco (que antigamente pastava na roça), pequena quantidade de gado (que também se alimentava dos restos da produção, não havia formação de pasto), etc. A alimentação da família também sempre contou com a caça e a coleta de outros produtos da floresta. A economia alimentar da comunidade é uma combinação de técnicas indígenas com costumes afro-brasileiros. *“E as nossas práticas eram sempre: quando precisava roçar a gente sempre usou o sistema de coivara. Pra plantar banana você roçava e queimava. Pra plantar arroz e feijão, a mesma coisa”* (Nilce).

Além da acuidade técnica em seu próprio manejo, o uso do fogo sempre esteve ligado a fatores climáticos e até astrológicos. Todos esses elementos, ajustados às necessidades alimentares da família, faziam com que a roça produzisse cada gênero alimentício em seu tempo e espaço adequado. O tempo era determinado não apenas pela contagem dos meses e anos, mas também pelo calendário lunar. O espaço ocupado por cada planta era determinado a partir de um conhecimento profundo sobre as necessidades biogeomorfológicas de cada espécie e suas possíveis combinações, considerando-se principalmente o grau de exposição à luminosidade. A articulação destas demandas proporciona maximização do uso da energia disponível — solo e sol — considerando as demandas logísticas e culturais de cada família. *“Era produção, consumo e vivência, né?! Que essas três coisas estavam ligadas. Produzir, consumir e fazer daquilo um modo de vida mesmo. [...] Então nesse mês eu faço o milho, nesse mês aqui eu faço o arroz, o mês do feijão... todos tem seu ciclo, né?! Então o mês de novembro, dezembro e janeiro é época de plantação de milho e feijão, pra que em março, maio já tenha. E o arroz também, né?! que planta em outubro, novembro, quando é abril, chegando maio você já tá colhendo. Então, você planta no final do ano pra no começo do ano você já iniciar tendo alimento. Já colhe pro ano inteiro. E todo ano sempre foi assim”* (Nilce).

“Aí, com o passar do tempo, que chegou por exemplo as organizações, que chegaram pra... acompanhados por assistência técnica, essas coisas... tudo isso começou a aparecer na comunidade a partir de noventa, foi o período que chegou PROTER, Coopera, Sindicato [SINTRAVALE]¹⁸ chegaram as organizações, né?! Que até então não existia interferência de ninguém. Era só a comunidade produzindo o seu alimento e a sua subsistência. Era o conhecimento tradicional mesmo. Aí com a chegada de cada um dizendo qual a melhor forma de se produzir, acabou alterando um pouco ali o modelo de produção da comunidade. E hoje graças a Deus o pessoal está voltando a esse, fazendo esse retorno. Isso já estava na essência, né? E o pessoal está vendo que produz mais. A plantação fora de seu tempo, além do excesso de trabalho, que aí vem os matos, vem as pragas, né!?, porque não está seguindo o ciclo da lua” (Nilce).

Nessas falas de Nilce é possível notar a relação existente entre o manejo da produção e o modo de vida da comunidade. Colher para o ano inteiro, cada alimento em seu tempo, respeitando o ciclo da natureza (especialmente à lua), são atitudes intimamente relacionadas à interligação entre “produção, consumo e vivência”. A “vivência” é o “modo de vida mesmo”. “E todo ano sempre foi assim”, frase que nos remete à tradição, ao curso da vida levada sem a “interferência” externa. Podemos notar um desconforto surgido da relação com este conhecimento externo, relacionado à sensação de desrespeito ao conhecimento tradicional: “cada um dizendo qual a melhor forma de produzir”.

17 “Sistema de coivara”, também chamado de “sistema de corte e queima”, é, em linhas gerais, uma forma de cultivo agrícola que inclui a prática do fogo como forma de abertura de área e disponibilização de nutrientes às plantas cultivadas em seguida nesse espaço. Como parte deste sistema pratica-se o pousio, que é o descanso da terra no período entre plantios.

18 A instituição Programa da Terra (PROTER) foi uma ONG fundada em 1985 com objetivo de apoiar a redemocratização do campo e assessorar os movimentos da agricultura familiar no Estado de São Paulo. Com forte atuação no Vale do Ribeira até aproximadamente 2010 e divergências conceituais com os representantes técnicos da Cooperafloresta, não teve atuação expressiva com as comunidades quilombolas de Barra do Turvo. Coopera é como é chamada localmente a Cooperafloresta. O SINTRAVALÉ é o Sindicato dos Trabalhadores da Agricultura Familiar do Vale do Ribeira e Litoral Sul, atuante em parceria com as ações mencionadas. O Sindicato dos Trabalhadores Rurais de Barra do Turvo, cuja fundação contou com a participação de Odair, antecede à fundação do SINTRAVALÉ.

Ressalta-se aqui a tríade utilizada por Nilce, “produção, consumo e vivência”, diversas vezes durante nossa entrevista como forma identitária quilombola, nos remete à um olhar socialmente reconhecido como feminino. A articulação do elemento “vivência”, que notou-se relacionar-se com a devoção, os rituais festivos e de trabalho (como os mutirões), os cuidados e relações familiares e comunitários, à “produção” e “consumo” reforça essa análise¹⁹. Como veremos, Nilce tem trazido essa dimensão simbólica, não linear e bastante complexa do “ser quilombola” como uma estratégia de luta e matéria prima para projetos futuros, incluindo a prática agroecológica.

Sobre a roça/produção de “antigamente”, Dona Izaíra recorda com sua filha a forma pela qual as espécies eram dispostas para melhor forma de cultivo. O feijão e o milho —que compartilham o mesmo tempo de plantio— podem ocupar também um mesmo espaço, desde que dispostos da maneira correta: o milho deve ser plantado em carreira, ralo, para não sombrear o feijão. *“Tinha horta separado, mas tinha também uns pés de planta espalhado no meio da lavoura, né? Tinha um capãozinho lá, uma hortinha, no meio do arroizá²⁰, que era da abobrinha, do pepino, do chuchu... sempre teve junto, né?!”* (Nilce).

É possível compreender que a “horta separado” é realizada para disponibilizar verduras, legumes, chás e plantas medicinais, nos arredores da casa. Neste caso, ainda que considerada “separada”, a horta compunha um quintal extremamente produtivo. Nas palavras de Nilce: *“o quintal sempre foi a agrofloresta de hoje”*. A abobrinha, o pepino, o chuchu (e outros), por sua vez, são cultivados em “capãozinho”, consorciados com outras plantações. Neste último caso, além das condições adequadas para o cultivo destas espécies no roçado, tem-se os benefícios oferecidos por elas ao solo e controle de plantas indesejadas. Por último, a diversidade de plantas para a qual o capãozinho contribui disponibiliza complemento alimentar à família quando trabalham no sertão (na roça distante da casa).

Com referência as narrativas sobre à relação com a terra é extremamente pertinente verificar que, diferentemente do que diz boa parte das produções científicas que mencionam a agricultura quilombola do Vale do Ribeira num contexto de análise agroecológico²¹, o fazer agrícola destas comunidades não se restringe à agricultura de corte-queima ou coivara. Nesta classificação, muitas vezes utilizada pelas próprias lideranças locais, existe uma diversidade de elementos em interação, uma complexidade técnica e simbólica, uma composição de espaços que combinam o uso do fogo com diversos outros elementos de manejo da terra. É pertinente, ainda, compreender a maneira pela qual essas minuciosidades constroem a imersão da Nilce na luta política. Conhecer a agricultura quilombola em todos esses aspectos legitimará a defesa dela pela inclusão da agricultura quilombola nas pautas da agroecologia.

Ainda que a situação de criar seis filhos sem a presença do marido criasse uma condição de vida bastante difícil para Dona Izaíra e sua família, o período de infância da Nilce identificado por ela como uma fase mais tranquila, na qual foi possível experienciar o modo de vida da comunidade nos moldes do que se denomina atualmente de “tradicional”. A partir da década de 1990, quando Nilce já havia concluído o ensino primário (atual ensino fundamental I), a narrativa mencionando dificuldades, confusão e sofrimento aumenta. Nas palavras de Nilce: *“Nessa fase aqui [infância] eu nunca senti falta de nada, dizer assim... que passou alguma necessidade, não. [...] Agora já pra cá eu já via sofrimento, porque minha mãe trabalhava muito pros outros, ela não parava em casa... eu vi ela mais desesperada, entendeu?”*. É interessante notar que “neste tempo de cá” houve a necessidade de “trabalhar muito pros outros”, indica a relação entre o sofrimento e a perda de autonomia.

19 Discussão realizada em artigo intitulado *Feminino + Masculino: gênero e agroecologia na construção da sustentabilidade* (De Biase 2010).

20 Forma de referir-se ao “arroizal” ou plantação de arroz.

21 Tais como os artigos do livro da Cooperafloresta de Steenbock *et al.* (2013).

A dependência, normalmente acompanhada pela necessidade de maior obtenção de dinheiro, gera insegurança e transformações na dinâmica de vida camponesa. Nesse tempo de cá, o trabalho com os outros se transforma em trabalho para os outros; a união vivenciada “naquele antigamente” vai se inviabilizando e sendo substituída por relações individualistas; as dificuldades tornam-se, na visão de Nilce, desespero. Não é coincidência, como veremos, que a década de 1990 é marcada pela perda de independência e autonomia por parte da comunidade. “*Até então não existia influência de ninguém*” (Nilce). Este foi o período em que gradativamente as pressões externas (exclusões) foram chegando.

Neste período “de noventa pra cá em diante”, quanto chega “essa boiarada por aí”²², quando Nilce começa a ver sua mãe “mais desesperada” e trabalhando muito para os outros, vai-se definitivamente a Nilce criança para dar lugar à uma jovem menina curiosa, que entre outras coisas conhece a vida na cidade, e passa morando pouco mais de um ano na de Barra do Turvo. No ano de 1996, quando se casou com Oscar e sua filha Alana nasceu, Nilce, de volta ao campo, junto às demais famílias da comunidade, uniram-se ao grupo da Cooperafloresta, que estava apenas no início de sua formação. “*Foi um ano de novidade, né? e decepção ao mesmo tempo*” (Nilce).

É possível notar que, na concepção de Nilce, são três os movimentos que surgem nesse período como desafio à comunidade, de maneira relativamente concomitante e claramente interligadas: a pressão das propriedades privadas (fazendeiros e sitiantes externos²³); o autoritarismo do Instituto Florestal²⁴; e a disseminação de propostas de produção agroflorestais por parte das instituições recém-chegadas (Cooperafloresta, PROTER, CATI²⁵ e SINTRAVALÉ). Os dois primeiros “interventores” colocam ameaças territoriais à comunidade – a grilagem de terras por parte dos fazendeiros e a desocupação da área do PEJ por parte do Instituto Florestal. As demais instituições constroem-se a partir da “sugestão” de transformações (“adequações” inerentes ao novo contexto territorial) no modo de vida da comunidade.

Neste contexto, o fogo é um elemento de conflito que atravessa as relações. Usado pelos fazendeiros de forma indiscriminada e identificado pelo Instituto Florestal e demais instituições como o “grande vilão” do desmatamento da floresta, eram duas concepções antagônicas e, ao mesmo tempo, duas ameaças à comunidade. Segundo Nilce, o fogo que invadia territórios e destruía roçados era confundido com o fogo usado de forma produtiva nos sistemas de coivara. Por um lado, a comunidade tinha suas roças queimadas pelo fogo que abria pasto e, por outro, eram impedidos de cultivá-las como sempre o haviam feito. “*Aí, o que acontecia, ia pressionando ali, a comunidade ia ficando cada vez mais apertado, né?! E o medo do povo era mais isso, ficar sem espaço para produção mesmo. [...] O que acontecia é que você fazia a roça ali de repente vinha o outro, botava fogo, aí vinha o fogo lambendo tudo... invadia sua área de produção. [...] quando a Coopera chegou ela estava nesse processo, né?! A comunidade querendo produzir, sem ter como produzir e a área toda. Por que que todo mundo entrou na Coopera nessa época? Porque todo mundo achava realmente, entendia, que a questão do fogo [...] não estava sendo bom para comunidade, da forma como estava sendo executado naquele momento*” (Nilce).

22 Nilce está se referindo à criação de gado realizada por grandes fazendeiros na região. “Boiarada” é uma forma coloquial e regionalizada de referir-se à grande quantidade de bois.

23 Nilce esclarece que não são apenas fazendeiros que fazem um uso desregrado do fogo. Existem famílias que não são da comunidade que também o usam de forma equivocada, invadindo inclusive territórios alheios. Considerando a maior dimensão das áreas de fazenda e a própria narrativa dos entrevistados, vamos chamá-los todos aqui de fazendas/fazendeiros.

24 Vinculado à Secretaria do Meio Ambiente desde 1986, o Instituto Florestal criou e gerenciou grande parte das áreas protegidas do estado de São Paulo, tarefa que começou a dividir com a Fundação Florestal a partir de 2007.

25 A Coordenadoria de Assistência Técnica Integral (CATI) é uma instância governamental brasileira que tem como função promover o desenvolvimento rural sustentável, por meio da implantação de programas e projetos voltados ao desenvolvimento socioeconômico das comunidades envolvidas, considerando a preservação do meio ambiente e possibilitando a inserção social.

As interferências externas chegam de forma até certo ponto incompreensíveis, através de relações cheias de dubiedade: os fazendeiros, ofereciam possibilidade de aquisição de recursos (através da compra de terras e contratação de serviços), embora também ameaçavam o território da comunidade que se reduzia e era invadido por pastos. As instituições —em parceria Cooperafloresta e Instituto Florestal— apresentavam alternativas a esta situação invasiva, mas também representavam um grande vilão: a conservação ambiental. Nas palavras de Nilce, imagine a “*confusão que ficou dentro da comunidade*”. “*Na verdade, toda mudança, toda alteração no modo de vida da comunidade, para mim, começou a partir de noventa e seis. Porque, em noventa e seis chegou a Coopera, em noventa e seis chegou a PROTER, em noventa e seis chegou a CATI e o SINTRAVALÉ. Todo mundo ao mesmo tempo. E todo mundo apresentando propostas diferentes de modelo de produção. Aí, quem que a comunidade seguia de fato? E do outro lado a Fundação Florestal dizendo ‘não pode porque essa terra é minha’. Ou seja, alguém chega na sua casa e diz ‘essa terra não é sua, você tem que fazer as coisas do meu jeito’. Aí aparece um outro: ‘ah... eu posso te ajudar... a fazer do jeito que eles tão te mandando fazer’. Então imagina como que ficou isso, a confusão que ficou dentro da comunidade*” (Nilce).

Junto à chegada dos fazendeiros começava-se a sentir a presença do Estado através das restrições de acesso e uso de territórios legalmente demarcados como unidade de conservação de proteção integral, o PEJ. Efetivava-se, gradativamente, o processo de proibição de abertura de roças (sistema de coivara) e atividades extrativistas (coletas e caça) tal como se realizava tradicionalmente. A presença do Instituto Florestal tornava-se cada vez mais frequente. Neste caso, a relação do Estado com a comunidade é identificada principalmente como opressora “*alguém chega na sua casa e diz: essa terra não é sua, você tem que fazer as coisas do meu jeito*” (Nilce). O “jeito” sugerido pelos representantes do Estado (apoiado pelas ONG e sindicato) era identificado como um jeito unicamente a favor do “meio ambiente”: a cessão do fogo e a introdução da agrofloresta.

O PEJ, como representação da conservação ambiental, apresenta categoria completamente nova para estes quilombolas que sempre viveram de maneira conjunta com a agora “protegida” Mata Atlântica, o “meio ambiente”, torna-se, também, símbolo de opressão²⁶. Na concepção da comunidade, ele apenas impõe regras e formula proibições que inviabilizam a reprodução de seu modo de vida. Enfrentava-se um grande desafio para estabelecer uma convivência minimamente equilibrada com os representantes de uma política estatal que orientava a retirada das comunidades para proteção integral do território. As multas tornavam-se cada vez mais frequentes, os fundamentos do modo de vida tradicional passavam a ser considerados crime e a comunidade negra a sentir-se julgada como criminosa. “*Sim, porque o que acontecia. Todos nós tradicionais estava lá dentro da Coopera, né?! Todo mundo [estava] tentando trabalhar dentro [...] das normas do meio ambiente, do qual a Coopera é seguidora desde oh!... desde que a gente se entende, né?! Aí, nesse meio tempo, o que aconteceu, os fazendeiros começaram a ser notificados e automaticamente, em vez da multa ir pro fazendeiro, ia pra aquela pessoa que tinha sido pago pra fazer aquela empreita, pra fazer aquela roça, que ele tirava o produto e depois transformava em pasto. Então essa é a realidade. [...] Aí, tinha aquelas pessoas que não faziam [...] as suas roças, mas elas entravam no mesmo pacote das multas. Tanto é que se procurar multa dos fazendeiros nessa época num existe. Então todo mundo lá é criminoso por causa disso. E daí quem fazia a roça de subsistência para seu consumo mesmo, que não abria mão disso, de jeito nenhum, porque ele nasceu e se criou daquilo, aí vão mudar porque alguém está dizendo que eu tenho que mudar. Aí todas essas pessoas levaram multa*” (Nilce).

Nota-se que trabalhar “dentro das normas do meio ambiente” vem, ao longo do processo, se contrastando com o movimento de afirmação da identidade quilombola; ainda que este contraste não reflita uma negação

26 Além dos critérios proibitivos do SNUC (Lei nº 9.985/2000), a região é protegida pela Lei nº 11.428/2006, conhecida como Lei da Mata Atlântica.

da existência da sustentabilidade de seu modo de vida. Na fala de Nilce é possível notar o entendimento de que as “normas” estabelecidas para o controle de um modelo de produção não quilombola (determinado pelos fazendeiros) foram aplicadas às comunidades pertencentes ao território historicamente preservado. Desse modo é que, na leitura de Nilce, quilombolas tornaram-se e foram julgados como criminosos. É a partir deste cenário que colocar-se “aliado” ao “meio ambiente” (aquele estranho “sujeito”), gera negação, porque ser quilombola é, também, a interação com o mato, a terra, a água, os seres com os quais se compartilha o território. Portanto, e por mais contraditório que possa parecer, isso não significa estar dentro das “normas do meio ambiente”, porque elas restringem a cotidianidade ancestral da comunidade²⁷.

Neste contexto, a Cooperafloresta buscou oferecer soluções à situação socioeconômica e política das famílias locais, propondo uma forma de produção não dependente do uso do fogo o sistema agroflorestal. Diferentemente da reação à ação do Estado (negação ao pagamento das multas), a viabilidade da aplicação do novo modelo de produção proposto passa a efetivamente gerar transformações no território quilombola, transformações contrastantes ao processo de afirmação identitária. É através deste engatilhamento de causas e efeitos conflituosos que a transformação da produção através de sistemas agroflorestais acaba sendo compreendida como uma desistência da luta por permanecer quilombola.

Num contexto marcado por disputas de território entre fazendeiros, Estado (através das políticas conservacionistas) e quilombolas, no qual a afirmação identitária faz-se extremamente relevante. A identificação “agrofloresteira” adotada por parte da comunidade no processo de incorporação das práticas e princípios ecológicos propostos pelos técnicos da Cooperafloresta faz-se como um reforço à esta interpretação.

A problemática do fogo carrega também conflito identitário, assim como oferece deslegitimação das determinações de proibição oriundas da Cooperafloresta, pois ao elemento (fogo), da forma como ele é vivenciado no modo de vida quilombola, não se atribui o caráter de destruição, assim como não cabe colocá-lo em oposição ao projeto de sustentabilidade. O uso do fogo como elemento destrutivo ameaça a comunidade tanto quanto sua proibição de uso, através da prática de abertura de pasto trazida pelos fazendeiros e pela proibição ecologicamente argumentada por parte do Estado e da Cooperafloresta, respectivamente.

A inserção da proposta agroflorestal da Cooperafloresta nas comunidades quilombolas através de modelos que não incorporavam a identidade local, acabou por tornar-se, aos olhos de uma parcela significativa da comunidade, um novo problema. Um problema que interferia diretamente e efetivamente na “produção, consumo e vivência” que definia aquela comunidade.

Durante este período de experiência na composição da Cooperafloresta, em maio de 1996, nasceu a primeira e única filha mulher de Nilce, Alana. Logo Nilce engravidou e em setembro de 1997 nasceu Carlos. Com os dois bebês, diante dos conflitos identitários vivenciados acima, das dificuldades socioeconômicas impostas naquele momento, a existência de seus dois filhos, e a oportunidade de trabalho na fazenda do então prefeito Luiz Aparecido Fernandes Padilha, a opção foi buscar novos caminhos. Nilce passou dois anos morando nesta fazenda, longe de sua mãe.

Poucos meses depois de mudarem-se para a fazenda, quando Carlos ainda tinha alguns meses de idade, Nilce recebe a notícia de que seu pai havia sido assassinado, tendo sido encontrado morto no mato. Apesar de

²⁷ O uso do fogo como prática agrícola, proibido legalmente na Mata Atlântica, é o principal exemplo desta contradição, que evidencia, entre outras coisas, a distância existente entre as normas ambientais e os saberes das comunidades locais.

não haver qualquer tipo de indícios sobre as causas de seu assassinato, as marcas que ficaram registradas em Nilce são novamente as do sentimento de injustiça e traição, que desta vez as levam mais especificamente ao tema do conflito territorial e ambientalista. “O meu pai foi assassinado... lá mesmo [silêncio]. Que o meu pai [...] vivia no mato e ele consumia palmito. Ele era palmitreiro²⁸, vamos dizer assim. E ele viveu, de mato em mato. E nessa época, em que ele morreu, estava se discutindo a regularização do parque, a desapropriação dos moradores do meio do mato... essas coisas né?! Aí, ele foi assassinado por trás, levou uma ‘facãoada’²⁹ assim... aí todo mundo fala que é briga, tudo mais, mas... no meio do mato? [...] E até hoje a gente não sabe o que aconteceu... [...] Imagina só, um sindicalista que vivia no meio do mato... aparece decepado... Aí diz que foi briga por causa de mulher, [...] mas pra mim ele morreu por causa de terra. Por mais que tenha mulher envolvida no meio, eu não... não acredito não que era isso... [silêncio]. É possível que tenha sido isso, mas... eu não estava lá, né?! Eu não vi” (Nilce).

A morte inexplicável do pai coloca à Nilce o desafio de compreender melhor os conflitos que, em sua opinião, o levaram a perder a vida. Diante desta situação, ainda que sua postura seja reconhecida como “dura”, compromete-se com o caminho do enfrentamento compreensivo e não com o caminho do enfrentamento impulsivo. Segue a luta de seu pai, “atraída” pelos temas que lhe esclarecem sobre sua perda, mantendo a postura reflexiva daquela criança curiosa, agora capaz de compreender a importância de posicionamentos estratégicos. “Eu queria uma explicação do qual eu não conseguia de jeito nenhum, né?! Então, era como se eu quisesse entender mais esse conflito ambiental. Aí meu tema predileto é: conflitos ambientais [risos] acesso à terra. Qualquer tema que envolva conflitos, injustiça ambiental e acesso à terra. Esses temas me atraem rapidinho. Os outros eu vou, mas, não com tanto interesse. [...] Pra você vê, ninguém entra no movimento por acaso, sempre tem uma história por trás né?!, Sempre tem...” (Nilce).

“O movimento” era talvez a única alternativa da comunidade para sair da situação de completa marginalização e de perda de seu território. No entanto, “entrar no movimento”, no sentido em que esta frase foi dita, significa uma entrega existencial que exige não apenas uma necessidade momentânea, mas uma necessidade construída historicamente. Além disso, a “história por trás”, ainda que esteja alicerçada em um contexto socioeconômico específico, carrega em si elementos relevantes da individualidade do ser que se entrega. Neste caso —e talvez em todos eles— o elemento fortalecedor mobiliza e articula uma certa dimensão da infraestrutura e da superestrutura que organizam o modo de vida em que se insere este indivíduo. Numa análise incipiente poderíamos identificar, neste caso, a resistência pela manutenção da produção extrativista e as representações éticas, morais, religiosas, e outras, que envolvem a morte do pai de Nilce. Odair não foi apenas morto, ele foi “assassinado por trás”, foi “decepado”.

A ausência física do pai mantém seus ensinamentos no coração de Nilce. Com uma força simbólica bastante grande, ela recorda de sua última visita: “Eu lembro a última vez que ele foi em casa, aí ele falou pro Oscar: ‘você toma cuidado com essa mulherzinha aí que você não vai conseguir controlar ela nunca!’ [risos]. Eu lembro que essa foi a última frase que ele falou: ‘Esses bichinho aí são ruim, viu. Não adianta você querer controlar que não vai ter jeito’. Essa foi a última frase que ele me deu [...]. Ele estava falando pra ele mas ao mesmo tempo estava dizendo pra mim: ‘não se deixe dominar!’ Acho que foi isso... [silêncio]. Esse era meu pai... né?! Não era tão presente [...]. E o único que puxou ele pelo jeito foi eu, que tem rodinha no pé” (Nilce).

²⁸ “Palmitreiro” é o nome dado às pessoas que trabalham com o extrativismo do palmito.

²⁹ Refere-se ao golpe recebido com um facão, instrumento de trabalho utilizado para cortes em geral.

Em sua memória e postura de vida, Nilce guarda a última frase que, indiretamente, lhe foi dita por seu pai: “num se deixe dominar!”. Para quem conhece Nilce, logo percebe que ela segue à risca o ensinamento de seu pai: é uma liderança que não cede com facilidade. Para a comunidade Ribeirão Grande, que tem em Nilce sua representação política, este ensinamento poderia ser considerado um amuleto da sorte. Para Nilce, como mulher que ocupa a frente de um movimento de luta pela terra, este conselho é a chave para sua permanência e obtenção de conquistas.

“Não se deixar dominar” é a bandeira de luta que Nilce carrega por todas as andanças realizadas pelo movimento quilombola. É a frase lembrada no enfrentamento dos conflitos territoriais, mas também lembrada nos conflitos de gênero enfrentados diariamente no cotidiano do movimento. No entendimento desta liderança, são lutas sobrepostas: a luta pela terra e a luta pela igualdade de gênero. O enfrentamento do machismo no contexto de luta exige de Nilce uma postura rígida e firme: às vezes é preciso falar mais alto³⁰.

Para este enfrentamento, nota-se uma possibilidade de apoio da mulher quilombola ao simbolismo da força e poder da mulher negra. As manifestações africanas culturais e religiosas que destacam o papel feminino —representado, por exemplo, pela existência de orixás mulheres como Ojá, Oxum, Lemanjá, Olocum, Ajê Xalugá, Oduduá; assim como pela força da metáfora da Terra-Mãe— a consequência histórica da matrifocalidade vivenciada pelas famílias negras no Brasil (Bernardo 2003). O passado de luta, de determinação e de resistência da mulher negra neste país, são razões para a autodefinição hoje como “mulheres raçadas, que não têm papas na língua nem medo de nada” (Carneiro e Cury 2008, p. 123). Esta postura de mulher foi fortemente incorporada por Nilce como forma de enfrentamento aos desafios de ser mulher negra em luta pela terra e pela sustentabilidade de seu território.

Ainda que seja devota e considere-se dirigente da igreja católica, o processo de luta realizado por esta atual liderança feminina demonstra sua necessidade de marcar a contraposição de sua luta negra quilombola com às ações formais da igreja. Estas últimas são identificadas por Nilce como um interesse de “caridade” dos brancos aos negros, interesse da igreja “branca” em formatar os “pobres negros” (aos olhos da igreja) aos moldes católicos: “*Sabe aquela história do branco fazer pelo negro?*” (Nilce). No entanto, foi do grupo de mulheres atuantes nesta igreja que surgiu esta liderança feminina. Os grupos de atuação da igreja católica nas comunidades rurais são espaços do protagonismo delas. Tradicionalmente, os homens da comunidade buscavam apoios principalmente no sindicato, enquanto as mulheres articulavam-se majoritariamente através da igreja. Segundo interpretação de Nilce, os primeiros eram representantes “do conflito” enquanto estas eram representantes “do cuidado” com a comunidade. Assim foi com seus pais: “*a minha mãe é mais no aspecto religioso, né?! Ele é do conflito mesmo. Do qual eu também sou...*” (Nilce).

Na descrição sobre a atuação política de seus pais, como evidencia a fala transcrita acima, fica implícito a existência dos limites colocados à ação feminina via igreja. Ainda que esta caracterização —protagonismos feminino ou masculino— se assemelhe às distinções de gênero relativas ao “público” e o “privado”, respectivamente, nota-se que a ação de Nilce como liderança transborda esses limites sem deixar de considerar a relevância política destas duas esferas. Ainda que o caminho seguido por Nilce se diferencie, de alguma maneira desta “determinação” de gênero historicamente construída, é de se considerar que o fato de a mobilização política em questão ter se iniciado via igreja católica talvez tenha contribuído para legitimar uma ação feminina de luta. Ainda que seu caminho de tenha seguido sem a tutela formal da igreja, a porta foi aberta por esta instituição.

30 “Falar mais alto” é uma expressão utilizada para referir-se não apenas ao volume de voz, mas à imposição da fala com maior autoridade, garantida também pelo uso de palavras, fisionomias e tons específicos.

Nesta busca relativa por ponderar as contribuições religiosas ao movimento da comunidade, favorecendo a “devoção” no lugar da “religião”, participando ativamente dos rituais católicos sem deixar de evidenciar a importância política dos rituais afro-brasileiros³¹, a descrição de Nilce sobre o histórico do movimento de luta pela terra e reconhecimento da comunidade como remanescente de quilombo coloca a Equipe de Articulação e Assessoria de Comunidades Negras (EAACONE) como primeira organização a despertar este tema de discussão no Vale do Ribeira. Menciona, embora, a posição estratégica do sindicato SINTRAVALÉ nas articulações políticas realizadas.

Depois da morte de seu pai, Nilce retorna com sua família para a comunidade e inicia o processo de luta pelos direitos territoriais da mesma. Nilce realiza este retorno no período considerado por ela como o mais difícil: “*para mim o bicho pegou*”³² mesmo em 2000”. As ocorrências de multas por parte da polícia florestal eram muitas e a segurança alimentar e nutricional das comunidades estava ameaçada pelo impedimento de realização das roças tradicionais. Num contexto de muitas inseguranças, desde a esfera pública até a privada, voltar para perto de sua mãe era o que mais poderia fazer sentido à Nilce quando “o bicho pegou mesmo”. Correu para a mãe, correu para a comunidade e para uma possibilidade de fazer aquela história mudar.

Vitor, o terceiro filho de Nilce, havia acabado de nascer. Ainda que a EAACONE se fizesse presente na região, assessorando as comunidades, na interpretação de Nilce o movimento de organização comunitária de Barra do Turvo, iniciado com o apoio da igreja católica, encontrava-se desarticulado. As discussões internas não cessaram, no entanto, não havia uma pessoa que assumisse o movimento de forma a integrá-lo à discussão regional e nacional. Os mais velhos, principais representantes das comunidades, não deixavam “a peteca cair”³³, mas faltava força e articulação política para torná-lo representativo. O quadro regional era favorável. Segundo dados do ITESP, em 1998 houveram cinco comunidades reconhecidas como remanescentes de quilombo. As comunidades articuladas influenciavam umas às outras.

É com essa história de vida e três filhos que Nilce inicia sua entrega ao movimento negro e à luta pelos direitos territoriais da comunidade. A condição de liderança assumida por ela desde que retornou à comunidade lhe ofereceu a possibilidade de, ao mesmo tempo, buscar respostas às suas inquietações existenciais, herdar uma posição social construída historicamente por sua família e expandir sua atuação para a esfera nacional: desde 2000 acompanhando de perto as reuniões e contribuindo com a articulação das comunidades vizinhas, e a partir de 2003 representando o movimento local em instâncias mais amplas, Nilce começa a tornar-se uma liderança reconhecida no universo do movimento quilombola.

Essa entrega, conforme evidenciado no decorrer da trajetória descrita acima, possui um sentido existencial para Nilce. Isso não significa, contudo, que não ofereça dilemas e desafios internos de extrema relevância. Ser mãe e mulher e não permanecer no cuidado com o núcleo familiar, considerando o contexto patriarcal em que vivemos, inevitavelmente gera insatisfações. No entanto, ser mãe e mulher numa comunidade quilombola e lutar pelos direitos da mesma oferece à esta liderança uma possibilidade de cuidado também reconhecida sócio-culturalmente por uma comunidade quilombola. Não é estranho às comunidades negras que a mulher seja atribuída a responsabilidade de cuidar da terra e cuidar de um povo. E é com esse tom,

31 Tais como a *Mesada de Anjo* e a *Cantoria das Almas*.

32 “O bicho pegou” é uma expressão utilizada para dizer que a situação ficou realmente muito difícil. Indica uma situação sem saída.

33 “Peteca” é um brinquedo, muito utilizado na tradição das crianças quilombolas, que se brinca jogando para cima sem deixar cair no chão. Não deixar “a peteca cair” é uma expressão utilizada para situação de dificuldade enfrentada por alguém, que não deixa que ela se torne situação insuportável ou o “fim do jogo”.

incluindo toda a espiritualidade que ele representa, que Nilce assume sua posição de liderança e de militante desde este momento de sua história.

Em 2003 o Projeto de Lei nº 984/03 que propunha a retirada da área do PEJ de mais de 40 bairros —considerados como bairros de comunidades tradicionais— a ela pertencentes foi encaminhado para a Assembleia Legislativa do Estado de São Paulo (Bim 2003). Neste mesmo ano, o então presidente Lula assinou o Decreto nº 4.887/2003 que regulamenta o Artigo 68 da Constituição sobre o direito à terra dos remanescentes de quilombo³⁴. Nilce estava grávida de Jonas, seu quarto filho, quando participou da reunião que tinha como função principal comunicar a comunidade sobre o significado desta conquista legal e incentivar a continuidade do trabalho de mobilização social para formação de uma associação. Este deveria ser o primeiro passo para a conquista dos direitos territoriais da comunidade, que agora, mais do que nunca, deveria preocupar-se em reconhecer-se como quilombola. Nilce, como presidenta da associação, não aguardou a chegada do antropólogo contratado pelo ITESP pra iniciar sua ação: *“Levantamento fundiário, histórico de documentação da comunidade, histórico do modo de vida Quem que vai fazer isso? [...] Lá vai a Nilce de novo... assumindo uma tarefa que num era sua. [...] Ai eu ia na casa daquelas pessoas mais antigas mesmo, eu nunca foi assim na casa dum novo pra fazer entrevista. É porque eu queria entender como que nós chegamos aqui? de que jeito? o que vieram fazer aqui? Ai eu fiz tudo isso. Ai sempre tinha um mais velho, a mãe, tio Camilo, tia Pedrina, sempre os mais velhos iam junto comigo. Eu nunca fui eu, Nilce, conversar com a tia Angelina por exemplo. Nunca fui. Quando eu ia, ou ia o Pinicha ou ia a mãe, ou ia o tio Camilo... sempre assim. [...] E foi nessa linha que eu comecei a respeitar mais, a valorizar mais, a entender mais a nossa história. Ai eu consegui colocar no papel”* (Nilce).

Era necessário comprovar a relação histórica de uso da terra e as características “tradicionais” desta forma de uso. Melhor do que isso, o território precisava ser caracterizado (comprovadamente) como território quilombola. O futuro da comunidade dependia de um trabalho antropológico de validação do modo de vida camponês e ancestralidade quilombola.

Há algumas especificidades na forma pela qual esse processo foi conduzido que nos traz elementos importantes de reflexão, inclusive para concepção do projeto agroecológico. Conforme relatado por Nilce, nunca se sentiu à vontade para realizar entrevistas sozinha. Levava sempre alguém mais “velho” que ela e mais “novo” que o entrevistado ou entrevistada, que também “se interessava pela história”. Acompanhada por um representante da geração “dos mais velhos”, colocava-se plenamente como ouvinte. Sem portar-se de questionário, roteiro de entrevista ou qualquer outro guia orientador do diálogo, apenas compartilhava a preocupação em realizar um “resgate histórico”. Garantia as condições para a troca de recordações e “ficava só ouvindo”, deixava a prosa rolar entre aqueles que mais se entendiam, aqueles que de alguma maneira, mais ou menos jovens, haviam vivenciado aquelas recordações. Conhecendo a capacidade de “prosear” de sua mãe, seus tios, e tios avós, optava por não intervir. *“Então pra mim aquilo foi um [...] um aprendizado, uma situação que [gerou uma mobilização existencial]. “E foi nessa linha que eu comecei a respeitar mais, a valorizar mais, a entender mais a nossa história”* (Nilce). Foi desde então que se tornou mais capaz de compreender a importância disto que alguns teóricos da agroecologia, inspirados por Sevilla Guzmán (Guzmán Casado *et al.* 2000), chamam de movimento “endógeno” deste campo do conhecimento.

34 Disponível em http://www.planalto.gov.br/ccivil_03/decreto/2003/D4887.htm

Nilce, neste momento mais intenso de realização do resgate histórico (das entrevistas para reconhecimento da comunidade como remanescente de quilombo) já não era mais a mesma Nilce da infância e do início da juventude. Nilce já havia se “deslocado de si” desde que iniciou sua inserção nos conflitos territoriais, sua relação com os agentes estatais (como CATI e Instituto Florestal), e as organizações não governamentais (Cooperafloresta, SINTRAVAL, EAACONE, PROTER). Seu posicionamento de liderança no movimento de articulação comunitária lhe colocou em relação direta com um “mundo novo”: o universo do ambientalismo e dos conflitos territoriais, embebidos pela cientificidade, política e o poderio reivindicatório dos movimentos sociais.

Com a formalização da Associação dos Remanescentes de Quilombo dos bairros Ribeirão Grande e Terra Seca (2005) e a conquista da Certidão de Autoreconhecimento da Fundação Cultural Palmares (2006), a comunidade passava a vislumbrar outras possibilidades de produção e comercialização de seus produtos. Diante de novas possibilidades vislumbradas a partir da organização da comunidade quilombola, desde 2004, as famílias do bairro de Ribeirão Grande foram aos poucos se desligando da Cooperafloresta, sem que isso significasse o fim da produção em sistema agroflorestal na comunidade. Conforme mencionou Nilce, a agrofloresta “*na verdade é uma coisa que a gente sempre fez*”, e continuam fazendo.

Em novembro de 2008 a comunidade conquistou o reconhecimento estadual de “remanescente de quilombo” através da aprovação do Relatório Técnico Científico RTC pelo ITESP. Esse status garantiu às famílias assistência técnica, auxílios em infraestruturas, aquisição de insumos agrícolas, transportes, etc. Em fevereiro deste mesmo ano foi aprovada a Lei nº 12.810 que institui o Mosaico de Unidades de Conservação do Jacupiranga, atribuindo à grande parte do território quilombola de Barra do Turvo a categoria de Reserva de Desenvolvimento Sustentável (RDS)³⁵. A recategorização realizada através da implantação do MOJAC possibilitou à comunidade certa participação na gestão da reserva, através da composição do Conselho Deliberativo, e o Conselho Gestor da RDS Quilombos de Barra do Turvo, iniciado em 2009. Desde este momento a comunidade passou a adquirir autorização legitimada pelo conselho gestor para abertura de roças de coivara.

Nestes anos pós 2008, quando a Associação já havia alguns anos de experiência assim como Nilce em seu papel de militante, a comunidade vai aos poucos encontrando o seu lugar de “comunidade quilombola”. Colocar-se neste lugar significa não apenas um posicionamento estratégico do ponto de vista socioeconômico, como também a aquisição de um “conforto existencial” obtido por aqueles que historicamente esconderam-se dos outros e de si mesmos. É pertinente notar a forma pela qual os conceitos, símbolos e posicionamentos apreendidos por Nilce na “escola da militância” e compartilhados com a comunidade, vão sendo apropriados e reinterpretados através de um exercício de poder criativo, transformador, buscando que, ao mesmo tempo, não sejam práticas opressoras. Muitos conflitos, desentendimentos, acordos e desacordos, numa troca de experiências construtiva vão, aos poucos, encontrando um caminho próprio.

Um exemplo bastante objetivo desta apropriação e reelaboração do universo exterior pode estar no uso dos conceitos “semente exótica” e “semente crioula”. O conceito de semente exótica (variedades que não são historicamente comuns à região), muito utilizado no movimento agroecológico e camponês para desqualificar as sementes e modelo de produção do agronegócio, é utilizado por Nilce como um dos exemplos sobre o “exotismo” identificado por ela no modelo agroflorestal proposto pela própria Cooperafloresta. Na interpretação de Nilce, as agroflorestas, tal como propostas por esta associação, privilegiam sementes exóticas (refere-se aqui

35 Disponível em <http://www.al.sp.gov.br/repositorio/legislacao/lei/2008/lei-12810-21.02.2008.html>

majoritariamente a espécies de alto potencial para adubação verde ou até valor de mercado) em detrimento das sementes crioulas utilizadas historicamente pela comunidade (especialmente àquelas que não se adaptam às condições de sombreamento). O que é “uma coisa própria da comunidade mesmo” não é apenas plantar o que é melhor para obtenção de renda, mas principalmente plantar as espécies para consumo familiar (arroz, milho, feijão, mandioca, etc.), de forma a respeitar os períodos adequados de plantio. *“Porque daí o conhecimento técnico que prevalecia [...] vieram as sementes também. E agora, como vieram muitas sementes que não eram aqui da comunidade, que diziam que era bom, que ia gerar renda, né?! Isso foi a forma que convenceram as comunidades meio que deixar de lado as suas sementes crioulas [...]. Mas graças a Deus agora isso, ainda tem as sementes exóticas, mas as crioulas são as que mais tem mantido a produção da comunidade. Facilitou bastante esse entendimento. Aliás, a comunidade entendeu melhor mesmo quando ela começou a se organizar como associação e como comunidade quilombola. E aí foi quando a gente começou no processo de comercialização. Então foi feito uma reflexão, de retomada, né?! Se a gente quer um produto diferenciado, de qualidade, com as nossas características, a gente precisa voltar pra manter [...]”* (Nilce).

Partindo dessa interpretação, a “retomada” foi possível quando se compreendeu —através das experiências vivenciadas por meio da Associação— que o modo de vida camponês não é sinônimo de atraso ou pobreza, e quando ser “comunidade quilombola” tornou-se um valor moral e socioeconômico. Passado pelo processo de auto-reconhecimento, vivenciado de maneira conjunta, a comunidade começa a perceber que o caminho construído a partir das próprias características pode ser mais interessante do que a tentativa de trilhar caminhos desconhecidos: *“é um consenso, que a gente tá aberto pra novas tecnologias, mas sem perder o foco”* (Nilce).

Desde 2010 a comunidade participa da Feira de Troca de Sementes e Mudanças Tradicionais das Comunidades Quilombolas do Vale do Ribeira³⁶, que acontece anualmente em Eldorado. Além disso, a inclusão (através da Associação) no Programa de Aquisição de Alimentos (PAA)³⁷ desde 2011, ofereceu oportunidade, naquele momento, de fortalecimento deste movimento quilombola e retomada da produção de alimentos através das roças e hortas tradicionais. Neste ano, Nilce passou a ser a representante da Coordenação Nacional das Comunidades Quilombolas CONAQ no tema agroecologia, cargo que a levou a participar da Associação Nacional de Agroecologia (ANA). A participação nestes movimentos, entre outras iniciativas, estimulou uma formulação própria a respeito do que pode ser a agroecologia.

A inserção de Nilce no movimento agroecológico vem se fortalecendo de forma ativa e propositiva. Representando a CONAQ, pode fortalecer a concepção ampla do conceito, que incluiria o modo de vida quilombola como um fazer agroecológico. Nilce não tem dúvidas, e faz questão de esclarecer pra Cooperafloresta, a diferença entre agrofloresta e agroecologia³⁸. Para ela, a Cooperafloresta é uma organização (associação e cooperativa) que possui seus próprios princípios, regras e condutas no que se refere à produção de sistemas agroflorestais. Agrofloresta é uma forma de cultivo que *“a gente sempre fez [é] o nosso quintal”* (Nilce). Agroecologia, por sua vez, é uma forma de se viver. Estas definições são tão claras para ela e ao mesmo tempo distintas do que ela visualiza no

36 O objetivo da feira é fortalecer as roças tradicionais e a importância do sistema agrícola quilombola para a soberania alimentar, sua cultura e a geração de renda complementar. A feira vem sendo realizada desde 2008 e organizada pelo Grupo de Trabalho Roça, que reúne as Associações Quilombolas, o Instituto Socioambiental, o ITESP, a EAACONE e a Fundação Floresta.

37 O PAA é um instrumento de política pública que regulamenta a compra de alimentos por parte do Estado à instituições públicas, de forma a garantir processos de compra justos e saudáveis, que incluam a produção da agricultura familiar e privilegia a produção orgânica. A possibilidade de venda de frutas e hortaliças ao Estado por meio deste programa fortaleceu, por alguns anos, a agricultura familiar e a formação de grupos de mulheres no Brasil. Maiores informações sobre os resultados do programa podem ser encontradas no livro: Brasil. 2014. Ministério do Desenvolvimento Social e Combate à Fome. PAA: 10 anos de Aquisição de Alimentos. Brasília: MDS.

38 A diferença entre o conceito de agroecologia e agrofloresta muitas vezes não é clara entre os estudiosos do assunto, principalmente àqueles que entendem este primeiro como uma prática agrícola. A confusão entre os primeiros nomes (Cooperafloresta e Agrofloresta) é muito comum na região de atuação desta organização.

interior do movimento agroecológico (conceitos e teorias) que, quando lhe pergunto sobre o que é agroecologia ela me responde: “*Você quer saber da agroecologia ou dos conceitos agroecológicos?*” (Nilce). Os “conceitos agroecológicos” é o que dizem ser a agroecologia. Agroecologia, por sua vez, “é o que nós vivemos” (Nilce). Participando da ANA, Nilce avalia que existem “várias agroecologias” com objetivos específicos diferenciados. “[...] *A agricultura quilombola é um sistema agroecológico dentro da cadeia da agroecologia. Ela [a agroecologia] tem vários eixos, tem vários galhos. Nós quilombolas [...] temos um modelo e uma prática agroecológica. A Cooperafloresta tem uma outra tendência. A Fundação Florestal ela prega um outro modelo de agroecologia. [...] Vai dizer que o ITESP tá errado? Vai dizer que a Fundação tá errada? Vai dizer que a Coopera tá errada? Não. É o modo deles de organizar que não está de acordo com [...] o modo de vida da comunidade. É a falta de clareza do que é ser quilombola hoje. Que a sociedade já ensinou todo mundo que quilombola é descendente de escravo que vivia uma vida escravizada. Só. Mas num contava também no livro que dentro da escravidão, o que que tinha. A música... A gente tinha a dança, tinha a alimentação, tinha nossa espiritualidade. Todo mundo passou por cima, tratorando*³⁹ *isso, e isso resistiu [...] disfarçado, de forma velada, mas [...] resistiu ao tempo. Tá dentro dos quilombos ainda hoje. Tanto é que você vê lá no nosso, no nosso dia-a-dia*” (Nilce).

Nilce constrói sua luta junto à comunidade articulando esses e outros elementos que definem o que é ser quilombola hoje. É da articulação de todas as esferas da organização social, “produção, consumo e vivência”, que essa mulher vem propondo a construção de uma “agroecologia quilombola”.

Reflexões finais

Compreender o que motiva essa liderança feminina a concluir que a agroecologia “é o que nós vivemos” e que esta agroecologia é diferente dos “conceitos agroecológicos” formulados pelos estudiosos dessa ciência, pode ser um exercício chave para o aprimoramento metódico do processo de construção da agroecologia. Por consequência, pode ser de extrema relevância para transformar a agroecologia de “o movimento” para “do movimento”. Isso significaria dizer que não existe agroecologia se ela não for concebida a partir de uma referência sociocultural específica. “A agroecologia” como algo único e independente talvez não deva existir.

A trajetória de Nilce tratada nesse texto nos traz elementos que sugerem a possibilidade de “a agroecologia” atuar menos como uma técnica inovadora e mais como uma cuidadora: uma forma de cuidar e reproduzir preciosidades caras às comunidades historicamente capazes de bem conviver entre si e com o meio. Nos oferece possibilidades de observar a importância das mulheres no processo de construção da agroecologia partindo da agregação de elementos identitários e de organizações sociais próprias, potencializando diversidades. Possibilidade de entender que o trabalho com a terra envolve seleção de sementes, compartilhamento de plantas, observação da natureza e também das relações humanas. Envolve representações históricas, parentalidade, rituais e devoções, envolve “produção, consumo e vivência”.

Este movimento adotado por Nilce de recusa de um modelo agroecológico/agroflorestal que não incorporasse a identidade quilombola e busca por uma construção agroecológica a partir de um movimento endógeno de construção da mesma, parece-nos um alerta importante oferecido por esta mulher, quilombola, militante e liderança feminina. Nas entrelinhas dessa trajetória lê-se que o aspecto mais revolucionário inerente à agroecologia se encontra no fato de ela ser negada como projeto autônomo e pré-estabelecido e construída como projeto próprio e fortemente atrelado à um modo de vida específico, único e aglutinador. Esta mulher, cuja

39 “Tratorando” é expressão que usa como metáfora o trator e significa “passando por cima, sem consideração pela existência”.

trajetória aqui compartilho, vem nos dizer que é apenas a reprodução do modo de vida quilombola de Barra do Turvo que será capaz de construir um projeto verdadeiramente agroecológico, possivelmente não previsto por “agroecólogos” ou “agrofloresteiros”.

Podemos concluir que existe um movimento de apropriação e recriação do conhecimento agroecológico por parte desta comunidade (talvez pulverizado pelos territórios camponeses, quilombolas e indígenas do Brasil) que em certa medida foge de certas tendências teóricas da agroecologia. Essas tendências, muitas vezes, formulam modelos preditivos, normativos e pré-estabelecidos de se alcançar a sustentabilidade, abrindo espaço para a construção de percursos heterogêneos e contraditórios aos princípios da agroecologia, que necessariamente deve adaptar-se ao contexto social-ecológico local. Por isso, nem sempre essas propostas são coincidentes com as diferentes trajetórias sociais e políticas dos grupos sociais que vivem nesses territórios, e que se comprometem em primeira ordem com a luta pela terra e manutenção dos seus modos de vida. Ressalta-se que, no caso da comunidade quilombola de Barra do Turvo, este movimento vem sendo protagonizado por uma mulher, extrapolando a dimensão da produção e articulando vivências (devoção, rituais, costumes) historicamente marcadas pela presença feminina. Fica sugerido, para futuras investigações, que este processo de apropriação e recriação possui certa dependência do protagonismo feminino.

Referências

- Bernardo Teresinha. 2003. Negras, mulheres e mães: lembranças de Olga de Alaketu. Rio de Janeiro: Pallas.
- Bernini Carina. 2015. A produção da “natureza conservada” na sociedade moderna: uma análise do Mosaico do Jacupiranga, Vale do Ribeira-SP. Tese de Doutorado em Geografia Humana. Universidade de São Paulo, Brasil.
- Bim José Baptista. 2012. Mosaico do Jacupiranga - Vale do Ribeira, São Paulo: conservação, conflitos e soluções socioambientais. Dissertação de Mestrado. Universidade de São Paulo, Brasil.
- Carneiro Sueli, Cury Cristiane. 2008. O Candomblé. En Guerreiras da natureza: mulher negra, religiosidade e ambiente. Sankofa 3 Matrizes Africanas da Cultura Brasileira (Nascimento EL, org.). São Paulo: Selo Negro, pp. 97-116.
- De Biase Laura. 2010. Feminino + Masculino: gênero e agroecologia na construção da sustentabilidade. Menção Honrosa no 6º Prêmio Construindo Igualdade de Gênero, Brasília: SPM/PR, MCT, MEC, CNPq, UNIFEM.
- De Biase Laura. 2016. Agroecologia quilombola ou quilombo agroecológico? Dilemas agroflorestais e territorialização no Vale do Ribeira/SP. Tese de Doutorado. Universidade de São Paulo, Brasil.
- Fundação SOS Mata Atlântica / INPE (Instituto Nacional de Pesquisas Espaciais) / ISA (Instituto Socioambiental). 1998. Atlas da Evolução dos Remanescentes Florestais e Ecossistemas Associados do Domínio da Mata Atlântica no Período 1990-95.
- Garcia Jr. Afrânio Raul. 1983. Terra de trabalho: trabalho familiar de pequenos produtores. Rio de Janeiro: Paz e Terra.

- Guber Rosana. 2011. La etnografia: método, campo y reflexividad. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Guzmán Casado Gloria, González Manuel, Sevilla Eduardo. 2000. Introducción a la agroecología como desarrollo rural sostenible. Madrid: Ediciones Mundi-Prensa.
- Heredia Beatriz Maria A. 1979. A morada da vida: trabalho familiar de pequenos produtores do Nordeste do Brasil. Vol. 7. Série Estudos sobre o Nordeste Rio de Janeiro: Paz e Terra.
- IDESC (Instituto para o Desenvolvimento Sustentável e Cidadania) do Vale do Ribeira. 2006. Diagnóstico do Plano de Desenvolvimento Territorial Sustentável do Vale do Ribeira. Registro: FNMA/MMA/IDESC/.
- Prioste Fernando, Barreto André. Território quilombola, uma conquista cidadã: material de apoio para oficina de formação com jovens lideranças quilombolas, Curitiba: Terra de Direitos, 2012.
- Queiroz Maria Isaura P. 1983. Variações sobre a técnica do gravador no registro da informação viva. 2da. ed. São Paulo: CERVE/FFLCH/USP.
- Santos Kátia MP, Tatto N. 2008. Agenda socioambiental de comunidades quilombolas do Vale do Ribeira. Eldorado: Instituto Socioambiental.
- Silva Rubens A. 2008. Relatório Técnico-Científico sobre as comunidades remanescentes de quilombos dos bairros Ribeirão Grande e Terra Seca. São Paulo: ITESP.
- SMA (Secretaria do Meio Ambiente). Governo do Estado de São Paulo. 2010. Plano de Utilização: Reserva de Desenvolvimento Sustentável Quilombos de Barra do Turvo. São Paulo: Casa da Floresta.
- Steenbock Walter, Da Costa Letícia, Ozelame Rodrigo, Rodrigues Sandro, Perez-Cassarino Julián, Fonini Regiane (orgs). 2013. Agrofloresta, ecologia e sociedade. Curitiba: Kairós.
- Woortmann Ellen F, Woortmann Klaas. 1997. O trabalho da Terra. Brasília: Editora UNB.

Gloria Patricia Zuluaga Sánchez (Colombia). Maestra en Hábitat, Doctora en Recursos Naturales y Gestión Sustentable Profesora asociada e investigadora de la Universidad Nacional de Colombia – Sede Medellín en áreas de desarrollo, medio ambiente y género.

Georgina Catacora-Vargas (Bolivia). Doctora (c) en Agroecología. Vicepresidenta de SOCLA y coordinadora del Grupo de Trabajo Mujeres Agroecología y Economía Solidaria de CLACSO.

Emma Siliprandi (Brasil). Doctora en Desarrollo Sostenible. Profesora Invitada del Master en Agroecología de la Universidad Internacional de Andalucía.



CLACSO

Consejo Latinoamericano
de Ciencias Sociales

Grupo de Trabajo
"Mujeres, Agroecología y
Economía Solidaria"